

**MANRIQUE**



GAMAZO 27 TF 30 69 45 VALLADOLID





D6cl  
A

# CRÓNICA GENERAL

DE

## ESPAÑA,

Ó SEA

### HISTORIA ILUSTRADA Y DESCRIPTIVA DE SUS PROVINCIAS

SUS POBLACIONES MAS IMPORTANTES DE LA PENINSULA Y DE ULTRAMAR

SU GEOGRAFÍA Y TOPOGRAFÍA.—SU HISTORIA NATURAL.—SU AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ARTES Y MANUFACTURAS.—SU HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA, CIVIL, MILITAR Y RELIGIOSA.—SU LEGISLACION, LENGUA, LITERATURA Y BELLAS ARTES.—SU ESTADÍSTICA GENERAL.—SUS HOMBRES CÉLEBRES Y GENEALOGÍA DE LAS FAMILIAS MAS NOTABLES.—SU ESTADO ACTUAL, EDIFICIOS, OFICINAS, ESTABLECIMIENTOS Y COMERCIOS PÚBLICOS.—VISTAS DE SUS MONUMENTOS, CARTAS DE SUS TERRITORIOS, Y RETRATOS DE LOS PERSONAJES QUE HAN ILUSTRADO SU MEMORIA.

OBRA REDACTADA

POR CONOCIDOS ESCRITORES DE MADRID, DE PROVINCIAS Y DE AMERICA.

ZAMORA.



MADRID.

EDITORES:

RUBIO, GRILO Y VITTURI.

1869

R. 43630

Tit. 53699

CB 1064334

LA BIBLIOTECA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

ESPAÑA

1869

INSTITUTO DE ESTADÍSTICA Y DEMOGRAFÍA DE MADRID

ESTADÍSTICA DE LA PUEBLA DE MADRID EN EL AÑO DE 1868

Por don JUAN DE MADRUGA, Director del Instituto de Estadística y Demografía de Madrid.

Madrid: Imprenta de J. E. Morete, Beatas, 12.

Compañía de Seguros de Fuego y Vida de Madrid.

Compañía de Seguros de Fuego y Vida de Madrid.

Compañía de Seguros de Fuego y Vida de Madrid.

MADRID

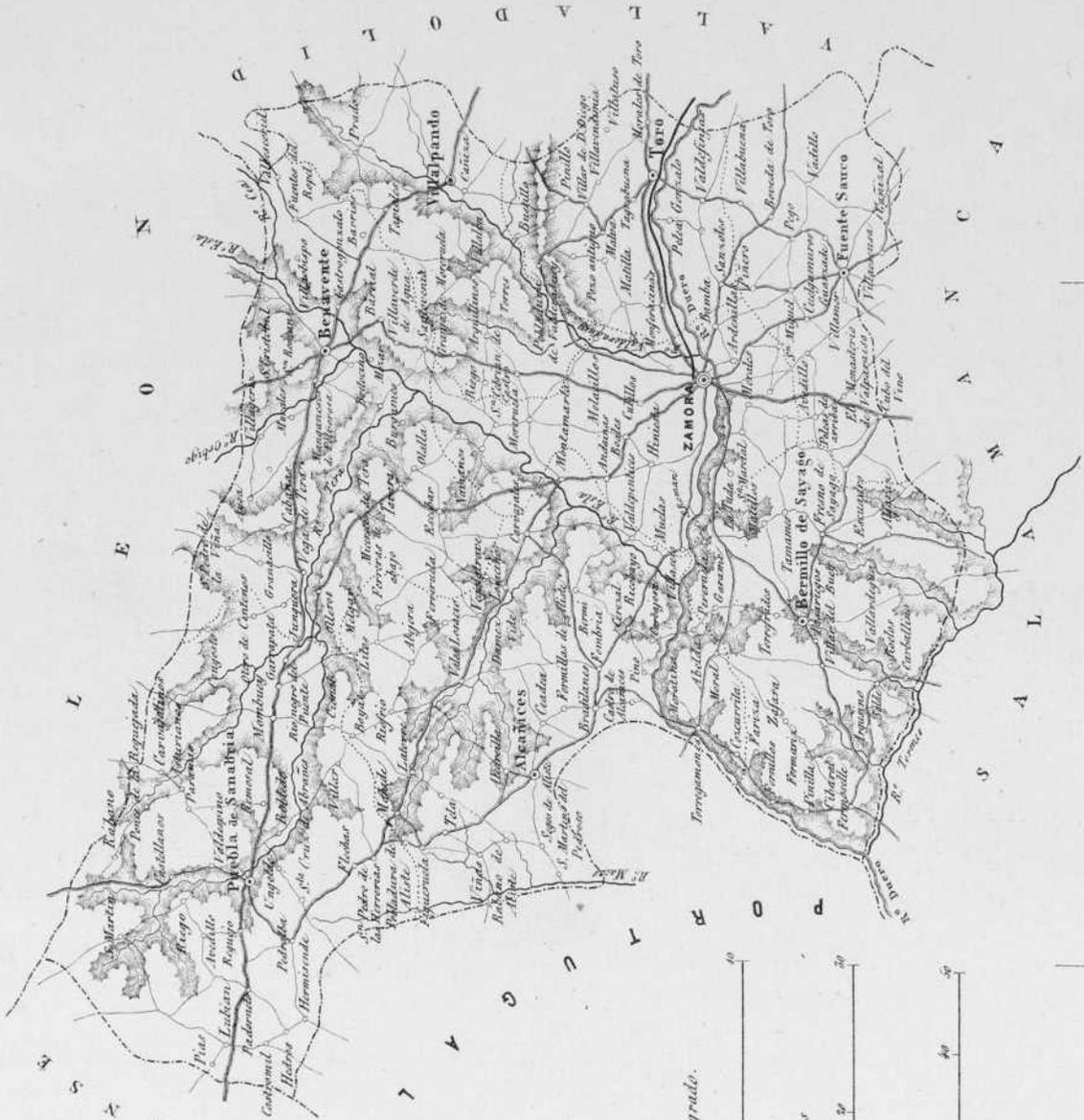
LIBRO DE MADRUGA Y VITTIORI

---

MADRID: 1869.  
Imprenta á cargo de J. E. Morete, Beatas, 12.

2.º Longitud O.E. merid.º de Madrid

3.º



- ⊙ CAPITAL.
- ◻ Juzgado.
- Ferro-carril.
- - - - - Id. en construcción.
- Id. en proyecto.
- Carretera.
- Camino.
- Senda.
- - - - - Límite provincial.
- ..... Id. judicial.

PROVINCIA DE

# ZAMORA.

Rubio, Grilo y Vultur

Leguas de 20 al grado.

Millas marítimas

Kilómetros.

42.º

3.º

2.º

R. Cuervo, grab. lit.

PROVINCIA

GOBIERNO DE SAMORA

GOBIERNO DE SAMORA

GOBIERNO DE SAMORA



RODRIGO DÍAZ VILLALBA

# CRONICA

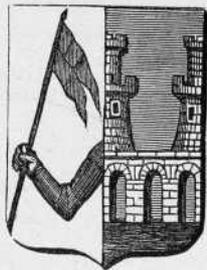
DE LA

# PROVINCIA DE ZAMORA

POR

DON FERNANDO FULGOSIO

DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ANTICUARIOS.



MADRID.

EDITORES:

RUBIO, GRILO Y VITTURI.

—  
1869

# INTRODUCCION.

---

Propiedad de los editores  
RUBIO, GRILO Y VITTURI.

---

# INTRODUCCION.

---

En la region comprendida entre los astures, callaicos y vettones, que en parte al menos señorearon los vaceos, y á la cual siglos adelante tomaron para sí los godos, tiene establecida la moderna administracion española una provincia. Tierra por mitad montañosa y por mitad poco amena, de secas llanuras y escuetos ribazos esta, donde medran jaras y encinas, do quiera no han llegado los escasos habitantes á sembrar trigo, ó bien á plantar viñas, que del árbol no se acuerdan los míseros labradores de Leon y Castilla, sino para exterminarle.

Por los desiertos llanos cruzan á veces bandadas de grajos que, de trecho en trecho, detienen el vuelo, ó bien le apresuran, si la poco frecuente presencia de algun viajero llega á interrumpir la tristísima soledad. Solo las corrientes de agua truecan el árido aspecto de aquellas comarcas, tal vez aumentando el contraste con el verdor de huertas y frutales.

Tal es, en general, el aspecto de la parte mas conocida de la provincia de Zamora, cuyo nombre despierta en la mente de todo buen español multitud de poéticos recuerdos. Cierta que por este lado de la Península riega el Duero una de las regiones que mas llaman la atencion de la historia.

Reina de todas aquellas comarcas es Zamora, el *Ocellum Duri* de tiempos apenas conocidos, la *Samurah* de los árabes, atalaya de uno de los primeros rios de España, largos siglos valladar contra el moro, no siempre respetado, pero en el cual trataron los cristianos de mantener el señorío desde la reconquista de Alfonso el Casto. Así afrontaron las armas de Abdurrahman, peleando de poder á poder á las órdenes de Ramiro II. Por eso la defendieron con siete líneas de murallas y altas torres. Por eso la lloraron perdida en

manos del victorioso Al-mansor, reedificándola luego Fernando I para darla á su hija doña Urraca.

Entonces, y á causa del error político del rey, dió comienzo la guerra civil entre cristianos; y Zamora, *la bien guardada*, padeció los horrores de la guerra y de un cerco, de los cuales la libró una accion que la bondad de la causa no excusará jamás.

¿Quién no ha leído, por lo menos allá en la infancia, cómo refiere nuestra Iliada el *Romancero*, la muerte del rey D. Sancho á manos del traidor Vellido D'Olfos? ¿Quién no recuerda que en aquella ocasion no pudo el Cid alcanzar al matador, por no haber llevado espuelas con que aguijar al caballo?

Además, que sin espuelas,  
Cabalgué entonces por yerro.

(*Romancero.*)

¿Quién olvidará que al cerco de Zamora acudieron siete reyezuelos moros, ó mas bien jeques, á rendir párias á Rodrigo Diaz de Vibar, á quien llamaron *Sidi*? A decir verdad, no creemos merezca nombre de español quien, pudiendo, no haya leído los romances que al cerco de Zamora se refieren. Tan importantes son, que asimismo no mereceria nombre de historia aquella que no los mencionase y tuviese grandemente en cuenta.

Tambien acaecieron en la provincia de Zamora señalados sucesos despues de la expulsion de los musulmanes. En Toro se dió la famosa batalla, menos decisiva de lo que algunos escritores españoles pretenden, entre portugueses y castellanos, defensores aquellos del legítimo derecho de doña Juana, apellidada por sus enemigos la *Beltraneja*, y estos del que á Isabel I correspondia.

De Zamora fué obispo el célebre Acuña, que al fren-

te de su legion de clérigos combatió en defensa de las comunidades, y aun mas, en demanda del arzobispado de Toledo. Achaque eterno de vulgares ambiciosos, pretender valerse de las discordias civiles para medrar á costa del pueblo á quien engañan. Y, en fin, tambien en tiempos modernos ha presenciado la provincia de Zamora notables sucesos acaecidos durante la guerra de la Independencia.

Por cuanto á la ligera acabamos de indicar, por la historia eclesiástica, no menos digna de atencion que la política, por los importantes monumentos que la capital y otras poblaciones de la provincia poseen, así como por aquella aureola caballeresca que realza las páginas de nuestra historia durante la Edad Media, la provincia de Zamora es una de las en que mas á placer pueden detenerse el amante de nuestro pueblo y el curioso investigador de su carácter.

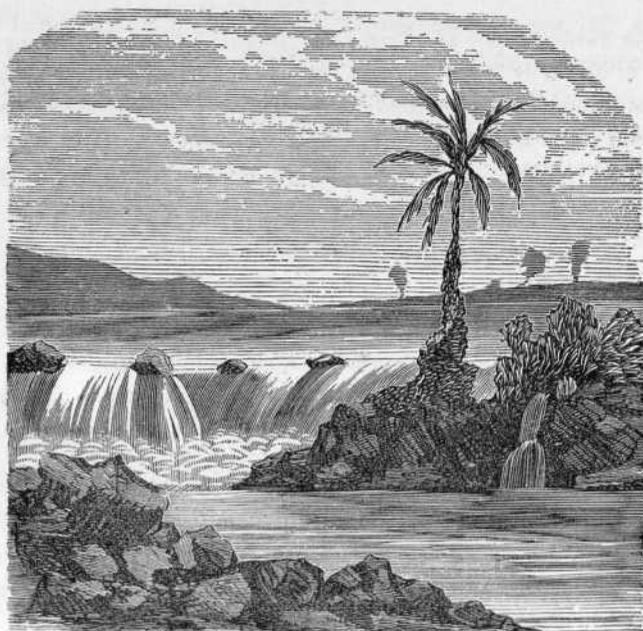
Parece como que los reinos de Castilla y Leon, de los cuales fuera imperdonable injusticia separar á los de Aragon y Navarra, que tambien (salvo los vascos) hablaron siempre en castellano, desde el nacimiento de este idioma, parece, decimos, que á semejante circunstancia deben todos la honra de ser tenidos, digámoslo, como verdadera armazon de la pátria española. Cataluña, en efecto, Galicia ó Portugal, pueden vivir aparte, sin que España deje de serlo, aunque doloro-

samente, mermada; pero sin las tierras cuyos hijos han rendido siempre culto á la enérgica y varonil habla castellana, no es posible comprender la gloriosa existencia de nuestra monarquía.

Tiene además el hijo de la provincia de Zamora tan estrecha relacion por su abolengo con los esforzados gallegos, astures y cántabros, firmísimos campeones de nuestra independencia contra el vencedor musulman, que solo por esta calidad mereceria siempre ser tratado con el respeto que todos los hijos de la Península deben á los que, sin medir sus fuerzas ni atender mas que á la honra y prez de su nombre, afrontaron siglos y siglos el empuje, punto menos que incontrastable, de los hijos de Sem. Honor hoy dia, un tanto olvidado, pero que la historia no debe jamás pasar en silencio, so pena de verse culpada de ingrata, á la par de pueblos y gobiernos.

Vea, pues, el lector cuán ancho y ameno campo se ofrece á su vista, y cuán hermoso libro podria hojear á no hallarse este encomendado á las débiles fuerzas de quien le escribe. Leve descargo á tamaño atrevimiento es el mostrar desde luego con toda sinceridad su buen deseo. Pero la intencion honrada halla siempre la excusa que nunca hallaria la perversa, aunque alentase al mas peregrino ingénio.

FIN DE LA INTRODUCCION.



# LIBRO PRIMERO.

## CAPÍTULO PRIMERO.

Provincia.—Asiento geográfico.—Estado atmosférico.—Enfermedades.—Division territorial.—Límites.—Territorio.

En el antiguo reino de Leon, frontera de Portugal, correspondiendo en lo judicial á la Audiencia territorial de Valladolid y en lo militar á la capitania general de Castilla la Vieja, está la provincia de Zamora. Esta, en lo eclesiástico se halla repartida entre las siguientes diócesis:

Zamora, Astorga, Oviedo, Leon, Santiago, Encarnación de San Juan de Jerusalem, idem de Benavente y Rubiales, Priorato de San Marcos de Leon, Orden de Santiago, Orense y Valladolid.

Su asiento geográfico es al N. NO. de la Península, entre los  $41^{\circ} 7' 10''$  y  $42^{\circ} 14' 44''$  de latitud N. y los  $1^{\circ} 21' 38''$  y  $3^{\circ} 20' 18''$  de longitud occidental del meridiano de Madrid. Tiene de superficie en kilómetros cuadrados  $10,710'10$ .

El estado de la atmósfera de gran parte de la provincia es seco, salvo en invierno, en el cual abundan las nieblas, especialmente por las cuencas del Duero y el Esla.

Frio en invierno, caluroso en verano y por extremo templado y benigno en otoño, el clima de la provincia de Zamora es muy semejante al de toda la gran mesa comprendida entre Guadarrama y la cordillera Cantábrica. Hacia la Puebla de Sanabria es mayor el frio, y nieva con no escasa abundancia. Menudean los vientos del E. y NE., si bien por marzo y abril son frecuentes los del O. y NO. En el rigor de los meses de julio y agosto abrasa el solano los áridos campos, donde ni una gota de agua, ni una mata, dan á entender que la provincia de Zamora sea, como en efecto lo es, de las mas fértiles de la Península; bien que la riqueza de una comarca, antes se funda en el trabajo y constancia de los moradores que en la fertilidad del suelo.

Las enfermedades mas comunes, son: calenturas intermitentes, no perniciosas en primavera y estío, tal cual nerviosa que suele llegar á pútrida en otoño y multitud de catarros en invierno, cuyo frio, aunque no sea mucho mayor que en Madrid, se siente mas á causa de no hallarse las casas del todo bien acondicionadas. Suele llegar el termómetro Reaumur á 7 y 9 grados bajo cero; el calor dura menos que en Castilla

la Nueva, y aunque algunos dias es extremado, no pasa en lo general de 21 á 22 grados sobre cero.

Esta provincia, que ya existia con el propio nombre en tiempo de Floridablanca (1789), quedó dentro de la de Salamanca, esto es, del departamento del Tórmes, en tiempo de los franceses (1809), mas trocado el nombre de las grandes divisiones administrativas en prefecturas (1810), quedó Salamanca por capital, siendo Zamora y Toro cabezas de subprefecturas.

Por la division territorial de 30 de noviembre de 1833, quedó la provincia con los límites que tiene al presente. Rodeánla al N. la provincia de Leon, al E. la de Valladolid, al S. la de Salamanca y la de Orense al O., así como el reino de Portugal. El límite comienza al N. entre San Miguel del Valle y Bolaños, donde concluye el del E., corta el Esla entre Barrines y San Miguel de Esla, sigue al S. por Lordemanos N. de Matilla de Arzon y Pobladura del Valle, cruza el Orbigo por el N. de Maire y de Coomonte y atraviesa el Eria por el N. de Arrabalde, sigue por el de Ayoo, Cubo y el Justel, comprendidos los barrios de Quintanilla y Villaverde hasta la laguna de la Baña.

Por el E. comienza el límite al N. de Tarazona, de la provincia de Salamanca, sigue al rio Guareña, al Olmo y al despoblado de la Carrera desde donde sigue á cruzar el Duero hácia el desagüe del Hornija, siguiendo al arroyo Badajoz, en el puente de Morales de Toro, pasando luego al O. de Arion, E. de Villalonso, O. de Benafarces, Castrobembibre, Pobladura y E. de Bez de Marban, al E. de Belver y de Villalpando, con lo cual queda en la provincia. el Valderaduey. Despues por el N. sigue este rio á cortar el límite hácia San Miguel del Valle y Bolaños, donde termina el límite entre Zamora y Leon.

Al S. comienza el límite á la derecha del Tórmes, por donde este desagüe en el Duero hasta Tarazona. Al O. comienza el límite en la laguna de la Baña y siguiendo la línea que parte términos con Galicia, va por la Portilla de la Canda hasta Portugal, cuya frontera sigue hasta el Duero, y en este, el desagüe del Tórmes.

Ya hemos indicado en la introduccion, que el territorio de nuestra provincia es en parte llano, y en parte montañoso, y la línea que á entrambas separa, el rio Esla, que viene á dividir la provincia en

dos territorios casi iguales, siendo la llana la que corresponde á Zamora, Toro, Fuentesauco y lado oriental de Benavente. Al S. del Duero, el partido de Bermillo de Sayago es montañoso, así como los de la Puebla de Sanabria y Alcañices. Bajan ramos de montañas por el NO. de las sierras Segundera y Culebra, cuyo terreno suele tener espacios llanos y fértiles, pero encerrados entre sierras, de manera que, en general, el suelo es áspero, desigual y cubierto de espesos montes de brezos, carrascas, robles y encinas. Por esta parte, y á pesar de la frialdad del clima, logran los habitantes regular cosecha de trigo y centeno, así como, gracias á la abundancia de aguas, hay lino y hortalizas y no pocos molinos en el rio Palomilla, formado de las aguas de la sierra. Con todo esto, la principal riqueza es el ganado lanar y vacuno.

En Alcubillas, Arrabalde y Villaferrueña, hay un peñascal como de dos leguas de largo y media de ancho, que va de Oriente á Occidente. En Brime de Sogo, Cubo de Benavente y Uña de Quintana hay berruecos, segun los llaman en la tierra, esto es, cerros aislados.

La sierra que, á la par del Duero separa á Zamora de Portugal, es notable, si no por la elevacion por la anchura. Como el Duero es uno de los rios de mayor importancia de la Península ibérica, habremos de dar aquí breve pero exacta reseña de su corriente, cuya parte mas pintoresca corresponde á nuestra provincia.

Nace este rio en la laguna Negra, de la sierra de Urbion, en tierra de Soria; corre de N. á S., hasta llegar á Almazan, y atravesando á Castilla la Vieja entra en nuestra provincia, desde donde sigue á Portugal, cuyo territorio atraviesa en todo su ancho hasta el mar, por espacio de 34 leguas. El Duero es el rio de cauce mas extenso de toda la Península, siendo con toda verdad doloroso que sus raudales, en España nacidos, vayan á rendir tributo al Oceano por costa extranjera, cuya razon es la que principalmente le roba importancia.

Cierto que el Duero atraviesa verdaderas estepas, donde fuera necesario emplear largos años y capitales sin cuento para lograr algun resultado, cosa que no es posible suceda por ahora en nuestra desventurada Península. Con todo esto, parte de los arenales que recorre están cubiertos de pinares, cuyo producto, lejos de ser escaso, aun podria tener mayor importancia beneficiándole como era debido. En cámbio, cruza el Duero fertilísimas regiones, así por Castilla la Vieja como por nuestra provincia. En muchas partes, y especialmente hácia el territorio de que vamos tratando, suele ser tan profundo el álveo del rio, que desde él parece como que corre al pié de montañas, siendo notable en verdad lo que sucede apenas se llega á una cumbre, la cual no es sino el comienzo de inmensa llanura. Pero, aun aquí engaña la vista, pues andando por la que parece llana extension, se hallan de trecho en trecho profundos valles, donde corren los raudales que mas adelante se dan en tributo al Duero.

Regiones baña este rio tan elevadas sobre el nivel del mar, que apenas consienten en ellas la temperatura y vientos que las barren, la menor señal de vegetacion. ¡Hórridos páramos, helados en invierno, en verano abrasados, y siempre igualmente espantables! Desatados

los vientos, no perdonan á los escasos arbustos de hojas secas que, sin saberse cómo, pudieron un dia llegar á nacer en tan ingrato suelo, el cual, si por acaso les dió vida, allá los tiene para que el huracan los arranque, y, trayéndoles y llevándoles arremolinados, caigan en monton á los barrancos, donde los recojan los míseros habitantes de tal cual aldehuela.

El Duero llega al cabo á nuestro territorio, despues de recibir, además de otros rios y arroyos menos importantes, al Pisuerga. En la provincia de Zamora recibe el Valderaduey, del cual y demás corrientes que en el Duero desaguan, hablaremos mas adelante. Con el Valderaduey van ya reunidos el Guareña, el arroyo Adalia y el Salado, los cuales atraviesan tierras llanas y cultivadas, y, si bien en verano suelen quedar poco menos que en seco, en invierno han detenido á ejércitos, los cuales no lograran seguir adelante, á no establecer puentes.

El rio principal de la provincia, despues del Duero, es el Esla. Caminando por las tristes llanuras del reino de Leon, cansado el viajero de tanta monotonía, pone los ojos en el horizonte, sin hallar por do quiera sino el propio tristísimo campo que le rodea. Apenado el ánimo con aquellos llanos desiertos, suben los ojos á mirar al cielo, y quedan atónitos de ver, como por ensalmo, alzarse una como enorme muralla que cierra el último confin del horizonte boreal. Aquella es la altísima sierra que, bajando de los Pirineos, ampara en sus valles y montañas el generoso pueblo vascongado; forma la llamada *montaña*, y luego se alza á prodigiosa altura como para indicar á los hijos de Iberia que allá entre sus enriscados peñascos y el mar, tendrán siempre seguro amparo contra todo enemigo de su raza. Mas allá, en fin, de aquellos montes que el viajero divisa, yace Astúrias, desde la cual, corriendo por hermosísimas costas, y guarecida de montes no menos ásperos, está Galicia, la Erin, la tierra verde de España, la perla del Occidente de Europa.

Al pié de los montes que son antemural de Astúrias, y en los cuales solo se hallan los puertos de Sangloria, del Espinazo del Perro, del Ponton, de San Isidro, de Piedrahita, de Pajares y de Mesa, yacen deleitosos valles, siendo el mas oriental, lugar donde nace el rio Esla, que despues de recibir las aguas del Cea, cerca de Castro Gonzalo, el Torio y el Bio de la vega, el Orbigo, el Duerna, el Eria en Benavente, ya en nuestra provincia, en la cual entra el Esla por el pueblecito de San Miguel de Esla, y siguiendo de N. á S., y recibiendo otras varias corrientes, pasa con rápida corriente por entre montañas. Tiene el Esla puente de piedra en Castrogonzalo, de veintisiete arcos, tres de los cuales son de madera, por haberlos volado los ingleses cuando la guerra de la Independencia. Otro en Ricabayo, construido para la nueva carretera de Madrid á Orense y Vigo, y por último, las barcas de Santa Colomba del Azuaque ó de las Monjas, Breto, Granja de Morerueta, Meileo, San Pelayo, San Vicente, Manzanal y San Pedro de la Nave.

Tambien desagua en el Duero, en nuestra provincia, el rio Tera, junto á Bretocino, y tiene puente de piedra junto á la Puebla de Sanabria, de madera en Abrabeses, y las barcas de Mozar, Aguilar de Tera y

Valparaiso. Entra el Cea en nuestra provincia por San Miguel del Valle, y desagua en el Esla por Castrogonzalo, en el sitio llamado la Carrancha; viene de Oriente á Occidente, y tiene dos puentes, uno de madera en Castrogonzalo y otro de piedra en Ropel. El Orbigo viene de N. á S., entra en la provincia por Maire de Castroponce y desagua por Breto en el Esla; tiene los puentes de Maganeses y Santa Cristina de Polvorosa, que son de madera, y las barcas de Pobladura del Valle y Miles.

El Eria, de que ya hemos hablado, desagua en el Orbigo, hácia Maganeses. El Valderaduey entra por Castroverde de Campos. Los arroyos de Almucera y Castron corren por los valles de Vidriales y Valverde, y desaguan en el Tera, cerca de Mozar. Por último, y además del Guareña, recibe el Duero al rio Tórmes, que corre entre la provincia de Zamora y la de Salamanca.

Dada cuenta de las principales corrientes que desaguan en el Duero, debemos antes de concluir poner á la vista del lector lo que es este rio por la provincia de Zamora.

## CAPITULO II.

El Duero en la provincia de Zamora.—Sus riberas.—Productos.—Alrededores de Zamora.—Arribes del Duero.—Sombrero de Roldan.—Paso de las Estacas.—Idem de las Cuerdas.—Salto de la Buraca.

Antes de llegar á nuestro territorio, si bien es ya caudaloso, no tiene el Duero la importancia ni trueca de tal manera el aspecto de las comarcas que riega, como despues de recibir al Pisuerga.

El *Dwr* de los celtas, trocado en Duero, vale caudal de agua. Se ha podido explicar el nombre de Durrun por el vasco *Ura* (agua), mas el *dur* céltico podria no solo referirse al *ura* vascongado, sino al griego *ὕδωρ*. Céltico parece el origen del nombre de nuestro Duero, igual al del *Adour* francés, y que tiene notable relacion con *Ocelloduri* y *Octodurum*.

«Agua de Duero, caldo de pollo,» suelen decir los ribereños para ponderar su excelencia, y si bien puede haber en ello exageracion, no hay duda que el Duero produce grandes beneficios á nuestra provincia. Comienza por las cercanías de Toro, donde, al revés de lo que por el resto de la Tierra de Campos acaece, se ven infinidad de árboles frutales que dan las mas exquisitas frutas. Sitios hay, como la Dehesa de San Andrés, una legua de Toro, cuya frondosidad suspende y embelesa. Nacen allí, medrando con prodigiosa lozanía, multitud de sauces, álamos, fresnos y negrillos, donde anidan infinidad de avecillas. El ancho Duero salta de cascada en cascada, y las colinas que en torno se divisan están cubiertas de viñedo y frutales, mientras robustos pinos señorean á trechos el campo, en cuyos pastos hallan abundante alimento numerosos ganados.

Son por esta parte las riberas del Duero fértiles, y, mientras á la márgen del N. logra el hombre excelentes granos, propios de la Tierra de Campos que por acá se extiende, al S. abundan las sabrosas frutas, á la par de vinos muy buenos, siendo famosa la uva llamada *albillo*, que se vende para Rioseco, Medina, Za-

ZAMORA.

mora, Salamanca, Valladolid y aun Bilbao. Tambien son muy buenos los perejones ó cermeños, albaricoques, pavías y peras bergamotas, sin olvidar las guindas, tan conocidas y estimadas de los madrileños. En resolucion, el aspecto de los alrededores de Toro es tan ameno, que no puede darse vista mas alegre y hermosa de la que se disfruta desde el alto que sirve de asiento á la ciudad.

Mas allá, el terreno que, de haber un canal, podria trocarse en jardin fecundísimo, no recibe del Duero sino la humedad que este le envia en forma de nieblas, y solo presenta secas y áridas riberas. Por Zamora apenas se halla un árbol. Sigue el Duero adelante, dejando á un lado y á otro campos áridos, terrenos peñascosos ó bien cubiertos á trechos de encinares.

Ya por los *Arribes* del Duero está el pueblo de Pino en terreno escabroso, del cual hacemos aquí especial mencion, mas que por los tres lagos profundísimos que hay en sus inmediaciones, por una peña monstruosa que se ve al lado de uno de ellos. Llámamla los naturales el Sombrero de Roldan, por la hechura, y descansa sobre débil peñasco grueso como el cuerpo de un hombre. A la sombra de la peña pueden sestear, dícese, cómodamente mas de doscientas cabezas de ganado lanar. Tambien se hallan cerca del mismo sitio tres sepulcros, abiertos en peña viva, de dos varas de fondo y del largo y ancho de un hombre. Tambien atribuyen los naturales á Roldan estos sepulcros, tradicion que, además de absurda, ignoramos cuando pudo nacer. Sobre todo esto llamamos la atencion de los anticuarios, en especial de aquellos que con preferencia se dedican á estudios pre-históricos.

Merecen especialísima atencion los espacios de terreno (que no há mucho hemos mencionado), de las enhiestas márgenes del Duero, llamados *Arribes*. En ellos logran los laboriosos ribereños justísima fama de excelentes labradores, cultivando los mas pequeños espacios sostenidos con piedras, algunos de los cuales son menos de vara de ancho, y con todo, en ellos medran árboles frutales, que es preciso apuntalar con horquillas, á causa de su produccion excesiva, cuyos exquisitos frutos son pavías, limones, melocotones, naranjas, guindas, ciruelas, manzanas y peras, así como patatas, fréjoles, melones, sandías, pimientos, tomates y todo género de hortaliza.

Por aquellas verdaderas cuestas de montañas es tan apacible el temple, que los labradores trabajan en mangas de camisa, aun en invierno; y mientras las partes media y baja producen los frutos de que ya hemos hablado, hácia lo alto medran robustos olivos, cuyas aceitunas recuerdan las mejores de Córdoba y Sevilla.

Sigue el Duero sirviendo de frontera á España y Portugal, hasta que luego entra por este reino y le atraviesa, desaguando en Oporto. Mas antes, y en la misma frontera, son á veces sus orillas verdaderos precipicios de mas de mil pies de altura, por donde, á pesar del mortal peligro, la necesidad del trato entre los habitantes de ambos reinos, y aun mas, la codicia, hallan medio de establecer comunicaciones, de las cuales merecen especial mencion *Paso de las Estacas*, *el de las Cuerdas* y *el Salto de la Buraca*.

En efecto, la rapidez de la corriente y hondura del río son tales, que no es posible establecer barcas, á pesar de lo cual, los ribereños cruzan de una márgen á otra á nado, valiéndose de fajos de caña, *zangas* ó cuerdas, para lo cual tienen destreza suma.

Parece en verdad como que la naturaleza ha hecho cuanto estaba en su mano para estorbar por esta parte de la frontera la comunicacion entre portugueses y españoles. Es el Duero hondísimo foso, cuyas riberas de uno y otro lado están sembradas por espacio de mas de legua y media de peñascales, que cruzan profundos barrancos y arroyos, por donde no solo es imposible caminar en carruajes, mas, aun á pié, es sobremanera peligroso. De esta suerte, necesario es haber nacido por aquellas comarcas para cruzar por ellas cual lo hacen los naturales, arrojando atrevidamente todo género de peligros, y con cargas al hombro.

Como quiera, en los puntos mas difíciles existen los pasos que ya hemos indicado y de los cuales vamos dando cuenta.

El *Salto de la Buraca* se llama tambien de *la Moza*, por ser tradicion, que, huyendo un español con su amada á Portugal, no atreviéndose ella á dar el salto cogióla en brazos el amante, y al saltar cayeron ambos en medio de la buraca. Los naturales llaman *buraco* á todo agujero que horada de una parte á otra, de donde sin duda viene el nombre de este paso del Duero, cuya forma viene á ser cuadrilonga. En verano el río dejando en seco el resto del cauce, corre por entre dos enormes peñascos cuyas caras superiores están inclinadas hácia la buraca, de manera que es por extremo espuesto rodar y caer al abismo. Este paso llamado tambien de la *Urraca*, le usan los naturales así para el lícito como para el ilícito comercio. Se halla entre Torregamones en nuestra provincia y Valdaliga en Portugal.

*Paso de las Estacas.* Media legua mas arriba se halla este paso en lo mas áspero de los *Arribes* del Duero, yendo desde Villar de Yegua, y como media legua antes de llegar, está la ermita de San Mamed, de la cual arrancan dos senderos llamado uno el *Paso Malo*. Este merece semejante nombre, pues á menudo ruedan por él y se pierden reses, cosa que con frecuencia ha sucedido tambien á muchos hombres, cuyo fin por aquellos hórridos peñascales y abismos se comprende con solo asomarse á tan espantables profundidades. Cierto que á su vista la cabeza mas firme experimenta mareos. Este sendero, va á parar al peñon de las *Estacas*.

El de la izquierda, llamado camino de los *Molinos*, es de fácil tránsito, así en lo alto como en la bajada, hasta llegar al referido peñon. Aquí, por empinadísimos peñascales, en donde brotan veneros de aguas cristalinas, es fuerza encaminarse, y despues de llegar, no sin dificultad, á un peñon de tan grande altura, que no es mayor la espadaña de la mas elevada torre de la iglesia, por tan difícil paso es necesario bajar arrastrando, y, siguiendo los bordes de peñas, donde el menor descuido cuesta la vida, se llega á las cuatro estacas de madera que dan nombre al paso. Se sigue bajando ó rodando, mas bien, teniendo siempre grandísima cuenta con no dar en el precipicio, y cuando ya

nos hallamos al otro lado de tan temible lugar, aun nos queda el del río.

La madre es siempre poco ancha, pero en verano se estrecha de modo, que toda queda á primera vista en seco, no descubriéndose por do quier sino enormes peñas, por entre cuyas concavidades va el Duero, tan profundo á veces, que no solo no es posible verle, ni aun oír el rumor de la corriente. Por aquel laberinto de titanes, lo primero que se halla son grandísimas peñas, por cuyas concavidades es preciso pasar casi á gatas, saltando luego de roca en roca, bajo las cuales corre el Duero, á cuya mitad se llega á la que llaman *el lomo de la Burra*, por donde pasan montados los que no se atreven á hacerlo de pié. Andando de este modo unas seis varas está la peña del *salto*, plana, de donde hay que saltar como vara y media, una gran lastra, bastante inclinada, lo cual aumenta el peligro de caer resbalando por aquellas profundidades, hasta sumerjirse en el río. Este paso le cruzan los que vienen de Portugal, gateando y agarrándose á unos resaltos que tiene la peña.

Aun aquí no cesan las dificultades y peligros, pues hay altísimas rocas y aberturas hasta la salida, la cual es por entre dos peñas ovaladas que llaman *las bolas*. Ya estamos en tierra portuguesa, mas no hay que esperar descanso, pues queda media legua de seguir gateando por aquellas desmesuradas arribas ó *arribes*, cuyo suelo es de peñascos, agudos estos, redondos aquellos, resbaladizos los de mas allá, hasta dar en el estrecho camino que conduce á Aldea Nova, de Portugal.

Lo que verdaderamente causa maravilla, es, que los naturales vayan de una nacion á otra por este paso, llevando á veces á cuestras tres y cuatro arrobas al hombro, tirando la carga á lo hondo cuando bajan, ó bien subiéndola con cuerdas en los pasos donde aun el cuerpo del hombre halla las mayores dificultades, las cuales, como es natural, solo se pueden vencer en el rigor del verano.

El *Paso de las Cuerdas*. Hácia el lugar de Pinilla de Fermoselle y en los recodos del Duero menos anchos, amarran los habitantes de ambas orillas cinco ó seis cuerdas á las peñas de uno y otro lado, de manera que crucen el río. La corriente de este, sobre todo, en invierno es tal, que de esta manera evitan el peligro de la barca, así como el registro de los carabineros.

Desde luego buscan los sitios menos anchos, si bien tendrán lo menos de diez y seis á veinte varas, en cuyo espacio dispuestas las cuerdas sobremanera tirantes, ponen sobre ellas una horquilla de palo fuertísima, llamada *Trasga*, de la cual van sendas cuerdas á las márgenes, de donde se tiran de aquellas cuando es necesario. Hecho esto, se ata á la trasga la persona ó bulto que ha de pasar, los cuales parten despedidos con gran impulso desde una orilla á la otra, en donde los recogen, con lo cual se comprende cuán grande es el peligro, pues si á tan desmesurada altura se rompiesen las cuerdas era irremediable la muerte del que cayera al Duero.

En verano es el paso de distinta manera, y se verifica por medio de varios cueros llenos de aire, atados unos á otros, sobre los cuales se dispone un plano

con ramas, y en él van las personas ó carga que ha de pasar. Esta manera de *balsa*, que tal nombre tiene, se halla sujeta con dos cuerdas á entrambas orillas, de las cuales se tira respectivamente desde tierra, según el lado á que ha de ir la barca. Para tan peligroso paso buscan los naturales de uno y otro reino los mas apacibles remansos del rio. Tal es buena parte de la frontera de esta provincia con nuestros vecinos los portugueses, y tal la forma en que el Duero trueca los confines de Zamora por la de Salamanca.

### CAPITULO III.

Tierra llana y tierra montañosa.—Concluye la descripción del territorio.—Fertilidad del suelo.—Productos.—Canteras.—Minas.—Lagunas salitrosas.—Veredas.—Cañadas.—Caminos.—Ferro-carril.

La importancia del Duero ha detenido nuestra descripción, no todo lo que fuera necesario, pero al menos lo suficiente para dar á conocer uno de los mas importantes rios de la Península ibérica.

En cuanto al territorio de la provincia de Zamora, ya hemos indicado en la introducción que en parte era llano y en parte montañoso. Siendo mas conocidas las llanuras de Benavente que las sierras en torno de Sanábria, tambien lo hemos dado á entender de igual manera. Ahora bien, de seguir dando cuenta del territorio, pondremos á la vista del lector las dos regiones distintas de que nuestra provincia se compone, por medio de la siguiente comparación.

Villarrin de Campos, pequeño pueblo cuya parroquia tiene una imagen de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado, que es de gran devoción por toda aquella tierra, es por su asiento y aspecto uno de los que mas caracterizan á parte de la provincia de Zamora. Hállase en inmensa llanura, bajo cuya aparente aridez no deja de haber agua abundante, teniendo no pocos manantiales de agua dulce, así como pozos de agua salada, y además grandes lagunas de agua salitrosa de cerca de dos leguas de largas. Por sus alrededores se recoje blanquísimo salitre.

El cierzo en invierno es tan insoportable como el calor en verano, y los naturales atribuyen al nitro de que abunda la comarca las frecuentes granizadas que por allí descargan.

Hay algunos pastos excelentes, trigo, algun centeno, cebada y buen vino. Tal es, como ya hemos indicado, el aspecto en lo general de nuestra provincia. Comparémoslo con el del partido de la Puebla de Sanábria.

Terreno montañoso y el mas elevado de toda la frontera de Portugal, clima frio en invierno, fresco en verano, y siempre sano; aspecto general de la tierra, ó bien agreste, ó por extremo delicioso y apacible, al cual contribuyen mucho el continuo verdor y abundante arbolado. Si acudimos al valle de Armisendi, por ejemplo, dos leguas al S. y á la falda de la sierra Gamoneda, hallaremos hermosísimo espacio de terreno, en medio de altas montañas, abrigado del cierzo, con lo que el clima es sobremanera benigno y saludable, mientras el suelo produce frutas sabrosísimas que aventajan á cuantas se crían en muchas leguas alrededor.

La propiedad, dividida en pequeñas suertes, está bien cultivada y presenta amenísimo aspecto. En resumen, no puede darse mayor diferencia de la que hay entre la Puebla de Sanábria y Tierra llana de Zamora.

Descrita ya la mayor parte de nuestro territorio, con solo haber seguido sus corrientes de agua y en especial la del Duero, poco nos queda que decir. Corre desde Manzanares de la Polvorosa una sierra de trece leguas hasta Portugal. En ella medran encinas, robles, fresnos, carrascas y brezos. Así como esta va de N. á S., otra sale del mismo punto, yendo de Oriente á Occidente, como unas seis leguas hácia el Esla.

Presenta el partido de Alcañices mas despejado horizonte, así como hácia Sayago se ven muchos montes cubiertos de poderosas encinas, habiendo tambien no pocos hácia Zamora, cuyos nombres son: Congosto, montes de la Barba y Vegas, Aldea Rodrigo y San Julian. Por el partido de Toro están los de San Martin de las Encinas, Reina y San Andrés de Busianos, unidos y de frente al S. del Duero. A la parte opuesta se hallan los de Valdersende, San Miguel y Castrillo, unidos tambien.

No debemos pasar en silencio los montes del Cubo, donde se guarecia la célebre cuadrilla de bandidos de Chafandín, Valparaíso y San Cristóbal. Mucho menos importantes son los montes de Guarrate, Palomares, Casaseca de las Chanas, Castronuevo, Belber, así como los del valle de Castroverde, Barcial del Barco y Villaveza. Deben mencionarse las de la Torre, San Estéban, Escorriel de Frades y Rubiales, que forman sierra hácia el rio Cea, y llegan hasta el despoblado de Morales de las Cuevas y el rio Esla. Este va por entre los de la Granja de Moreruela y Riego, á un lado, y al otro, paralelos, los de la Cerrilla y Carbajosa.

El suelo de la provincia de Zamora es fértil en lo general, pues aun hácia la parte de Sanábria donde son tantas las montañas y peñascales, hay valles frondosos y productivos. Los productos son: trigo candeal y morcajo, en gran abundancia, centeno, cebada, lino, plantas tintóreas y tuberosas, vino muy bueno y exquisitas frutas, sin que debamos de hacer especial mención de los célebres garbanzos de Fuentesauco.

Las canteras abundan por extremo, así en el Partido de Sanábria y Alcañices, donde hay pizarral de hoja vasta y un tanto semejante á pedernal jaspeado, como por los de Sayago, Zamora, Fuentesauco y Toro, donde la piedra es arenisca, blanca, suave y sobremanera á propósito para todo género de construcciones. Hácia la parte de Benavente la piedra es berroqueña, habiendo además jaspe basto.

Hay indudablemente minas de estaño; la del Cerezal, Carbajosa y Villadepera, pago de Santa Clotilde en Sayago, una de plata llamada de Lozario, y una de hierro, habiéndose hecho una fábrica para labrarle, en San Pedro de los Mares, partido de Zamora, si bien es fuerza reconocer no han dado hasta ahora unas y otras notables resultados. Las aguas minerales en Abrabes, Melgar de Tera y Benavente, las cuales son ferruginosas acídulas. Ya hemos hablado de las grandes lagunas salitrosas que hay por Villarrin de Campos y Villafáfila, cuya calidad es muy buena, por cuya razón

habia en tiempos de Cárlos III fábricas para extraer el salitre, que se hallan del todo abandonadas al presente.

Aunque la provincia no tiene los caminos que debería, disfruta al menos de una ventaja, que, aun en nuestros días, pocas provincias poseen. Hablamos del ferro-carril de Zamora á Medina del Campo, en donde empalma con el del Norte, quedando de esta manera en fácil y pronta comunicacion con la córte y con el extranjero. Del ferro-carril hablaremos con la debida extension en la *Guta*.

Ya que de caminos hablamos, debemos ante todo mencionar las cañadas ó caminos reales de 96 varas de ancho conforme á la instruccion de 1796, del ramo de la Mesta. Una cañada va de Hermosa á Toro, hasta los confines de la provincia de Valladolid, y en ella hay varios pasos difíciles, especialmente en tiempos de lluvia. Otras dos salen igualmente de Zamora y van á Benavente, una va hácia Villalpando y Tierra de Campos y otra á los confines de la provincia de Leon, así como otra de Benavente á Toro. De igual manera van cañadas de Zamora á Cubo de tierra del Vino, hasta la provincia de Salamanca, y hácia Tavera, en direccion de la Puebla de Sanábria y provincia de Orense, todas las cuales tienen pasos difíciles, sobre todo, cuando llueve.

Las comunicaciones de la márgen derecha del Esla así como del partido de Sayago, presentaban por todas partes estorbos, á causa de la desigualdad del terreno, montes, arroyos, peñascales y arroyos que se ven por aquellas comarcas; siendo las veredas de Benavente á la Puebla y de esta al Villar de Ciervos, Tavera, Montamarta y Zamora, las que en mejor estado se hallaban. Las comunicaciones de Bermillo y Alcañices tampoco son buenas, como igualmente las del resto de la provincia.

Semejante estado movió, primero al gobierno, y despues á la provincia, á intentar con sus propios fondos abrir una carretera que pusiese el puerto de Vigo en comunicacion con Madrid, pasando por las provincias de Orense, *Zamora*, Salamanca y Avila. Por una de aquellas contradicciones, propias de nuestra desventurada tierra, mientras Galicia ha concluido su carretera hasta Zamora, esta no ha concluido la parte que la corresponde, perdiendo no poco en ello unos y otros.

Como el ferro-carril de Madrid á Zamora es ó debía ser llevado adelante, acaso por esta razon la carretera no continúa, bien que el ferro-carril tampoco; por lo cual las dos provincias de Zamora y Orense se hallan, al menos por parte de aquella, casi en el propio estado de incomunicacion que en el siglo x, siendo además notable que el abandono de la parte comenzada, por nuestra provincia es tal, que en la misma carretera, esto es, en trozos ya comenzados, se ven arbustos, que para medrar han necesitado años de descuido ó imperdonable desidia. Entre tanto, Zamora tiene las carreteras que van á Valladolid y Salamanca, así como atraviesa parte de su territorio la que va de Madrid á la Coruña, pasando por Benavente.

## CAPITULO IV.

Férias y mercados.—Industria.—Beneficencia.—Instruccion pública.—Estado eclesiástico.—Partidos judiciales.—Ayuntamientos.—Poblacion.—Presupuestos provinciales.—Idem municipales.—Usos y costumbres.—Criminalidad.

Los mercados de la provincia de Zamora son, en la capital, los domingos, mártes y viernes; en Fuentesauco, el sábado; en Benavente, el juéves; en Villalpando, los mártes, especialmente los próximos á San Andrés, en los cuales hay mercado especial de cebollas; y en la Puebla de Sanábria y en Toro, los mártes.

En Zamora se celebra la féria del Botijero la segunda y tercera semana de cuaresma, la cual es sobremanera importante, pues además del mucho ganado caballar, mular, vacuno y de cerda que se presenta, se venden paños, telas de lana, lino, seda, quinca-lla, relojería, platería, calzado fino y basto, y sombreros, todo lo cual va de Madrid, Bilbao, Valladolid, Victoria, Salamanca, etc.

En Toro hay dos férias: la de San Bartolomé es de ganado y tiendas de Valladolid y Salamanca; la de San Pedro es de ganado y aperos de labranza. La de Fuentesauco se celebra el 1.º de setiembre, y es de ganado de cerda y vacuno. La de la Puebla de Sanábria es de toda clase de lienzo, ganado vacuno y mular, y se celebra el último sábado de cada mes, siendo grande la cantidad de lienzo que sale para Castilla, Andalucía y Extremadura.

En Benavente hay tres férias: las de las Candelas, de la Asuncion y del Córpus duran, las dos primeras tres días, mas la segunda sigue todos los juéves hasta el último de setiembre. En todas hay mucho ganado vacuno, tiendas de telas y platerías. Por último, en Villalpando hay féria de maderas á fines del verano, á la cual acuden los montañeses de las enriscadas sierras de Leon á trocar los productos de su áspera region por los cereales de las escuetas llanuras, del todo faltas de árboles. Con todo esto, buena parte de la madera que en Tierra de Campos se emplea, viene de Soria.

Aun con la escasa industria que hay en ella, puede esta provincia bastarse á sí propia, sobre todo si se tiene en cuenta la sobriedad y escasas necesidades de los habitantes. No dejan de fabricarse lienzo basto en Almeidas, Roelos, Fresnedilla y Villalpando, así como mantas y alforjas. Se fabrica aguardiente, en especial en Fuentesauco y Fuentelapeña, de donde se envia á muchos pueblos de Castilla y tierra de Salamanca. Con todo, en pocas partes podrán fabricarse mejores paños, bayetas y telas de hilo; así como hácia la Puebla de Sanábria se hallan poderosos saltos de agua para establecer fábricas, leña y carbon para combustible, y excelente lino, lanas y pelo de cabra por primeras materias. Puesta la provincia de Zamora entre Asturias, Galicia, Portugal y Castilla, parece como destinada á ser un gran centro de produccion y de tráfico. Ayúdense los hombres, ya que Dios les concede tan señaladas ventajas, y sea para lo porvenir su tierra una de las mas prósperas de la Península ibérica.

En cuanto á beneficencia pública, por mas que el

carácter de los naturales sea con toda verdad noble y caritativo, fuerza es confesar que los edificios, especialmente los hospitales, no corresponden á su empleo. Lo mismo podemos decir de los hospicios y casas de maternidad.

El estado de la instruccion es tristísimo, como podrá verse en la relacion que damos del número de habitantes por partidos y de personas que saben leer y escribir, así como de los que no saben.

El estado eclesiástico es el siguiente:

La diócesis de Astorga tiene 163 pueblos, 133 matrices y 3 anejos.

La de Oviedo 8 pueblos y 8 matrices.

La de Orense 12 pueblos, 4 matrices y 10 anejos.

La de Santiago 73 pueblos y 73 matrices.

La de Leon 17 pueblos, 18 matrices y un anejo.

La de Valladolid 2 pueblos y 2 matrices.

El Priorato de San Márcos 4 pueblos y 4 matrices.

La Orden de San Juan 21 pueblos y 21 matrices.

La Encomienda de Benavente y Rubiales 2 pueblos y 2 matrices.

Total 498 pueblos, 481 matrices y 46 anejos.

El clero catedral se compone de un señor obispo, 18 dignidades y canónigos, 7 racioneros, 7 beneficiados, cuyos haberes ascienden á 350,813 rs.

La colegiata de Toro tiene 7 dignidades y canónigos, cuyos haberes suman 19,800 rs.

En los curatos de entrada hay 33 curas propios con 3,300 rs.; 2 con 3,400; 7 con 3,500; 144 con 3,600; 95 ecónomos con 3,300; en los de primer ascenso hay 94 curas propios con 4,500; 30 ecónomos con 3,600.

En los de segundo ascenso hay 32 curas propios con 5,500 rs.; 79 ecónomos con 4,000.

En los de término hay 20 curas propios con 7,000 reales; 14 ecónomos con 4,500.

Hay coadjutores y tenientes, 5 en la matriz, con 2,200 rs.; 44 en las filiales con 2,500.

Hay beneficiados, 26 en curatos de entrada; 33 en idem de primer ascenso; 15 en idem de segundo; 8 en idem de término.

A la relacion que antecede hay que añadir las 8 parroquias de Villalpando, para cuyo servicio, además de los curas respectivos, hay un capítulo de 10 beneficiados.

El no haber pertenecido siempre Villalpando á Zamora, es causa de que no se la mencione en los estados eclesiásticos de la provincia.

#### PARTIDOS JUDICIALES.

El partido de Alcañices tiene 43 ayuntamientos. Fueron 6,961 las cédulas de inscripcion; los varones establecidos 15,067, los transeuntes 311, las hembras establecidas 15,792, los transeuntes 66, los extranjeros establecidos 9, los transeuntes 4, los extranjeros establecidos 1. Los varones solteros eran 9,108, los casados 5,593, los viudos 690, las hembras casadas 9,118, las solteras 5,622, las viudas 1,119. De los varones sabian leer y no escribir 1,107, leer y escribir 4,453, no sabian leer 9,831. De las hembras sabian leer y no es-

cribir 145, leer y escribir 160, no sabian leer ni escribir 15,554; número que, en verdad, asusta.

Habitantes del partido, 31,250.

El partido de Benavente tiene 58 ayuntamientos. Las cédulas de inscripcion fueron 8,223, los varones establecidos 17,237, los transeuntes 677, los extranjeros establecidos 2, los transeuntes 5, las hembras establecidas eran 1,777, las transeuntes 143, las extranjeras establecidas 1, las transeuntes 4. Los varones solteros eran 10,433, los casados 6,697, los viudos 791. Las hembras solteras eran 10,333, las casadas 6,616, las viudas 1,276. De los varones sabian leer y no escribir 1,114, leer y escribir 8,055, no sabian leer ni escribir 8,152. De las hembras sabian leer y no escribir 1,150, leer y escribir 1,358, no sabian leer 15,417.

Habitantes del partido, 35,846.

El partido de Bermillo de Sayago tiene 41 ayuntamientos. Varones establecidos 14,443, transeuntes 277, extranjeros establecidos 1, transeuntes 8. Hembras establecidas 15,032, transeuntes 82, extranjeras transeuntes 2. Los solteros eran 8,141, los casados 5,980, los viudos 608. Las solteras 8,063, las casadas 6,047, las viudas 1,006. De los varones sabian leer y no escribir 1,215, leer y escribir 5,440, no sabian leer 8,074. De las hembras sabian leer y no escribir 1,388, leer y escribir 939, no sabian leer 12,789.

Total de habitantes, 29,845.

El partido de Fuentesauco tiene 23 ayuntamientos. Habia varones establecidos 10,552, transeuntes 293, extranjeros transeuntes 3. Hombres establecidos 10,455, transeuntes 100. Solteros 6,327, casados 4,097, viudos 424. Solteras 5,831, casadas 4,043, viudas 681. De los varones sabian leer y no escribir 1,065, leer y escribir 4,633, no sabian leer 5,150. De las hembras sabian leer y no escribir 1,011, leer y escribir 960, no sabian leer 8,584.

Total de habitantes, 21,403.

El partido de la Puebla de Sanabria tiene 37 ayuntamientos. Habia en él varones establecidos 15,529, transeuntes 317. Hembras establecidas 18,503, transeuntes 35. Extranjeros establecidos 16, transeuntes 2. Extranjeras establecidas 5. Solteros 9,731, casados 5,189, viudos 944. Solteras 11,341, casadas 4,043, viudas 681. De los varones sabian leer y no escribir 706, leer y escribir 6,816, no sabian leer 8,342. De las hembras sabian leer y no escribir 189, leer y escribir 538, no sabian leer 17,816.

Total de habitantes, 34,407.

El partido de Toro tiene 26 ayuntamientos. Habia varones establecidos 14,382, transeuntes 300. Hembras establecidas 14,864, transeuntes 78. No habia extranjeros. Solteros 8,380, casados 5,618, viudos 684. Solteras 8,089, casadas 5,722, viudas 1,131. De los varones sabian leer y no escribir 508, leer y escribir 7,253, no sabian leer, 6,921. De las hembras sabian leer y no escribir 1,038, leer y escribir 2,494, no sabian leer 14,410.

Total de habitantes, 29,624.

El partido de Villalpando tiene 29 ayuntamientos. Habia varones establecidos 12,920, transeuntes 348. Hembras establecidas 13,130, transeuntes 91. No habia extranjeros. Solteros 7,797, casados 4,958, viudos

511. Solteras 7,349, casadas 4,947, viudas 925. De los varones sabían leer y no escribir 655, leer y escribir 6,658, no sabían leer 5,753. De las hembras sabían leer y no escribir 1,423, leer y escribir 1,598, no sabían leer 10,200.

Total de habitantes, 26,487.

El partido de Zamora tiene 43 ayuntamientos. Había varones establecidos 19,168, transeuntes 626. Hembras establecidas 19,670, transeuntes 157. Extranjeros establecidos 7, transeuntes 8. Extranjeras establecidas 4. Solteros 11,713, casados 7,275, viudos 821. Solteras 11,130, casadas 7,118, viudas 1,583. De los varones sabían leer y no escribir 1,291, leer y escribir 9,641, no sabían leer 8,877. De las hembras sabían leer y no escribir 1,663, leer y escribir 3,142, no sabían leer 15,026.

Total de habitantes, 39,640.

Total de habitantes de la provincia, 248,502.

En el resumen de los presupuestos provinciales de ingresos correspondientes al año económico de 1863 á 1864, se halla que á la provincia de Zamora correspondieron las siguientes cantidades, en la forma que verá el lector:

Productos generales, 16,584 rs.; productos especiales de instrucción pública, 120,999; de beneficencia, 545,485. Total, 683,063 rs.

Los medios autorizados para cubrir el déficit provincial, dieron el siguiente resultado:

Contribución territorial, 151,436; id. industrial, 28,590; id. de consumos, 984,620; arbitrios y repartimientos, 111,313.

Recargos extraordinarios. Total, 1.275,959.

Resultas por adición de presupuestos anteriores, 1.274,531.

Total general de ingresos, 3.233,558.

El resumen de presupuestos municipales de gastos correspondientes al año 1861, dió el siguiente resultado para nuestra provincia:

Ayuntamientos, 1.020,300; policía de seguridad, 104,985; policía urbana, 273,674; instrucción pública, 1.419,109; beneficencia, 150,412; obras públicas, 253,172; corrección pública, 235,490; montes, 75,433; cargas, 153,290; voluntarios, 38,316; imprevistos, 202,023.

Resultas por adición de presupuestos anteriores, 248,323.

Total general de gastos, 4.174,527.

El de los presupuestos municipales de ingresos correspondientes al año 1861, fué de 4.472,609.

El de los presupuestos municipales de gastos correspondientes al año de 1862 y seis primeros meses de 1863, fué de 5.964,694 rs.

El de los presupuestos municipales de ingresos correspondientes á 1862 y seis primeros meses de 1863, fué de 6.323,553 rs.

El de los presupuestos municipales de gastos correspondientes al año económico de 1863-64, fué de 5.377,910 rs.

El de los presupuestos municipales de ingresos correspondientes al año económico de 1863-64, fué de 5.838,940 rs.

*Usos y costumbres.*—Los habitantes son honrados, trabajadores, sanos, y alcanzan grandes fuerzas. Es notable la costumbre de los hijos de allende el Orbigó hasta la Puebla de Sanábria. En muchos pueblos hilan, usando para ello una gran rueca y uso de hierro de tres cuartas. Las mujeres se ocupan en las faenas del campo, como sus vecinas las asturianas y gallegas, sin que las estorbe el hallarse criando, en cuyo caso, cual suelen también en Galicia, ponen á la criatura en un banasto entre las astas de los bueyes. En los bailes son las mujeres las que tañen. Por la noche se reúnen todos en una casa, que suele ser la del cura, é hilando, cantando y refiriendo cuentos de brujas y aparecidos, llegan así hasta las once, en cuya hora cada cual torna á su morada. Tal es el *Filanguero*, llamado en parte de Galicia *Fia*.

Doloroso es decir que, á pesar de la honradez de la mayor parte de los habitantes, sea grande en ella la criminalidad, aunque no tanto como en las demás provincias de lo interior y el Mediodía. Por nuestra parte, creemos que buena parte proviene del contrabando á que convida la inmediación del vecino reino de Portugal. Y no que tengamos lo dicho por regla, pues, á la verdad, en los partidos de Fuentesauco y Toro, que no son fronterizos, es mayor el número de crímenes, mientras en el de la Puebla de Sanábria es donde menos propensión se advierte á los crímenes de sangre.

De todas maneras, no hay duda que la ignorancia y la falta de comunicaciones son dos grandes causas para alentar á los criminales, que además cuentan con la cercana frontera para huir del castigo, lo cual logran no pocos, á pesar de los tratados de extradición.

# LIBRO SEGUNDO.

## CAPITULO PRIMERO.

Tiempos primitivos.—Primeros pobladores.—Iberos.—Vascuence.—Nombres de origen vascongado.—*Briga*, palabra y terminacion céltica.—Los diversos pueblos de la Península no tenían nombre comun.—Los vaceos.—Los lusitanos.—Union de iberos y celtas.

Carece, en lo general, la historia de pormenores que á los tiempos antiguos se refieran. Cuanto de los primeros habitantes de nuestra Península sabemos, corresponde casi siempre á grandes regiones, cuyos límites no serán nunca especificados con la debida claridad, de suerte que, aun hablando de los grandes pueblos que un tiempo señorearon el suelo de Iberia, pocas veces podremos decir si los usos y costumbres de que vamos dando cuenta se extendian hasta las márgenes de este ó aquel rio ó salvaban las cumbres de tal cual agreste montaña.

Con todo, deber es del historiador poner á la vista cuanto á su tarea corresponde, para lo cual habremos de hallar en esta crónica dificultad no pequeña. Mas en ella cabalmente cobrarán fuerzas la voluntad y el entendimiento, cual acontece al animoso explorador de remotas y vírgenes selvas, por las cuales penetra hacha en mano, sin que los estorbos le arredren ni el miedo de no poder seguir adelante paralice el vigor de su brazo.

Es, en verdad, singular que las dos naciones que mas conocemos de la antigüedad, hayan podido decirnos tan poco de los primeros hombres que señorearon su territorio. Cabalmente, el idioma y la literatura de Italia y Grecia, cuanto mas cultos y poderosos llegaron á ser, menos les consentia la propia perfeccion conservar el recuerdo de los rudos tiempos anteriores. En nuestra Península, cuando ya estaba del todo *romanizada*, hallaban los escritores gravísima dificultad en pronunciar muchos nombres, cuya rudeza reñia constantemente batalla con el armonioso y culto idioma del Lacio.

Semejante desden, propio de toda civilizacion superior, ó que por tal se tiene, á cuanto la rodea, ha sido

en extremo pernicioso para el conocimiento de los tiempos primitivos de todas las naciones.

Hoy, el hombre movido de irresistible impulso, superior, sin duda ninguna, á la mera curiosidad, anhela conocer lo que la historia ha callado ó mas bien desconocido hasta el presente. No bastan ya los documentos á que la historia ha solido acudir por únicas fuentes de la verdad; el hombre, despues de pedir auxilio á la filología, ha acudido despues á la antropología, y no hallando pasto suficiente á su deseo de saber, ha preguntado tambien á la ciencia del geólogo.

Grandes y punto menos que increíbles han sido los resultados de tan incesante anhelo de inquirir. Cuando los sábios tenían puestos los ojos en las esculturas de Asiria ó en los geroglíficos de Egipto, mostró la tierra abiertas sus entrañas, no en son de amenazadora calamidad, sino para dar paso á las armas y utensilios de pueblos desconocidos, en otro tiempo moradores de la tierra europea, en que al presente habitamos, y ante cuya existencia la historia mas antigua es mero juguete, los mas venerables monumentos obras de ayer, y las mas antiguas é ilegibles inscripciones, cosa de que, si bien remotamente, no poco se columbra, mientras, en cuanto á los hombres que corresponden á las edades prehistóricas, ni aun nos atrevemos á calcular los siglos que de la nuestra les separan.

Ya en otra parte (1) hemos indicado nuestra opinion acerca de los primitivos moradores de nuestro suelo, distintos, segun nuestro modo de ver, de la raza que al presente le señorea. Con esto solo, decimos cuanto para la crónica de Zamora es suficiente. En cuanto á los primitivos iberos, de raza ariana, ó mas bien mestiza de las indo-caucásicas y de las que estos hallaron en nuestra Península, no es posible tampoco dar pormenores, y mucho menos tratándose únicamente

(1) Véanse nuestras *Crónicas* de la Coruña, Orense y Pontevedra, tomo 1 de la obra.

te de la provincia en que al presente nos vamos ocupando.

Parece positivo que los iberos hablaban todos, ó la mayor parte, en vascuence. Rastro de este idioma hallamos en nuestra provincia, en el nombre de lugar *Albocella* ó *Albucella* (Toro), Urbieces (rio Orbigo), cuyo último nombre procede indudablemente del *ura*, vascongado (agua).

Adviértase, además, que, como ya hemos dicho antes, muchos nombres ibéricos no han sido conservados, bien por las dificultades que griegos y latinos experimentaron al pronunciarles, ó ya porque se referían á lugares de poca ó ninguna importancia.

En Lusitania, á la cual pertenece parte de nuestra provincia, se hallan pocos nombres vascongados, lo mas probable, porque los nombres de ciudades terminados en *briga* eran los únicos que se tenían por dignos de mencion.

Como quiera, y pareciendo seguro los antiguos iberos hablasen en vascuence, claro es que semejante idioma debió de usarse tambien por el territorio de Zamora. En cuanto al nombre de iberos, fuerza es tener presente que era mas bien geográfico que etnográfico, y que los diversos pueblos de España no eran conocidos por nombres comunes á todos. De esa manera dice (1) Polibio, que la region de nuestra Península cuyas costas daban al Océano no le tenían. Aun por Iberia entendia Herodoto mas bien la costa Galoligúrica, cuyos moradores servian en Sicilia por soldados mercenarios.

En cuanto á los vaceos, que, si no todo, ocupaban parte, al menos, de nuestro territorio, no nos dice Diodoro de Sicilia que fueran iberos, aun cuando les separa de los celtíberos; y mientras asegura formaban por sí solos un pueblo, afirma que los lusitanos eran iberos. Entre tanto Appiano (2) dice que los vaceos eran una rama de los celtíberos, con lo que se ve lo difícil que es poner en claro cuanto á semejantes tiempos se refiere.

En lo interior, y por lo tanto, hácia nuestro territorio, la mezcla de celtas é iberos se verificó, acaso antes que por las costas, y en cuanto á que esto sucediese por las del Norte, no hay la menor duda.

Eran, pues, iberos, y hablaban en vascuence, no muy diverso (segun lo mas probable) del que al presente se habla, los moradores de nuestro territorio. Pertenecian la mayor parte, primero á los vaceos y despues á Lusitania, á la cual correspondian las tierras aquende el Duero.

Mas en este punto, y aunque tardara en verificarse siglos, ocurre la duda de si en nuestro territorio llegaron á morar los celtas. No hay para qué titubear un solo instante con respecto, al menos, á los vaceos, los cuales eran hijos de iberos y celtas, á semejanza de otros pueblos de lo interior como los carpetanos.

Cierto que los celtíberos, con semejante nombre conocidos, no señoreaban sino parte de lo interior de

la Península, pero, cabalmente en Lusitania, donde se pretende no se hallaban mezclados los iberos con los celtas, es donde con razon se puede sostener que semejante mezcla existia. Mas, ¿puede decirse que los celtas ibéricos eran del todo semejantes á los galos? Llamaban los antiguos á los nuestros *celtici*, los cuales parece probable vinieron á España cediendo al empuje de otros celtas llegados últimamente á las Galias. De todas maneras, la palabra *briga*, por terminacion de nombres de lugares, se halla con frecuencia en Lusitania.

Parece, en efecto, que allá en tiempos remotos moraban en nuestro territorio pueblos de costumbres apacibles, que iban de una en otra comarca. En cuanto á nuestros vaceos, sabemos que todos los años repartian las tierras, y conservaban en comun el fruto (1), señal de que entre ellos era el estado de sociedad por extremo antiguo.

Humboldt, con su clarísimo talento, y fundándose con razon en la falta de datos históricos y de nombres de lugares, dice seria aventurar infundada suposicion el pretender que, además de celtas é iberos, haya habido en nuestra Península otro pueblo, cuyo rastro no es posible hallar ni en los autores antiguos ni en los nombres de lugares. Ya hemos dicho, á propósito de los tiempos primitivos, lo que creíamos verdad. Para nosotros, teniendo en cuenta los resultados de los modernos estudios pre-históricos, no hay duda hubo en la region ibérica un pueblo anterior al blanco.

Mas, en la forma que llevan los trabajos de la *Crónica general*, es de sumo interés tener presente, que, además de dar al lector la verdad histórica, hay que ver de evitar en cuanto sea posible toda repeticion enojosa.

No bastan ya para la historia el patriotismo ni el amor mas ó menos ciego á la tierra en que hemos nacido. Fuera, pues, causa de verdadero remordimiento para nosotros, el dar á entender que consentíamos, siquiera indirectamente, y tan solo por adular á una ciudad ó provincia, en aceptar noticias, documentos y opiniones de falsedad notoria, y que, al presente, lejos de probar la verdad que se deseaba, no harian sino ir en contra de lo que vanamente se queria ensalzar.

Quien ame de veras á un pueblo, sabrá decirle la verdad. Quien trate de medrar á su costa, verá ante todo de engañarle.

No dudamos, pues, haya aun hoy dia lectores que nos motejen de poco afectos á Zamora, por no haber seguido la opinion de D. Manuel de Noboa, cura de la parroquia de San Vicente de aquella ciudad, que en el siglo pasado se empeñó en sostener que Túbal habia sido el verdadero fundador de Zamora, acusando á Florian de Ocampo, por no haber hecho este caso de *monedas del tiempo de Túbal*, con las *insignias* de su abuelo Noé, á saber: una cabeza con dos caras por un lado, y por otro un navío ó arca (!) etc. etc.

Cierto que el dia en que los españoles logremos no hablar de Túbal, á propósito de los tiempos antiguos de nuestra historia, habremos merecido bien de esta y de la paciencia del lector.

(1) Polibio (III, 37, 40).

(2) Appiano (VI, 57).

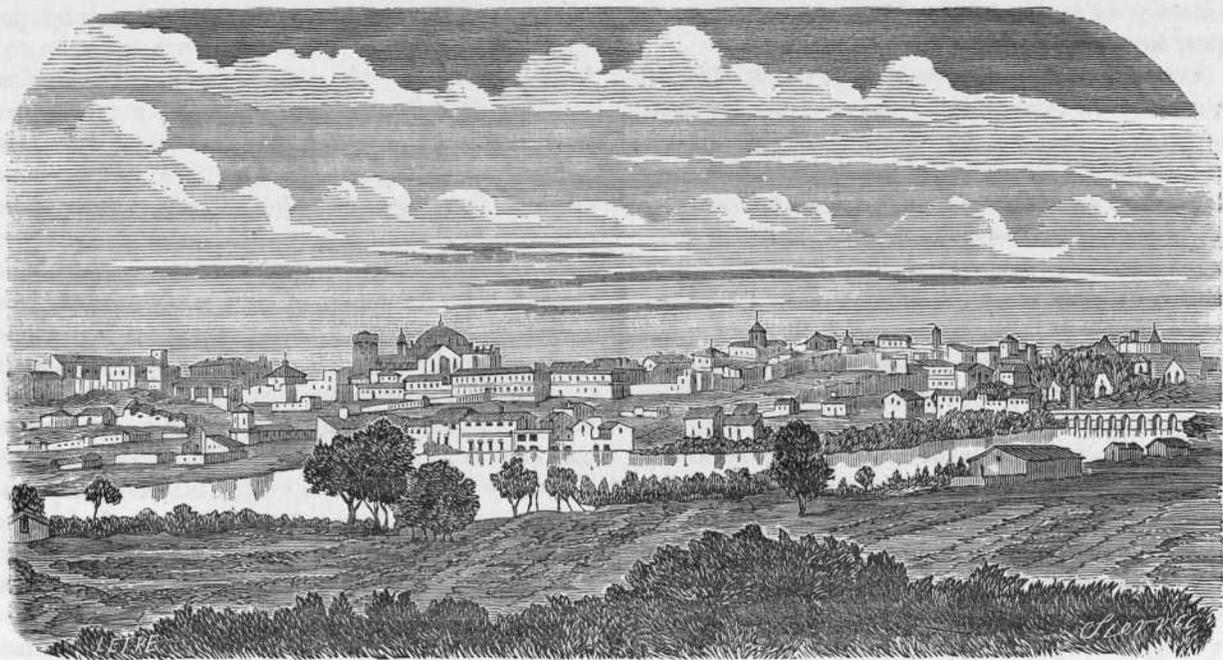
(1) Diodoro, 34.

Mas al cabo, y puesto que la ciudad de Zamora no ha tenido, como otras, historia propiamente dicha, creemos justo ir refiriendo cuanto acerca de ella se ha dicho, no sin rogar al lector nos pase el referir opiniones ajenas, que, por desgracia, suelen serlo tambien á la sinceridad histórica, y aun al recto juicio. Como quiera, no es en verdad culpa de Zamora el que haya habido escritores, que á semejanza de la mayor parte de los de su tiempo, se mostraran poco afectos á la crítica histórica, si de ella resultaba no ser fundadas opiniones hasta entonces tenidas por innegables.

En Zamora acaece lo que en pocas ciudades de España, pues en efecto, no puede dudarse ha habido fun-

damento para que, durante siglos, la llamaran Numancia. Terreno es este un tanto resbaladizo y en el cual quizá no nos sea posible dar á todos gusto, mas no nos cansaremos de repetir, que, antes que el afecto ó el deseo de agrandar están para el historiador los documentos y la verdad.

Maravilla, cómo por la mera semejanza del nombre que á veces ni aun existe, se atribuyan ó mas bien, inventan orígenes que carecen de todo fundamento. Suponiendo que Zamora es la antigua Numancia, se ha dicho la habian fundado los nómadas, que desde Africa vinieron á trocar su estado *nómada* ó errante, para fundar aquella nobilísima ciudad, honra de Espa-



Vista general de Zamora.

ña. Se sabe aun el año en que los nómadas vinieron (3685), siendo de admirar la exactitud con que especifican la fecha. Aquí es fuerza demos ya cuenta de un manuscrito importante, desconocido hasta el presente, escrito durante el siglo pasado, y del cual tenemos quedar cuenta, no menos por la importancia de la obra, que por no haberla hallado citada en parte alguna.

Como la bibliografía es cosa de tan señalada importancia para toda clase de trabajos literarios, y en especial para los históricos, estamos seguros de que el lector nos agradecerá le demos noticia de la referida obra, la cual no hemos visto citada hasta ahora en ninguna parte. Tiene cinco tomos, y en el segundo hay en la página 18 un encabezamiento que dice lo siguiente: «Historia de la ciudad de Zamora y su santa iglesia y obispado, escrita año de 1786, por D. Miguel Jph. de Quirós, presbítero.»

Además, por una carta que hay en el tomo II dirigida por el padre capuchino de Toro Fray Andrés de Fresno, el 20 de julio de 1786 á D. Miguel José

de Quirós, en La Mota, se confirma que este era el autor del manuscrito, lo cual concuerda con las iniciales M. J. de L. que se hallan al pié de la dedicatoria «á los ilustrísimos señores obispos, dean y cabildo de la santa iglesia catedral de la ciudad de Zamora.» La Mota en que nuestro autor vivia ha de ser «la del Marqués,» en el obispado de Zamora. A la par de la carta que hemos citado, hay otra, despues de la cual ya no cabe duda en cuánto acabamos de decir, y en el respaldo hay lo siguiente: «Para D. Miguel de Quirós, capellan en La Mota.»

Consta, pues, el manuscrito de cinco tomos, con sendas encuadernaciones de pergamino, y llama el autor á su obra, segun la portada del tomo II, «Aparato Histórico-Geográfico. En donde se van recogiendo todas las memorias concernientes á la Historia de la santa iglesia y obispado de Zamora, tomo segundo año del Señor M.DCC.LXXX.VI.»

Sigue la dedicatoria, en lo que, despues de confesar el autor con excesiva humildad ser «el clérigo mas ignorante de todo el obispado» se gloria de que en todo

este no fuese posible hallar otro mas amante y celoso de las glorias de aquella «santa iglesia catedral.» Ya, en la dedicatoria, dice es beneficiado capellan mayor y cura párroco de Santa María de Castellanos de la villa de La Mota.

Seis años (añade) pasó disponiendo trabajos para la obra, en los cuales no dejó de padecer «desaires y aun repudios,» pues solian recelar los religiosos de ciertos monasterios que tanto anhelo por parte del autor en buscar antiguos documentos fuese para perjudicar á los derechos de la comunidad.

Finalmente, el autor concluye pidiendo al obispo ayuda, en atencion á que la falta de recursos le estorba llevar adelante la obra.

Para que se vea de qué manera consideraban muchos á la historia, aun el siglo pasado, ponemos aquí la carta que Fray José de La Mota escribe á nuestro autor, á propósito de la historia de Zamora.

«Amigo D. Miguel: Convengo con lo que Vmd. dice, que Zamora no es, ó no fué la famosa Numancia; pero pregunto ¿nos hacen alguna injuria los que con fundamento ó sin él la quieren dar esta gloria? ¿Reputará Vmd. por tan feo borron de ella, que así se diga, ó se crea aun por no pocos extraños, para que se juzgue precisado su historiador á vindicarla de esta ignominia y afrenta? Si Vmd., en calidad de tal, se contempla deudor á la verdad, yo no le aconsejo que la impugne ó la atropelle, introduciendo el engaño ó confirmando el error; ni tampoco le digo que se obstine en mantener en su poder esta alhaja, si su legítimo dueño se la viene á pedir presentando indubitables títulos de pertenencia: nosotros, señor mio, tenemos en nuestros libros de bautizados la partida que acredita con no pocos años de antigüedad y con muchos venerables testimonios, como Vmd. sabe mejor que yo, que Zamora fué la antigua Numancia. Si Soria se cree con mejores papeles y con mejor y mas claro derecho á esta gloria, á ella y á sus interesados pertenecerá defenderle; y no hallo razon alguna para que Zamora por medio de un escriptor público *esté obligada á probar con empeño que injustamente ha posehido alhaja creiéndose obligada á ponérsela en su casa, echándose sobre sí todas las costas;* mas esto D. Miguel es conversacion,» etc.

## CAPITULO II.

Escritores cuyos trabajos se refieren á Zamora.—Orígenes.—Si Zamora fué Numancia.—Lo defienden los zamoranos.—Razones que para ello han tenido.—Su amor á la ciudad.—Hebreos de Zamora.—Antigua fundacion de esta ciudad.—*Sisapona, Sentica, Sarcabris.*—Asperanza de costumbres de la *España Ulterior.*

La carta que acabamos de copiar en el artículo anterior, dice mas de cuanto podríamos poner de nuestra parte. Por ella se ve de qué suerte creian muchos debia escribirse la historia, para la cual estaba demás la sinceridad, en tratándose de lo que entonces se tenia por honra y gloria de pueblos y ciudades, y en ello no dejaban tambien de ir mezclados mas positivos intereses. Acaso la sinceridad de nuestro autor, al hallar imposible ó por lo menos dudoso que Zamora hu-

biese sido nunca Numancia, estorbó hallara los auxilios que pedia para la continuacion de su obra.

Mas, aunque otro sea nuestro intento, no es posible hablar de la fundacion de Zamora, sin tener en cuenta lo mucho que acerca de ella se ha escrito. Además del escritor Velez que sabe á punto fijo que Zamora fué fundada por Tubal el año 1800 de la creacion del mundo, ya hemos mencionado la opinion que tiene por buena que los númeridos dieron nombre á Numancia (Zamora), el año del mundo 3683, como puede verse en Diego Perez de Mesa, *Grandezas de España*, cap. LXXXIV. A propósito de lo cual dice, no sin gracia, este escritor «que los zamoranos lo defienden con tanto teson que no hay que persuadirles lo contrario; ni yo, añade, me meteré por ahora en examinar y sentenciar semejante materia, pues es larga, prolija y enredosa y no conduce para mi asunto.»

Pero Diego Perez de Mesa no demuestra gran conformidad con su primer propósito, pues añade que los zamoranos dan á entender apasionadamente que su ciudad es la antigua y célebre Numancia que tanto tiempo resistió á los romanos, si bien añade que nadie de los que algo entienden, tienen esta fantástica opinion.

Mas fundamento tiene el decir que Viriato fué de tierra de Zamora, aunque no sea mas de por qué hacía allá se extendia la antigua Lusitania. Aun aquí el buen Mesa exclama, lleno de enojo y buena fé: «Sea lo que fuere, que no se les puede contradecir nada, segun defienden su parecer á puñadas, mas que con razones, como moros.»

Opinion tan arraigada en los zamoranos no habia de carecer de defensores que resistieran la de Diego de Mesa. A propósito de lo cual escribió el doctor Vegas un tratado, cuyo título es: *Opúsculo numantino*, puesto al fin de la *Historia de San Ildefonso*. Tambien se creyó en el caso de hacer lo que entonces se llamaba escribir en favor de Zamora, su pátria, el ilustrísimo doctor Valcarce, canónigo doctoral de Sigüenza y despues obispo de Cartagena de Indias, pues en su *Epítome de derecho canónico* extendió larga disertacion en el sentido que hemos indicado.

La obra de Novoa, cura de San Vicente, en defensa de la misma opinion, es un tomo en fólío de 288 fojas. En igual sentido escribió D. Pedro Moreno, presbítero, y se dice que sus obras se conservaban en la librería de los dominicos de Zamora, y que eran tres volúmenes en 4.º Tambien escribieron, además de otros muchos, D. Francisco Alvarez, cura que fué de Corenes (1776), cuyas obras parece fueron á parar á Salamanca, y D. Fray Alonso Vazquez de Miranda, abad de Santa Anastasia, persona instruida.

Entrar aquí en pormenores acerca de las razones alegadas á propósito de si Zamora fué ó no en lo antiguo Numancia, fuera llenar todo el espacio en nuestra crónica, otorgado en la presente obra, y aun acaso presentando la cuestion de esa suerte, no habia de resolverse con la debida claridad.

El amor de los zamoranos á su pátria, y aun razones no despreciables (en cierta época) les hizo acudir, como ya hemos visto, en defensa de Zamora, cuya honra consideraban ofendida. En medio del clamor



FELIPE IV.



reo del combate, ni aun perdonaron á su ilustre compatriota Florian de Ocampo, por haberse mostrado de opinion contraria, y alegando razones y datos, no sin ingénio, traídos de griegos y romanos, creyeron no era posible negarles que Numancia estuvo fundada en el lugar de Temblayo, mas allá de San Frontis.

Habrà quien crea que con semejante esfuerzo se daban por contentos los historiadores y cronistas de siglos pasados, mas en ello se engaña lastimosamente, pues ya teniendo, digámoslo, á Numancia, no se contentaban ciertos escritores con semejante conquista, sino que trataban de averiguar cuál era el origen de Numancia, y, por consiguiente, de Zamora. Quisieron, en fin, tener por fundadores á los griegos, en cuyo idioma hallaban que Numancia valia «Gracia de Adivino.» Quien preferia para fundadores á los arevacos, quien á los vascones y otros á Numa Pompilio. Los habia que tenian por mejor fueran judíos los que primero edificaron á Zamora, que, enviados por Nabucodonosor 600 años antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, construyeron la ciudad despues de Toledo. Esta opinion, de origen, ó no dudarlo, hebreo, se fundaba, además de creerlo así los autores, en que Toledo y Zamora eran ambas muy semejantes á Jerusalem por el clima, cosa que, segun ellos, tal vez influyó tambien en que tuvieran sinagogas por extremo notables y célebres, las cuales, cuando trataron de dar muerte al Redentor, ni una ni otra consintieron en ello.

Quedáranos verdadero remordimiento si no añadiésemos que ha habido además personas que sostenian, por saberlo, sin duda, con toda certeza, que la carta de San Pablo á los hebreos fué para los de Zamora especialmente. Por nuestra parte, solo nos falta añadir que fué tan solo para estos...

Mas cuantas opiniones llevamos referidas, de las cuales no podemos hoy dar cuenta sin caer, siquiera sea ligeramente, en ironía, no deben pasar sin la debida mencion y aun sin el respeto que el amor á la pátria, por ciego que sea, inspira siempre á todo corazon generoso.

No hay duda en que la noble ciudad de Zamora, de fundacion antigua, á no dudarlo, puesta en alto asiento que descansa sobre peñas, á cuyos piés corre el caudaloso Duero, rodeada de fértiles tierras, abundantes en todo género de frutos, debidos, así á la bondad del suelo como á la del clima, debió de ser siempre lugar á propósito para una poblacion importante.

Esta opinion, fundada, mas que en monumentos legados por la antigüedad, en las que acabamos de extender no há mucho, obligó á todos los historiadores, aun á los menos confiados en las suposiciones que ya conoce el lector, á intentar saber con toda certeza el nombre de la poblacion que allá en tiempos remotos ocupó el lugar de la presente.

Diéronle unos por nombre Sisapona; algunos Sentica y otros Sarabris, queriendo aplicarla los de diversas ciudades conocidas en la antigüedad, sin advertir que no era fácil concordar las distancias y lugares que aquellas ocupaban con la de nuestra Zamora.

En lo que no hay duda es que ni en tiempos de

romanos ni de godos se halla el nombre de Zamora, ni otro alguno que tenga con él la menor semejanza: mas antes de dar á conocer todas las opiniones acerca del primitivo nombre, diremos la nuestra acerca del estado social y político de la Península con relacion al territorio zamorano.

Lo cierto es, que, aun habiendo la poblacion que se pretende, no podia nunca tener la importancia de las ciudades griegas y fenicias de la costa del Mediterraneo. Emporium (Ampurias), Sagunto, Cartagena, Malaca y Gades, de origen en todo ó en parte extraño á los habitantes de la Península, se sometieron voluntariamente al dominio de Roma por temor de no poder afrontar solas al indígena. En cuanto á este, se mostró siempre indómito enemigo de los conquistadores.

Se ha sostenido, no sin fundamento, que España poseia cultura propia, de la cual no es fácil dar grandes pormenores, pero que, á no dudarlo, era mayor por otras regiones que por la nuestra. Dividióse la escritura de los iberos en dos grandes ramas, la del Ebro y la de Andalucía, las cuales se repartian en otras muchas mas pequeñas, si bien todas se referian al antiguo alfabeto griego.

Pero, mientras se asegura que los turdetanos tenían antiguos cantares, código de leyes dispuestas en seis mil versos y anales históricos, siendo con toda verdad uno de los pueblos mas adelantados y menos guerreros, pues se valia de mercenarios, mientras se dedicaban con esmero á la agricultura y cria de ganados, llegando á hacerse con la mayor facilidad á todos los usos de la civilizacion romana; hácia nuestro territorio oponian los naturales todo género de estorbos á las armas de Roma, siendo tal la falta de cultura que en ellos se advertia, que en *Intercatia*, en los Vacceos, acaso en el propio territorio de nuestra provincia, ó al menos cerca, ignoraban los naturales el uso del oro y la plata por los años de 600, antes de Jesucristo. Cierto; parece increíble que tal sucediese cuando ya existia el *argentum oscensis* con leyenda en idioma ibero (559).

Los iberos de lo interior y parte boreal de la Península, mostraban por aquel tiempo tan gran valor, como dificultad para entenderse entre sí; tanta inclinacion á la discordia, como incapacidad para constituir una gran nacion. Do quiera se hallaban hombres animosos, pululaban guerrilleros, heróicas cuadrillas de bandidos tan terribles á veces, para propios, como para extraños. Habia, pues, guerrilleros, no soldados, jefes de bandas, no estadistas, hombres turbulentos, no ciudadanos. Parece como que la desventura de nuestro pueblo se opone á que sepa jamás constituirse por la voluntad de todos, en estado de vigorosa concordia, cuya tristísima calidad entrega siempre á las naciones que no poseen otras mejores á todo género de desórdenes y daños, y por consiguiente, á los piés del primer tirano advenedizo.

No hay duda en que el estado de lo interior debia de ser poco agradable á los ojos de hombres civilizados, con lo que para los romanos era rigorosísimo castigo el verse internados hácia el Oeste de Cartagena. Tal era la falta de seguridad que á la sazón habia en la Península, que, al menor disturbio de España *Ulterior*

no se atrevían los jefes romanos á moverse sin numerosas escoltas.

El amor á la pátria, á menudo ciego, tal vez halle exagerado cuanto vamos diciendo de los habitantes de lo interior, mas no lo parecerá tanto con solo tener presente que, acá en la costa, en Ampúrias, habia, digámoslo, dos ciudades, en las cuales vivían respectivamente griegos y españoles, aquellos en la parte que hacia península y estaba separada de la española con muralla, en la cual ponían de guarda todas las noches la tercera de su milicia, mientras en la puerta tenían siempre á uno de sus mas importantes magistrados. A los españoles les estaba vedado entrar en la ciudad griega, y en cuanto á los vecinos de esta, no llevaban á vender sus mercancías á los indígenas, sino amparados de buenas escoltas. Si tal sucedía orillas del Mediterráneo, no es mucho fuera escasa la seguridad hácia lo interior y el Norte, cabalmente en donde se halla el territorio de que trata la presente crónica.

### CAPITULO III.

Condición de los antiguos iberos.—Comparaciones con los españoles de ahora.—Palabras de César.—Astures.—Vacceos.—Dudas acerca del antiguo nombre de Zamora.—Florian de Ocampo.—Su opinion acerca de haber estado Numancia donde hoy Soria.—Autores importantísimos que están conformes con él.—*Ocellum Duri*.—*Samurah*.—Versos del poeta Fernan Perez de Guzman.—Zamora citada en el cronicon de Sebastian de Salamanca.

Digna de tenerse en cuenta es la condicion de los antiguos iberos, los cuales, faltos de centro comun que les diese unidad, se hallaban, aunque en mucho mayor atraso de cultura, en estado un tanto parecido al en que se vió la nacion española despues de 1808. En esta época mostraron, en verdad, las mismas buenas calidades y defectos que cuando la conquista romana; valor personal á toda prueba, indisciplina, disposicion admirable para la vida de guerrillero, y no tan buena para la de soldado; esfuerzo invencible detras de las murallas, pero la falta de disciplina les esponia á verse vencidos en campo raso; con la espada corta de dos filos, que los romanos tomaron luego para sí, vencieron á estos á menudo cuerpo á cuerpo, mas siempre carecian de aquel ordenado esfuerzo sin el cual no puede existir el valor militar. Faltábales, pues, á nuestros padres lo que en varias épocas nos ha faltado tambien, esto es, aquella cohesion política que otros pueblos han sabido lograr despues de revoluciones mas ó menos largas, y que hemos debido siempre, mas que á nuestra voluntad, á la que un hombre nos ha sabido imponer. Por desgracia, cuando no ha sucedido esto último, no parece sino que los hijos de la Península ibérica están condenados á oír eternamente el vituperio de César:

«Jamás ha habido entre vosotros ni verdadera guerra ni verdadera paz.»

Bueno es que los pueblos tengan la suficiente fortaleza para oír la relacion de sus propios defectos, y si fundadamente nos han podido tachar de inquietos con exceso, y por lo tanto, incapaces de vivir en paz, así como de indisciplinados, y por ello á menudo vencidos en campo raso, dia llegará, plegue al cielo, en que siendo pueblo con toda verdad varonil, dejemos de des-

cargar todos nuestros defectos y culpas en los jefes y gobiernos, cuando la falta de energía colectiva, de la debilidad individual proviene.

Rota la tradicion, que, no sin fundamento, podemos llamar feudal y monárquica, el pueblo español se halla, durante el siglo xiv, en el mismo caso en que el ibero de tiempos de César. No quiera Dios que por falta de voluntad y energía en nuestra raza, ni aun el consuelo nos quede de vernos regenerados por numerosas colonias extranjeras, como al cabo lo hicieron los romanos, á lo cual debió nuestra tierra la paz y prosperidad que habian sabido mantener sus hijos.

Ya hemos dicho habia en la antigüedad dos grandes naciones que entraban, digámoslo, en el territorio, al presente provincia de Zamora. Los astures, que pertenecian al convento jurídico de Asturica Augusta (Astorga), llegaban, bajando del Norte y se extendian al Oeste del Esla, hasta el desagüe de este en el Duero, con lo que es del todo necesario dar cuenta de pueblo que poseia tan gran parte de nuestra provincia, la cual tambien compartian acaso hácia el extremo Occidente con los gallaicos, en especial los brzcarense.

Pero como la ciudad de Zamora se halla en el antiguo territorio de los vacceos, no es posible desconocer que la mayor importancia corresponde á estos. Tenian los vacceos veinte y dos ciudades, y ya hemos dicho que todos los años repartían las tierras y conservaban los frutos en comun.

Conocemos el territorio y sus habitantes, mas no podemos dar con seguridad el nombre de la poblacion que es posible hubiese en el lugar que al presente ocupa Zamora. De cuantos datos hemos aducido, de cuantas opiniones hemos dado relacion, no hemos podido lograr noticia exacta, ni aun aproximada, para la poblacion que buscamos.

Por ventura, ¿podremos decir han sido mas afortunados en semejante asunto los escritores modernos que los antiguos? Desde la opinion que, á nuestro entender no sin fundamento histórico, pero erróneo, supone ocupar Numancia el lugar de Zamora, hasta lo que al presente se tiene por mas probable, todo descansa en la creencia de que esta última ciudad existia antes de los tiempos en que habla de ella la historia. Para esto, como ya hemos visto é iremos viendo, no nos es posible partir de ligero, pues hubo, en verdad, una equivocacion que duró largo tiempo, y á la cual dieron no pocos escritores grandísima importancia.

No ignoramos, que, aun hoy, suelen preferir algunos para el lugar donde nacieron ciertos privilegios de abolengo, mas ó menos fundados, y á nuestro entender harto inferiores á otras ventajas que fuera mejor alegar. Para nosotros, fuera tarea de mayor complacencia no habernos visto obligados á indicar el mal estado en que se halla la instruccion pública por nuestra provincia, cuya mejora del todo necesaria y perentoria, valdria mucho mas que el tener por cierto, dudoso ó falso si Zamora es en efecto legítima descendiente de Numancia. A decir verdad, no hablamos aquí como historiadores, pero aun los que por ello nos motejen, en breves palabras hallarán la contestacion.

Desde luego hemos creído, á fuer de sinceros y leales, ponernos de parte de lo que teníamos por verdad,

si bien no podíamos alegar cuantas razones se han presentado en pró y en contra, por ser del todo imposible en este lugar.

En resolución, y aunque pueda tachársenos de valernos de argumentos de autoridad (que en historia son sobremanera importantes) no va en tan mala compañía nuestra opinión cuando el zamorano Florian de Ocampo, en la *Crónica general de España*, lib. I, cap. VI, fol. 19, dice, que, junto á Garay, ó no muy lejos, los antiguos tuvieron la muy nombrada población de Numancia, añadiendo luego en el lib. III, cap. XLI, fol. 136 que Zamora fué Senticá, y Toro Sarabris.

Dejando á un lado esta última opinión, la cual sirve, con todo, para demostrar cuán firme se hallaba Ocampo en lo de creer que su patria Zamora no había sido nunca Numancia, acompañándole en semejante creencia infinitos varones ilustres, honor de las letras y ciencias españolas.

Antonio de Nebrija (*De rebus Hispan.* Decad. I, lib. V, cap. IV) asegura y demuestra que Numancia no es Zamora como el vulgo dice, sino Soria ó tal aldea en su territorio. «*Quod Numantia non est ea que vulgo dicitur Zamora; sed Soria, aut vicus in agro illius.*»

D. Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, en la epístola á D. Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, sostiene que Numancia es Soria, no Zamora.

Lucio Marineo Sículo (*De rebus Hispan.* lib. III, cap. I de Callectia), dice, que, ni Zamora fué Numancia ni Toro corresponde al *Campus Gothorum*.

Juan Vaseo (*In Chron. ad aun Urbis and.* 621), dice que, Numancia se llama al presente Soria, y que si bien muchos afirman es Zamora, la autoridad de Plinio demuestra lo contrario.

D. Bernardo Aldrete (*Antigüedades de España*, libro I, cap. IV hasta el IX) demuestra y persuade á que Zamora no pudo ser Numancia, la cual estuvo donde hoy está Garay.

Miguel de Villanueva (*sobre Tolomeo*) pone á Numancia en Soria, y á Sisapona en Zamora. Véase también lo que dice Juan de Olivares sobre Pomponio Mela.

Juan Sedeño (*Varones ilustres*, tit. XVII, cap. VIII, vida de Scipion el Africano, fól. 400) dice, que, el sitio de Numancia es cerca del nacimiento é ribera del Duero, etc. Véase igualmente lo que dicen Estéban de Garibay, lib. VI, cap. XIII, así como Ginés de Sepúlveda en su epístola LVI al condestable de Castilla.

Ambrosio de Morales (*Chronica*, lib. VII, cap. XXV y *Antigüedades de España*, fol. 104) dice: Numancia, estuvo donde al presente Garay, y de ningún modo en Zamora.

Per Anton Beuter (*Crónica de España*, lib. I, capítulo XXI, pág. 112) dice: «Numancia, según Orosio, estaba junto á la raya de Galicia, y era de los celtiberos, á tres leguas del río Duero, puesta en un monte; unos dicen que es Soria, y otros que se hallaba entre Soria y Garay.

Ludovico Nonio, médico antuerpiense (*Hispania*, capítulo LXXVIII, núm. 2) dice que los mejores escritores afirman que Soria está donde antes fué Numancia, *Numantiam olim fuisse ubi nunc Soria est melior Scriptor. pars asserit.*

Juan de Mariana (*Historia de España*, lib. III, capítulo I), dice: «Mas de una legua sobre la ciudad de Soria, donde al presente está la puente de Garay, no lejos del nacimiento del río Duero, se muestran los restos de aquella noble ciudad.»

Véanse además los doctores Medina y Mesa (*Grandezas de España*, lib. II, cap. LXXXIV), Juan de la Puente (*Conservacion de las dos Monarquías*), Antonio Yepes (*Crónica de San Benito*, tomo V, fól. 207), Pineda (*Monarquía Eclesiástica*), F. Alonso Venero (*Enchiridion de los tiempos*, fól. 72), Mario Aretio (*Corografía de España*), Rodrigo Mendez de Sylva (*Poblacion de España*, cap. XXIII), D. Juan Antonio de Estrada (*Poblacion de España*, tomo I, pág. 222), Philipo Ferrario (*Lexicon Geográfico. Verbo Numantia*), P. Mteo. Fr. Henrique Florez (*España Sagrada*, tomo VII), Fray Francisco Mendez (*Vida del Maestro Florez*), D. Juan Francisco Masdeu, etc.

Como ve el lector, no estamos solos con nuestra opinión, mas aun nos faltan por citar los siguientes autores:

Alvaro Gutierrez de Torres de Toledo (*Sumario de Historias maravillosas*. Toledo 1524) dice, que, Numancia es la ciudad que agora dicen Soria, aunque otros, no con verdad, la llaman Zamora.

Francisco de Cepeda (*Resumpta historial de España*, lib. I, cap. IX, fól. 26), dice, que Numancia estuvo en un collado cerca de Garay.

Por último, el conde D. Bernardino de Rebolledo se inclina á creer estuvo Numancia donde al presente es Almazan.

Puesto que, como ya hemos dicho, no es posible en este lugar referir todos los pormenores sobre el pró y el contra de que vamos hablando, no nos ha parecido justo dejar de traer cuantas autoridades nos parecían oportunas en defensa de nuestra opinión. Maravilla, en verdad, cómo error de tiempos no muy á propósito para los conocimientos históricos, ha podido dar lugar á que población tan importante y digna de respeto como Zamora, llegara á tener por injuria el ver negado el nombre con que mas honraba sus timbres.

Lo probable es que Zamora fuera *Ocellum Duri*, mencionada en el *Itinerario de Antonino* al describir la calzada, que desde Mérida, iba á los Vacceos, de los cuales volvía á los Carpetanos, pasando por *Miacum*, yendo luego á Celtiberia. Por ignorancia se dió en la *Itacion* de los obispados, atribuida á Wamba, al de Zamora, el nombre de numantino.

El obispado de Zamora es muy posterior á Wamba (905). El obispo de Oviedo, inventor ó interpolador de la *Itacion*, fué el primero que llamó á Zamora Numancia, fundándose en que Plinio decia que esta última ciudad estaba inmediata al Duero. Siguióle don Lúcas de Tuy, á quien repitió la *Crónica general*. No es maravilla que con tales fundamentos siguieran muchos sosteniendo lo mismo, y así lo hace Fernan Perez de Guzman en su poema (siglo XV), donde dice:

De Numancia, que loada  
Es en todas las estorias  
Por fazañas é victorias,  
Por áspera é porfiada,

Esta palabra notada  
Del su Cipion se halla:  
«Con Zamora aver batalla  
»Asaz es cosa pesada.»

Tambien ha habido error en Mariana, como ya hemos indicado, cuando decia que Zamora se llamó *Sentice* hasta la reconquista, en cuya época parece el nombre de origen arábigo (*Samurah*) que valia, *ciudad de las turquesas*. Preferible parece á muchos la etimología de *Ocellum Duri*, de Cortes y Lopez (*Diccionario de la España antigua*). Segun él, *Ocellum Duri* viene de *Keli*, copa ó cáliz (*ku* ó *keli*, la copa ó el cáliz) por hallarse Zamora, en efecto, como en una taza, que tal parece la altura en que yace orillas del Duero.

Como quiera, creemos haber dado al asunto toda la importancia y detencion merecidas, sintiendo no hallar en cuanto llevamos dicho la suficiente seguridad para adoptar una opinion, pues aun á propósito de *Ocellum Duri*, que dentro y fuera de España se halla aplicado á diversos lugares, podríamos oponer algunos reparos, á consentirlo el corto espacio de que podemos disponer.

La primera vez que se halla el nombre de nuestra Zamora es en el Cronicon de Sebastian de Salamanca, quien le incluye en las treinta y una ciudades que Alfonso el Católico recobró de los moros. Sebastian dice así: «*Plurimas civitates ab eis olim oppressas cepit, id est; Lucum Tudem, Portucalem... Letesman, Salamanticam, Zamoram, etc.*»

Parece, pues, no hay que dudar que Zamora existia antes de los árabes. Dice Floranes, traduciendo el *Christianos secum ad patriam duxit* de Sebastian, que Alfonso devolvió á Zamora y demás ciudades sus antiguos moradores, cuando otros han traducido, á nuestro entender, comprendiendo mejor el pensamiento del cronista, que Alfonso se llevó consigo los cristianos *ad patriam*, esto es, á sus Estados de Asturias, por no dejarles expuestos á nuevos daños de parte de los moros, lo cual es la verdad, pues Alfonso, á quien acompañaba su hermano D. Fruela, arrasó las ciudades que la discordia de los musulmanes habia puesto en sus manos. En esto obró con excelente consejo, pues no tenia fuerzas suficientes para defenderlas.

#### CAPITULO IV.

Noticias históricas de los vacceos.—Griegos y fenicios.—Cartagineses.—Anibal.—Entra por tierra de vacceos.—Crueldad y codicia de Lucio Licinio Lúculo.—Cercos y rendicion de Intercatia.—Heroicidad de otros vacceos.—Ayudan estos con víveres á Numancia.—Se libra Scipion de dos emboscadas de los vacceos.

Hasta aquí cuánto hemos creído oportuno referir á propósito del origen de la capital de nuestra provincia. Puesta, como ya hemos dicho, en la region de los vacceos, no podemos despedirnos del nombre de estos sin dar acerca de ellos algunas ligeras noticias históricas.

Si con lentitud y extremado trabajo hemos llegado á este punto, no á nosotros, sino al error de haber trocado el nombre de Zamora por el de Numancia, se

debe atribuir, por lo cual hemos tenido que ir como desbrozando el terreno, antes de llegar á dar nuestra opinion, ó mejor de indicar la que nos parece probable.

Griegos y fenicios se habian presentado entre nosotros meramente por comerciantes; sus ciudades eran ante todo verdaderas factorías, y los caminos que en la Península abrieron ó perfeccionaron, en pró del comercio y fácil salida de los productos de España, eran, no del paso de ejércitos conquistadores.

Mas los cartagineses, no contentos con el influjo y riqueza que da el comercio, quisieron para sí todo el territorio. Acaso no era este su intento al principio, pero las conquistas traen siempre consigo la necesidad de otras nuevas para asegurar las anteriores.

Anibal determinó reconocer lo interior de la Península, para lo cual llevó un ejército, por los Olcades y Carpetanos, á las sierras que dividen ambas Castillas, y trasponiéndolas, entró por los Vacceos—Tierra de Campos, la mayor parte—llevándolo todo á sangre y fuego. De allí dió la vuelta á Helmántica—Salamanca—y la cercó. Ofrecieron los ciudadanos rendirse, y dieron trescientos rehenes y otros tantos talentos de plata, en lo cual vino Anibal; mas habiendo aquellos faltado al pacto, tornó el cartaginés, y puso de nuevo cerco á la ciudad. Apretados de dia en dia los moradores, ofrecieron de nuevo rendirse, entregando á Anibal la ciudad, sin mas condicion que la de llevar consigo los vestidos, dejando en manos del vencedor armas y haciendas. Salieron todos, pero las mujeres llevaban debajo de sus ropas las armas de los hombres, los cuales acometieron á los que ya habian entrado para guardar la ciudad, matando á muchos.

Huyeron nuestros españoles á una altura, donde, despues de mantenerse varios dias se entregaron á Anibal, por falta de víveres. El gran capitán de Cartago les concedió volver á la ciudad, á la cual tenian no menos derecho las mujeres por su ánimo generoso que los hombres por su varonil esfuerzo. Tales eran los hijos de nuestra tierra que halló Anibal á su entrada por lo interior de la Península.

(Año 602 de la fundacion de Roma) Nombrado Lucio Licinio Lúculo, cónsul en lugar de Marcelo, vino á seguir la guerra emprendida contra Celtiberia, mientras Sergio Galba iba por Pretor á continuarla en Lusitania.

Sabedor Marcelo de la venida de Lúculo, vió de ir aquietando los ánimos, concediendo buenos partidos á los españoles, todo con intento de no dejar qué hacer al sucesor. Logrólo, y encaminóse á Roma. Mas, Lúculo, pobre y codicioso, no se dió por satisfecho con hallar á Celtiberia en paz, y como su ruin intento era allegar dinero de cualquier modo que fuese, determinó, aunque sin órden del Senado, guerrear con los vacceos. Rindiósele Cauca (Coca), dando rehenes y cien talentos de plata.

Corto era el precio para el avariento romano, quien, faltando á la fé, mandó á los soldados saquear y pasar á cuchillo á los moradores. Siguió Lúculo á Intercatia, cuyo asiento, ya hemos dicho, de no ser en nuestro territorio, debia de estar no lejos. A la referida ciudad habian acudido todos los pueblos comarcanos á quien

la crueldad y mala fé de Lúculo obligaba á lidiar, no solo por la hacienda, mas por la vida.

Fuera de la ciudad quedaron 2,000 caballos, para traer bastimentos y proteger su entrada, no menos que para mantener en continúa alarma á los soldados de Lúculo, lo cual lograron con harta frecuencia. Ofrecióse el cónsul paz si se rendian, mas los de Intercatia, aleccionados, sin duda, con el suceso de Cauca, cerraron los oídos á toda proposición pacífica, con lo que fueron faltando víveres á sitiados y sitiadores, hasta el punto de verse obligados los romanos á cazar liebres y ciervos para comer.

Entonces fué cuando un noble español, recio de miembros y de alta estatura, desafió á cuantos romanos quisiesen hacer campo con él. Venia con Lúculo Publio Scipion Emiliano, el cual viendo nadie se atrevia á afrontar al gigante español, salió contra él y le venció, logrando, cual siempre sucede, ventaja la destreza sobre el vigor corporal.

Alcabo, viéndose los defensores de Intercatia apretados del hambre y del peligro que corrian con tener ya parte de la muralla abierta, vieron de entregarse, y desconfiando de la mala fé, codicia y crueldad de Lúculo, acudieron á la fé de Scipion, en cuya confianza se rindieron. Pero, como el avariento Lúculo queria que, además de rehenes, diesen plata ú oro, ninguno pudieron dar, pues tenian la fortuna de no conocer el uso de semejantes metales. Entonces dieron cantidad de sagos (sayos), que tales eran los vestidos que usaban, y ganados.

No se alejó mucho el romano de nuestro territorio, pues acudió á Pallantia (Palencia), á la cual puso cerco, aunque en vano, viéndose obligado á retirarse con pérdida, pues los españoles, con toda probabilidad, en gran parte hijos del territorio zamorano, le fueron picando la retaguardia, como asimismo lo hicieron hasta el Duero los palentinos.

No es fácil tampoco decir qué parte tomaron los hijos de nuestra provincia en las guerras de Viriato, aunque perteneciendo porcion de la actual provincia á la antigua Lusitania, que llegaba hasta las riberas del Duero, y estando el resto, como el lector comprenderá, tan inmediato, desde luego puede asegurarse ayudaron grandemente á Viriato los hijos del territorio que á Zamora corresponde al presente. Obligados como estamos á dar cuenta, no solo de la historia de una ciudad, mas de la provincia, claro es que no debemos desperdiciar cuanto á semejante objeto corresponda.

Ni es posible dejaran de acaecer notables y gravísimos sucesos en nuestro territorio, cuando la historia nos dice que Viriato, lejos de permanecer siempre en Lusitania, enviaba embajadores á los arevacos, tan inmediatos á los vacceos, para que tomasen las armas en defensa de la libertad de España, asegurándoles que, unidos todos los hijos de esta, podrian fácilmente conseguirlo, cosa que jamás han tenido, ni, segun parece, tendrán presente los hijos de Iberia.

(619) Nos hallamos en la guerra de Numancia. Duraba esta, sin que los esfuerzos de Roma fueran parte á sojuzgar á los pocos generosos españoles que la ciudad defendian. Para lograr la república su intento, vió de hacer cuantos sacrificios fueran necesarios, em-

pleando además uno de los mejores guerreros que tenia. Era este Cornelio Scipion Emiliano, elegido cónsul, quien sin permitir se le levantase gente para la guerra, pidió que únicamente no se pusiese estorbo á cuantos desearan seguirle. Hicieronlo desde luego mas de 500 entre deudos y amigos, á los cuales se juntaron como 4,000 hombres mas. Quedóse Scipion con unos cuantos amigos y envió á los restantes con su sobrino Buteon.

Cuando el ilustre romano llegó á España, vió que el ejército estaba lleno de mujercillas, vivanderos, adivinos y embaucadores, todos los cuales fueron al punto echados del campamento. Con esto y la mas severa disciplina, mudó al punto el ejército de aspecto; mas como los numantinos llevasen todos sus víveres de los vacceos, entró por los fértiles campos de estos con intento de señorearles, sacando para sí el provecho que los de Numancia tenian. Por dos veces corrieron grave peligro los romanos en aquella empresa. La primera, salieron los nuestros de un bosque donde se hallaban escondidos, y hallando á muchos soldados de Scipion desmandados, mataron á casi todos, viéndose en el caso el general de enviar á Rutilio Rufo, escritor de aquella guerra, con cuatro compañías de caballos, las cuales quedaron de igual manera tan gravemente comprometidas, que hubo el romano de enviar toda su caballería, no para vengar el ataque de los nuestros, mas para favorecer la pronta retirada de los suyos.

Otra vez corrieron tambien los de Roma grave peligro á causa de nuestros vacceos, pues habiendo estos determinado esperar á sus enemigos al paso del Duero, tuvieron los últimos la ventura de saberlo á tiempo, con que pasaron por otra parte el rio.

Aquí hallamos á Scipion sitiando á su vuelta una ciudad en tierra de vacceos, cuyos moradores, antes que rendirse á los romanos, viendo no les concedian estos mas condiciones sino la de entregarse al arbitrio del vencedor, mataron primero á sus mujeres é hijos, suicidándose luego todos.

## CAPITULO V.

Sertorio.—Estado social y político de Roma.—Corrupcion.—Amor de los españoles á Sertorio.—Muere este á traicion.—Alzamientos de los vacceos.—Alzanse cántabros y astures.—Se apaciguan.—Guerrea de nuevo con ellos Augusto con ejércitos de mar y tierra.

(668 de Roma) Habíanse alzado muchos españoles siguiendo al romano Sertorio, proscrito de su patria y hombre de notable inteligencia y esfuerzo, que con ayuda de los nuestros dió por largo tiempo qué hacer á la república romana. Hallábase ya esta en plena decadencia. Subsistian en ellas las leyes y la tradicion antigua mas corrompidas; las costumbres, y degenerados los hombres, solo conservaban ya aquel valor personal con que, aun siglos despues, supieron mantener á la devocion de las águilas romanas tantos pueblos de diversas inclinaciones y opuesto origen.

Mas, ya con razon podian los hombres prudentes exclamar, al ver la corrupcion que despedazaba las entrañas de la república:

«¿QUID LEGES SINE MORIBUS?»

Faltaba la honra en las costumbres, eran los excesos de todo género el mas agradable empleo para

aquellos envilecidos descendientes de los vencedores de Cartago, y sin mas amor á la pátria del que les concedia la insaciable codicia, solo se ocupaban en asuntos públicos para agraviar á cuantos tenían por estorbos, y aun para aborrecer á todo el que no les ayudase en el horrible atentado de trastornar á la madre pátria y envilecerla.

Ley infame declaraba tales á los romanos que no tomaran parte por este ó aquel partido, mas no necesitaban, en verdad, semejante aliciente aquellos inquietos ciudadanos, cuya falta de respeto á la ley anunciaba el próximo é inevitable imperio.

Era Sertorio de la faccion vencida, y huyendo de sus enemigos, habia hallado en España, no solo refugio y amparo, mas verdaderos amigos dispuestos á dar por él la vida á toda hora. Segun Plutarco, rodeaban á Sertorio mil guerreros, que le habian, digámoslo, consagrado la vida, lo cual queria decir, conforme á las costumbres guerreras de nuestros españoles, habian jurado morir á la par de él en el combate, y si moria lejos de tan fieles amigos, consagrar á su nombre aquel tremendo sacrificio de que mas adelante dieron los calagurritanos (de Calahorra) formidable ejemplo, matando á sus hijos y mujeres.

Semejante costumbre debíanla los nuestros á la mezcla con los celtas, en quien el amor á la gloria era, si no mas honrado, mas vivo, digásmolo, y aun mas, ciego. Semejantes sacrificios los atribuye Valerio Máximo, especialmente á los celtíberos.

Sertorio vino á fundar en España un estado social y político semejante al de su pátria, conservando de tal suerte cuanto la recordaba, que no parecia sino que en el recuerdo de la república que le habia desterrado hallaba el ilustre proscripto incomparable consuelo. Bien puede decirse que opuso Roma á Roma, y en efecto, de igual manera organizados, lidiaron los contendientes en nuestro suelo.

Mas, lo que no habia hecho la fuerza, lo pudo lograr la traicion. Metello y Pompeyo fueron seduciendo á los muchos romanos que seguian á Sertorio, quien, comenzando á recelar de cuantos le rodeaban, trocó en verdadera aspereza su antiguo carácter. Rodeado de españoles y apartado casi del todo de los romanos, mantuvo la guerra, que hácia nuestro territorio llevaron los generales enemigos poniendo sitio á Pallantia. Obligóles Sertorio á retirarse, no sin que las aldeas y campos de los que al buen capitán seguian, quedaran talados. Murió al cabo el gran Sertorio á manos de traidores, mas no dejó de haber disturbios y verdaderas guerras por nuestro territorio.

Maravilla cómo los vacceos que, en lo general, estaban asentados en abiertas llanuras, tuviesen tan frecuentemente ánimo para acudir á las armas; bien que, á no dudarlo, en aquel tiempo estaban la tierra de Campos y comarcas inmediatas mucho mas cubiertas de árboles que al presente.

(697 de Roma) Era pretor de España Ulterior Quinto Cecilio Metello Nepote, y deseando los vacceos sacudir el yugo romano, comenzaron á prevenirse y disponerse al intento. Súpolo á tiempo Cornelio Nepote, y sacando soldados de las guarniciones, cayó

sobre los nuestros que ya se habian alzado, desbaratándoles en sangrienta refriega.

Mas no se tenían los animosos vacceos por vencidos; antes bien, cayendo sobre los romanos á tiempo que estos sitiaban á Clunia (Coruña del Conde), mataron á muchos, obligándoles á levantar el cerco. Rehizo Metello sus fuerzas, y acudiendo, ganoso de vengar su afrenta, venció á los nuestros; mas no logró el intento sino á medias, pues rehechos á su vez los españoles, fueron en busca del romano, quien, temiendo perderlo todo, permaneció atrincherado, retirándose luego á sus fronteras, y despues á Roma, con pretexto de hallarse en las elecciones.

(718 de Roma) De nuevo se alteraron los vacceos; mas pudo sosegarles fácilmente Statilio Tauro. No muchos años despues (725) tuvo Roma que hacer mayor esfuerzo para sosegar á cántabros y astures. Habian aquellos comenzado por inquietar á los vacceos de tierra de Pallantia, que ya estaban en paz con los romanos, con cuyo ejemplo hicieron lo mismo los astures con sus vecinos, que, á no dudarlo, eran parte de los hijos de nuestro territorio, dado que estos mismos astures no fueran tambien los primeros en acudir á las armas: su ferocidad quedó al cabo reprimida por Sexto Apuleyo, procónsul.

(727) No debió de ser completa la victoria de este, cuando dos años despues, tuvo Augusto César que guerrear de nuevo con cántabros y astures, para lo cual se detuvo el invierno en Tarragona, donde fué previniendo cuanto para semejante guerra necesitaba.

(728) De Tarragona salió Augusto la primavera siguiente, y disponiendo por plaza de armas á Segisama, que parece estaba hácia los Montes de Oca, formó su ejército en tres cuerpos, los cuales habian de entrar la tierra enemiga por diversos lugares. Los cántabros, que segun lo mas probable llegaban hasta la mitad de lo que al presente llaman Astúrias, se ampararon de lo escarpado de sus montañas, con lo cual vió Augusto era necesario acudiese una armada desde Francia. Llamóla, y con su ayuda y la del ejército de tierra, vinieron á quedar los cántabros sitiados.

Así lo refieren los historiadores, aunque no comprendemos cómo podria Augusto lograr su intento de la manera que dicen, pues los sóbrios hijos de aquellas montañas no recibian de seguro notable cantidad de víveres de fuera, dado que alguna recibiesen. Como quiera, tal es la relacion que suele darse, siendo acaso mas probable que por mar desembarcaran tambien fuerzas que, tomando por la espalda á los nuestros, les obligaran á refugiarse en las mas altas cumbres del monte Vindio, que, cierto, no están orillas del mar.

## CAPITULO VI.

Son al cabo vencidos cántabros, astures y gallegos.—Nacimiento de N. S. Jesucristo.—Dominacion romana.—Establecimiento de la religion cristiana en nuestro territorio.—Division territorial.—Idem jurídica.

Acosados los cántabros, cayeron con esforzado aliento sobre los romanos, mas estos, superiores en número y disciplina, les vencieron, obligándoles á re-

fugiarse de nuevo en el monte Vindio, el cual no es sino el gran ramo, que, viniendo de los Pirineos, llega á morir en el extremo Occidente, esto es, en Galicia.

En las mas enhiestas de aquellas cumbres, siempre sagrado antemural de la honra de Iberia, hallaban amparo cántabros y astures; y si bien parte de los hijos de nuestro territorio, vacceos, sometidos ya, labraban en paz sus fértiles llanuras, contentándose, acaso

con envidiar á los buenos que allá en las montañas del extremo horizonte combatian, parte de los hijos del actual territorio eran astures, y desde luego puede asegurarse, que en su tierra y acogiéndose á las mas altas montañas, lidiaron tambien con el poder de Roma.

Para nosotros no es posible dudar que en este último esfuerzo de los españoles en pró de la libertad



Vista de la catedral de Toro.

tomaron parte gran número de habitantes del actual territorio zamorano. Contra todos llevaron sus armas los legados de Augusto, y acometiendo á los astures, que en armas venian tambien en busca suya, trabaron reñida batalla. Fué esta junto al rio Astura, que baja de las montañas hácia Astorga, y quedaron los astures vencidos, viéndose solos los gallegos, que con aquella falta de presteza y unidad verdaderamente ibéricas, no llegaron á tiempo para socorrer á sus hermanos.

A los gallegos acometieron, Cayo Antistio y Cayo Furnio. Agolpáronse los vencidos á la cumbre del monte Medulio. ¿Quién podrá decir el número de generosos iberos que acudieron á morir en aquel último antemural de nuestra independendencia?

(750) Por este tiempo acaeció el mayor suceso que

ZAMORA.

el mundo registra en sus anales, siendo este año el del nacimiento de Jesucristo, en cuyo nombre descansan fundadas todas las sociedades modernas, así de Europa como de América, donde el hombre blanco, que lleva indeleble en el rostro la señal puesta por Dios al que habia de ser dominador de la tierra, extiende por todas partes, con la civilizacion y la cultura, la fé del Hijo de Dios, Redentor del mundo.

Establecido por toda España el señorío de Roma, logró al cabo la Península largos dias de paz, riqueza y aun gloria, pues entraron sus hijos á formar parte del mundo romano, al cual dieron gloriosísimos emperadores.

Cuándo llegó el cristianismo á nuestro territorio, es asunto no fácil de poner en claro, si se atiende á la

sana crítica, mas que al intento, un poco exagerado en algunos de hallar, tal vez infundamente, cuanto antes en su tierra el primer destello de luz del Evangelio.

Además de lo que se dice acerca de la venida al territorio zamorano del apóstol Santiago, citaremos también los nombres de los siete varones apostólicos, Torcuato, Tesifonte, Segundo, Cecilio, Indalecio, Ericio y Eufrasio, de los cuales se dice que, repartiéndose la Península, fueron propagando por ella la religión cristiana, destruyendo á la par la idolatría. Como quiera, no hay duda halló la religión de Jesucristo fácil acogida en los españoles, como se ve por la multitud de mártires que desde luego acudieron á la fé con su sangre.

Creemos nos agradecerán los lectores el que pasemos por alto cuantas noticias y relaciones carezcan del debido fundamento.

De nuestro territorio, durante la dominación romana, poco podríamos decir, á no ponernos en el caso de ir repitiendo cuanto en otras crónicas se ha dicho. De la división de España mas antigua, ceterior y ulterior, á la primera correspondía nuestro territorio. Dividida la Península en tiempo de Augusto, en Tarraconense, Lusitana y Bética, en las dos primeras entraba la actual provincia de Zamora.

Siete eran los conventos jurídicos de la Tarraconense, y á uno de ellos, al Cluniense, pertenecía la mayor parte de la region en que nuestra crónica se ocupa, donde estaba *Ocellum Duri*, del cual ya hemos dicho pudiera ser Zamora.

De las vías que refieren el *Itinerario de Antonino* y los vasos apolinales, no es fácil decir la parte que á nuestro territorio corresponde, pero desde luego habrá que tener en cuenta la que desde el Pirineo venia á Leon por Figueras, las cuatro diferentes que iban de Braga á Astorga, algunas de las cuales debian de atravesar parte del territorio, hoy provincia de Zamora; la de Astorga á Zaragoza, y la célebre llamada *Vía lata* (camino de la plata.)

Damos estas indicaciones, mas bien para indicar el estudio que debe hacerse, que no el hecho, en el cual, con todo, indicaremos los pueblos en que, á nuestro parecer, ha de ser mas fácil encontrar huella de vias romanas, á saber: *Ocellum Duri* (Zamora), Pallantia (Palencia), Intercatia Albuella ú Octodurum (Toro), Viminacium (Valderaduey), Sibiria (Peñausende).

Comprendida ya la Península ibérica en el imperio romano, llegó á formar parte de este nuestro territorio. De él era jefe Galba, por gobernador de la Tarraconense, cuando fué aclamado emperador, y entonces tomó el título de lugarteniente del Senado y pueblo romanos.

Españoles, ya romanos, daban nuevo lustre á las letras del imperio, en cuya capital estableció el español Quintiliano cátedra de elocuencia.

Y entre tanto, cuando ya Italia, cubierto el suelo de *latifundia* y sin ánimo sus habitantes mas que para pedir *pan y juegos* habia, puede decirse, perdido la vida, España y las Galias eran, con toda verdad, alma del imperio, mientras el insigne Trajano engrandecía el nombre de su patria y el de Roma.

No debemos, en la ocasión presente, detenernos

sino en los acontecimientos mas notables; pero fuerza es indicar que, por los años de 79 despues de la venida del Salvador, emigraron los judíos á España, suceso que debemos mencionar por referirse á pueblo que tan señalado influjo tuvo durante muchos siglos en nuestra historia.

Con igual razon, y si bien casi un siglo adelante (170), invadieron la region bética los pueblos de Mauritania, y aunque no lograron su intento, puede decirse fué aquella empresa de los africanos, verdadero anuncio de la que, siglos despues habia de dar el señorío de la mayor parte de España á los hijos de Sem.

(359) En el siglo siguiente padeció también nuestra Península la acometida de pueblos, que, en diversas ocasiones, debian mas adelante traernos del Norte el vigor que á veces llegó á faltar al Mediodía. Era emperador Galieno, y en medio de la discordia que despedazaba las entrañas del imperio, fueron al cabo vencidas y obligadas á dejar nuestro territorio las tribus germánicas que habian comenzado á señorearle.

Todavía duró por mas de un siglo el poder romano, en cuyo espacio de tiempo dividió Constantino (324) á España en seis provincias: Tarraconense, á la cual pertenecía parte ó la mayor porción de nuestro territorio; Cartaginense, Bética, Lusitana y Tingitana, que si bien era de Africa, habia ya sido añadida anteriormente por Oton.

El gran Teodosio, español, y último emperador que mantuvo reunidos los dos imperios de Oriente y Occidente, fué también el postrer destello de la grandeza romana por nuestra Península.

Poco despues, en 409, comenzaron á acudir multitud de bárbaros hácia España. Perdido el respeto á la autoridad de Roma, mientras á esta sitiaba y combatia Alarico, los bárbaros, á quien nuestra Península habia confiado la guarda de los Pirineos, dejaron paso franco á suevos, vándalos y alanos. Mas que la sed de conquista, empujaba á los pueblos germánicos cierto poder incontrastable, en el cual no es posible sino reconocer á la Providencia.

Cierto que aquellos hombres del septentrion, en él habian vivido siglos y siglos, mas durante el siglo III, de que vamos hablando, hubo en las regiones de Europa central y hácia las riberas del Don y estepas de Rusia tan extraordinario movimiento, que, recibiendo unos pueblos el empuje de otros que en pos venian, no hallaban mas remedio sino ceder y adelantar combatiendo, mas bien por huir de la multitud que les seguia que por conquistar comarcas desconocidas. No que en ellos dejara también de tener cabida la codicia; mas alentaba, digámoslo, á ciegas, mientras el temor á los pueblos que del extremo Oriente se encaminaban hácia Europa, no consentia retroceder á los que acababan de invadir á España.

A los suevos, señores de Gallecia y parte de la Tarraconense, correspondió nuestro territorio, siendo años adelante de tanta consideracion las conquistas del suevo Rechilan, que llegó á tener por suya la mayor parte de Lusitania, Bética y Cartaginense.

(451) Vencidos los hunos en los campos cataláuni-

cos, quedaron por dueños de España suevos y godos. Pero en medio de aquella confusión, y mientras pueblos, cuyo nombre no conserva la historia, invadían á Bética (456) multitud de hérulos desembarcaban en Galicia. En tanto, los bárbaros lidiaban entre sí, y á veces, contra ellos, los españoles.

(466) Al cabo, Eurico encerró á los suevos en Galicia, quedando nuestro territorio por los godos, en cuya época concluyó la dominación romana, con la pérdida de cuanto en la Tarraconense conservaba. Al ver los godos la riqueza de las tierras de los vacceos, tomaronlas para sí, dándolas el nombre, que, en parte, han conservado hasta nuestros tiempos de *Campi Gothorum* (Tierra de Campos).

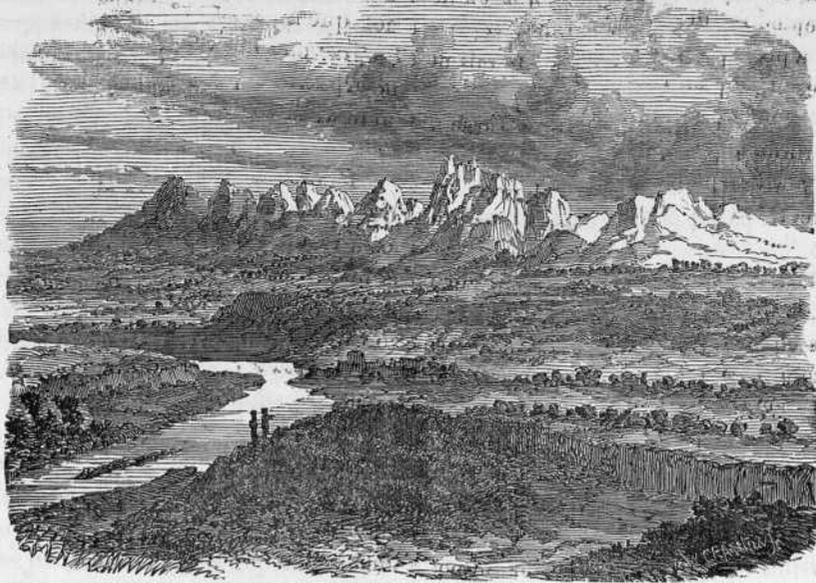
Al cabo, la discordia de los godos puso en manos de los soldados de Mahoma á la Península ibérica

y buena parte de Francia; que la discordia incurable es señal segurísima de ruina y muerte para los pueblos.

Los árabes, de quien puede decirse no tenían mas que hacer sino esperar á que la guerra civil aniquilase el poderío de los godos, señorearon en dos años la gloriosa monarquía de estos, cuyo nombre y esplendor sucumbieron para siempre en los campos de Andalucía.

Conforme á lo que refiere un embajador marroquí de España, en tiempos de Carlos II, en manuscrito que poseía D. Serafin Estévez Calderon, y dice, con relación al libro de Mohammed-ben-Mozain, que cita varias veces, daremos algunos pormenores acerca del estado á que vino á parar la Península, después de la conquista.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.



# LIBRO TERCERO.

## EDAD MEDIA.

### CAPITULO PRIMERO.

Musa (Muza) reparte entre los suyos el botin y las tierras.—Deja el *Khoms* (quinto) para el Estado.—Condicion diversa en que quedan los moradores de la region boreal y los del Sur.—Queda sometida casi toda la Península.—Alfonso I, el Católico.—Unense cántabros, asturianos, gallegos y vascones.—Dan los árabes á los bereberes las tierras fronterizas, tomando lo mejor para sí.—Guerra civil entre los musulmanes.—Hambre y exterminio de los bereberes.—Aprovechan la ocasion los cristianos, y llegan hasta mas acá del Duero.

Repartió Musa entre sus soldados los prisioneros y el resto del botin, haciendo lo mismo con las tierras conquistadas, pero declarando propiedad del Estado el quinto de las tierras, así como de las casas que en ellas habia. Entre los prisioneros eligió cien mil para presentarlos á Walid, el jefe de los creyentes, dejando á los aldeanos y niños en el *Khoms* (el quinto, la propiedad del Estado) para que cultivasen y diesen al tesoro la tercera parte de los productos.

Estos eran los moradores de las tierras llanas, pues en cuanto á los que habia en fortalezas y altas montañas, dejóles Musa libertad para ejercer su culto, con la condicion de pagar por impuesto el tributo territorial.

Los pueblos del Norte, y por consiguiente los hijos de nuestro territorio, conservaron parte de los bienes, mas quedaron obligados, por capitulacion, á ceder á los musulmanes el resto y á pagar contribucion por las tierras de labor y con árboles frutales.

De esta suerte se conformaba Musa con el ejemplo del profeta, el cual habia concedido á los judíos de Khaibar las mismas condiciones para sus tierras de palmeras y de trigo.

Excepto tres distritos de que el manuscrito árabe da cuenta, si bien no es posible leer mas que los nombres de dos, á saber Coimbra y Santarem, Musa repartió entre los suyos las tierras de todos los distritos conquistados por las armas, dejando el quinto para el fisco.

Hecho el reparto ante los tabūs (discípulos de los compañeros de Mahoma) Hanch, Canani, Abu-Abderamen Djobboli y Ibu-Rabbah, que iban en el ejército de Musa, desde luego quedaron las tierras en manos de los que habian de ser sus poseedores, y fueron transmitidas por herencia de padres á hijos. Por último, con respecto á las tierras del Norte, en las cuales

comprendian los árabes á nuestro territorio, conservaron los cristianos la propiedad de sus tierras y árboles, pero no de los demás bienes.

Conforme á lo que decian los sábios de los tiempos antiguos, añade con razon el manuscrito árabe, excepto unos cuantos lugares, harto conocidos, toda España quedó unida al imperio musulman por capitulacion.

Al llegar á este punto, no es posible seguir, aunque no sea mas que por evitar la tacha de poco amigos de la verdad histórica, sin dar cuenta de ciertas cosas, no por verdaderas, mas porque habiendo sido aceptadas durante mucho tiempo, aun hay quien las presta mas crédito del que deberia.

Con razon el buen autor de la historia manuscrita de Zamora, de que ya hemos en otro lugar dado cuenta, dice lo siguiente: «Muchos que no están versados en las historias, lo mismo es hallar una noticia, y mas de las que ceden en honor de su patria ó país, al punto la creen sin pararse á examinar la certidumbre que merecen.»

A cuenta hemos traído las sinceras palabras del buen presbítero, para que no se crea, que si no hemos citado la division de obispados atribuida á Wamba, es porque la tenemos por mera ficcion de Pelayo de Oviedo, como se puede ver en la *España Sagrada* del Padre Florez, tomo IV, tratado III, cap. III, y en las *Observaciones á la Historia de Mariana*, impresa por D. Benito Monfort, de Valencia.

En rigor, noticias dignas de fé, relativas al obispado de Zamora, no se hallan hasta el reinado de don Alfonso III el *Magno*, y eso, á los 34 años de su reinado, esto es, el 900. Hé aquí la razon de no haber hablado de lo que no podríamos, en el mero hecho de escribir conforme á la historia.

Mas antes, ya hemos indicado, porque así convenia, que se halla el nombre de Zamora; y pues la narracion de sucesos nos lleva, como por la mano, á tratar del asunto, diremos breves palabras acerca del estado en que se hallaba España despues del establecimiento definitivo de los musulmanes.

Vemos en las cronicas de Albelda y de Sebastian de Salamanca, que el pequeño reino de Astúrias creció en tiempo de Alfonso I el *Católico* de asombrosa manera. No hay duda que Alfonso, yerno de Pelayo, trajo consigo notable aumento á los señoríos de su sue-

gro, pues como duque de Cantabria se extendía su poder por toda la costa del mar de este nombre hasta Francia, tierras no sometidas á los musulmanes.

De esta suerte, cántabros y asturianos, en union de gallegos y vascones, formaban ya reino harto mas importante del que habia fundado el insigne Pelayo. Mas los árabes, si bien señores del resto de la Península, no eran vecinos de los vasallos de Alfonso. Aunque los bereberes habian sido verdaderos conquistadores de España y vencedores de Rodrigo, los árabes, que no habian llegado sino cuando ya no habia grandes dificultades que vencer, tomaron desde luego lo mejor para sí, no solo porque en efecto lo era, mas porque les recordaba, acaso con ventaja, las mas hermosas y fértiles comarcas de Asia Menor.

Mientras ellos señoreaban á Andalucía, no dejaban á los compañeros de Taric sino las áridas llanuras de la Mancha y de Extremadura (1), así como las ásperas comarcas de Leon, Galicia y Asturias, cuyos mas hermosos valles no podian parecer sino tristísimo desierto á hombres desde niños acostumbrados á la eterna radiante luz de la region mediterránea.

(734-741) Bien que haya exageracion en lo que dice un antiguo autor árabe, de que durante el gobierno de Ocba-ben-al-Haddjadj no habia en Galicia una sola aldea que no estuviese conquistada, es lo cierto que los árabes destruyeron á Britonia (Mondoñedo), ó bien entre esta ciudad y el Eo.

Mas quiso Dios no durase el dominio musulman mucho tiempo en la region boreal y occidental de España, ayudando al esfuerzo de los nuestros la discordia que no podia menos de estallar entre bereberes y árabes, cuyo poder, si por la mayor parte de Galicia se extendia, claro es que del territorio zamorano era señor.

Llegó en esto el reinado de Alfonso, y cuando, al parecer, no era todavía posible se vieran tan pronto libres de musulmanes las márgenes del Duero, acaeció notabilísimo suceso que vino á quebrantar el poder agareno. A decir verdad, de asiento no volvió este jamás á nuestro territorio, y no que dejara de tornar varias veces amenazador y aun victorioso como adelante veremos, pero aun las *gazetas* anuales de Almanzor, mas eran en daño de la propiedad y personas de los hijos de tierra de Leon, Castilla, Galicia y aun Asturias, que en pró del verdadero restablecimiento del poder musulman.

Eran, pues, fronterizos de los cristianos los bereberes. Descontentos con la parte que les habian dejado los árabes, llegaron á mirar á estos con aborrecimiento, viendo les castigaban con verdadera crueldad, cuando querian hacer lo que por bueno tenian para sí los hijos de Siria y de Arabia. Eran estos poco escrupulosos en tratándose de respetar lo ajeno; pero cuando, conforme á su ejemplo, los bereberes oprimian á los cristianos, llevando la tiranía hasta el robo, entonces los árabes castigaban á los hijos de Africa con severidad cruelísima, usando contra ella el látigo y

el tormento, y aprisionándoles con grillos y apenas vestidos de harapos, llenos de miseria, en inmundos calabozos (Isidoro, cap. XLIV). De resultas de la injusta severidad de los árabes, que tal podemos llamarla, pues no era igual para todos, el enojo de los bereberes llegó á disponer su ánimo de tal naturaleza, que la menor chispa bastaba para hacer estallar el incendio.

Sobraba para este la insurreccion religiosa que á la sazón hubo entre los bereberes africanos, la cual halló tal eco en los que señoreaban nuestro territorio y demás vecinos de la pequeña monarquía cristiana, que, al punto acudieron todos á las armas, dando la señal los que habia en Galicia.

Cundió el fuego por todo el Norte de la Península, salvo en Zaragoza, donde los árabes eran mas y pudieron contenerle. Pero en cuanto á todos los bereberes, que desde Galicia se extendian hasta Talavera, Coria y Mérida, con lo cual, demás está el insistir en que tambien señoreaban nuestro territorio, se reunieron en diversos lugares, y siguiendo la voz de los misioneros africanos disidentes, que para esto habian venido, se encaminaron hácia el Sur.

Acaso veian nuestros cristianos en la discordia que de tal manera desunia y ensangrentaba á los musulmanes, justo castigo del cielo, mas por el pronto permanecieron atentos á la guerra que se preparaba y sin tomar parte en ella. Con todo esto, á pesar del impulso, punto menos que irresistible de los bereberes, á quien movia, además del deseo de venganza, que tan prodigiosos resultados suele dar, el empuje, superior á todo, de la creencia religiosa, acaso mas de temer entre disidentes de una misma religion que entre sectarios de diversas, por opuestas que sean, no solo vieron los bereberes malograda la empresa, sino que los árabes, mostrando, por el valor ó la disciplina, ser mejores soldados, les vencieron.

No pararon aquí el vencimiento y ruina de toda esperanza en los bereberes, los cuales, ya dispersos y de huida, viéronse perseguidos y ojeados como fieras, sin hallar, á semejanza de estas, la menor lástima en el vencedor. Poderoso auxiliar fué á los árabes para el exterminio de los bereberes espantosa calamidad.

(750) Por espacio de cinco años, el hambre, efecto sin duda de que, en medio de la guerra y exterminio quedaron yermos los campos, despobló comarcas enteras, con lo que, huyendo de aquella nueva afliccion, determinaron los desventurados bereberes tornar en busca de los suyos al Africa, como lo hicieron, embarcándose en el rio de Barbate, por la costa de Andalucía, de suerte que los musulmanes llamaron á aquellos cinco años memorables, los años de Barbate.

Nada quedó conforme; además de la historia, lo acredita la falta de tradicion y monumentos de los bereberes en la region boreal, cuyos habitantes, que segun el *Akhbar madjmua* (fól. 75) se habian tornado musulmanes, volvieron al punto á su primera religion. Sobre esto hemos hablado ya en la *Cronica de la Coruña*, por lo cual, y si bien no ponemos en duda hubiera tornadizos, parece, histórica y racionalmente considerado, imposible que en tan poco tiempo dejaran todos los cristianos su fé por la musul-

(1) El nombre de Extremadura (Extrema ora) se ha aplicado segun el estado de la reconquista á diversas regiones, mas ó menos apartadas de la que al presente lleva este nombre.

mana, cuando tal ánimo y firmísima constancia mostraron luego en contra de esta durante siete siglos.

Como quiera, el poderío de los invasores padeció tan tremendo golpe, que, desde entonces, y aun á pesar de las desventuras que mas adelante afligieron á los reyes cristianos, el poder de éstos llegó á consolidarse de tal suerte, que si la espada gloriosa del invicto Almanzor fué parte á detener, no lo fué á cortar el vuelo de la reconquista.

(753) Bien se comprende que Alfonso no dejaria de apercibirse para sacar el mayor provecho de la guerra civil de los musulmanes. De esa manera, cayó desde sus montañas sobre las llanuras de Castilla y Leon, así como por la fértil región de *Entre Duero y Miño*. Casi del todo aniquilados los bereberes, no pudieron afrontar las armas cristianas, con que, ni aun por las riberas del Duero lograron mantenerse.

Dejaron, pues, á Braga, Oporto y Viseo, y cediendo la posesion de Astorga, Leon, Zamora, Ledesma y Salamanca, llegaron en su retirada hasta Coria y aun Mérida. Acaso los árabes, que tenían en poco la región antes poseida por los bereberes, no comprendieron cuánto importaba para en adelante la ruina de los hijos de Africa en la parte de España, allende las sierras; mas no hay duda que trataron de recobrar lo perdido.

Ben-Jaldon, en la *Historia de los Beni-Alfonso ó hijos de Alfonso*, como llama á los reyes cristianos, dice que estos provienen de familia de Galicia y no de linaje godo, si bien añade como buen musulman: «Solo Dios sabe la verdad.»

Mas, no hay duda que el rey de Asturias, heredero de la gloriosa tradicion gótica, fué el primer monarca cristiano que holló las márgenes del Duero, desde cuya época existe el nombre de Zamora, repetidas veces mencionado.

## CAPITULO II.

Lustre gloriosísimo del nombre de Zamora.—La recobra Alfonso I el Católico.—Desmantela este las plazas y se lleva consigo los moradores.—Estado de nuestro territorio.—Desierto entre cristianos y musulmanes.—*Malacoutia*.

Zamora, Azamor, Samurah, cualquiera sea su origen, no fácil de hallar, ni menos de discutir en la ocasion presente; Zamora, cuyo nombre y origen han dado lugar á multitud de conjeturas y aun invenciones, hasta el punto de acudir á la palabra arábiga Samur, que vale el del animal llamado *Mustela Scythica*, de donde proviene la etimología de *Zamorra* en nuestro idioma; Zamora, de cuyo nombre nada mas diremos, por no ser posible aclarar sobre él la menor duda, comienza desde esta época á ser repetidas veces mencionada en las crónicas de la Edad media, así cristianas como arábigas.

Ahora van llegando para nuestra crónica tiempos, en los cuales se mezclan la ficcion y la historia, la oscuridad y la luz, la verdad y la poesía, no menos verdadera esta á veces. ¡Quien, al nombre de Zamora, no vuelva con amoroso interés los ojos á aquellos gloriosísimos siete siglos de Leon y Castilla, de Portugal,

Aragon y Cataluña, no diga que es español, pues no merece serlo!

Al nombre de Zamora resucitan Alfonso el Católico y el Magno, Almanzor y el Cid, cuyo solo recuerdo despierta en el alma los mas grandes y generosos afectos. No fueron, en verdad, perdidos para la gloria del pueblo español aquellos siete siglos, en los cuales, vencido ó vencedor, siempre creyente, siempre firme en la honra, siempre guerrero, lidió, no solo con los moros, hijos de España, que para tal empresa no fueran necesarios siete siglos, mas á veces, con todo el poder del Islam.

Vamos hoy cruzando por época de mortal desaliento; do quiera el desengaño estorba el paso al entusiasmo, y aun á toda fé; sesenta años de inquietud perenne, en los cuales no ha podido todavía la sociedad española encontrar sólido asiento, han gastado la pasada confianza, trocándola en desasosiego, dudando de la fé de nuestros padres, negando las creencias de nuestras facciones, poniendo por los suelos nombres de escaso arraigo, fuerte la opinion contra todo gobierno, muerta para mantener nada estable. ¡Qué hará un pueblo á tan misérrimo estado reducido, sino llegar á poner en duda todo, incluso la honra y valía de su propio nombre!

Ciego remolino envuelve y arrebatá á nuestros mayores ingénios del honrado palenque literario, para despeñarles en el sumidero de la política. Al grito de independencia de 1808, contestan hoy los españoles pidiendo un empleo; á la ruina de venerables y hermosísimos monumentos, reflejo de la religion y cultura de sus mayores, edificando plazas de toros; á los libros y obras de arte de siglos pasados, con periódicos empapados en hiel y veneno, cuyo elemento principal es la injuria, y cuya sal ática la calumnia.

¡Dolor causa verse obligados á confesar que hoy el ingénio español prefiere al santo amor de lo bueno y lo bello, el hábito acre y nauseabundo del burdel!

Sea lícito á los que, de otra suerte, jamás lo habrian intentado, alzar del suelo el sacro fuego, puesto en olvido por aquellos á quien Dios habia llamado para consagrarles al culto del arte, y conservar la piadosa reliquia con amor, ya que no sea posible con ingénio.

Acuda, pues, el lector, ponga siquiera breves momentos los ojos en estas páginas, y antes de otorgar el alma y la vida al odio con que todos los españoles miran á cuantos tienen por enemigos, lea aquellos hermosos versos de nuestro *Romancero*, sin los cuales no puede ya vivir la historia. Cierto que Zamora ocupa muchas páginas de nuestra *Iliada*, entre las mas bellas y gloriosas. Con dolor dejaremos de mencionarlas todas en este lugar.

Bien sabemos ha de haber quien insista en la novísima invencion de que nos faltó ánimo para combatir á los moros, para lo cual se citan los siete siglos que duró la estancia de aquellos en la Península ibérica. Mas, por ventura, ¿habrá quien se atreva á negar, que, en amenazando nosotros al poder musulman, acudian en su defensa huestes innumerables africanas, antes que de la razon de estado movidas, de la fé religiosa, harto mas incontrastable, impulsadas? Y aun

esto ¿no sucedió á veces sin la menor provocacion de parte de los pequeños reinos que señoreaban la region cristiana de España?

De ese modo, solo poniendo en olvido nuestra historia, podrá decirse nos faltó aliento para combatir al infiel; union sí, y aun pocas veces nos ayudaron los demás europeos, mientras nuevas é innumerables oleadas de musulmanes llegaban de tiempo en tiempo á fortalecer aquende el Estrecho de Gibraltar, el ánimo enervado de los sectarios de Mahoma.

Puede decirse, que, en proporcion no desemejante á su avance, retrocedió por la region boreal de España el poder de los musulmanes. Libre Zamora, segun ya hemos dicho, y abandonada de aquellos buena parte de la region occidental, quedáronlo tambien Saldaña, Simancas, Segovia, Avila, Osma, Miranda de Ebro, Cenicero y Alesanco, siendo, desde entonces, principales fronteras de los árabes, Coimbra, Coria, Talavera, Toledo, Guadalajara, Tudela y Pamplona.

Apenas duró su señorío en nuestro territorio cuarenta años, para cuyo feliz resultado, no hay duda ayudaron en gran manera la guerra civil y el hambre á las armas de Alfonso I el *Católico*.

Mas, aunque puede asegurarse perdieron los musulmanes de la mayor parte de las riberas del Duero, tampoco fué para dar lugar al dominio de los reyes de Astúrias. Quedaron las tierras de Portugal, Leon y Castilla abandonadas; pero, Alfonso no tenia fuerzas suficientes para conservarlas, amparando á los moradores y guarneciendo las ciudades. Estas habian sido desmanteladas por el enemigo, con el intento de que los cristianos no pudiesen aprovecharse de las fortificaciones, y en cuanto á los moradores, llevóseles consigo Alfonso á Astúrias, Galicia y Cantábría, cuyo suelo, despoblado á causa de las continuas guerras, estaba falto de agricultores.

De todas maneras, y aunque así no fuera, ni Alfonso podia dejar en tierra llana y abierta á la terrible caballería de los árabes, á los habitantes, inermes y faltos de ciudades que les pudieran servir de refugio, ni estos podian venir en ello tampoco, de suerte que acompañaron á las huestes cristianas cuando estas se encaminaron al Norte, quedando únicamente guarnecidas algunas comarcas inmediatas á Astúrias, Galicia y Cantábría, pues aun ciudades tan importantes como Astorga y Tuy, no fueron pobladas de nuevo hasta los tiempos de Ordoño I (850).

Con razon hemos dicho en la *Crónica de la Coruña*, que, entre cristianos y musulmanes se extendia pavoroso desierto. Tal debia de ser el aspecto de buena parte del territorio que al presente forma la provincia de Zamora. Lo probable es, que, hácia el Norte, especialmente en la parte montañosa de la Puebla de Sanabria, hallando mas seguridad los cristianos, se conservaran de asiento. En cuanto á lo demás, tambien puede asegurarse no estaria tan abandonado que no hubiera, á trechos, tal cual poblacion cristiana, puesto que, mas hácia el Norte, por Leon y Astorga, quedaron pobladores musulmanes. Ocupaban estos parte de los *Campi Cothici* ó séase Tierra de Campos, llamada entonces por los cristianos, *Malacutia* ó Mala Gotia, acaso por la gente que entonces la habitaba, compues-

ta en gran parte de renegados bereberes, poco firmes en la religion cristiana. Hasta dónde llegaban estos *malos cristianos*, difícil era averiguarlo; pero no hay duda vivieron separados de los bereberes del Sur mas de un siglo.

Eran, como ya hemos dicho, africanos; pero, mezclados con los indígenas, parte de ellos habian, tal vez, por esta causa seguido la religion de Jesucristo. Como habitaban en tierra de Leon y por lo general en lugares ásperos, bien puede asegurarse poseian, á lo menos, alguna parte de nuestro territorio. De carácter inquieto y teniéndose, sino por enemigos, por poco obligados á vivir en paz con sus vecinos, decidieron romper con ellos, para lo cual comenzaron invadiendo á Castilla, de donde torcieron á Astúrias.

Mandaba aquellos *falsos* cristianos un jefe, por nombre Mahamud, servidor del diablo, é hijo de perdicion (*ministro diaboli et filio perditionis*). Temibles debian de ser las fuerzas de los invasores, cuando llegaron hasta la iglesia de San Pedro, inmediata á Oviedo; pero Mauregato les combatió y venció, persiguiéndoles hasta el Miño. Muchos murieron en la pelea y otros ahogados en el rio.

Estos *malos* cristianos, á los cuales muchos suponen y, entre ellos, el eminente arabista M. Dozy, antecesores de los maragatos, eran, á no dudarlo, mas numerosos que estos, pues, conociendo la mísera comarca donde aquellos honrados arrieros moran, se comprenderá no ha sido nunca posible diera el número de soldados suficiente para combatir, cual los soldados de Mahamud lo hicieron.

Por lo demás, el aspecto físico del maragato en nada recuerda á los habitantes de la region boreal de Africa; antes bien, si hubo mezcla de bereberes y godos, la sangre de estos llegó á predominar. Como quiera, no es fácil hallar con claridad por nuestro territorio el estado de que debian de hallarse sus escasos habitantes; pero siempre será fuerza tener presente, que, aun cuando se hable de poblar ciudades, mas es decir que se constituyeron con arreglo al fuero otorgado por el rey, que suponer volvieran á tener habitantes solo desde aquel momento, pues muchas veces los tenian antes de la que podríamos llamar repoblacion oficial. Entre tanto, es necesario dejar pasar algun tiempo, antes de hallar acontecimientos dignos de histórico recuerdo; que si de los *malos* cristianos de Mahamud hemos hablado, ha sido por hallarnos persuadidos de que parte de ellos en nuestro territorio moraban.

### CAPITULO III.

Aspecto de nuestro territorio.—Alfonso III el *Magno* puebla á Zamora.—Fundación de su iglesia y obispado.—San Atilano, primer obispo.—Acometen los bereberes á Zamora.—Vencen, y al cabo son vencidos.—Queda la cabeza de su jefe clavada en una puerta de la ciudad.—Conspiran contra Alfonso III, su esposa é hijo D. García.—Sale este desterrado al castillo de Gauzon.—Abdica Alfonso en D. García.—Mueren ambos en Zamora.—Comparacion entre cristianos y árabes.

Triste y desierto era, sin duda, el aspecto del territorio zamorano. Jaras y encinas cubrian el inculto suelo, cuya grama pacian rebaños, única propiedad de los escasos habitantes, que mal podian fiar su existen-

cia á la agricultura en tierra expuesta al continuo paso de ejércitos enemigos. De aquel estado quedan todavía huellas, acaso indelebles, y anchas cañadas abiertas para el paso del ganado trashumante, atraviesan en distintas direcciones la provincia de Zamora. Mas esta se halla formada de tierra llana y montañosa; la primera no podia estorbar el paso á los ejércitos musulmanes; á la segunda, por su pobreza y desigual terreno, dejábanla á un lado los invasores, prefiriendo encaminarse desde luego á Astúrias, pasado el Duero, ó bien tomar á Occidente el camino de Portugal, para entrar en Galicia.

Nos vemos, pues, en el caso, bien de dar aquí la relacion de los reyes de Astúrias, ó ya de atenernos tan solo á cuanto se refiriera meramente á nuestro territorio, lo cual nos parece mejor. Ni queda la dificultad del todo vencida, puesto que hemos de dar cuenta del paso de ejércitos musulmanes que á la parte mas boreal de la Península se encaminaban, hollando la region de Zamora; pero aun en esto, solo nos detendremos cuando haya verdadera seguridad de que así sucedia.

Lo que acabamos de decir nos obliga á no hablar de guerras, durante las cuales, sin duda, debieron de cruzar soldados cordobeses por nuestro territorio; mas, como, ni aun indirectamente, á semejanza de otras ocasiones, podríamos dar noticia alguna interesante, seguiremos hasta los tiempos de Alfonso III el *Magno*, verdadero fundador de la iglesia y obispado de Zamora.

Ya hemos indicado en otro lugar la fecha de la fundacion (900) á los 34 años del reinado de Alfonso, en cuyo año fué consagrado obispo San Atilano, poco despues de poblada y fortificada la ciudad. Que antes de la fecha referida no habia obispo de Zamora, lo prueba el no hallarse la menor memoria de él, cuando de los demás se trata. De igual manera en la consagracion del templo del apóstol Santiago, á la cual concurrieron todos los obispos de la monarquía de D. Alfonso el *Magno*, que fueron al efecto convidados por el mismo rey, no se menciona entre ellos al zamorano, lo cual prueba claramente que no le habia.

Fué, pues, el primer obispo, Attila ó Adtila, que canonizado despues, ha pasado á la posteridad llamándose San Atilano, cuya primera memoria es por los años de 905, así como luego se halla mencionado en 909, 911, 912, 914, 916 y 917, desde el cual nada mas sabemos. Parece que este santo gobernó el obispado diez y nueve años.

Con la poblacion comenzó la señaladísima importancia que por largo tiempo tuvo Zamora. Habian reedificado esta, para Alfonso III, sus amigos los cristianos de Toledo (893), y eran tales las fortificaciones, formadas de siete murallas con sendos fosos, que ponian espanto á los musulmanes. Verdadero antemural de la monarquía leonesa, desde él salian los cristianos á combatir á sus enemigos, despojarles y devastarles la tierra, con lo cual era cada vez mas grande el temor de los bereberes, por mas vecinos á los nuestros.

Tan repetidos daños, llegaron á despertar la saña de los sectarios de Mahoma. Por los años de 901, un príncipe de la familia de los Omiadas, por nombre Ahmed-ben-Moawia, el cual se habia empleado en el estudio de

las ciencias ocultas, no sin codiciar al propio tiempo el trono, se anunció á los bereberes como el Mahdi, profetizado por Mahoma, llamándoles para que le siguiesen á la conquista de Zamora.

Multitud de crédulos ignorantes bereberes acudieron al llamamiento de Ahmed, y á poco le seguian 60,000 hombres. Aquella pavorosa nube se encaminó hácia el Duero, y el Mahdi impostor escribió á Alfonso III, amenazándole con todo género de desventuras, si, al punto, con todos los suyos, no se convertia al islamismo.

La respuesta de Alfonso, fué cual correspondia á tan generoso guerrero, no menos que al esfuerzo de todos los señores que le acompañaban. Montaron, pues, á caballo y acudieron en busca de los musulmanes. Como fuera en verano y el Duero venia escasísimo de agua, pelearon en el mismo cauce con los ginetes bereberes. Vencieron estos, y habiéndose adelantado hácia la ciudad, estorbaron la entrada en ella á los cristianos, obligándoles á retirarse á lo interior.

Tremendo era el poder que el supuesto Mahdi tenia para sus adeptos, de quien se hacia obedecer con meras señales, juzgando indigno de su alta representacion el dar las órdenes de palabra. Con esto, la obediencia de los soldados aumentaba cada dia, mas tambien en proporcion la envidia de los jefes, la cual llegó á tal punto, que trataron de asesinar á Ahmed. Segun Ben-Haiyan (fóls. 83 y 98), la envidia fué la verdadera causa de la ruina del impostor musulman, pues siguiendo todos los jefes los consejos de Zalal-ben-Yaich, jeque de la tribu de Nefza, se gobernaron de suerte, que, haciendo correr la voz de que estaban vencidos, cundió el pánico entre los soldados, y todos huyeron encaminándose muchos al Duero, mas cuando intentaban vadearle, salieron los zamoranos é hicieron en ellos notable estrago.

Quedaba todavía aquende la márgen meridional del rio, la mayor del ejército musulman, contra la cual eran escasas las fuerzas de los cristianos, mas ya desalentado aquel, iba de dia en dia disminuyendo con la desercion. En vano el Mahdi aseguraba á los suyos que Dios le habia prometido la victoria, pues al tercer dia perdió completamente la esperanza, viendo que todos le dejaban. Entonces, y pues no le era posible triunfar como impostor, quiso, con mejor acierto, morir como buen soldado, y poniendo espuela al caballo, arremetió á los cristianos, de quien recibió al cabo la muerte. La cabeza quedó clavada en una puerta de Zamora. El dia 9 de julio, en que acaeció el vencimiento de los musulmanes, conservó largo tiempo para estos el nombre de *dia de Zamora*.

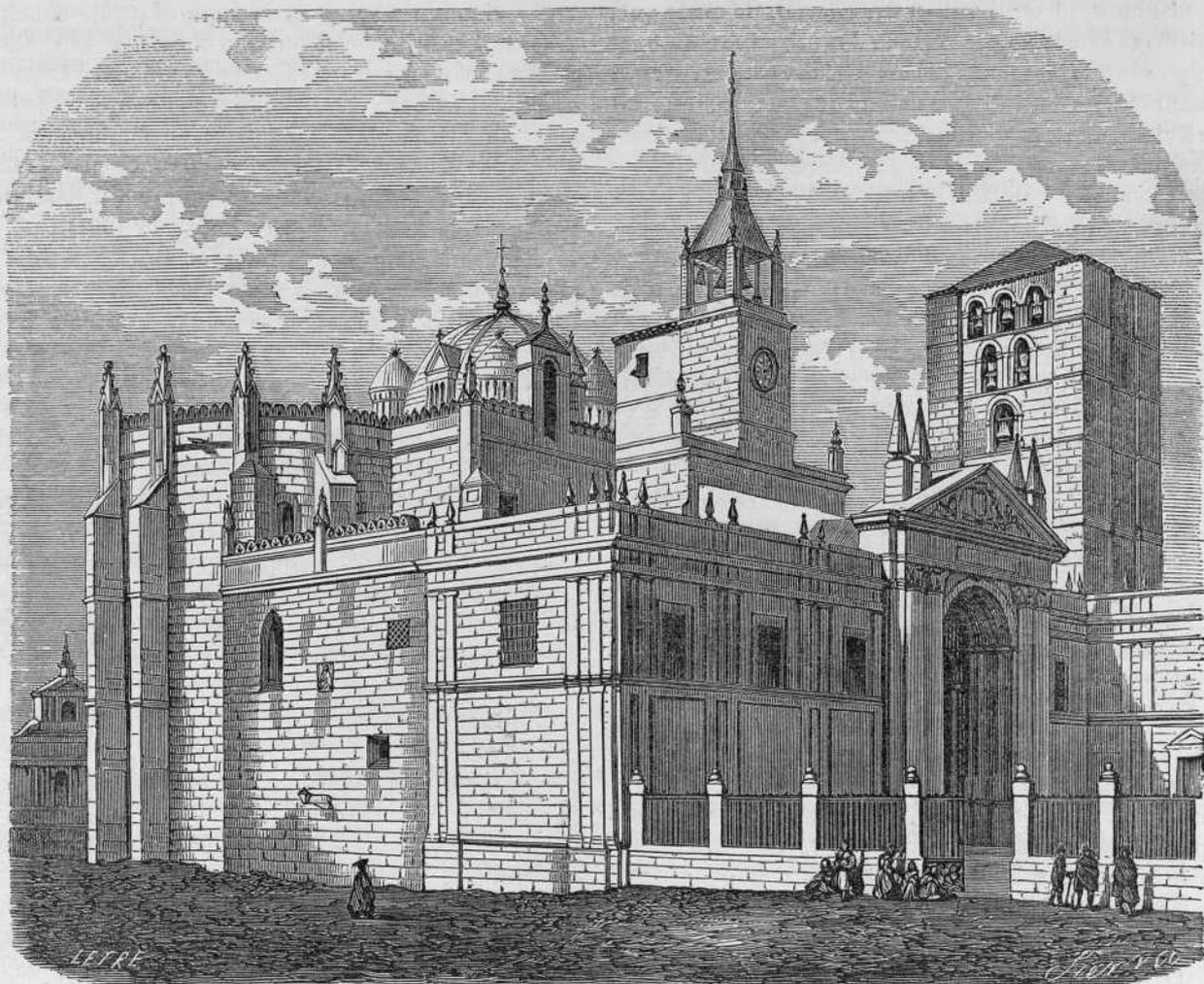
Si en todo eran contrapuestos cristianos y musulmanes, aun puede decirse habia entre ellos un punto de semejanza, que era en la inquietud é inclinacion á trastornos y mal sosegadas revueltas.

Mientras Alfonso III poblaba á Zamora, dió á su hijo D. García el cometido de edificar á Toro, siendo esta una de las grandes empresas del rey, entre las que no es posible dejar en olvido la reedificacion del monasterio de Sahagun que los árabes habian asolado, al cual, como dice Mariana, ninguno en grandeza, majestad y riqueza le aventajó antiguamente en España.

Tantas y tan grandes obras no podian menos de ser ocasionadas á enormes dispendios, y no bastando los haberes de las arcas reales, fueron necesarios nuevos pechos y derramas, con que el descontento de muchos llegó á dar ocasion á la reina doña Jimena, mal conforme con su marido, para persuadir á su hijo D. García á que tomara las armas en contra de su padre y señor.

No era el rey Alfonso III, aunque viejo, hombre á quien fácilmente pudiese nadie cojer desapercibido; de modo que acudiendo á Zamora, donde el hijo rebelde se hallaba, prendióle, enviándole con guarda al castillo de Gauzon, orillas del mar y puesto en un peñon entre Gijon y Oviedo.

Mal avenidos vivieron siempre con el sosiego los españoles, mas, por aquellos tiempos, ni la edad ni la



Catedral de Zamora.

alta representacion del anciano respetaron, con la que, habiendo ido en aumento las revueltas, renunció Alfonso III la corona en su hijo D. García, dejando á D. Ordoño el señorío de Galicia. Solo tres años disfrutó García de la herencia, que, con ambicion tan mal regida, habia codiciado, y mientras en 913 fallecia el anciano Alfonso III el *Grande* en Zamora, en la misma ciudad dejaba tambien de existir el año siguiente don García.

Para vivir y morir acudian á nuestra Zamora los reyes de Leon, como complaciéndose en la preciada joya, que no há mucho poseian. Ni es maravilla que semejante ciudad tan fuerte, y, además fronteriza, dejara de mover á temor y á envidia el corazon de los musulmanes; pues con razon hemos llamado á Zamora antemural de los cristianos.

ZAMORA.

En cuanto á la cultura de estos, por aquel tiempo mal podia compararse con el estado de órden y adelantamiento en que se hallaban los árabes, de quien puede asegurarse, con toda verdad, comenzaban á ser entonces los verdaderos custodios de la civilizacion y la ciencia, mientras los nuestros se veian reducidos al truecode de mercancías, por falta de numerario. Ambos pueblos eran en igual grado creyentes; pero, así como entre los musulmanes llegó á haber filósofos incrédulos, no tenian los cristianos tiempo para emplearle en estudiar filosofía; eterna conspiracion del hombre contra Dios, segun Proudhon.

La fé religiosa daba á los nuestros entera confianza en sus sacerdotes, los cuales, si bien sujetos al pecado, pues, al cabo, eran hombres, devolvian los dones recibidos, no solo conservando en sus monasterios los

últimos destellos de la ciencia, sino asistiendo á la guerra y dando en los campos de batalla la vida en pró de la fé cristiana, resúmen á la sazón de todos los deberes, derechos y creencias de los cristianos españoles.

La fé impulsaba á entrambos pueblos á la guerra, en la cual buscaban los musulmanes el total exterminio de nuestros padres, mientras, estos, poniendo los ojos en las riquezas de Andalucía, allá encaminaban el deseo, y siempre que podían, las armas.

Ni unos ni otros solían dar cuartel, de modo que, mientras vemos no perdonaban los cristianos al enemigo vencido, los musulmanes cortaban la cabeza á cuantos hijos de Galicia caían en sus manos, que tal era el nombre con que designaban á los cristianos, especialmente los de la monarquía leonesa.

Tolerancia religiosa, infinitamente mayor la otorgaron al principio los árabes, aunque fueron luego faltando, no pocas veces, á la palabra empeñada.

Las fuerzas estaban, digámoslo, equilibradas, pues si bien eran muy superiores los musulmanes, tenían los cristianos enhiestas montañas y temibles angosturas, donde, aun en los días de mayor aflicción, pudieron conservarse la independencia de España y la fé en Jesucristo.

#### CAPITULO IV.

Ordoño II y Abderrhaman III.—Juan I, obispo de Zamora.—Muere doña Elvira Nuña.—Muere Ordoño.—Fruela I.—Dulcidio obispo.—Ramiro II.—Victoria de Osma.—Campaña de Alhandega.—Esfuerzo de Ramiro II y de Tota, reina regente de Navarra.—Estado social de Córdoba.—Nobles y esclavos.—Odio de aquellos á estos.—Derrota de Abderrhaman III.—El escritor árabe Masudi.

Dos hombres animosos lidiaron por señorear á España. Era Ordoño II capitán excelente. Abderrhaman III poseía el rico y poderoso imperio de Córdoba. Oponía aquel su constancia al esfuerzo de este, mas entre tanto, los soldados de Mahoma llegaban hasta las gargantas y ásperas sierras que bajan del Pirineo, desde cuyas cumbres daba el espantable *irrizim* de los vascones la señal de combatir, aunque en vano al infiel, conquistador, al cabo, de Pamplona.

En cuanto á Ordoño II, si á veces vencido, jamás dejó de procurar la venganza, lográndolo también á menudo.

(916) A San Atilano sucedió en el obispado de Zamora Juan I, á quien hallamos unas veces nombrado zamorense, y otras numantino, que tan antiguo es, y aun mas, como ya sabe el lector, el suponer á Zamora heredera de Numancia.

(921) En tiempos de este obispo, murió en Zamora la reina doña Munina (Munia, Nuña) Elvira, primera mujer de Ordoño II, y madre de D. Sancho, D. Alonso, D. Ramiro, D. García y doña Jimena. Como D. Ordoño había procedido durante su vida de suerte que, en él, según Mariana, unas cosas se podían alabar y pocas reprehender, de estas últimas fué el haberse casado el rey mientras su primera esposa vivía, con Argonta, hembra de alto linaje de Galicia, á la cual poco después, con razón ó sin ella, repudió por sospechas, no sin casarse luego con Sanctiva, hijo de D. García

Iñiguez rey de Navarra. Muerta doña Elvira, su cuerpo fué llevado á Oviedo, en cuya catedral la enterraron con el epitáfio que se puede ver en Florez (*Reinas Católicas*, t. 1).

(924) No mucho después, murió también el animoso Ordoño II, yendo, no se sabe á donde desde Zamora, ciudad cuya importancia era tal por aquel tiempo que los árabes la llamaban capital de Galicia, como mas adelante veremos.

Heredó á Ordoño II, Fruela ó Fruela II, pero no reinó sino un año, y á su muerte (925), Sancho y Alfonso, sus hijos, se disputaron la corona. Después de varios años de guerra civil, Alfonso señoreó á Leon con ayuda del navarro (928), mas Sancho conservó á Galicia. En el año anterior, á 5 de noviembre, ya era obispo de Zamora Dulcidio, en cuyo tiempo fué reconocido en la misma ciudad como rey D. Ramiro II, por renuncia de su hermano Alfonso IV (931).

Ramiro II fué para Abderraman III enemigo no menos constante y temible que Ordoño II. Hecho el árabe á que los cristianos le dejaran en paz, empeñados allá en sus continuas discordias, de pronto halló que de aquellas guerras civiles, sin cesar renovadas, nacía valentísimo guerrero, digno de afrontar el poder y esplendor del califa de Córdoba.

Por do quiera hallaba Abderraman á Ramiro; en Toledo, donde el cristiano se vió obligado á retroceder, en Osma donde salió vencedor, en Zaragoza, cuyo gobernador ó virey hereditario, Mohammed-ben-Hachim hizo, aunque árabe, alianza con el rey de Leon contra Córdoba, y en Navarra, cuya reina gobernadora, la varonil Tota, se unió también á la liga del Norte.

No menores alientos demostró el califa, pues reuniendo fuerzas, fué al Norte, y venció, no quedando por humillar sino pequeña parte de Cataluña y el reino de Leon.

Aun había escollos donde el poder de Abderraman se estrellase.

Vamos á referir la campaña de 939, una de las mas importantes de nuestra historia, y con todo de las menos conocidas, siendo notable, que, no solo hispano-árabes y africanos den escasos pormenores sobre expedición tan desastrosa para ellos, mas, aun los mismos cristianos, comenzando por Mariana, dejan de dar á semejante suceso toda la importancia que deberían. En cuanto á los escritores musulmanes, acaso creían que la honra de los suyos estaba en callar tamaña desventura, con lo que Ben-Adhari, ni aun la menciona.

M. Dozy (*Recherches.—Histoire.*) sin cuyo conocimiento no aconsejaremos á nadie deje de estudiar la historia patria, durante el dominio musulmán, y á quien, por buenos y leales españoles, rendiremos siempre el debido tributo, ha tratado el asunto de la manera que mas convenia para esclarecer la verdad.

En el verano del año de 939, poderosísimo ejército musulmán, traspuestos los montes de Guadarrama y sierra de Avila, cubria los campos de Castilla la Vieja, extendiéndose por aquellas regiones, á semejanza del Duero, cuando, sin sufrir márgenes, inunda riberas y campos comarcanos.



PABLO MORILLO.



Por grande que fuera el ánimo de los nuestros, cierto, mas de un corazón debía de experimentar mortal congoja, con solo atender al innumerable gentío que, en armas, venia á sojuzgar cuanto habian reconquistado los sucesores de Pelayo. Cien mil hombres, no en confusa y desordenada multitud, mas convenientemente organizados, á costa de tiempo y grandísimos dispendios, habian acudido á la expedición, que Abderraman III llamó *Campaña de la potestad suprema*.

Mientras los soldados de Córdoba, en obediencia al califa, iban gallarda y confiadamente caminando hácia las aguas del Duero, latian de temor y esperanza, de esfuerzo y de duda, de irresolución y de fé en Jesucristo los cristianos del rey de Leon. La fé religiosa alentaba en verdad por aquellos tiempos los corazones de andaluces y gallegos, que de tal suerte llaman los escritores musulmanes, coetáneos y aun posteriores á los dos mas poderosos pueblos que por señorear á España combatian.

No olvide el lector, si bien por nuestra parte lo advertiremos cuando sea necesario que, para el andaluz, esto es, para el musulman español, era Galicia cuanto allende las sierras de Guadarrama y Avila se extendia.

Animo hallaron, constancia y esfuerzo los cristianos en su rey Ramiro II, y á la par de él mostró varoniles alientos Tota, reina regente de Navarra. Ciertamente que no puede haber empleo mas lleno de seductor halago de aquel que en alabar consiste, cuando para ello no hay sino atenerse á la verdad. ¡Ni qué mayor satisfacción para nosotros que referir gloriosas hazañas y ensalzar el nombre de cuantos pueblos allegaron alma y vida para constituir la siempre noble monarquía castellana!

Pongamos los ojos en Córdoba breves momentos, mientras á nuestro territorio llegan sus soldados. Veinte y siete años de reinado habian sido para Abderraman III otros tantos de ventura y prosperidad. Mas, esta ciega hartó á menudo á los hombres, y Abderraman, no contento con el poder que alcanzaba, quiso extremarle. Daño á que, no sin frecuencia, se hallan expuestos los pueblos donde los excelentes ciudadanos escasean, con que no hallando el gobierno aquella enérgica dignidad que los gobernados deberian tener, oprime, hasta que insurrección liviana y pasajera, mas por el momento incontrastable, derriba á un tirano digno de castigo, para que cuando lleguen el cansancio y el temor á desmanes, que no suelen tardar, sea dueño del poder otro tirano. Ciertamente que los pueblos verdaderamente varoniles no tienen sino serlo siempre, para no verse oprimidos ni en el caso de acudir á la insurrección.

Hechos los pueblos semíticos, mucho mas que nosotros, al gobierno de un solo hombre, aun entre ellos han hallado los reyes ciertos obstáculos al exceso del poder. Donde no habia nada que le refrenase, algo era la nobleza, que por mas interesada y protectora de abusos que fuese, bien podia en ciertos casos influir en pró del pueblo, como en otras naciones se ha visto. Pero Abderraman no consentia el menor estorbo á la supremacía del califa, siendo para él aborrecible todo influjo de los grandes.

Hablando un dia con el embajador de Otton I, le dijo: «Tu rey es hábil y prudente, pero cede parte de su autoridad á los vasallos, con lo cual no estoy conforme. La condescendencia con los grandes, no sirve sino para inclinarles del todo al orgullo y á la rebeldía.»

Quien de tal suerte pensaba, claro es, que, de errar, no habia de hacerlo á la manera de Otton I, mas en contrario sentido, y así fué, que, ni hadjib, ó primer ministro, tenia. Era pues, Abderraman III, lo que hoy llamaríamos monarca democrático, y, hasta el punto de no dar la mayor parte de los empleos sino á personas de las clases mas ínfimas, cosa que en el estado social de los árabes era harto mas grave que entre nosotros, pues, para llevar adelante el califa su deseo, tenia que valerse de libertos, extranjeros y aun esclavos, los cuales formaban aquella clase tan nombrada en Córdoba, de los esclavos.

Provenia este nombre del Norte, de cuando los pueblos germánicos habian hecho multitud de prisioneros á las naciones eslavas, los cuales vendian á los sarracenos de España (Maccari, t. 1, p. 92). Con el tiempo, el nombre de eslavo sirvió para todo extranjero, servidor del harem ó en el ejército, cualquiera fuese su origen.

Asegura un viajero árabe del siglo X, que los esclavos servidores de los califas de España eran gallegos; con cuyo nombre ya hemos dicho comprendian los musulmanes á la mayor parte de los cristianos españoles, francos, esto es, franceses y alemanes, lombardos, calabreses y hombres que venian de las costas boreales del mar Negro. Muchos habian caido en manos de piratas andaluces, á otros los habian comprado por la costa de Italia, mercaderes judíos, á quien la codicia movia á beneficiar el estado de miseria en que solian hallarse los pueblos, comprando niños de ambos sexos, para enviarlos luego á tierra de musulmanes en barcos griegos y venecianos, cuyas tripulaciones y sobre todo los dueños, vivian, segun parece, mas atentos á la ganancia que á la salvación de las almas de aquellos desventurados huérfanos. Y ya que á este punto hemos llegado, fuerza será añadir que los judíos tenian en Europa diversas, que podríamos llamar fábricas de eunucos, siendo por extremo célebres la de Verdun, no menos que otras del Mediodía. ¡De tal suerte llegaba á regiones apartadas el odioso influjo de las costumbres sensuales y corruptoras del musulman!

Venidos de niños, con facilidad seguian aquellos esclavos la religion, idioma y costumbres de sus señores. Varios de ellos eran esmeradamente educados, llegando con el tiempo á tener bibliotecas y componer versos. Tan grande era el número de estos, que un tal Habib dedicó un libro á sus poesías y aventuras.

Muchos eran los esclavos que habia en la corte y el ejército de los emires de Córdoba, pero nunca tantos, como, cuando Abderraman III. Su número varia, segun diversos testimonios, de 3,750 á 13,750 (Maccari, t. 1, págs. 372, 373). Como quiera, aquellos esclavos tenian á su vez esclavos para que les sirviesen, y muchas tierras.

Protegióles Abderraman, hasta el punto de otorgarles los mas importantes empleos militares y civiles, y aun obligó á los árabes mas nobles, cuyos antecesores habian nacido en el Desierto, á humillarse ante los

advenedizos eslavos. ¡Tal era el ódio que tenia á los nobles! Pagábanle estos de igual manera, mas su enojo excedió á toda ponderacion con ver que el califa nombraba á un eslavo para mandar el ejército. Entonces, sin parar mientes en la fé que á Allah debian, ni en la jurada al señor, ni en la honra del nombre del musulman, ni aun en la suya propia, juraron dejarse vencer, con tal de vengarse del califa.

De esa manera, en las filas de aquel amenazador ejército que á nuestro territorio se encaminaba, iban hombres que tenian altos empleos de la mayor responsabilidad, y habian jurado ser traidores. No es la primera vez que tal sucede en el mundo. Ni tampoco llegará á errar quien crea que la traicion costó mas cara á los nobles que al anciano Abderraman.

Segun Sampiro, la Azeipha (1), esto es, el ejército de los árabes, se encaminó á Simancas, en donde fué vencido con enormísima pérdida. Retrocedió el ejército hácia Ledesma, Ripas (Ribas, lugar que ya no existe), Balneos (Baños de Ledesma), Alhandega, Pena (Peñanseude), y otros muchos lugares de que seria largo dar cuenta, y entonces los nobles árabes experimentaron la desgracia que por su traicion merecian.

Los cristianos, llenos de ánimo con la victoria alcanzada, siguieron á los musulmanes. A la sazón, ambos ejércitos pasaron como dos nubes de tempestad por el territorio zamorano. En la retirada, se detuvieron los árabes cerca de Alhandega, al Mediodía de Salamanca, para hacer frente al enemigo. Tal vez los nobles juzgaban que, con la primera derrota bastaba para vengarse del califa, mas esta vez, si lo intentaron, no solo no pudieron vencer, sino que cuantos quedaron con vida, hubieron de encomendarla á la fuga, único modo que tuvo tambien de salvarse el mismo Abderraman.

El numeroso y poderosísimo ejército á que el cordobés califa habia encomendado la *campana de la potestad suprema*, huia deshecho, y en confuso monton ginetes y peones, oficiales y soldados, nobles y eslavos.

Mas como son varias las relaciones que á esta campana se refieren, y todas importantes, citaremos las mas, comenzando por la de Ben Jaldon, quien dice que en el año de 327 (939) Abderraman emprendió la campana de Alhandega contra Galicia. Vióse obligado á huir, tuvieron los musulmanes grandes pérdidas, y quedó prisionero Mohammed-ben-Hachim, el Todjibita. Desde entonces no volvió el califa á la guerra, pero envió ejércitos contra el enemigo.

El célebre polígrafo Masudi, en sus *Praderas de oro* (2), dice, hablando de esta celeberrima campana, que Abderraman fué á sitiar á Zamora capital de los gallegos. Esta ciudad tenia siete muros con extremo sólidos, fabricados por los antiguos reyes, separados unos de otros con excavaciones, fosos y aguas de grande anchura. Tomó Abderraman los muros primeros, mas entonces, atacados los musulmanes por los defensores de la plaza, perdieron 40,000 hombres, y aun se

dice que 50,000, entre muertos y ahogados. Ganaron esta victoria los gallegos y los vascos. En otro lugar añade Masudi, que los enemigos mas temibles para los andaluces, son, de todos sus vecinos, los gallegos. Los francos (catalanes) guerrean tambien con los musulmanes, pero los gallegos son mas valientes.

Ahora bien, suponiendo que Masudi, escritor ligero, que extendió su obra hallándose muy lejos de España, haya cometido errores, no podíamos ni debíamos dejar de citarle, á propósito de los grandes sucesos que llevamos referidos.

## CAPITULO V.

Abatimiento de los musulmanes y júbilos de los cristianos. — Muere en Zamora Ordoño III. — Entran en Zamora los árabes auxiliares de Sancho II. — Domingo, obispo. — Almanzor. — Abdallah entra en Zamora, mas no en la ciudadela. — Domingo Sarraciniz. — Ríndense los zamoranos á Almanzor.

Grande fué el abatimiento de los musulmanes, empezando por el mismo Abderraman, cuya derrota cundió por toda Europa, llenando de gozo á los cristianos. En este mismo año de 939, hubo un eclipse, al cual dieron grande influjo los hombres en los asuntos políticos; como de igual manera experimentó en junio la ciudad de Zamora horrorosísimo estrago, efecto de una llama ó nube de fuego que, segun dicen, salió del Oceano (lugar poco á propósito para el caso), y abrasó varios lugares y un barrio de Zamora, lo cual acaeció en sábado, 1.º de junio. Mencionado el suceso en documentos antiguos, debemos aquí referirle, dejando para mejor ocasion el hallar modo de explicarle.

Mas, antes acaecieron por Zamora sucesos notables, como la muerte de D. Ordoño III, cuyo cuerpo fué sepultado en San Salvador de la ciudad de Leon (955). Destronado Sancho III el *Craso*, hubo de acudir á la córte de Abderraman en demanda, no solo de salud, pero de auxilio para recobrar la corona. Todo lo halló en Córdoba, digámoslo, á medida de su deseo. Encaminóse un ejército musulman, con el cual iba Sancho, ya bueno y libre de su excesiva gordura, á Leon, tomando al paso á Zamora, cuya ciudad, es de creer, fuese entregada al rey por sus parciales, que de lo contrario, no habria sido tan fácil conquista. Siguiéron las cosas favorables á la reclamacion del destronado rey, de suerte que, á mediados de 959, obedecia á este buena parte del reino, hasta que logró al cabo entrar en Leon (960), y entonces envió embajadores al califa para darle las gracias por su eficazísima ayuda.

Los años de 959, hallamos mencion de Domingo, obispo de Zamora, cuyas memorias llegan á 968, segun Florez. No parece corresponda á este lugar lo que dice Mariana, sobre si Hacam II tomó á Zamora y la echó por tierra, tomando igualmente á Sepúlveda, Gormaz, Simancas y Dueñas; pero semejantes desventuras, si tales acaecieron, poca importancia tenían, comparadas con las que á los cristianos amenazaban.

Muerto Hacam II en 976, y despues de infinitos sucesos, ajenos á esta crónica, de los cuales, únicamente

(1) *Azeipha*, vale expedicion durante el verano, de donde, el ejército que la lleva á cabo.

(2) Manuscrito de Leida, núm. 282, p. 91. Se halla el propio texto en Maccari, t. 1, p. 223.

diremos que abrieron al través de todo género de intrigas y aun sangre el camino para ello, entró á reinar el hijo de aquel, Hixem II. Recorria á caballo el califa las calles de Córdoba para que el pueblo le viese, y entre la multitud de soldados y jefes, iba el hadjib ó primer ministro, nombrado el mismo dia, Mohammed Ben-abi-Amir.

Aquel hombre, á quien nuestro pueblo conoce por el nombre de Almanzor (Al-mansor, *el Victorioso*), que, en efecto, se dió á sí propio mas adelante, estaba destinado por Dios á ser azote de la cristiandad en España.

Como estadista y guerrero, es Almanzor uno de los varones mas ilustres que en España han nacido, siendo, en verdad, difícil hallar en ninguna parte ni en tiempo alguno, muchos que le igualen. Al presente, y como hemos de ver en él, ante todo, sus calidades guerreras, diremos queria españoles cristianos y bereberes, para soldados, en vez de moros andaluces. Seguíanle los cristianos con fidelidad grande, y forzoso es decir le ayudaron sobremanera contra sus propios hermanos de Leon, Castilla y Navarra.

Pagábales Almanzor religiosamente, y era el domingo dia de reposo para todos, cualquiera fuese su religion, siendo tal el cariño y aun parcialidad con que miraba á los cristianos, que, en toda disputa habida entre aquellos y los musulmanes favorecia á los primeros. Cierta que, de esa manera, daban los soldados cristianos á Almanzor el mas firme y leal apoyo, con el cual podia en todo tiempo contar el hadjib.

Con tan excelentes guerreros, diestramente organizados y obedientes á la voz de general tan insigne, bien podia presumirse era llegada la última hora de los monarcas cristianos. Ajeno á nuestro propósito cuanto no tenga relacion directa con Zamora ó su actual territorio, citaremos, poco mas ó menos, las palabras del historiador Ben-Jaldon.

El príncipe Abdallah mandaba la vanguardia de Almanzor, cuando este invadió á Galicia (Castilla y Leon) con la caballería de Toledo, tropas regulares y toda la infantería. Entonces, Abdallah combatió á Zamora, en la cual entró, si bien no pudo señorear la ciudadela. Llevólo todo á fuego y sangre por las tierras comarcanas, destruyendo en un solo distrito sobre mil aldeas, en donde habia muchas iglesias y conventos. Dió la vuelta á Córdoba con 4,000 cautivos, despues de haber cortado la cabeza á otros tantos cristianos (981).

En el siglo XVI habia en el claústro de San Acisclo de Córdoba una lápida de mármol con el siguiente epitáfio copiado por Morales (tomo. III, fól, 268):

OBIIT. FAMULA. DEI.  
DOMINICUS. SARRACINI.  
UXOR. ERA. VIGESIM.  
V. KAL. AGS.

Que viene á decir: Murió la sierva de Dios, esposa de Domingo Sarraciniz, el 28 de julio de 982.

Este Domingo Sarraciniz, poseedor de grandes bienes en Zamora y sus alrededores, fué prisionero de los árabes cuando la toma de Simancas y llevado á

Córdoba con grillos, á la par de otros varios cristianos, quedando todos cautivos por espacio de dos años y medio. Mas, cuando el rey Bermudo II envió mensajero para rescatarle, los moros le habian ya cortado la cabeza, á lo cual debió la corona del martirio.

Disputaba Ramiro III la corona á Bermudo, y creyó lo mejor tomar para sí los bienes de Sarraciniz, muerto *ab intestato* y sin herederos; mas Bermudo otorgó los bienes á la iglesia de Compostela.

Ahora bien: si tal dificultad hallaron los soldados de Almanzor para señorear en los tiempos de mayor pujanza á Zamora sin la ciudadela, creemos desde luego infundado y erróneo cuanto dice Mariana de la primera conquista por Hacam. En cuanto á lo que vamos refiriendo, tampoco merece del todo semejante nombre, pues la ciudadela ó principal recinto quedó por los cristianos.

A decir verdad, no hubo para estos momento de reposo, mientras Almanzor tuvo vida. Las constantes razzias del hadjib cordobés llevábanle á los últimos confines de Galicia, mientras caian en su poder las mas fuertes ciudades.

El año de 988 vió de nuevo á las armas de Almanzor cabe los muros de Zamora. Verdadera nube de langosta era todo ejército por aquel tiempo. Casas, iglesias, ciudades y aldeas quedaban arrasadas al paso del ejército musulman, ante el cual, no hallándose acaso Bermudo II con fuerzas suficientes, ó mas bien, temiendo fuese Zamora embestida, encerróse en esta ciudad, donde, como se ve, no habian permanecido los de Almanzor. Mas estos siguieron adelante, encaminándose á Leon, que, en años anteriores sitiada, se habia defendido con buen éxito.

A la sazón, abrieron brecha los musulmanes, y á pesar del heroismo del gobernador, el conde gallego Guillen Gonzalez cayó Leon en poder de aquellos. Horrible fué la matanza, en la cual ni aun perdonaron al esforzado conde, á quien encontraron enfermo en litera y dieron muerte.

Al dar la vuelta los soldados de Córdoba, cayeron sobre Zamora, y los vecinos, viendo que Bermudo se alejaba de ellos furtivamente, la entregaron á Almanzor, quien la saqueó. Despues de la toma de Zamora, casi todos los condes reconocieron la soberanía del hadjib, no quedándole á Bermudo sino las comarcas mas inmediatas al mar. Despues de once años de desolacion, Zamora fué repoblada por Almanzor con musulmanes, quedando gobernador Abulavvas el Todjibita.

Con todo esto, aun en tiempos de Almanzor se advierte notable indicio de próxima decadencia para el poder musulman en España. Almanzor no tenia ya confianza en sus correligionarios nacidos en la Península, y llevaba por soldados mitad bereberes y mitad cristianos. De los últimos habia además multitud de descendientes, que, trocada la fé y siguiendo á Mahoma, no por eso dejaba de advertirse en ellos las nobles inclinaciones y calidades de su raza.

De esta manera, y por mas que renegaran de su origen aquellos españoles arabizados, ni por invocar á Mahoma en vez de Cristo, ni por burlarse y afrentar á sus antiguos correligionarios, dejaban de conservar

en el corazón algo más puro, delicado é ingenioso que no tenía el árabe (1).

Este, el andaluz, como á sí propio se llamaba, no podía competir con el cristiano del Norte. Aquel era valiente, este esforzado; no huía el primero del peligro, el segundo le arrostraba; mudable el musulmán español, antojadizo como un niño, mal podía estorbar la reconquista, al constante hijo de Galicia, como era llamado por los árabes todo morador de los reinos de Castilla y Leon. Firme en su propósito el cristiano, de sí propio sacaba fuerzas para combatir y vencer; pronto cansado el musulmán, tornaba los ojos al Africa, pidiendo á los bárbaros del Sahara apoyo y protección, apenas algún heróico Alfonso asomaba á las sierras, como el águila apercebida á la presa.]

Habia sucedido al obispo Dulcidio, Domingo, que en 859 lo era de Zamora; siguió á este Juan II, cuyo nombre consta como de Zamora ó Numancia, que tan antiguo y mucho más, ya hemos dicho, es el error de confundir ambos nombres. Hállase el de este obispo mencionado en escrituras desde el año 970 hasta el 983, de las que consta históricamente que gobernó la silla trece años, si bien es posible fueran más.

En tiempo de este obispo fué la destrucción de Simancas, y entonces acaeció el suceso que ya hemos referido de la prisión de Domingo Yañez Sarracino.

Sucedió Salomon, último obispo de los antiguos, del cual se hallan memorias meramente de los años 965 y 986, si bien Florez las extiende hasta 989.

Entonces fué la destrucción de Zamora, por los pecados de Bermudo II, así como por los de su pueblo, como dice el obispo de Oviedo en su crónica. Acompañaban á Almanzor, según ya hemos dicho en otro lugar, condes cristianos. Como hay poca variedad y confusión acerca de la fecha de tan triste suceso, diremos, que el doctor Vegas, en su *Historia de San Ildefonso*, cap. XIII, indica por este tiempo dos entradas de árabes contra Zamora; una en 975, reinando Sancho el Gordo, y otra, después de repoblarla los zamoranos, en 981, por Almanzor, después de la batalla de Simancas. Entonces quedó la ciudad destruida. Habla igualmente de otra invasión en 993 en tiempos de Bermudo II (la cual acabamos de mencionar), quedando Zamora asolada hasta los tiempos de Fernando I, quien la reedificó y fortaleció, á ruego de los leoneses (1055).

El obispo Sandoval (*Vida del emperador D. Alfonso VII*, fól. 137), dice pudo ser destruida Zamora en 985, pues, desde este año no se halla mención de obispo alguno hasta 1125.

Hay, á no dudarlo, extraordinaria confusión acerca del tiempo en que fué destruida la ciudad; pero se sabe acaeció la ruina á fines del siglo X.

## CAPITULO VI.

¿Fué del todo destruida Zamora?—Existía antes de su restauración por Fernando I.—Puebla este á Zamora y la da leyes.—Decae del todo el ánimo de los árabes andaluces.—Feudalismo.—Fuero viejo.—Poderío de Fernando I.

Nos hallamos en la más tremenda y dolorosa calamidad de Zamora. Almanzor señoreaba la mayor parte de España, y los cristianos, reducidos á la faja boreal de la Península, veían con dolor y espanto la aproximación del verano, en cuya estación las armas musulmanas se extendían amenazadoras por doquier.

Zamora quedó allanada, mas ¿puede decirse fué del todo destruida? Ciertamente que por más de un siglo no mantuvo silla episcopal ni pastor; pero, desde los tiempos de Fernando II, podía, en verdad, llamarse corte del reino, á causa de lo frecuentemente que en ella residían los reyes, como puede deducirse de nuestra narración. Llamaban los cristianos á Zamora Ciudad Nueva, y en ella había ya iglesia de Santa Leocadia, la plaza del Mercadillo y el Arrabal, como se ve por el privilegio concedido por D. Bermudo II (986). ¿Quedó todo esto de tal suerte arrasado, que no fuera posible hallar sino ruinas en el antiguo recinto?

Fernando el I de Castilla y de Leon fué su restaurador, mas antes, en una escritura de Sahagun (1013), puesta por el padre Escalon en la historia de aquel monasterio (pág. 435) durante el reinado de Alonso V de Leon, y siendo conde de Castilla D. Sancho, se lee lo siguiente: *Similiter Pelagio Didaci dominante corte Zamora cum campo de Tauro*. Existía, pues, nuestra ciudad, aun antes de ser restaurada por Fernando, y acaso no fué nunca del todo destruida.

Las entradas de Almanzor, avenidas espantosas é incontrastables eran; pero, al retirarse, si bien dejaban asolado el territorio, no es creíble quedaran exterminados todos los habitantes, los cuales, por grande que fuera la desventura y desamparo en que se viesan, no dejarían de acudir á restaurar en lo posible sus antiguas moradas. Además, no quedó asolada Zamora, que sabemos la repobló Almanzor, y luego acudió á restaurarla en parte Alfonso V de Leon, y vemos en la ciudad gobernador, puesto sin duda por aquel rey.

Ni es lo que mas arriba hemos presentado, única prueba de que Zamora existía antes de lo que podríamos llamar su repoblación oficial, pues consta de otra escritura de D. Fernando I (1049), que, siendo niño y reinando su padre D. Sancho el Mayor, antes de 1035 en que murió este, se dice: *et Comite Fredenando Moniz tenente Campo de Tauro et Zamora ingressi fuerunt eius Scurrones in Villulis eiusdem loci, et amplius in Lamproana; et fecerunt iti quod non licebat*, etc.

Salvo estas citas, que no es justo pasar en silencio, nada podemos decir de Zamora después que la señoreó Almanzor, sino mentar á Sampiro, presbítero de aquella ciudad y natural de ella, quien, á la par de otros muchos, huyó del poder de los árabes, refugiándose en Leon, donde se amparó del rey D. Bermudo II. Nombróle este su notario, con cuyo título se le halla

(1) Ils avaient beau renier leur origine, ces espagnols arabisés; ils avaient beau invoquer Mahomet au lieu d'invoquer le Christ, et poursuivre leurs anciens coreligionnaires de leurs sarcasmes: au fond de leur coeur il restait toujours quelque chose de pur, de délicat, de spirituel que n'était pas arabe.—*Histoire des Musulmans de Espagne* por R. Dozy, tome troisième, p. 350.

durante los reinados de Alfonso V y Bermudo III. Hízole el último obispo de Astorga (1035-1041), en cuya sede murió octogenario, dejando escrita la historia de nueve reinados por espacio de 176 años, desde D. Alfonso el *Magno* (866) hasta la muerte de Ramiro III (882), continuando á Sebastian de Salamanca.

Esto es cuanto podemos mencionar de aquella tristísima época, hasta la en que Fernando I repobló á Zamora; en qué año, no se sabe con la debida puntualidad. Parece que la repoblacion fué á ruegos de los leoneses, quien habiendo padecido la misma ruina y por la propia causa, instaron al rey á que volviese á poblar nuestra ciudad. Hízolo así Fernando y dió á los pobladores, que de las montañas habian acudido, las propias leyes antiguas suyas, esto es, las de los godos. Y es tan cierto, que en el tomo propio de la legislacion de Zamora, pergamino escrito en 1289 (1), se hallan primero las leyes de los doce libros del *Fuero Juzgo*, de la traduccion castellana que mandó hacer San Fernando (1241), y la misma impresa por Valdivieso, con pequeña diferencia. El penúltimo capítulo tiene al fin lo siguiente: *Esta ley fué otorgada e confirmada en o Conceyo Domingo X dias de Semtembrío era M.<sup>a</sup>CCC.<sup>a</sup>XVI.<sup>a</sup>* (1279). Cier-to, del presente Código no puede decirse, que, conforme está, sea el mismo cuerpo de leyes que dió Fernando I, ni aun copia literal, pues el de aquel rey debia estar en el latin que entonces se usaba, pero la traduccion al castellano del *Fuero Juzgo* da á entender que este fué tambien otorgado cuando la repoblacion, á lo cual se añadió algun otro fuero municipal, aumentado con los acuerdos del Consejo hasta 1279, en que concluye el citado documento, cuya antigüedad es, en verdad, importante.

Como dice un escritor árabe, fué el reinado de Fernando I harto desastroso para los musulmanes. No solo cayó Coimbra en poder de cristianos, mas todos los enemigos de estos que habia entre el Duero y el Mondego hubieron de alejarse de la tierra en que habian nacido. De esta suerte, iban recobrando los españoles su pátria, y nuestro territorio viéndose limpio de musulmanes, los cuales eran tan inferiores á los cristianos, que no se atrevian á afrontarles, ni aun siendo cinco contra uno, llegando el caso de huir cuatrocientos de Almería (cuerpo de tropas de preferencia), de ochenta castellanos. (Abbad, t. II, pág. 20. *Scriptorum Arabum loci edicti a R. Dozy*. Leida 1846.)

«¡Emprended el camino, oh andaluces! cantaba un poeta; ¡permanecer aquí (en España) es locural!» (Mac-cari, t. II, pág. 672.)

Y á bien que tenia razon el poeta, cuando en las cercanías de Lorca trescientos castellanos habian sido suficientes para vencer á tres mil sevillanos; esto es, uno contra diez. (Abbad. t. II, pág. 121.)

Los efectos de las entradas de Almanzor habian sido mas desastrosos que duraderos. No puede un hombre, por grande que sea, crear naciones sin elementos para ello. Harto conocia el Hadjib la debilidad de sus paisanos, cuando no les queria para compañeros en sus

arriesgadas empresas, que ya hemos dicho componia Almanzor su ejército de cristianos y bereberes, por no tener confianza en los musulmanes españoles.

De esta suerte, fácil era comprender, aun en medio de las mayores victorias de Almanzor, que, pueblo como el suyo, mas culto en verdad, pero menos enérgico, habia de verse obligado á ceder, tarde ó temprano, á la esforzada constancia de los hijos de la region boreal de España.

Mas antes, ¡cuánto trabajo y cuánta desventura! ¡Qué de ódios y guerras civiles entre musulmanes, qué de discordias entre cristianos! No parece sino que el suelo de la Península ibérica produce de suyo algun vaho mortifero, á propósito para alentar á la desunion entre hermanos, encendiendo la rábia de la venganza en sus corazones.

Una de las preocupaciones históricas mas vulgares, dice el gran historiador César Cantú, se funda en llamar al siglo X Edad de hierro, suponiéndole profunda ignorancia é ínfima civilizacion, como si únicamente se conociese algo mejor desde el año 1000 en adelante. El mayor caos de desorden é ignorancia se halla en el siglo VIII, cuando hallándose los pueblos sin ninguna organizacion y perdida toda tradicion literaria y científica, no habia nacido aun lo que habia de reemplazar á lo pasado.

Por toda Europa cristiana se hallaron los pueblos en estado harto parecido, siquiera viniese de causas harto diversas; y en todas partes era el cristianismo verdadero y único lazo que unia á los pueblos, á falta de toda institucion humana.

Cuando el feudalismo fué extendiéndose por las naciones cristianas, tambien llegó á España, aunque tomando las formas que á la Península correspondian, y aun arraigándose de distinta manera, segun las provincias y regiones en donde se presentaba. Pero si en la parte boreal, especialmente en Cataluña y Galicia, llegó á ser notable su influjo, fué, en verdad, mas escaso por Castilla.

Con todo, aun en esta, fuera imperdonable error negarle, pues hallamos instituciones y costumbres que solo del feudalismo podian provenir. No vemos por Castilla feudos á la manera de Francia ó Alemania; pero acá tuvo tambien la nobleza carácter feudal, y tanto, que es harto difícil decir cuál es el Cid verdadero, el de la *Crónica rimada* ó el de los *Romances*. Señaladísima diferencia existe entre ambos, segun mas adelante diremos; pero no hay duda que, por espacio de siglos influyó sobremanera el feudalismo en nuestro territorio. ¿Ni cómo negarlo, cuando vemos á la nobleza en posesion de tantas y tan señaladas preeminencias de carácter feudal? De ellas era, acaso la mas notable, la forma en que poseia, no solo las tierras, pero infinitas ciudades.

Pueden verse las relaciones entre el señor y el vasallo en el *Fuero Viejo*, siendo importantísima aquella de que no dejaron de prevalerse á menudo los nobles castellanos, la cual autorizaba á todo vasallo del rey, aun á desnaturalizarse, alejándose del servicio del monarca. Privilegio de todo hombre ligado era este, que solo en el orden feudal puede hallarse, así como las consecuencias que de él proceden. Habia,

(1) Dia 27 de marzo, por Pedro, de órden de Gonzalvo Rodriguez.

pues, feudalismo en nuestro territorio y en la época de la restauración de Zamora, desde cuyo tiempo, puede decirse, se le ve vivir y crecer con mayor fuerza por los pueblos cristianos de la Península.

Como dice el Silense, D. Fernando I alejó á los moros de Castilla, y extendió sus dominios y fronteras hasta Oriente por Celtiberia; pero, si bien restableció la población, no hizo lo mismo con la Sede, de la cual hallamos mención más adelante. No debió, en efecto, de quedar Zamora en muy buen estado, cuando no hubo en ella obispo hasta la época de Gerónimo el amigo del Cid, ó más bien, de Bernardo.

Si bien daremos cuenta á su tiempo de lo principal que se sabe de nuestro obispado, es cierto que no se le halla constituido, sino desde el tiempo de Alfonso VII y del Papa Calixto II, siendo, dicese, la primera catedral de Zamora la iglesia de San Pedro, donde se hallaba el cuerpo de San Atilano.

## CAPITULO VII.

El Cid.—Reconocen sus grandes calidades los escritores árabes.—Ben-Bassam.—Crónica rimada.—Romancero.—Muerte del conde de Gormaz.—Acude en queja doña Jimena á Zamora.—Cásala el rey con Rodrigo.—Costumbres del tiempo.—Cinco reyes, más bien, *jeques*, rinden párias á Rodrigo y le llaman Cid.

Acaece en tiempo de lluvias, que, después de ir engrosando ríos, arroyos y torrenteras, se oye á lo lejos rumor desconocido, cuyo origen no comprenden los oídos más experimentados. El rumor, que suele extenderse, á veces, á leguas de distancia, va por instantes creciendo, de suerte que, cuando menos se espera, se le oye inmediato, y á la par llega devastadora manga de agua, cuyos turbios y arrebatados raudales arrancan árboles de cuajo y aun peñas, salidas á flor de tierra siglos y siglos antes de la existencia del hombre. Si las obras de Dios de tal manera se rinden al asolador elemento, no es mucho vayan también con ellas las obras de los hombres. Allá cubren valles y collados, allá se ve desmesurada extensión de suelo sumergido y arrasado, que el agua señorea.

Tal se levanta, por los oscuros tiempos de nuestra Edad media, el nombre de Rodrigo Díaz de Vivar. Tal señorea la historia de España la preza del Cid Campeador.

Animoso, prudente, lleno de constancia y esfuerzo, el Cid era, aun para sus propios enemigos, *un milagro del Señor*, como dice el árabe Ben-Bassam, el cual le llama en otras ocasiones perro de Galicia, á quien Dios maldiga. Para Ben-Bassam y los autores de su tiempo, Galicia comenzaba allende las *Sierras*, esto es, lo eran ya Castilla y Leon.

Oíale los moros decir: «Si un Rodrigo perdió á España, otro Rodrigo la salvará;» palabras que llenaban de espanto á los acobardados musulmanes; después de lo cual parece imposible haya habido historiadores que, no solo pusieran en duda, más negaran la existencia del Cid. Esta última fué la opinión de Masdeu, cuyo influjo llegó á ser tan grande, que imperó hasta nuestros días. Con todo esto, en vez de negar al Cid, mejor podríamos decir había tres Cides, si al del

*Poema* y al de la *Crónica rimada* añadimos el de los árabes.

Ya hemos indicado la opinión de estos, y para resumirla, pondremos aquí lo que añade Ben-Bassam, acerca del Campeador: «La victoria seguía siempre la bandera de Rodrigo (¡maldígale Dios!)» Y añade, después de referir sus triunfos, aun contra los *bárbaros*, esto es, contra los cristianos, que se estudiaban los libros en su presencia. Lefanle las hazañas de los guerreros de Arabia, y al llegar á la historia de Mohallab, se mostró extasiado y lleno de admiración ante semejante héroe.

Era Ben-Bassam autor contemporáneo, y por eso hemos creído justo citarle más de una vez. Fuera de esto, y dejando á un lado, por ocioso, todo empeño en mantener la verdad de una existencia, que ya no es posible negar hoy día, hallamos en los escritores cristianos, como ya hemos dicho, dos Cides, representados en sendos, curiosísimos é importantes documentos. El de la *Crónica rimada*, es feudal y anti-unitario, mientras el del *Poema*, no menos que el de las *Crónicas* latina y castellana, cantares y romances, es casi siempre monárquico y democrático, á la manera que ha solido entenderse en España.

Como quiera, el nombre del Cid ha dejado en Zamora honda huella, y no fuera justo mencionarle, sin cierta detención, por estrecho que sea el cuadro á que nos veamos reducidos.

En la *Crónica rimada*, vemos que á Zamora, de nuevo residencia de los reyes, acude Rodrigo:

. . . . . para Camora van.  
A la entrada de Camora, al lado Duero cay,  
ármense los tresientos, é Rodrigo otro tale.

Antes de lo cual ya había acudido también Jimena á nuestra ciudad, cabalgando, á usanza del tiempo, y acompañada de sus doncellas y de los escuderos que la habían de guardar.

Jimena acudía á pedir justicia al rey de Leon contra Rodrigo de Vivar, quien había muerto al conde, padre de la dama. Dice el Sr. Duran, en una de sus importantísimas notas al *Romancero* (1), ser muy extraño que en ningún romance de cuantos conocemos se exprese la causa de la afrenta que recibió Diego Lainez, padre del Cid, del padre de Jimena, tal cual le conserva la tradición del siglo XVII. Se atribuye la envidia del conde á una preferencia palaciega, por cuya causa recibió Lainez la bofetada.

Fuerza es confesar, que, muchos romances se hallan, digámoslo, empapados en el espíritu monárquico de siglos posteriores. Para nosotros, son preferibles las razones de la *Crónica rimada*: «*El conde D. Gomes de Gormas á Diego Lainez fiso danno; fferiole los pastores e robole el ganado.*» ¡Cuánto más propia es de la época la narración de la *Crónica*! Apellidáronse los de Lainez, y acudiendo contra el de Gormaz, entraron por sus Estados á sangre y fuego, talando y robando los vasallos y los ganados, y aun las lavanderas que hallaron orillas del agua. Tras ellos salió

(1) Romance núm. 725.

el conde con cien caballeros. Como señor feudal, no dejó de afrentar á su enemigo llamándole: *fijo de un alcalde cibdadano*; que, en efecto, los condes de Castilla, elegidos por el pueblo, eran de origen plebeyo.

Habia retado el conde D. Gormaz con grandes voces á los de Diego de Lainez, para que este le esperase con los suyos de tantos á tantos, á lo cual respondió Pedro Ruy Lainez, señor de Faro, proponiendo el combate de ciento á ciento. Diéronse nueve dias de plazo,

y devolvieron las lavanderas y vasallos, mas no el ganado, en represalias del daño que D. Gomez habia hecho, ó mas bien en trueco, *por lo que el conde avia levado*; con lo que se vé no habian sido los primeros en atizar la discordia los de Diego Lainez.

Cabalgaron á los nueve dias los cien lidiadores, y entre ellos Rodrigo, *fijo de D. Diego, e nieto de Lain Calvo, e nieto del conde Nuño Alvares de Amaga, e nieto del rey de Leon*: si bien no queria el padre que



Vista de la torre del Arco, en Toro.

fuera á combatir, siendo tan niño, pues apenas tenia trece años. En el combate, Rodrigo mató al conde y aprisionó á sus dos hijos. De las tres hijas doncellas que el conde tenia, Jimena, viendo no hallaba justicia, ni en Diego Lainez ni en Rodrigo, determinó ir á Zamora en la forma que mas arriba hemos dicho.

Pesóle al rey en extremo el dolor de Jimena; mas temia se alzasen los castellanos, si castigaba á Rodrigo. Jimena, entonces, pide á este por esposo. Ya hemos visto al castellano acudir á Zamora, no sin temor.

Vamos siguiendo la *Crónica rimada*, porque si bien menos conocida, fuerza es confesar hay en el carácter del Cid notable verdad y harto conforme con los tiem-

pos á que la narracion se refiere. Por nuestra parte, y á fuer de leales cronistas, creemos menos alterada la representacion del Cid en la *Crónica* que en los romances; y aunque no neguemos concuerden mas con estos la *Crónica general* y la del Cid, tiene, digámoslo, tal sinceridad la *rimada*, que, aun suponiendo haya habido, como dice el Sr. Duran, intencion en el juglar, su autor, de lisonjear al señor ó señores feudales, para quien extendia la *Crónica*, no es posible dejar de ver en ella el traslado de un caballero del siglo xi.

Demás de esto, si el juglar no hace sino acudir á la invencion, fuerza es confesar no inventa mal, y por prueba, véase cuán bien explicadas están las du-

das y el temor del padre, cuando se trata de que Rodrigo vaya á Zamora.

«Dadme por esposo á Rodrigo, aquel que mató á mi padre,» dice Jimena Gomez, con aquella entereza propia del tiempo, dando señalada prueba de generosidad, pues con su boda estorba los daños que á Castilla pueden sobrevenir. Al oír las palabras de Jimena, el conde gallego D. Osorio (1), amo (ayo) del rey, exclama tomando á este de las manos y llamándole aparte: «Señor, mucho debeis agradecer á Jimena; enviad al punto á llamar á Rodrigo y á su padre.» Partió, en efecto, un mensajero con carta para Diego Lainez y su hijo. Al oír aquel lo que el rey le mandaba, mudósele el color, temiendo por la vida, y acudió á su hijo diciéndole cuán en peligro se hallaban, pues no veía en las cartas recibidas de Zamora sino un cauteloso ardid para perder á entrambos.

Diego Lainez, en vista de lo que ocurría, aconsejó á Rodrigo huyese á Faro con su tío Ruy Lainez, mientras el padre acudía á la córte, y si, por ventura, el rey le matase, Rodrigo y sus tíos le podrian vengar. El hijo, con generoso aliento, repuso: «Por lo que vos *pasaredes*, por eso quiero yo pasar.» Convinieronse, y tomaron el camino de Zamora, acompañados de 300 de á caballo.

Ya tenemos al Cid en Zamora. Por ninguna razon debemos pasar en silencio cuanto á estos sucesos se refiere, pues, además de pintar con exactitud la época, damos á conocer á nuestros lectores el que tenemos por verdadero Cid no siempre semejante al que generalmente se conoce por la lectura del *Romancero*. Aquí corresponde el romance:

Cabalga Diego Lainez  
Al buen rey besar la mano; etc.

En el cual se ha pretendido que el carácter del Campeador está bastardeado por el caballerísimo feudal. Cierta que hombres del temple que por entonces se usaba, no era fácil se avinieran tan rendidamente á las órdenes del rey, en especial cuando, no sin fundamento, llegaba el caso de temerse una asechanza. En la *Crónica rimada* Diego Lainez y su hijo disponen vengarse, pues ya dan por hecho que alguno de ambos ha de morir. Que el juglar exagere, podrá ser cierto; pero, cualquiera, en todo tiempo, comenzando por el presente, había de abrigar temores parecidos á los de muchos castellanos. El *Romancero*, aunque modificado, expresa, en verdad, que no debía de ser muy lisonjera la acogida que hallaran en Zamora.

Pongamos los ojos en aquellos tiempos. Diego Lainez y los suyos, van todos de paz en sendas mulas, sino es Rodrigo, el *soberbio castellano*, que rije poderoso bridon. Todos ciñen espada, cierto, pero Rodrigo lleva además lanza en la mano, y, mientras los demás parecen con su apostura y arcos dispuestos á la obediencia, el hijo de Diego Lainez lleva armas defensivas, si bien ocultas.

Seguimos á la *rimada*. Entra el de Vivar en Zamo-

ra; unos quedo, otros á voces, exclaman: «Ahí va el que mató á D. Gomez,» á quien el pueblo apellidaba el conde Lozano. Afronta Rodrigo el encono de los que gritan, entre los cuales hay parientes ó allegados del difunto, y todos, ante su mirada, abren calle con asombro y pavor.

Llega á ver al rey, y en vez de mostrarse abatido, se niega á besarle la mano, como lo hacen todos los suyos. Es probable tuviera ya noticia de que el rey queria casarle con Jimena, y, como boda forzada no suele ser del agrado de nadie, se comprende el enojo de Rodrigo. Como quiera, el casamiento se verifica, segun la *rimada*, con gran pesar del desposado, si bien es cierto amó luego á Jimena.

De esta suerte, quedaron unidos aquellos dos enemigos, viviendo bajo el mismo techo de la noble dama el matador de su padre, el que caballero en brioso pisador, se mostraba por las tierras de Jimena, gavilan en mano, mas que para cazar, para darla enojo, cebando á su favorita ave cazadora en el palomar de la hija del conde, cuyo brial llegó á manchar con sangre de las inocentes palomas; el que á los ruegos y quejas de aquella, solo halló, por ruda y descortés respuesta, que la cortaria las *haldas por vergonzoso lugare*, infame castigo de ramerías; el que la amenazó con forzar á sus doncellas casadas y por casar, como añade el antiquísimo romance, y el que habia muerto á su pajecillo, que en vano acudió á ampararse so la falda del brial de la triste y amenazada huérfana: en todo lo que se vé cuán fácil era se mostrara sañudo, cuando se presentó por la primera vez en la córte, llamado por el rey, quien de tales cosas, y, conforme á su tiempo, era capaz.

Aquí pone el *Romancero* al Cid en Zamora:

En Zamora está Rodrigo  
En córte del rey Fernando, etc.

Llegan mensajeros de cinco reyes tributarios de Rodrigo de Vivar, á quien enviaban párias, caballos, joyas y tocados para Jimena, y trajes para los hidalgos de su comitiva. Quiere Rodrigo que todo sea para el rey, mas este ordena llamen *Cid* al leal guerrero, conforme lo hacian los árabes.

Solo la *Crónica rimada* dice se casó Rodrigo á disgusto, pero es cierto que en la general del Cid se dice, que, los reyes moros tributarios habian sido vencidos antes de la boda, y se añade, que, apenas verificada esta, se fueron ambos esposos á su casa, yendo él en extremo satisfecho y gozoso. No parece lo fuera tanto, cuando se refiere el juramento que entonces hizo de no consumir el matrimonio hasta vencer cinco lides contra los árabes. Háblase aquí de un moro Búrgos, á quien, despues de vencido, concedió Rodrigo quedase libre, devolviéndole con aumentos sus Estados, y logrando en él con esto, fidelísimo y agradecido aliado para cuantas empresas acometió. No sin razon puede dudarse si aquel Búrgos es verdadero, ó mas bien, representa á los cinco reyes, de que acabamos de hablar.

Como quiera, el Cid se alejó de Zamora, en la cual le pone la *Crónica*, segun ya hemos dicho; y el rey siguió tratando de devolver á nuestra ciudad el pasado esplendor. Mas el testamento de D. Fernando

(1) ... e el conde D. Osorio Galeciano.—Crónica rimada, 126.

rey, fué horrendo presagio de tormentas, cuyo sangriento fin acaeció al pié de las murallas de Zamora.

### CAPITULO VIII.

Divide Fernando I el reino entre sus hijos.—Discordia.—Quita don Sancho II la corona á sus hermanos D. Alfonso de Leon y D. García de Galicia.—Huye el primero al rey moro de Toledo, y el segundo muere en prisiones.—Juicio de los condes traidores en Zamora.—Fortaleza de esta ciudad.—Estado del reino.

(1067) Desacuerdo, con toda verdad imperdonable, cometió Fernando I de Leon y Castilla en repartir los Estados de la corona. Dió á D. Sancho, que era el mayor, el reino de Castilla, desde el Ebro al Pisuerga. Recibió D. Alfonso el reino de Leon, con tierra de Campos, Astúrias hasta el rio Deva, y además algunas ciudades de Galicia. Con esta quedó D. García, el menor, á quien tambien correspondia la parte de Portugal ganada á los moros. Los tres fueron reyes.

La infanta doña Urraca recibió la ciudad de Zamora, y doña Elvira la de Toro, ciudades que tomaron el nombre de Infantado, cuyo vocablo se usaba á la sazón para significar la hacienda de los hijos menores de reyes. Mal comienzo para todos, pues no era fácil se aviniesen á vivir en paz, de tal suerte divididos y al propio tiempo vecinos. En vano, temiendo los daños que amenazaban, rogaron varios señores, y, especialmente Arias Gonzalo, al rey D. Fernando, no dejase en tan infeliz estado la monarquía.

Era el D. Sancho II de gentil presencia y apostura, sobremanera gallardo, diestro en paz y en guerra, por lo cual le llamaron Sancho el *Fuerte*. Aunque de buena condicion, era de temer su enojo cuando le ofendian ó falsos enemigos le engañaban. Muerto el rey, comenzó la discordia á levantar la cabeza, pues D. Sancho decia, no sin razon, que, siendo el mayor, á él tocaba heredar cuanto su padre habia dejado, añadiendo, que, dividido el reino de aquella suerte, quedaban del todo enflaquecidas sus fuerzas. Hablaba esto en secreto con sus amigos, pero contenia mal sus ímpetus, y era fácil conocerle los pensamientos, aun en el semblante.

Al principio, le contuvo la madre, pues además de la autoridad, que, como tal tenía, era el reino de Leon dote suya, pero, con la muerte de aquella, todo cambió de aspecto. No cumple á nuestro propósito referir las guerras de D. Sancho con los reyes de Aragon y Navarra, pero sí diremos, que los ánimos, cada vez mas encendidos de los tres Sanchos, que así se llamaban los tres reyes de Castilla, Navarra y Aragon, no pararon hasta guerrear con tremenda saña. Unidos los dos últimos, vencieron al castellano, y ellos, rompiendo por la Rioja y Bureba, volvieron á tomar lo que D. Fernando habia ganado.

Era D. Sancho inquieto y codicioso, pero en vez de acudir á la venganza, suscitóle su propio carácter nueva guerra, que no podia menos de distraer sus fuerzas. Lidió con su hermano D. Alfonso de Leon, y á pesar de las mayores fuerzas del castellano, la varia fortuna favoreció en la última batalla al primero, pues, aprovechándose del sosiego y descuido en que los ven-

cedores se hallaban, y aun podemos añadir, de la confianza que no podian menos de tener en la tregua que se habia ajustado, el Cid, que acompañaba á D. Sancho, aconsejóle caer de repente sobre los soldados de don Alfonso.

Arte de mala ley dió á Sancho la victoria, y Alonso, vencido, fué enviado á Búrgos y despues al monasterio de Sahagun, por mediacion de la infanta doña Urraca, á quien queria mucho el rey, y del conde D. Pedro Ansures (Peranzules). Tomó D. Alfonso el hábito el año 1074, mas aconsejado de los suyos, huyó á Toledo, cuyo rey le acogió afable y generosamente, dándole morada junto á su palacio, cerca de un templo de cristianos, en donde podia oír misa y asistir á los oficios divinos al propio tiempo que tenia toda facilidad para hablar con el rey, á quien hizo pleito homenaje de guardarle fidelidad y acudir á servirle.

Duélenos, en verdad, no poder extendernos en mas pormenores acerca de la estancia de Alfonso en Toledo, cuyos sucesos han dado lugar á consejas sobremanera poéticas, consagradas á la posteridad por la musa del pueblo.

Sea lícito al amor con que miramos cuanto á España corresponde, sea tambien deber de todo buen español tornar los ojos á aquel *Romancero*, sin cuyo conocimiento nadie podrá dar cuenta del verdadero carácter de nuestro pueblo. Fuerza es recordar aquí el romance:

Don Sancho reina en Castilla,  
Alfonso, en Leon, su hermano.

Véase cómo, al referir la batalla, junto al rio Carrion, asegura que D. Sancho habia perdido el campo, mas el Cid le aconseja, como ya hemos dicho, arremeta á los desapercibidos vencedores, porque

. . . . . las gentes gallegas  
Que están con el vuestro hermano  
Agora están bien seguras  
En sus posadas folgando, etc.  
Ferid en todos muy recio  
Leoneses y galicianos, etc.

Añade el romance, que la ocasion no podia ser mas propicia, pues los vencedores tenían por costumbre, cuando el campo quedaba por ellos, *alabarse de su esfuerzo y escarnecer al contrario*; y como en esto hubieran de pasar la noche, por la mañana estarían dormidos. Tambien dice, que, los soldados de Alfonso, al verle aprisionado, no desmayaron por eso, antes, arremetieron, prendiendo al rey D. Sancho, y como le llevasen ya á buen recaudo catorce caballeros, el Cid propuso el truco de ambos prisioneros. No aceptaron los que guardaban al castellano, mas el Cid lidió con ellos, venciendo á trece, y escapando uno solo.

A ruegos de doña Urraca, otorga D. Sancho II la vida á su hermano, y en el romance

Rey don Sancho, rey don Sancho,  
Cuando en Castilla reinó, etc.,

se hallan, á no dudar, restos de la tradicion oral, quizá del mismo siglo en que el suceso acaeció, y se hallan versos de la *Crónica rimada*:

A pesar de los franceses  
Los puertos de Aspa pasó.

Llegamos ya al punto en que el poeta popular presenta á D. Alfonso, amparado del rey moro de Toledo, y refiere las consejas á que mas arriba hemos aludido, y pueden verse aun mas especificadas en Mariana. De ellas no hacemos mencion, por ajenas á nuestra crónica.

Vióse al cabo D. Sancho señor de los reinos de Leon y Galicia, cuyo rey D. García murió en prisiones, suerte que suele caber, cuando no la de destierro ú otra peor, á reyes flojos y descuidados y por lo tanto, poco á propósito para combatir y serenar las tormentas que tan á menudo levantan las ambiciones de grandes y aun pequeños.

Singular es la afición que la *Crónica rimada* muestra á ver al Cid en Zamora, cosa que mal podríamos pasar en silencio, cuando tan de cerca toca á nuestro propósito. Refiere, pues, aquella, las guerras del Campeador con los moros, y, despues el vencimiento de los condes cristianos D. Garci Fernandez y D. Gimeno Sanchez de Bureba, con los cuales fué Rodrigo al *pueblo Camorano*, y púsoles en prision con los moros, lo cual prueba era de nuevo Zamora plaza de guerra, y salió á recibir al rey D. Fernando, á quien encontró en Moreruela, camino de Benavente. Volvieron ambos á Zamora, contando el Cid al rey lo sucedido, y, entonces refiere la *Crónica* que este envió por todos sus Estados de Portugal, Leon, Galicia, Astúrias, Extremadura y Castilla para que, reunidos en Córtes, juzgaran á los condes.

Habian sido estos traidores al rey, y les delataron los reyes ó jeques moros, vasallos del Cid. Los portugueses dijeron que debian morir despeñados, los leoneses y asturianos que lo mejor era arrastrarles, y, no menos rigurosos, castellanos y *extremadanos* (1) dijeron que los condes debian morir quemados. Tanto rigor, no fué, con todo, causa de que los culpados perdieran la vida, pues el rey hubo de perdonarles, por consejo del Cid, á quien la amenaza del feudo y tributo que el emperador de Alemania queria imponernos, hizo comprender no era tiempo de castigos, sino de ir todos á una contra el enemigo.

Aunque no parezca en su lugar, solo aquí debíamos dar cuenta de este suceso. Es notable que muchos sucesos, acaecidos, segun el *Romancero*, en otra parte, lo fueran, segun la *Crónica rimada*, en Zamora, y como cuanto á esta se refiera, merece mencion, siempre que se halle en documentos de cierta importancia, no seria justo pasar en silencio lo que acaba de ver el lector.

D. Fernando de Leon y Castilla ha desaparecido, y están al presente en una mano los diferentes reinos que, en mal hora quiso dejar á sus hijos. Vencedor de sus hermanos, Sancho II, movióle á codicia el heredamiento de su hermana doña Urraca, á quien, segun el *Romancero*, ofreció en cámbio de Za-

mora *la bien cercada*, Medina de Rioseco con todo el Infantazgo, ó bien Villalpando y su tierra, y, cuando no, Valladolid *la rica*, ó Tiedra, que era buen castillo.

Fuertes muros, pertrechos, vituallas y esforzados guerreros defendian á Zamora, á donde, tal vez, se habian acogido los descontentos que en todo reinado suele haber; por esto, y, sobre todo, por la fortaleza de la ciudad, la queria D. Sancho para sí.

Palpita, digámoslo, en todos estos lugares nuestra hermosa poesía popular; aun repiten las antiguas piedras de la venerable Zamora aquel enérgico romance que ningun español puede ignorar:

Afuera, afuera, Rodrigo,  
El soberbio castellano, etc.

Con dolor no le ponemos aquí, porque de cierto habrá no pocos lectores que conozcan muchas tristes lucubraciones, mal llamadas literarias, de nuestros dias, pero ignorarán del todo que este hermoso romance y sus compañeros existen. A fuer de leales, no podemos menos de rogar á los que tengan estragado el gusto por tan nécia y perniciosa lectura, pongan los ojos, siquiera breves instantes, en nuestro *Romancero*, y en él hallarán honesto recreo, concluyendo por aficionarse al agradable solaz que proporciona.

## CAPITULO IX.

Quita D. Sancho á su hermana doña Elvira la ciudad de Toro.—Reune su hueste contra Zamora.—Envia por mensajero al Cid.—Respuesta de los zamoranos y de doña Urraca.—Enojo de D. Sancho II contra Rodrigo.—Le destierra y le vuelve á llamar.

Seis años llevaba de reinar Sancho II (1072), cuando puso su hueste sobre Toro, y la tomó, dejando desposeida del heredamiento á su hermana doña Elvira. Solo quedaba ya el de doña Urraca. Entonces, pudo muy bien decir, como asegura la *Crónica general*: *Loado seas tú, Señor, que me has dado todos los reynos que fncaron de mio padre.*

Despues de esto, mandó pregonar por la ciudad de Búrgos, que todos tomasen las armas, lo cual hecho, salieron, encaminándose el primer dia á Fromista, y el segundo á Carrion, yendo el rey hasta Sahagun á albergarse. La nube, preñada de rayos, iba en busca de Zamora.

Cuando Sancho llegó con toda su hueste á la ribera del Duero, mandó por pregon, que todos permanecieran en el sitio en que á la sazón se hallaban, hasta que él lo mandase. En seguida, rodeó él en persona á la ciudad, seguido de sus fijos—dalgos, contemplando cuán fuerte era para aquellos tiempos, modos é ingenios de combatir que á la sazón se conocian. Por un lado, corria el Duero, por el otro, era peña tajada, el muro fuertísimo, las torres de muy anchas paredes, y todo en tal estado mantenido, que bien pudieran, desde luego, exclamar los soldados de D. Sancho II: *no se ganó Zamora en una hora.* «No hay moro ni cristiano, dijo con hartopesar el rey, *que la pueda dar batalla; si yo esta oviese, seria señor de España.*»

Tornó á su tienda, y llamando á Rodrigo de Vivar, le dijo, nombrándole cual siempre: «*Mio Cid*, y añadiendo: vos sabeis cuan honradamente os crió mi padre

(1) Extremadura, *Extrema ara*, no era entonces lo que hoy lleva semejante nombre, sino las últimas, las extremas tierras fronterizas de moros, cuyo nombre quedó á las que últimamente lo fueron.

en su casa, haciéndooos, además mayor de ella, y caballero en Coimbra, cuando se ganó de moros, y asimismo, como, al fallecer en Carrion, os encomendó á todos sus hijos, y todos le juramos mirar siempre por vos; y os hizo mayor de mi casa, dándoos de mi tierra mas que un condado; pues bien, yo os ruego que como amigo y vasallo leal, vayais á Zamora y digais á doña Urraca me dé la villa, por compra ó cambio.»

Don Sancho ofrecia á Medina de Rioseco, con todo su infantazgo, desde Villalpando hasta Valladolid (1), y á Tiedra, que era buen castillo. Prometia el rey jurar con doce vasallos suyos, que jamás faltaria á lo prometido, de lo contrario, tomaria la ciudad por fuerza. Harto pesar experimentó el Cid de verse obligado á cumplir lo que D. Sancho mandaba, á quien dijo cuánto le dolia haber de ir á Zamora, donde se habia criado de niño, en compañía de doña Urraca, en casa de Arias Gonzalo.

De esta manera refiere el caso la *Crónica general* (2); mas la del Cid (3), dice que, desde luego, este se negó, respondiendo al rey, enviase otro mensajero, *ca non es para mi: ca yo fui criado de doña Urraca á la sazón*. A tales palabras correspondió con mas ahincados ruegos D. Sancho, diciendo, que, solo el Cid podia lograr la posesion de Zamora. Cedió el vasallo, y á poco, un guerrero seguido de otros quince cabalgando todos en sendos caballos, salieron del campo, encaminándose á la villa.

«No tireis saetas;» decia el que iba delantero, á los que guardaban las torres. «Soy Rui Diaz de Vivar, y vengo por mandado del rey D. Sancho á doña Urraca su hermana. Id á decirla si me manda entrar.»

Entonces, salió el caballero, guarda mayor de la puerta á donde habia llamado el Cid. Era sobrino de Arias Gonzalo, y se mostró cortés y bien nacido, ofreciendo al forastero posada y buena acogida, mientras él fuera á decir á doña Urraca lo que sucedia.

Aceptó Rodrigo de buen grado, y, mientras esperaba, referia el caballero á la infanta cómo acababa de llegar el Campeador, por mandado del rey D. Sancho su hermano. No es posible dar cuenta de aquellos sucesos, de los cuales nadie sabrá decir sino que reviven en la historia y en la tradicion poética de nuestro pueblo, y no es posible, en verdad, dar cuenta de ellos, sin respeto. Sucesos de mas alta importancia registran, sin duda alguna, los anales de España, pero los que vamos refiriendo tienen además del soberano crédito de la verdad, aquella aureola de gloria, con que parece ante la posteridad todo hecho, en el cual se ha complacido la espontánea y verdadera poesía. ¿Quién, á menos de ser incapaz de generoso aliento, podrá leer ó escribir cuanto al cerco de Zamora se refiera, sin cariñoso interés? La historia y el pueblo han dado tal vida á los sucesos y personas que en ellos tomaron parte, que no parece sino que ante nuestros ojos alientan, hablan y combaten.

Apenas supo doña Urraca que el Cid estaba en Zamora, mandó á Arias Gonzalo y á todos los caballeros

que fueran á recibirle. De esta manera honrado, llegó el mensajero al palacio de la infanta.

Salió esta á recibirle, y despues de mostrar el placer que recibia en verle, entraron todos, sentándose doña Urraca y el Cid en el estrado. Entonces y con aquella majestad de hija de rey, exclamó la infanta:

«Decidme, os ruego, qué intenta mi hermano, que le veo en pugna con toda España. ¿A dónde se encamina? ¿Va contra moros ó contra cristianos?»

«Señora, respondió el Cid, ni mandadero ni carta deben recibir daño; direos, pues, lo que el rey vuestro hermano desea.»

«Hágase como Arias Gonzalo mandare, repuso doña Urraca. A lo cual respondió D. Arias, que era bien oír lo que el rey mandaba; y si de guerra contra moros se trataba y queria ayuda, se le debia dar. Y aun, si le parecia bien á D. Sancho, Arias Gonzalo se ofrecia con sus hijos á servirle diez años, si necesario fuese.»

«Decid lo que tengais por bien, añadió entonces la infanta al Cid, que en salvo lo podeis hacer.»

«El rey os envia su saludo, respondió el ilustre mensajero, y dice le deis á Zamora por compra ó cambio.»

El Cid presentó la propuesta de trueco en toda regla, y en la forma de que ya hemos dado cuenta, añadiendo, que el rey no haria mal ni daño á la princesa, su hermana, pero que si esta no queria ceder de grado, la obligaria por fuerza.

Fácil es representarse al Cid, poniéndose en pié, despues de la breve y clara arenga, y mirando en torno á los caballeros, cuyos torvos semblantes y murmullos, daban clara muestra de la acogida que hallaba en Zamora la ambiciosa embajada de D. Sancho II.

Mas doña Urraca, como mujer, que no podia menos de considerarse desvalida ante el poderío de su hermano, rompió á llorar, cuando oyó las palabras del Cid, y exclamó acuitada: «¿Qué haré, mezquina, despues de lo que he oido? Mi hermano, el rey D. García, está aprisionado con hierros, cual si fuese ladron ó moro. El rey D. Alfonso vive en destierro, como si fuese alevoso, y gime desamparado, sin mas compañía que la de Pedro Ansures y sus hermanos. Lo que con sus hermanos hizo D. Sancho, acaba de hacerlo con nuestra hermana, doña Elvira, la cual acaba de perder á Toro. Y ahora quiere el rey quitarme Zamora. ¡Pluguiese á Dios se abriese la tierra y me tragase, antes que ver tantos males!»

Al verla Arias Gonzalo en semejante estado, trató de consolarla, diciendo, que, para las desventuras era cuando mas falta hacia el juicio y tomar consejo, con lo cual, seria fácil escoger lo mejor. Que lo mejor era reunir á los zamoranos en San Salvador, y si querian tener por señora á doña Urraca, no debia esta dar la ciudad por compra ni por cambio; mas si los de Zamora no tuviesen ánimo para defenderse, entonces la infanta podria irse á los moros de Toledo con el rey don Alfonso.

Al punto llamó el pregon á Concejo en San Salvador á todos los zamoranos, y acudiendo allá doña Urraca, les puso á la vista cuanto ocurría, añadiendo, que,

(1) Véase el romance mas arriba citado.

(2) Cuarta parte, cap. 11.

(3) Capitulo LV.

si como buenos vasallos se comprometían á defenderla, ella ampararía á Zamora con la merced de Dios y con la ayuda de los zamoranos.

Habló entonces un caballero, á quien decían don Nuño, *ome de bien, anciano e de buena palabra* (1), las siguientes: «Señora, agradézcaos Dios la merced y mesura que tuvisteis en tener por bien de venir á nuestro Concejo: vuestros vasallos somos, y donde nos mandeis, iremos: pues demandais consejo, no deis á Zamora. Gastaremos todos nuestros haberes, llegando hasta el último extremo, antes que dar á Zamora, sino por vuestro mandado.»

Dijo D. Nuño, y, como á voces aclamara lo mismo todo el Concejo, volvióse la infanta al Cid, que la había ido acompañando, y le dijo: «Bien sabeis cómo os criásteis conmigo en esta villa de Zamora, donde os crió Arias Gonzalo de orden del rey mi padre; vos estuvisteis de mi parte, cuando me la dió en heredamiento; yo os ruego me ayudeis contra mi hermano, ó al menos, le digais que, antes moriré con los de Zamora que cederla, no por venta ni por cambio.» Tal fué el resultado de la embajada del Cid.

Bien se comprendió cuánto sería el enojo de Sancho II al oír la respuesta de su hermana, y, en sus airadas razones, culpó á Rodrigo de parcial de Urraca, á quien debía de haber aconsejado lo que acababa de hacer, acordándose de que se había criado con ella en Zamora. La ira del rey llegó al punto de dolerse de no poder castigar al Cid, por habersele encomendado tanto su padre D. Fernando I, mas, ya que otra cosa no, mandó que saliese del reino, dándole por plazo nueve días. Fuese Rodrigo á su tienda, y, llamando á sus amigos y vasallos, reunió 1,200 caballeros, y se fué á dormir á Castronuño (2), en donde se aconsejó con los suyos si convendría irse á Toledo.

A esto, los condes, ricos-hombres y otros hombres buenos de la hueste, temerosos del daño que podría sobrevenir, fueron al rey, y le rogaron no perdiese tal vasallo como el Cid, que tan gran servicio le había prestado librándole de los trece caballeros que le llevaban preso. Añadieron que, por estar en la plenitud de su poderío no advertía el peligro á que se exponía, si el Cid llegaba á Toledo, donde se hallaba el desterrado don Alfonso; y por el pronto, bien podía contar el rey con que no sería posible mantener cercada á Zamora, con la seguridad que hasta entonces.

Caminaba entre tanto Rodrigo en demanda de Toledo, cuando vieron los suyos que un caballero cabalgando á buen paso, trataba de darles alcance. Logrólo, entre Castronuño y Medina del Campo, cuya dirección demuestra que el Cid iba en busca de la sierra de Guadarrama, paso harto mas fácil, aun en aquellos tiempos, del que le pudieran ofrecer las escabrosas sierras de Avila.

No debían de ser grandes los deseos del Cid por verse en Toledo, pues si bien contó con los suyos, á quien enseñó las cartas del rey que Diego Ordoñez traía, fácilmente le persuadió este á deshacer el cami-

no andado. También Sancho II había comprendido cuán grande era la pérdida que experimentaba su hueste con el alejamiento del Cid, por lo cual, apenas le avisó Diego Ordoñez que aquel volvía, salió á recibirle, dos leguas de camino, acompañado de 500 caballeros. Besóle Rodrigo la mano, y oyendo en boca del rey la promesa que por escrito le había hecho de darle mas tierras, dióse al olvido lo pasado, cosa que á todos estaba bien.

## CAPITULO X.

Dolor de los zamoranos con la vuelta del Cid al real de D. Sancho.—Atacan los del rey á Zamora.—Combate de tres días con sus noches. Multitud de muertos.—Determina D. Sancho rendir á Zamora por hambre.—Le asesina Vellido Dolfos.—Vuelve de Toledo D. Alfonso VI.—Jura de Santá Gadea.—Zamora en paz.

Grande alegría habían experimentado los zamoranos al saber el desabrimento del Cid y su partida, mas, en igual proporción fué el pesar, cuando vieron que volvía. Tiempo era de aprovechar la ocasión contra los cercados, por lo cual mandó Sancho II que todos se apercibiesen para combatir; acuerdo que tomó despues de oír á todos los ricos-hombres, condes, y otros hombres-buenos de la hueste.

Sangrienta fué la acometida. Tres días y tres noches lidiaron todos como buenos españoles, siendo tal el empeño que mostraban, que los fosos con ser hondos, quedaban allanados, y derribadas las barbacanas. Herfáanse á manteniendo con las espadas, los de á dentro con los de á fuera, siendo tan grande la mortandad, que el agua del Duero corría tinta en sangre. Viendo esto el conde D. García de Cabra, rogó á don Sancho mandase retirar la gente, pues tanta se perdía.

Mandó el rey que así se hiciera, y, habiendo mandado á saber cuantos eran los muertos, hallóse que eran mil y treinta, de lo cual se apesadumbró tanto D. Sancho, que redujo el sitio al bloqueo sumamente estrecho, para obligar por hambre á los zamoranos.

Por entonces acaeció que, andando el Cid en derredor de Zamora solo con un escudero, salieron á él catorce caballeros, con quien lidió, matando á cuatro y venciendo á los demás.

Entre tanto, el hambre y la mortandad eran cada día mas grandes en Zamora; viendo lo cual Arias Gonzalo, rogó á doña Urraca llamase á los suyos á Concejo, y, agradeciéndoles de corazón cuanto por ella habían hecho, les dijera entregasen la ciudad en el término de nueve días, despues de lo cual, ella se iría á Toledo, donde se hallaba D. Alfonso. Llamó doña Urraca á todos los hombres-buenos de Zamora y les dijo que, pues no había remedio, entregasen la villa á D. Sancho. Con esto, se mostraron los zamoranos tan llenos de pesar, que los mas acordaron irse con la infanta.

Mientras de tales cosas se hablaba, tratando cómo habían de llevar adelante el acuerdo, oyólo todo Vellido Dolfos (Ataulfo), de quien se dice era gallego, y, llegando á doña Urraca, la dijo, que él había venido de su tierra con treinta caballeros bien dispuestos y armados á servirla, sin lograr jamás galardón, aunque le había pedido. Al presente, la prometía descercar á

(1) *Crónica del Cid*, cap. Lvi.

(2) *Crónica general*, cuarta parte, cap. 11.

Zamora si ella le otorgaba su demanda. Respondióle la infanta, que si hubiese hombre en el mundo que lograrse lo que decia Vellido, ella le daría cuanto pidiese.

Apenas lo oyó Vellido, se fué al que guardaba una de las entradas de Zamora, y le dijo abriese la puerta si le veía venir corriendo. Despues de esto, se armó, y montando á caballo, fué á casa de Arias Gonzalo, diciendo á voces: «Bien saben todos que la causa por que no se aviene la infanta con el rey, es porque vos, D. Arias Gonzalo, *facedes maldad* con ella como viejo traidor.» Cuando tal oyó Arias Gonzalo, exclamó: «¿No ha de haber quien me vengue de tamaña falsedad?» Acudieron los hijos en contra de Vellido, mas este salió huyendo, sin que el portero, de que ya hemos hablado, se lo estorbase, al real de D. Sancho, á quien dijo, que, por haber aconsejado la rendicion de Zamora, los hijos de Arias Gonzalo le habian querido matar, por lo cual venia á ser su vasallo. Añadió que él sabia postigo por donde se podria entrar en la villa.

Al dia siguiente, de mañana, salió un caballero de los cercados, y, en alta voz, de manera que lo oyeran los de D. Sancho, exclamó: «Rey D. Sancho, mirad lo que os digo: yo soy un caballero de tierra de Santiago (Galicia), y aquellos de quien vengo fueron siempre leales; de igual suerte quiero vivir y morir, por lo tanto, os quiero desengañar diciendo: advertid, D. Sancho, que de la villa de Zamora ha salido un traidor, á quien llaman Vellido Dolfos, y es hijo de Aldolfo, que mató á D. Nuño, y este á su padre, á quien echó en el rio. Yo os advierto que este traidor quiere mataros. Guardaos, pues, de él, no se diga luego por España que no fuísteis advertido á tiempo.

Tambien parece que los zamoranos se lo enviaron á decir de todas maneras á D. Sancho, mas, Vellido logró engañarle de tal suerte, que sin la menor desconfianza aceptó la propuesta que el traidor le hizo de acercarse los dos solos á Zamora, con pretexto de ver en qué estado se hallaban los trabajos del sitio. Mas, sobre todo, encendió el deseo que el rey tenia de entrar en Zamora, enseñándole el postigo llamado de Zambraños de la Reina, el cual nunca se cerraba. Por él ofrecia Vellido, que, con cien caballeros hidalgos bien armados, se podria tomar fácilmente á Zamora, al anochecer, pues los cercados, no tendrían ánimo para nada, á causa del hambre que padecian.

En fin, D. Sancho, ciegamente confiado en quien no debiera, pagó con la vida su error, cayendo herido de muerte con el propio venablo dorado que los reyes llevaban en aquel tiempo como representacion de su autoridad, el cual habia puesto en manos de Vellido, por breves instantes. De ellos se aprovechó el traidor para herirle á mansalva, dejándole atravesado de parte á parte. Huyó Vellido hácia el postigo que tan bien conocia, mas el Cid, al verle pasar, comprendió que debia de haber muerto al rey, y, tomando á toda prisa caballo y lanza, acudió en pos, aunque en vano, pues iba sin espuelas, y además Vellido le llevaba gran delantera.

Hallaron los castellanos á su señor herido de muerte. Rodeáronle todos, mas no se atrevían á sacarle el venablo, porque no muriese, pero un médico de

su casa mandó aserrar el hasta por ambas partes, y mandóle confesar. Hízolo, doliéndose de sus culpas, y, como el Cid dijera que por él se habia puesto á mal con los otros hermanos, rogó á todos los señores que allí habia, le recomendasen á D. Alfonso, cuando este viniese de tierra de Moros, donde á la sazón se hallaba, á ocupar el trono, que por muerte de su hermano Sancho le correspondia.

Murió este, y, á poco, el ejército, compuesto, como todos los de aquella época, de gente de los concejos, comenzó á deshacerse, mas los señores, atendiendo á la honra mas que al miedo, permanecieron en el real sobre Zamora. Entonces acaeció el famoso reto de Diego Ordoñez á los zamoranos.

Aun nos parece ver al castellano, acercándose á Zamora, cubierto con el escudo, para que no le hirieran, y preguntando por Arias Gonzalo; á este asomarse al muro con sus hijos, y á la pregunta del anciano responder Diego Ordoñez: «que los castellanos habian perdido á su señor, muerto por el traidor Vellido Dolfos, siendo este ya su vasallo; y pues los de Zamora le habian dado acogida, él, Ordoñez, llamaba traidor á quien traidor tenia consigo, si sabia la traicion y la consentia. Entonces, conforme el uso, retó á grandes y pequeños, nacidos y por nacer, agua, pan, vino, etc.

Mientras disponian el desafío, cuyos pormenores no podemos referir, acosados por la falta de espacio á que se ve reducida la crónica, doña Urraca envió á llamar á su hermano D. Fernando para que viniese á ser rey. En tanto se encaminaba á Castilla, no sin grave peligro de su persona, salían ya los de Zamora, y juntábanse con los castellanos, pues habia tregua, con lo cual, se dispuso la manera en que habia de llevarse á cabo el reto de Diego Ordoñez.

Difícil es aquí traer á la mente el recuerdo del buen viejo Arias Gonzalo, cuando, con lágrimas en los ojos, armaba á su hijo Pedro Arias, alentándole á pelear como bueno contra Diego Ordoñez, que ya estaba esperando armado. Muere Pedro, y Arias Gonzalo llama á su otro hijo Diego, le bendice, y exclama: «Cabalga y lidia por librar á este Concejo y vengar la muerte de tu hermano.» Cae Diego, herido en el corazon, y envian á decir á Arias Gonzalo que, pues su hijo era muerto, enviase otro. Y envió á su hijo Rodrigo, y murió este tambien. Pero á Diego Ordoñez le habia sacado el caballo del palenque, y si bien queria tornar, no se lo consintieron los jueces, quedando el pleito indeciso. ¡Cómo llora el romance al referir el dolor del mísero anciano! ¡Cuán grande y terrible se muestra aquella antigua poesía popular, honra y gloria de España!

Llegó al cabo el rey D. Alfonso á Zamora, y doña Urraca, *sábida e muy entendida dueña*, como dice la *Crónica del Cid*, envió cartas á todas partes, para que reunidas las Córtes recibiesen á su hermano por señor. Así lo hicieron leoneses y gallegos, llegando despues castellanos y navarros: tambien le aclamaron rey, con tal que jurase no tenia la menor parte en la muerte de su hermano el rey D. Sancho. Mas nadie recibió el juramento de Alfonso, sino el Cid, que no quiso hasta entonces besarle la mano.

Todos partieron para Búrgos, donde se llevó á cabo

la jura en Santa Gadea. Quedó Zamora en paz, y sobre los cuerpos de los que en torno habian caído peleando, extendió la tierra su manto, de verdor en primavera, de polvo en verano; y al través del torbellino de años y centurias que devora el tiempo, aun nos parece oír el mensaje del Cid, la respuesta de doña Urraca, las traidoras palabras de Vellido Dolfos, y el dolor sin consuelo de Arias Gonzalo; todo en confusa lejanía, cual acontece en noche silenciosa, sonar á gran distancia música amante, y mientras mas se pierde, allá no se sabe donde, con mas amor la escucha nuestro oído.

## CAPITULO XI.

D. Gerónimo.—D. Bernardo.—Influjo de Borgoña y Francia.—Orden del Cister.—Hallazgo del cuerpo de San Ildefonso.—Reino de Portugal.—Ármase caballero en Zamora.—Alfonso Enriquez.—D. Fernando II.—San Fernando.—Recibe la corona en Toro.—Hermandad de esta y Zamora.—Campo de Toro.—Fueros.

No habia sede episcopal en Zamora, pero, despues que se perdió Valencia, muerto el Cid, Gerónimo, de nacion francés, que habia sido obispo en aquella ciudad, vino á ser vicario de obispo en la nuestra.

Mas adelante, Bernardo, por la autoridad que tenia de primado y legado apostólico, concertó cuanto á la religion y culto divino se referia (1126). El rey D. Alfonso VII, borgoñon por su padre, habia heredado de este el cariño á la orden del Cister, y en todo lo que por entonces tenia relacion con la Iglesia, se ve el grandísimo influjo que aquella tuvo en España, y por su medio Borgoña, y aun buena parte de Francia.

Era el rey sobrino del Pontífice, de quien alcanzó fuese catedral la iglesia de Zamora. Bernardo, de nacion francés, fué obispo á instancia de su compatriota del mismo nombre, arzobispo de Toledo. En tiempos de su sucesor Estéban, tuvo un pastor revelacion del lugar donde se hallaban los huesos de San Ildefonso, arzobispo de Toledo; no fueron atendidas sus palabras, pero siendo obispo D. Suero Perez (29 de mayo de 1290) cavando trabajadores para abrir cimientos, descubrieron una arca de piedra alta y de buen tamaño, donde habia escrito lo siguiente: *Hic iacet corpus sancti Ildefonsi Archiepiscopi Toletani*. Cien años hacia que el pastor habia anunciado el hallazgo, y aquella prediccion, mas que otra cosa, fué la que movió al obispo á ahondar el suelo, so pretexto de abrir cimientos para un pilar. Grandes fueron el respeto y devocion con que acudieron fieles de apartadas comarcas á venerar el cuerpo del santo prelado. Lo cual hicieron D. Fernando IV, D. Juan II, el emperador Carlos V, Felipe II y los reyes D. Felipe III y reina Margarita, que adoraron tambien el anillo y báculo de San Atilano. Se refieren además varios milagros verificados por intercesion del santo arzobispo.

La narracion de sucesos nos ha llevado mas allá de lo que deberíamos, por lo cual diremos, que, en tiempos de D. Diego Gelmirez, primer arzobispo de Santiago, quedaron señalados á esta iglesia doce obispados sufragáneos, á saber: Salamanca, Avila, Zamora, Ciudad-Rodrigo, Coria, Badajoz, Lugo, Astorga, Orense, Mondoñedo, y, mas adelante, Plasencia. Segun el arcediano de Ronda, los obispados de Zamora, Avila y Sala-

manca, eran sufragáneos de Toledo en tiempo de don Bernardo, mas no es posible decir qué verdad haya en esto, aunque parece muy probable.

La venida de la casa de Borgoña, fué la verdadera causa de la separacion de Portugal. Dia de ira fué aquel para la desventurada Iberia, en que D. Alfonso se llamó rey. Esforzado, pero pérfido, fundó su reino como arbusto extraño que nace en el tronco de poderosa encina, robándola su sávia y sin ser jamás parte á igualarla. ¡Dia de ira el en que los árabes tuvieron que guerrear con el *rey de Coimbra!*

Mas, por entonces, pocos pararon mientes en las desventuras, que, andando el tiempo, habian de llover sobre la triste Península ibérica, á causa de la separacion de Portugal, cuyo pueblo padece, acaso mas que otro alguno, por efecto del aislamiento y pobreza en que vive.

(1125) En la iglesia matriz ó catedral de San Salvador de Zamora, se armó un dia caballero á sí propio D. Alfonso Enriquez, hijo del conde borgoñon don Enrique y de su mujer doña Teresa, hija del rey don Alfonso el VI. Tenia á la sazón, el que luego, segun ya hemos dicho, llamaron los árabes rey de Coimbra, catorce años.

Tambien en los archivos de la catedral de Zamora se conservan escrituras de donaciones hechas por los reyes de Portugal á aquella poblacion. Una es de D. Alfonso Enriquez, sin lugar ni dia, dada en noviembre, Era 1207, por la cual hace donacion á la sede de San Salvador de Zamora y su obispo D. Estéban y sucesores, de varias heredades que él poseia en Aliste, en el lugar de Manzanal y ribera del rio Estola (Ezla), etc., etc.

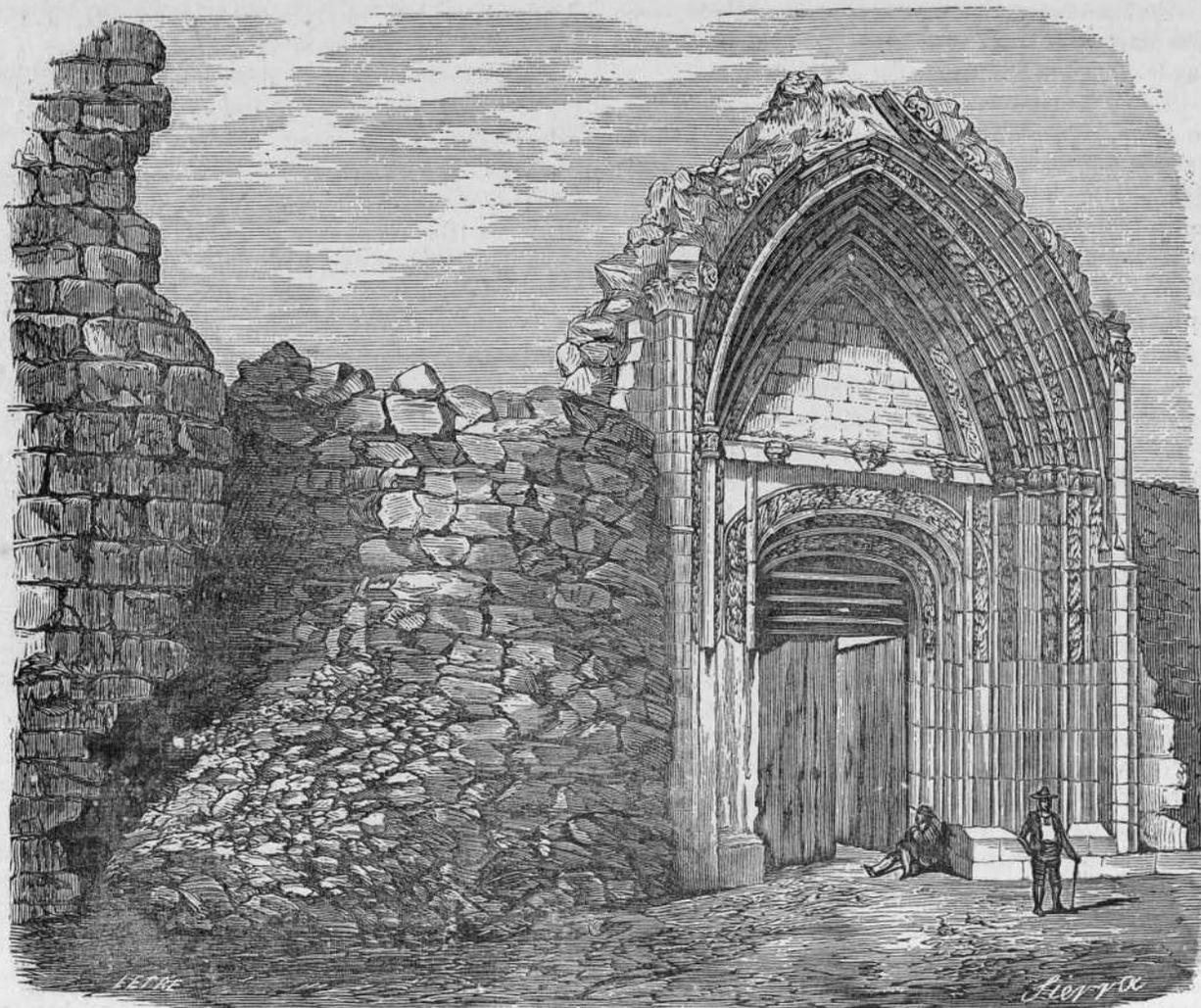
(1137) Mas adelante, trató el cardenal legado, Guido, de restablecer la paz entre D. Alfonso VII el emperador y el rey de Portugal D. Alfonso I. Las vistas se celebraron en Zamora. Segun Yepes (tom. vii, fól. 331), la infanta doña Sancha, hermana del emperador, erigió de nuevo la iglesia catedral, á mucha costa de sus bienes. Copia la inscripcion que tuvo al sepultarse en Zamora; mas el cuerpo de la infanta yace en San Isidro de Leon, como puede verse el epitáfio que trae Florez (tom. II de las Reynas, pág. 277.)

(1157) Mal avenidos los leoneses con su rey don Fernando II, muchos ciudadanos, pero, sobre todo, los de Salamanca, llevaban muy á mal que hubiese reedificado á Ledesma, dándola término de parte de la tierra de aquella ciudad. Extendióse el disgusto por Avila y otras partes, llegando tambien á Zamora. Habia el rey tenido, en efecto, aviso de que los zamoranos andaban alterados con el deseo de novedades. Era su carácter no muy á propósito para los tiempos de paz, mas no es posible negarle grandes calidades de guerrero. Acudió, pues, á Zamora, y en breve la apaciguó, no solo con su presencia, pero con el ejemplo del castigo que habian recibido otras ciudades.

Mal se avenia D. Fernando II con el carácter inquieto de Alfonso Enriquez de Portugal, poco firme en sus palabras; así es, que, despues de varias guerras que con él mantuvo, le aprisionó en Badajoz. Nuestro territorio debe á Fernando la repoblacion de Benavente, Villalpando y otras poblaciones.

Habíase retirado D. Fernando á Zamora, no sin tratar con la mayor generosidad á Alfonso de Portugal, quien al huir habia caido del caballo, con la herida que le causó el cerrojo de una de las puertas de Badajoz, por donde escapaba. Mandóle curar el leonés, y luego que estuvo sano le dejó ir á su tierra. D. Fernando se apercebía en Zamora para la conquista de Badajoz. La ganó, en efecto, mas no pudiendo poner

en ella poblacion de cristianos, dejó los vecinos árabes, poniéndoles por gobernador á uno de su nacion. Poco duró la ciudad en semejante estado, pues, rompiendo los moros todo trato, alzáronse contra Fernando y llamaron en su auxilio á los almohades. Talaron las tierras del reino de Leon, y dando la vuelta, cercaron en Santarem al rey de Portugal, á quien hallaron del todo desapercibido.



Antiguo convento de Santo Domingo, en Toro.

(1181) Al punto, acudió D. Fernando en defensa de su suegro, y los árabes se vieron obligados á huir. Con esto, dió el leonés la vuelta á su tierra, lleno de gloria y cargado de despojos. De ánimo nunca humillado, de cuerpo jamás rendido á la fatiga, de corazon esforzado siempre, murió al cabo el rey D. Fernando II de Leon, en Benavente (1188), despues de reinar treinta y un años.

En un valle florido, abundante en aguas y árboles, posee aun la provincia de Zamora los restos del que fué monasterio de Valparaiso. Fundóle D. Fernando III el Santo, por memoria de haber nacido en aquel lugar, pues, en efecto, se cree vino allí al mundo uno de los hombres mas grandes y mas buenos, aun solo humanamente considerado, de cuantos

ZAMORA.

han contribuido al bienestar y esplendor de nuestro pueblo.

Si, como la tradicion pretende y parece razonable aceptar, nació D. Fernando en Valparaiso, cosa no imposible en tiempos como aquellos, cuando los reyes no tenian residencia fija, bien puede gloriarse la provincia de Zamora con tan insigne merced, debida al cielo. Era hijo el santo rey de D. Alfonso IX de Leon, de doña Berenguela, hermana esta de doña Blanca, madre de San Luis, rey de Francia; sus abuelos paternos fueron D. Fernando I de Leon y doña Urraca, hija del rey D. Alfonso de Portugal; los abuelos maternos, D. Alfonso IX de Castilla y doña Leonor, hija de don Enrique de Inglaterra.

Singular fué la acogida que D. Fernando halló en

nuestro territorio, cuando, fallecido su padre, el rey de Leon, vino á tomar posesion de la corona, llamado por su madre doña Berenguela. Háblale desheredado aquel, faltando, no solo á todo derecho, mas al bien del reino y á los vínculos sagrados del parentesco. Dejó, pues, D. Fernando la guerra de Andalucía, y encaminóse á Orgaz, donde le esperaba su madre. Mas, apenas tocó la raya del reino de Leon, aclamábanle los pueblos rey pío y bienaventurado, y con toda clase de festejos y agasajos, le abrian las puertas.

En Toro se coronó el santo rey; honra debida, como dice Mariana, á aquella ciudad, por ser la primera que le ofreció la obediencia por sus cartas.

Toro y Zamora son de tal suerte hermanas, que, en clima, cercanía y aun recíprocas reyertas, han ido siempre á la par. No mas de cinco leguas las separan; el propio Duero las baña y ennoblece, y la semejanza de sus templos y moradas califica su hermandad. Toro, cuyo origen, tanto ó mas desconocido que el de Zamora, á la cual no solo ha disputado los nombres de Sarabris y Ocellum Duri, mas tambien ha pretendido y pretende para sí los de Albuella ó Arbucala, tomada esta por Aníbal despues de tenacísima resistencia, y acaso la misma que Albuella, ciudad de los vacceos, segun Polibio y Tito Livio; Toro, en fin, cuyo nombre mas bien proviene del toro, cuyo tronco mutilado yace al presente junto á la colegiata, es ciudad, á la cual no se halla origen verdadero, ó mejor dicho, fundado en datos históricos, sino en tiempos harto posteriores.

Dice Sampiro, que Alfonso III dió á su hijo García el encargo de fundar la poblacion. Que el sitio en donde se llevó á cabo, fuera suelo vírgen ó ya de antemano ocupado con otra ciudad, no podemos decirlo, sino solamente, que, á pesar de las continuas guerras de aquellos tiempos, no vemos citado el nombre de Toro á la par de Zamora y Simancas. Lo cual no puede menos de causar maravilla, viendo tan á menudo ensangretado el valladar del Duero, cuyos raudales transpusieron repetidas veces, ya en son de victoria, ya de vencimiento, las huestes agarenas y cristianas.

En el siglo x parece nombrada, mas solo por cabeza de extenso término, rayano de la diócesis leonesa. Así se ven, cuando quedó suprimida la de Simancas, nombrados entre los pueblos que se citaban á propósito de la devolucion de la ciudad de Astorga, los lugares de Asturianos y Morerueta, que aun existen, y se habla de *eclesias de campo de Tauro*, pero no de la ciudad de este nombre. Esta devolucion se mantuvo hasta el renacimiento del obispado de Zamora (siglo xii), el cual recobró lo que le pertenecía.

Ahora bien, Toro, asentada en amenísimo campo, y, mereciendo, no sin razon, el nombre de una de las mas preciadas joyas del Duero, fué el heredamiento ó infantazgo, que el rey Fernando I legó á su hija doña Elvira. Mas esta, quizá por falta de confianza en la fortaleza de la ciudad, como en la suya de Zamora la tuvo doña Urraca, puso en manos de su hermano, el rey D. Sancho, la codiciada presa, apenas defendida. A la muerte de D. Sancho, recobró su ciudad Elvira: murió esta á 15 de noviembre de 1101.

En 1153 especificó Alfonso VII los límites del fertilísimo término de Toro, siendo, con toda verdad, lamentable que se haya perdido su fuero, cuyo crédito era tan grande por toda aquella region, que el Conde de San Cristóbal, del distrito de Salamanca, le adoptó en 1184, pidiendo hermandad con los toreses, á quien ofreció la mitad de las tercias de sus iglesias, para la fábrica del puente. En pago de ello pedian quedar exentos del pago de pontazgo.

Nuevos fueros otorgó Alfonso IX á Toro, hallándose en la ciudad, pues la fecha es en ella, á 4 de mayo de 1122. Referíase la concesion del rey á los fueros antiguos, y se especificaban los excusados; esto es, las inmunidades, exenciones y privilegios que los caballeros habian de tener.

De tal manera, creciendo en importancia y nombrada la ciudad de Toro, vemos que en ella se coronó Fernando III el *Santo*, el cual otorgó en 1236 las mercedes de su padre, aumentándolas.

Con amorosa y fundada predileccion ponía los ojos aquel santo rey en la ciudad de Toro, de la cual habia salido en 1217 para reinar en Castilla, ayudándole su discreta madre doña Berenguela á huir del encono del padre, en donde la muerte le habia librado de un tan poderoso enemigo como D. Alvaro de Lara, y, en fin, donde recibió la corona de Leon, segun mas arriba hemos dicho. Cierto, que, en 1235 perdió el buen rey á su esposa doña Beatriz de Suevia, mientras guerreaba con los moros de Andalucía.

De cuanto llevamos dicho, así como de la estancia de personas reales en Toro, se deduce la importancia, que, ya por este tiempo, tenia la que, no sin razon, hemos llamado hermana de Zamora.

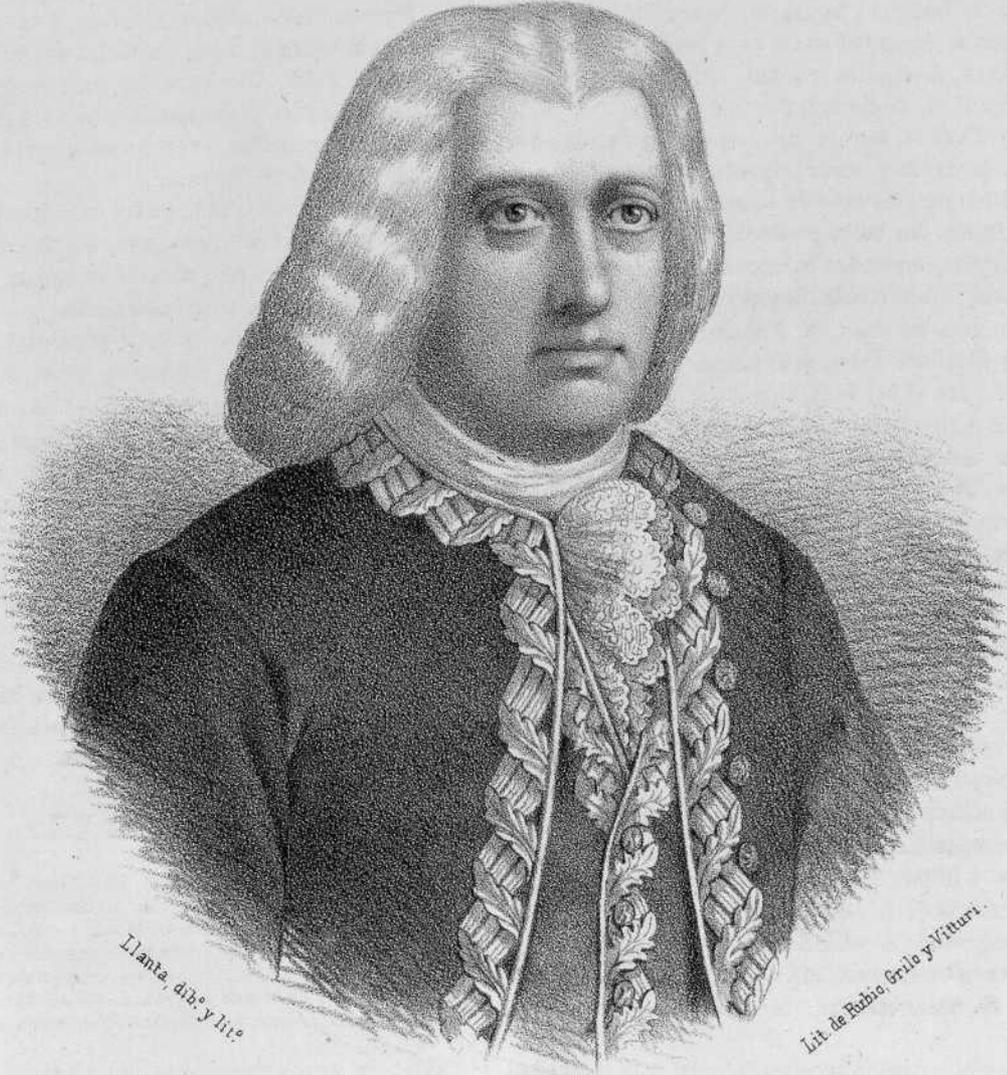
## CAPITULO XII.

Favorecen los prelados á Fernando III.—Ceden en Benavente sus derechos las infantas doña Sancha y doña Dulce.—Fundacion de Valparaiso.—Deja de ser Zamora ciudad fronteriza.—Sus gobernadores.—Vida municipal.—Alborotos é incendios de Santa María la Nueva.—Ayuda Zamora al rey contra Avila y Salamanca.—Defiende los derechos de las infantas.—Córtes.—Fundó Sancho *el Bravo* la iglesia de Santa María de la Iniesta.—Doña María de Molina.

Debido era extendernos un tanto, á propósito de ciudad, de la importancia y valía de Toro; mas la narracion de sucesos no solo nos estorba seguir, pero nos hace retroceder á la entrada del rey Fernando III en Leon. No halló este el camino tan fácil, que podamos pasar en silencio las dificultades que los ricos-hombres y aun algunos pueblos oponian.

Fernando tenia de su parte á los prelados, especialmente, Juan, obispo de Oviedo; Nuño, de Astorga; Rodrigo, de Leon; Miguel, de Lugo; Martín, de Mondoñedo; Miguel, de Ciudad-Rodrigo, y Sancho, de Coria. Las idas y venidas que hubo á la sazón, así como los tratos principales, en el actual territorio de la provincia de Zamora acaecieron.

En Benavente, hoy la mas importante poblacion, despues de Zamora y Toro, poblada antes de 1169, por Fernando II de Leon, viéronse Fernando y sus hermanas, las infantas doña Sancha y doña Dulce, hijas del primer matrimonio; y al cabo, estas cedieron sus derechos, firmando la concordia y recibiendo en



*Ilanta, dib. y lit.*

*Lit. de Rubio Grilo y Vituri.*

JOSE MARIN.



trueco de su renuncia la renta de 30,000 doblas de oro.

Tampoco podemos seguir, dejando atrás el reinado de Fernando III, sin recordar de nuevo, que, á la provincia de Zamora corresponde la gloria de haber visto nacer á aquel insigne varon, prudente, piadoso, cristiano, en fin, cuyo nombre es prez de nuestra historia, cuya virtud, le ganó ante Dios y ante los hombres la aureola de santo.

Allá, por cuestras, cuyo desierto suelo visten carascas, y en lugar, abrigo antaño de ladrones, yacen las ruinas de un monasterio cisterciense. Martin Cid, hijo de Zamora, dióle comienzo, en compañía de cuatro monjes, que, desde Claraval (Clairveaux) le envió San Bernardo. Alfonso VII halló á Martin (1137) *varon justo*, y le dió el lugar de Cubo. Llevaba el nombre la abadía del vecino pueblo de Peleas, y estuvo en el sitio llamado de Bellofonte, hasta 1232.

El lugar á donde se trasladó el monasterio, tenia, y aun merece como ya hemos dicho en el capítulo anterior, el nombre de Valparaiso; tal es la amenidad del sitio.

En 1198, yendo de camino, sintió de repente la reina doña Berenguela dolores de parto. Era el lugar donde se hallaba, desierto monte, y allí vino al mundo un niño. Años despues, hombre ya, y rey de Leon y Castilla, hizo llevar al mismo sitio en que habia nacido, la sagrada fundacion de Martin Cid. Los españoles, cuando de fieles á sus pasadas glorias y proezas se preciaban, veneraron al lado de la tumba del abad Martin, el recuerdo de San Fernando.

Hoy, el indolente campesino huella con indiferencia ruinas, á las cuales otro pueblo, cuanto mas libre y grande fuera, mayor respeto consagraria. Bien, que no habria jamás consentido en ver por el suelo derruidos sillares, que, aun, á despecho de la ignorancia, serán eterna gloria de las generaciones pasadas y eterno padron de ignominia para las presentes.

Cuántos, á la par de nosotros, si bien con mayores conocimientos, amen sinceramente el arte, no podrán menos de experimentar el mismo dolor justísimo, que las anteriores palabras demuestran. Sin arte ni historia, no pueden vivir los pueblos que de ilustres se precien. Haya de parte de cuantos consagramos la existencia á la historia y el arte de España, valor suficiente para castigar con la merecida afrenta á todo el que se atreva á mancillar el nombre español.

Ya que hemos preferido el honrado y harto menos bullicioso camino del trabajo, apartándonos del que en nuestra pátria suele llamarse de la política, derecho tenemos, y no nos ha de faltar valor, para dar el merecido castigo á cuantos, por torpe capricho, ruin codicia y ciega y bárbara ignorancia, no solo destruyan, mas, pudiendo, no eviten siga adelante la ruina de nuestros mas preciados monumentos.

En época de mudanza social política, como la en que se verificó la revolucion de Francia, cuando el trastorno era superior á todo encarecimiento, y los ánimos de contrapuestas facciones, ciegos de ira y de venganza, nada hallaban que á satisfacerles bastase, oyóse, de pronto, en la Convencion una voz, que, ajena á todo pensamiento de partido, y no enemiga, por

cierto, de la idea revolucionaria, pidió, en nombre del arte y de la honra de Francia fuesen respetados los magníficos monumentos que aquella gran nacion habia edificado al culto de Dios y á la mansion de los hombres. La Convencion vió que el *Abbé Gregoire* pedia mera justicia, y conservó aquellas antiguas catedrales, abadias, y no pocas feudales moradas, preciosísimos joyeles, envidia de extranjeros y orgullo de la moderna generacion francesa.

Entre tanto, Zamora habia dejado ya deser ciudad fronteriza de los árabes. En cámbio, y para desgracia de cuantos, desde los tiempos de Alfonso Enriquez, pueblan la Península ibérica, tenia, por Occidente, frontero al nuevo reino de Portugal. En Zamora se habian llevado á cabo (1116) las paces ó treguas entre Alfonso VII y su tia doña Teresa, acudiendo á rendir homenaje al príncipe, condes y prelados de Galicia y capitanes de Extremadura; esto es, de la region comprendida entre Leon y mas allá de Salamanca, cuyos gobernadores eran hombres de gran representacion y diestros soldados, que solian residir en Zamora.

Mas, al lado de los gloriosos nombres de Rodrigo Martinez, del ilustre conde catalan Pons de Cabrera, mayordomo del emperador y jefe de la hueste extremeña en el sitio de Almería, de Fernan Rodriguez, de Gonzalo Osorez, del conde de Urgel, señor de Valladolid y á la par gobernador de Zamora, como de los que, sucesivamente y por orden cronológico hemos ido citando, habia tambien en Zamora no poca vida municipal.

Efecto de esta fueron los diversos disturbios, no pocas veces sangrientos, como el de 1168, que tiene mas de tradicional que de histórico, si bien consta en los anales. El suceso, de harto leve causa nacido, fué, segun se refiere, por haber intentado el sirviente de un regidor comprar por su precio una trucha al hijo de un zapatero. La disputa, comenzada entre ambos, tomó tal cuerpo, que, amotinado el pueblo, tomó las armas contra regidores é hidalgos, los cuales murieron abrasados por las llamas del incendio puesto á Santa María la Nueva, á donde se habian acogido. De aquel horroroso estrago se salvó únicamente la hostia consagrada. Los culpados huyeron; pero el delito era tan general, que Fernando II hubo de perdonarle.

Al propio tiempo, Zamora ayudó, no sin vacilar antes, al rey, á reducir las ciudades de Avila y Salamanca, mal avenidas con las fundaciones de Ledesma y Ciudad-Rodrigo, y, sobre todo, guerrearon gloriosamente sus hijos contra la hueste agarena, siguiendo la enseña de Alfonso IX, hijo de Fernando II. Por último, Fernando III halló tambien en Zamora grande resistencia al principio, pues la ciudad mantenía los derechos de las infantas doña Sancha y doña Dulce, á quien su padre habia nombrado herederas. Avenidas estas con su hermano, no tuvo Zamora para qué ser leal por mas tiempo á derechos que ya no existian, por renuncia de quien, hasta entonces, los habian poseído.

Vemos, luego, que, á pesar de la anterior resistencia de nuestra ciudad, el obispo que gobernó la sede desde 1239 hasta 1254, llamado Pedro, era *familiar*

del santo rey, conquistador de Sevilla, segun consta de su enterramiento. En tiempo de Suero Perez, sucesor de aquel prelado, fué el hallazgo en la parroquia de San Pedro del cuerpo de San Ildefonso, habiendo tambien á la sazón grandes trastornos, llegando los revoltosos á derribar las casas de los canónigos, y aun la del propio obispo. Tales son los principales sucesos que á la existencia del Concejo zamorano se refieren.

(1274) Años adelante, tuvo en Zamora Córtes el rey D. Alfonso el *Sábido*, de las cuales se conserva el ordenamiento para abreviar los pleitos. Al año siguiente, Toro, á la que no sin razon hemos llamado ciudad hermana de Zamora, determinó, en Concejo, y de acuerdo con el alcalde del rey, Ruy Fernandez, atender á la propia defensa y mantenimiento del trono, mientras la ausencia de Alfonso X, á quien su codicia del imperio de Alemania, además de otras causas, atrajo no pocos daños. Bien, que la importancia de Toro era tan señalada, que, siendo infante D. Alfonso el *Sábido*, llamaba á los concejos de San Roman, Fuente el Sauco, Fuente la Peña y otros varios, para que, unidos en hueste con el concejo de Toro, siguieran la seña ó bandera de esta ciudad, como ya lo tenían por costumbre. De manera que Toro iba á la cabeza de la mitad, ó poco menos, de la provincia.

De Sancho IV se conserva en Iniesta una devota imágen de la Virgen, que aquel monarca, dicen, halló, cazando en el propio lugar donde al presente está el templo, una legua de Zamora, á cuya fundacion acompaña en el privilegio dado en Valladolid (1.º de agosto de 1290) la referencia á muchos milagros que Nuestro Señor Jesucristo hacia en aquel sitio, y, en agradecimiento á los muchos bienes y mercedes que siempre habia recibido de la iglesia de Santa María de la Iniesta, otorgaba el rey que hubiese en el lugar

doce pobladores, en compañía del clérigo Juan Bartolomé, los cuales habian de estar exentos de todo pecho y pedido, y no habian de ser de los que tenían caballo, armas y tienda redonda, quedando para vasallos de la iglesia.

Antes de esta fundacion, habia cedido D. Sancho, cuando príncipe y en armas contra su padre, la ciudad de Toro á su esposa, doña María de Molina. Era el intento de Sancho atraerse mas y mas á los hijos de Toro, apartándoles de todo intento en favor del desventurado D. Alfonso el *Sábido*. Nada podia servir mejor al hijo rebelde, que la discrecion de doña María. Aumentó esta los fueros y privilegios de Toro, en cuya ciudad dió á luz á su primogénita Isabel, luego esposa del duque de Bretaña. En Toro hizo tambien aquella prudente señora cuanto pudo, á la par de su cuñada, la reina viuda de Portugal, doña Beatriz, por avenir al padre y al hijo, si bien nada lograron sus generosos intentos, pues la ambicion y el insensato anhelo de reinar ciegan á los hombres y aun les estorba, á menudo, el advertir que suelen ser escarnio de los pueblos, si ya no les señala y condena el dedo de Dios por fraticidas.

Amada siempre la ciudad de Toro de doña María de Molina, de nuevo residia esta entre los leales vecinos (1293), cuando tuvo á la infanta doña Beatriz. Ni aun de viuda puso jamás en olvido á Toro la prudente señora, pues la visitó en 1301, remediando no pocas necesidades, apaciguando disensiones de los vecinos y concediendo diez años de franquicias á cuantos vasallos de órdenes y castillos fueran á ser pobladores de la leal ciudad. En nuestro territorio, y, por otras poblaciones, dejó tambien huella el rey D. Sancho IV el *Bravo*, pues podemos citar el privilegio concedido á Benavente para cuantos á repoblarla acudieran.

# LIBRO CUARTO.

## CAPITULO PRIMERO.

Fernando IV el *Emplazado*, de niño en Zamora.—Córtes de Leon, Galicia y Astúrias.—Alfonso XI, de niño en Toro.—Recibe la muerte en esta ciudad D. Juan el Tuerto.—Crueldad y falsia cometida con el infante.—Sentencia contra este, despues de muerto.—Féria concedida á Toro.—Muerte de Alvar Nuñez Osorio, á traicion, qual él la habia aconsejado contra D. Juan.

El saludable cielo de Zamora y la amenidad y regalo de su comarca, fueron parte á que la capital de nuestro territorio mereciera preferencia entre todos, para albergar al rey, niño á la sazón, conocido en la historia con el nombre de Fernando IV el *Emplazado*. Fué su ayo, Hernan Perez Ponce de Leon, y, á pesar de que la corta edad del monarca no era á propósito sino para ir medrando tranquila y en apacible sosiego, no dejó la ciudad de mostrarse mal avenida con la obediencia, llegando el caso de tener que acudir los regentes á las armas, para mantener en paz á los zamoranos. Acaso los partidarios de los Cerdas, legítimos herederos del trono de Castilla, y, tambien aquella lealtad, que difícilmente se borra en pechos generosos, movian los ánimos, incitándoles á alzarse en defensa de los malaventurados príncipes.

En Zamora se reunieron las Córtes de Leon, Galicia y Astúrias, mientras las de Castilla en Búrgos; y dieron ordenamientos contra los malhechores, y modo de resarcir á cuantos concejos habian padecido por causa de los robos y quemas llevados á cabo por aquellos.

A la muerte de Fernando IV, fué Toro para el nuevo rey, niño tambien, lo que para su padre habia sido Zamora. Viendo los regentes cuán amenas y saludables eran las riberas del Duero por las cercanías de Toro, eligieron á esta para residencia de Alfonso XI. El rey, apenas mayor de edad, y cumplidos quince años, llamó á Toro al infante D. Juan el *Tuerto*, hijo y digno heredero del D. Juan de Tarifa, cuyo nombre vive qual infame borron á los piés de la hazaña de Guzman el *Bueno*.

Siempre fué D. Juan por extremo intrigante y am-

bicioso; y, á la sazón, por muerte de la reina doña María, todo era, como dice Mariana, alborotos, muertes y robos. Mostraba el rey, con ser niño, como, con rosados albores se anuncia radiante día, aquellas grandes calidades, que tan señalado le habian de hacer entre los hombres. El suceso que vamos á referir, le pone el *Poema ó Crónica rimada* de Alfonso XI en Toro, de cuya ciudad dice claramente:

«Adonde D. Johan fué muerto.»

Eran Garci Laso de la Vega y Alvar Nuñez Osorio, caballeros de grandes prendas y de los que, por su ingenio y maña, mas cabida habian logrado con Alfonso. Como la mayor parte de cuantos habian tenido algun poder durante la minoría, habian abusado de él, trataban Garci Laso y Alvar Nuñez de alcanzar el perdón para los desafueros que se habian cometido, sin dejar, mientras atendian á la pró comun, de acrecentar sus Estados.

Los ódios y enemistades que despedazaban el reino, habian llegado á tal punto, que no pareció fácil empresa sosegarles, á no ser castigando á los autores de las revueltas. Hízolo así Alfonso XI, el qual, si bien de condicion mansa, fué llamado el Vengador. Y cierto, que, en la deshecha tempestad de su minoría, fueron tan grandes los desafueros cometidos que, bien podia la justicia llegar, sin dejar de serlo, á los límites de la venganza.

Era quizá el mas culpado el infante D. Juan, de quien acabamos de hablar. Aragon, Portugal y Castilla podian dar testimonio de las intrigas del señor de Vizcaya, el qual, entre otras cosas, procuraba, con malas artes, casarse con doña Blanca. Vióse esta señora obligada á retirarse á Aragon; y como el verdadero amor le tenia D. Juan puesto en el grande estado de aquella, pensaba, de no salir adelante con su pretension, traer de Francia á D. Alfonso de la Cerda, con lo qual se renovaria la guerra civil. Todo esto apesadumbraba sobremanera al rey.

Llamado, pues, D. Juan, fué á Toro, con esperanzas que le habian dado de casarse con doña Leonor, hermana del mismo Alfonso. La guerra contra los moros era la razon de que mas se hablaba, pero el casamiento prometido, el que mas atraia á D. Juan. Triste es decir, que, á la falsa del infante, se correspondiera con otra. Para darle mas confianza, ofreció el rey separar de sí á Garcí Laso, á quien D. Juan acusaba de ser su enemigo capital. Preparado el camino al negro hecho, solo faltaba llevarle á cabo.

Dispuso Toro sus mas ricas galas para recibir al primo del rey, cuya entrada fué el dia siguiente 31 de octubre de 1326. Al siguiente, fiesta de Todos los Santos, D. Juan, desarmado y por completo desapercibido, entró en la sala del banquete á que le convidaba el rey, y allí en la lujosa estancia, dispuesta para agasajarle, cayó herido de muerte, y con él sus dos caballeros, Garcí Fernandez Sarmiento, y Lope Arnarez Hermosilla.

Muerte alevosa, mal aconsejada por los privados del rey, y segun parece, en especial, por Alvar Nuñez de Osorio.

La *Crónica rimada ó Poema de Alfonso XI*, da muy curiosos pormenores. D. Juan se recelaba, temiendo, así por su conducta pasada como por los enemigos que en torno del rey tenia. Diéronle todo género de seguridades, y, al cabo determinó presentarse en Toro. Al llegar á esta ciudad, salió Alfonso á recibirle. Hé aquí las palabras del infante, que mal podrian reemplazarse con otras al uso moderno:

Omíllome, rrey onrado,  
De volver, ora por tí  
Legué á vuestro mandado.

D. Juan, no sin empacho, pero poniéndose confiamente en manos del rey, se acusó de su pasada conducta, pues no negaba haber ido en contra de Alfonso, por atender al propio provecho; con esto, si en lo pasado habia sido inquieto y promovedor de trastornos, al presente prometia hacer cuanto su señor le mandase.

Con blandas palabras correspondió este, llamándole amigo, viniendo en cuanto aquel decia, y, por último, convidándole á comer para el dia siguiente. Ya en buena amistad, siguieron hablando mesurada y cortesmente. D. Juan, que montaba en un buen caballo, viendo que este llamaba la atencion del rey, púsole espuelas, partiendo, y tornando al punto al sitio donde se hallaba Alfonso. ¿Qué os parece? preguntó el último á Garcí Laso, que segun la crónica estaba presente. Aquí el privado habla de suerte, que, asusta y mueve, en verdad, á temer por el infante. Mirando al caballo, exclama:

Es bueno ssy mas corriese!  
E ssi contra bolver ssaltasse  
Commo corre contra Toro,  
Non ha cossa que lo conplasse,  
Plata, rico aver, nin oro.

Mientras tanto, D. Juan quietaba el caballo refrenándole, y no podia oír las palabras de mal agüero de Garcí Laso. Todos cabalgaron juntos, y de tal

suerte entraron en Toro, hasta quedar el infante en la casa que le habian dado por posada.

Viernes era el dia siguiente, y, antes de salir el sol, levantóse del lecho D. Juan, y le dieron de vestir. Despues, montó á caballo, y encaminóse al palacio del rey. Llegado que hubo, sentóse en un poyo con otros caballeros. Quizá en uno de aquellos bancos de piedra, que, á modo de resaltos, tenian los edificios del tiempo, y sobre los cuales solian poner blandos cogines de lana ó cerda.

En tanto, Alfonso hablaba aparte con sus consejeros, quejándose, especialmente, con Alvar Nuñez, de que, mientras le tenian todos miedo, no así D. Juan, que le habia hecho siempre cuanto daño habia podido, robándole la tierra y matando á los labradores. Con esto acabó el rey, pidiendo consejo á su privado. La respuesta fué, que el infante quedase aprisionado, perdiendo sus tierras y cuanto poseyese.

Bien le pareció á D. Alfonso, y añadió que, pues tanta guerra le habia hecho D. Juan, no saldria libre mientras no entregase sus tierras, con lo cual, todos se guardarían en adelante de faltar á la autoridad real. A esto, llegóse otro privado, diciendo al rey viese de guardarse, pues D. Juan era diestro y mañoso y tenia grande influjo en Castilla. Todo era de temer del infante, y aun la vida de Alfonso correria inevitable peligro, á despecho del mundo entero. Además, bien se veia la insolencia con que el enemigo del rey pedía por esposa la mano de la infanta doña Leonor, hermana de este. Queríala por mujer, contra la voluntad de todo el mundo, y era, además, su intento llamarse rey de Leon. Por todo lo cual, añadió el privado, era justo muriese D. Juan; de lo contrario, bien podia guardarse Alfonso, quien, ó mataba, ó moria antes de reinar un año.

Quedó dictada la sentencia. Murió D. Juan. Quisieron en seguida prender á su hijo D. Manuel, mas este huyó encubiertamente de Sevilla, azor en mano, como quien va de caza, y se encaminó por Córdoba á Múrcia, acojiéndose á sus tierras, donde lleno de pesar y de saña, no pensaba sino en mover guerra contra D. Alfonso.

A la muerte de D. Juan sucedió, en vez de anteceder, la sentencia, y el jóven rey, en sólio enlutado, teniendo en torno á cuantos le seguian, fué diciendo los crímenes del infante, á quien declaró culpado y juzgó por traidor. Mas de ochenta villas y castillos, que tenia D. Juan, pasaron á la corona, saliendo el propio Alfonso á tomar posesion de ellos.

En este mismo año de 1326, concedió el rey á Toro una féria franca por Santa María; mas ni los tiempos eran para que hubiese larga paz, ni los españoles hemos sabido mantenerla casi nunca, salvo cuando fuerza superior á nuestra voluntad ha sabido obligarnos.

No debió de hacer muchos agradecidos la merced de Alfonso, pues los toreses, unidos con los de Zamora y Valladolid, se alzaron, siguiendo á Hernán Rodríguez de Balboa, prior de San Juan, contra el valido Alvar Nuñez. Ciertamente que jamás acude la justicia divina ni son mas patentes sus efectos, que en tiempos de trastornos y revueltas.

Alvar Nuñez de Osorio, el que habia aconsejado la

prision, y, quizá la muerte de D. Juan, murió á manos de Ramiro Flores de Guzman, y por mandado del rey

Matáronlo sin guerra  
E syn cavalleria.  
El rey cobró su tierra  
Que la forzada tenia.

Harto dice la *Crónica de Alfonso XI*; pero, en cuanto á pormenores, no los da, pues «en como fué la su muerte, la estoria se lo calla.» Rodrigo Yañez, autor del libro, habia visto la mayor parte de lo que referia, pero excusó mostrar la parte que en la mala accion correspondia á Alfonso.

Mientras el valido moria, herido á traicion y no en buena lid, cual acostumbraban caballeros, gemia apasionada en Toro doña Constanza, hija de D. Juan Manuel, habiéndola trocado su miserable suerte, de desposada, en cautiva doncella. Al cabo, y despues de padecer las alternativas á que la tenian sujeta ambiciones y deslealtades, fué devuelta á su padre.

Por último, en Zamora, reinando todavía el gran Alfonso XI, el *del Salado*, como le llamaron despues de tan insigne victoria, se reunieron (1342) varios ricos-hombres, que no habian asistido á las Córtes de Leon y de Búrgos, y otorgaron al rey las alcabalas que este la habia puesto por contribucion, y eran el diez por ciento de las ventas.

## CAPITULO II.

Alfonso XI, valiente y justiciero.—D. Pedro en Toro con su madre.—Muere D. Juan Alfonso de Alburquerque.—Alzanse los señores contra el rey.—Vistas en Tejadillo.—Hablan D. Gutierre de Toledo y Fernando de Ayala.—Doña Blanca y doña María de Padilla.—Abre la reina madre las puertas de Toro á los revoltosos.—Pónese en manos de estos el rey con Juan Hernandez de Henestrosa y el judío Simuel Leví.—Repártense los de la Liga los cargos principales.—Cautiverio de D. Pedro.—Huye acompañado de D. Tello y de Simuel Leví.—Quedan en Zamora la reina madre y D. Enrique.—Alianza inmoral de entrambos.

Pedian los tiempos y los hombres rey valiente y justiciero. Habíalo sido Alfonso, cuya memoria manchan, con todo, ciertos castigos, que por mas tenian la forma de asesinatos que de justicias.

Su hijo era tambien esforzado, pero, así como el padre habia sido á veces injusto, el hijo apenas acertó á dejar de serlo. Cierto, la maldad de muchos que le rodeaban era increíble. Su propia madre le movia á asesinar á doña Leonor de Guzman, amiga del difunto rey, de lo cual se prevalieron los bastardos para hacer cruda guerra á D. Pedro. En resolucion, si este hubiera unido el juicio á la valentía, fuera su nombre no menos ilustre que el de su padre.

(1354) Hallábase el rey en Toro, acompañado de su madre. Su alejamiento de la desventurada doña Blanca, efecto de los amores con la Padilla, daba justas apariencias á los trastornos que promovian los señores. D. Juan Alfonso de Alburquerque habia muerto en Medina del Campo, de veneno que le diera en un jarabe su médico, llamado Paulo, á quien indujeron, prometiéndole grandes promesas y la gracia del rey.

Este y su antiguo ayo, pues lo habia sido D. Juan

Alfonso, habian trocado el antiguo cariño en mútuo aborrecimiento; y los amigos del último llevaron su cuerpo á todas partes, como lo tenian jurado, sin querer enterrarle, hasta lograr el intento que se proponian. Enviaron embajadores á D. Pedro, por ver si le hallaban mas puesto en razon, y en Tejadillo, media legua de Toro, se reunieron á vistas, en dia y hora determinados, llevando consigo hombres á caballo, de cada parte. Besaron los grandes, conforme al uso de Castilla, la mano al rey, y, tomando la palabra Gutierre de Toledo, por mandado de este, dijo á los confederados, cuanto le pesaba á D. Pedro el ver apartados de su servicio á tantos caballeros tan ilustres, los cuales, además se oponian á la voluntad del monarca estorbándole mandar á su albedrío, siendo cosa de la mayor estima para todos los hombres, y especialmente para los reyes, el hacer merced á los leales. Con todo esto, D. Pedro les perdonaba el daño, que, por ignorancia habian cometido, si se avenian á despedir la gente, deshaciendo el campo, y obediéndole en todo.

A esto, los grandes quisieron que, en su nombre, hablara Fernando de Ayala, y, que, con permiso de su señoría el rey, pidiese á este, perdonara á él y á sus amigos el venir armados á su presencia, lo cual no habrian hecho sin licencia suya, pedida tambien, por causa del temor á asechanzas de sus enemigos, que rodeaban á D. Pedro. No dejó Ayala de ofrecerse á nombre de todos, mas dió claras muestras de cuánto les pesaba de ver el abandono en que yacia la reina doña Blanca, su señora, á quien, en presencia de ellos, habia recibido por esposa el rey. Habíanla, como á tal, besado la mano, y al presente no podian menos de dolerse de ver el daño que la causaba doña María de Padilla. Acusaban á los aduladores que tenian engañado á D. Pedro, esperando, con todo, que este fuese poniendo remedio, ayudado de la experiencia que la edad concede.

A la verdad, nada podia decirse en contra de la reina doña Blanca, á cuyo lado no habia en el reino mujer mas noble ni mas santa. Con esto, y nuevos encarecimientos, concluyó Fernando de Ayala, rogando al rey no se dejase cegar de gustos desordenados, que tan graves daños podian ocasionar.

Nada se logró, antes bien, de vuelta D. Pedro en la ciudad, comenzaron no pocos á dejarle, y, al ver cómo pasaba por delante de los muros, la enemiga hueste, aumentada con muchos, que poco antes le seguian, huyó á Ureña, donde estaba doña María. No consintió el cielo, sino breves y agitados momentos al adúltero amor del rey. Hallábase con la Padilla, cuando supo que su propia madre acababa de abrir las puertas de Toro á los revoltosos. A decir verdad, apenas se concibe, que hombre de tal suerte vendido, aun por aquella misma que le habia dado el sér, dejase de cometer mas de una crueldad insensata. Fáltóle, con todo, segun ya hemos dicho, discrecion suficiente para atenerse á ser justo.

Viéndose de aquella manera abandonado, y, recelando no se alzase contra él todo el reino, volvió á Toro, acompañado de Juan Hernandez de Henestrosa y el judío Simuel Leví, su tesorero. Gran regocijo

experimentaron los enemigos, al verle en sus manos, y punto menos que prisionero; que por tal podía tenerse, de su hermano D. Fadrique, á quien hicieron camarero mayor. Repartiéronse, como botin, honores y mercedes. El infante D. Fernando de Aragon fué canceller mayor del reino; alférez mayor D. Juan de la Cerda, y mayordomo D. Fernando de Castro, que á la sazón casó con doña Juana, hermana del rey é hija de doña Leonor de Guzman, matrimonio que luego quedó disuelto por ser primos los contrayentes.

Dando ya por acabada la demanda, pues tenian al rey á merced de su voluntad, llevaron á enterrar el cuerpo de D. Juan Alfonso de Alburquerque al monasterio cisterciense de La Espina, en Castilla la Vieja.

Seguia D. Pedro con honores de rey, mas tan cercenada la autoridad, que, á todas partes le acompañaban guardas ó espías, pues tal nombre podia darse á los nuevos servidores que le rodeaban. Permitíanle, con todo, ir de caza, y granjeándose con promesas á algunos señores, que en cierta ocasion le acompañaban, pudo huir á Segovia á favor de la niebla, en compañía de su fiel tesorero Simuel Leví, al cual, dadas fianzas (que bien podia hacerlo), habian dejado en libertad.

A D. Pedro acompañó tambien D. Tello, á quien aquel dia estaba encomendada la guarda del rey: desleal entonces á sus amigos y despues á su hermano; desleal siempre. Quizá no habian los alzados concedido á D. Tello cuanto este se prometia lograr.

En Toro tuvo por morada el rey la del obispo de Zamora, junto al convento de San Ildefonso, donde posaba la reina madre. Demás es decir la sorpresa y la ira de todos, cuando supieron que D. Pedro estaba en libertad. La reina doña Leonor se fué á Roa en compañía de sus hijos los infantes de Aragon, aprovechando la merced que de dicha poblacion les habia hecho el rey, los dias de su mal disimulado cautiverio en Toro.

D. Juan fué á Segovia á unirse con D. Pedro; don Fadrique á Talavera; D. Fernando de Castro, con su mujer, á Galicia; D. Tello á Vizcaya, quizá ya cansado de seguir al rey; quedando en Toro únicamente D. Enrique y la reina madre.

A decir verdad, no es posible mirar sin horror á D. Enrique, amigo de una mujer, por cuya voluntad habia perdido la vida su desventurada madre, doña Leonor de Guzman. A qué punto ciega é infama la ambicion, podemos verlo, con solo poner los ojos en la ciudad de Toro, y hallar apercibiéndose para la defensa á D. Enrique de Trastamara, en union de doña María de Portugal.

### CAPITULO III.

Conceden á D. Pedro las Córtes de Búrgos gente y dinero contra los señores de la Liga.— Son muertos Pedro Ruiz de Villegas y Sancho Ruiz de Rojas.— Ponen los de Toro en libertad á Juan Hernandez de Henestrosa.— Falta este á la pleitesía que habia hecho de volver á la prision.— Persigue D. Pedro á sus enemigos.— Cerco de Toro.— Combates.— Huye D. Enrique á Galicia.— Trueca el rey el cerco de Toro en bloqueo.— Alonso Recuero.— Huye D. Fadrique de la ciudad al real de D. Pedro.— Desmayan los de la Liga.— Entra don

Pedro.— Venganzas.— Maldicion de la madre.— D. Enrique II.— Córtes en Toro.— Guerras con Portugal.— Pedro Tenorio, arcediano de Toro.— Creacion del ducado de Benavente.

(1355) A principios del año siguiente, hubo Córtes en Búrgos, á las cuales asistieron los infantes de Aragon. De ellas logró D. Pedro gente y servicio extraordinario de dinero, despues de lo cual se fué á Medina del Campo.

Por esta época, es cuando mas airado y cruel comenzó á mostrarse el carácter del rey, quien empezó por aprisionar á varios señores, y matar á Pero Ruiz de Villegas y Sancho Ruiz de Rojas. Entre tanto, los de Toro, viendo de aplacar el enojo del rey, pusieron en libertad á Juan Fernandez de Henestrosa, bajo pleitesía de volver á la prision, si no lograba lo que aquellos querian. Libre el preso, quedóse con D. Pedro, faltando á lo que habia prometido.

Todos temian al rey. D. Enrique y D. Fadrique, reunida su gente en Talavera, encerráronse en Toledo, donde entraron, no sin hallar antes formal contradiccion. Pagaron, cual á menudo acaecia en aquella época, los judíos, muchos de los cuales fueron muertos, y robadas las tiendas de mercería en el Alcaná. Acudió el rey, huyeron los rebeldes hermanos, y aquel, por ser justiciero en demasía, cayó en la iniquidad, aceptando la vida de un hijo, en trueco de la de su padre, anciano platero de ochenta años.

Cual fiera agarrochada y encendida la sangre con las heridas, que, sin poderlo estorbar ha recibido, revolvióse D. Pedro, buscando enemigos á quien perseguir y traidores á quien castigar. En Toro estaba el verdadero centro de la insurreccion. Allí le aguardaban, apercibidos y en ruin alianza, una mujer vengativa y un hijo sin decoro. A la reina madre y á D. Enrique, acompañaban D. Fadrique, D. Per Estévanez Carpintero, que se decia maestro de Calatrava, y todos los caballeros de la Liga, con sus gentes.

Fué al principio la guerra en derredor de Toro de escasa consecuencia, y reducida á escaramuzas. Combatiendo en Castro Nuño, Pozo Antíguo y Morales, pasaron unos y otros el verano de 1355, sin adelantar gran cosa. Mientras el cerco, parió doña María de Padilla en Tordesilla una hija, la tercera, que llamóse doña Isabel.

Al cabo, D. Enrique, dejando en Toro á su mujer, salió para Galicia. La razon, no podremos especificarla, pues si bien Mariana afirma que huyó, apenas parece creible dejara en lugar que no podia menos de tener por peligroso, á la condesa de Trastamara. Cierto que el haber D. Enrique vivido en íntima alianza con la reina madre, de quien ya hemos dado á entender habia obligado á su hijo D. Pedro á que matara á doña Leonor de Guzman, madre de los bastardos, no dice mucho en pró del carácter del mayor de estos.

Como quiera, él se fué á Galicia, y, á no dudarlo, era sagaz. A pesar de haber quedado en Toro la esposa de D. Enrique, el desaliento, que, por lo largo del cerco y bajas habian experimentado los de la ciudad, persuadieron á D. Pedro á que, con una poca paciencia, lograria al fin dar cuenta de los alzados.

Trocó, pues, el sitio en bloqueo hácia el mes de setiembre, poniendo el campamento en las asoladas

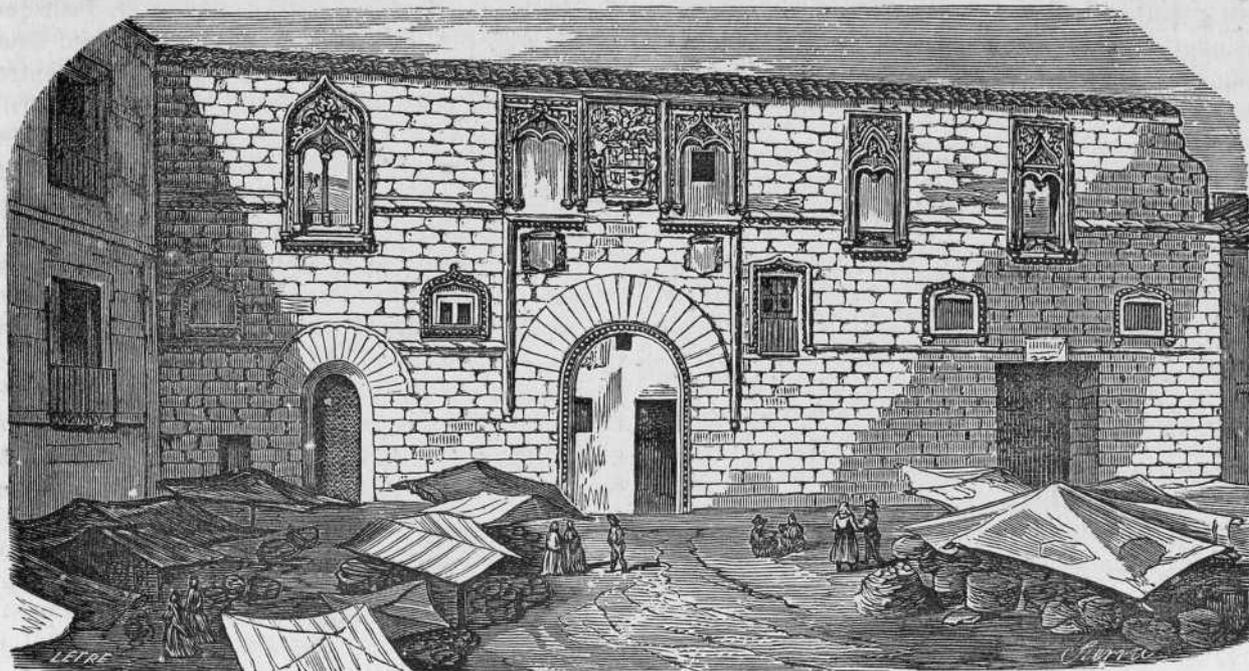
huertas. El estado de los que en Toro se defendían era cada vez mas triste, pero en vano acudió el legado cardenal de Bolonia á tratar de paces, en nombre del Pontífice. Cayó la débil torre, que, por milagro habia defendido hasta entonces el puente, y además la escasez de víveres de los de á dentro, prometia feliz éxito y cumplida venganza al sitiador.

Un vecino de Toro, llamado Alonso Recuero, ó Triguero, tenia ofrecido á D. Pedro poner una noche en sus manos la puerta de Santa Catalina, con tal de hallar perdon él y sus parientes. Los clamores del hambriento pueblo apuraban á los jefes de la Liga, quien, perdida toda esperanza, trataban, cada uno de por sí de negociar secretamente el perdon. Aun el

mismo D. Fadrique, escuchando los consejos de Juan Hernandez de Henestrosa, y oyendo que el mismo rey le ofrecia seguro, pasó, desde una isla del rio, en que se hallaba, y rindió obediencia á D. Pedro, besándole la mano.

A vista de semejante suceso, desmayaron del todo los de la Liga, y, teniéndose por vencidos, se acogieron los mas al alcázar, con doña María; los restantes, ó se escondieron en las casas, ó bien, al querer huir de secreto, hallaron las salidas tomadas.

En aquella tristísima noche, D. Pedro pasó con los suyos el rio, hallando abierta la entrada que Alonso Recuero le habia prometido. El dia siguiente, que era el de Reyes (1356), se puso, á la mañana, ante el al-



Casa de los Memos, en Zamora.

cázar, y vió que el primero que acudia á rendirse, era su hermano D. Juan. Tenia este catorce años, y le llevaba en brazos Martin Avarca, quien se habia ofrecido á poner en manos del rey el infante, pidiendo ser perdonado. Negó la merced D. Pedro, diciendo: «A mi hermano D. Juan, perdono yo, mas á vos, Martin Avarca, non vos perdono, y aun sed cierto, que si á mí venides, que os mandaré matar.»

«Señor, haced de mí, como fuese á vuestra merced,» respondió Avarca; y, tomando al infante en los brazos, mostróse de esta suerte ante el rey. Aquí supo serlo D. Pedro, porque no le mató, cosa que plugo á muchos caballeros que estaban presentes.

Dejó á su madre que saliera, mas no quiso dar seguro á los caballeros que la acompañaban. Horrible lance se preparaba en el puente del castillo. Pasaba por él la reina, acompañada de D. Per Estévez Carpintero y Rui Gonzalez de Castañeda, el cual llevaba la mano en alto, y en ella una cédula de gracia, cuando un golpe de maza derribó á Carpintero, y un

cuchillo atravesó la garganta de Rui Gonzalez de Castañeda, así como de Martin Alfonso Tello y Afonso Tellez Giron, que venian en pos. La justicia habia dejado el puesto á la venganza, y aun la envidia armó el brazo del escudero de Diego de Padilla, competidor, este, de D. Per Estévez Carpintero, en lo del Maestrazgo de Calatrava.

Salpicadas de sangre y rodeadas de cadáveres desnudos y despedazados, cayeron desmayadas doña Juana Manuel, esposa del de Trastámara, y doña María, la cual, apenas volvió en sí, llena de ira y pavor con las crueldades que veia, maldijo á D. Pedro y la hora en que le engendró.

Tambien murieron, además de otros, Alfonso Gomez, comendador mayor de Calatrava, y Diego Perez de Godoy, fraile de la misma orden. En cuanto á la reina doña María, mandóla su hijo llevar al palacio de San Ildefonso, consintiendo, al cabo, en que se retirase á Portugal. Sangrienta y funestísima huella quedó por nuestra provincia, especialmente en Toro, de los des-

leales enemigos de Pedro I de Castilla, mientras el nombre de este irá siempre, triste y justamente, á la par del epíteto de *Cruel*.

Años pasaron, y España y el mundo supieron con horror, que el rey había muerto en Montiel á manos de un fratricida. Era el año de 1369, y Toro, ciudad de voto en Córtes, teníalas reunidas en su recinto.

En ellas se presentó un hombre, que si bien de pequeña estatura, era su ademan grave y autorizado; tenía blanco el rostro, rubio el cabello, y el trato por extremo agradable y lleno de atractivo. Llamábanle sus parciales el *Caballero*; D. Pedro, que ya, ni de su rostro se acordaba, momentos antes de morir en Montiel, le llamó siempre el *Bastardo*; el pueblo le conoció largos años después y aun siglos, por D. Enrique el de las *Mercedes*.

La historia ve en D. Enrique de Trastámara el primero de los *Reyes Nuevos*, fundador de dinastía, á la cual mucho tiene que perdonar España; mas todo puede perdonarse á los ascendientes de Isabel la *Católica*.

Gran falta hacia ayudar y fortalecer la administración de justicia, y á ello atendió Enrique II en las Córtes de Toro, poniendo además tasa, conforme á las ideas del tiempo, á los comestibles y á los jornales de los artesanos. A la par que en estas tareas, obligaba al nuevo rey á emplearse en las armas, la enemistad de los parciales de D. Pedro, amparados de los portugueses. Habían estos entrado por tierra de Leon, apenas muerto el desventurado rey, con tal ánimo, que enseñorearon á Zamora, manteniéndola contra D. Enrique, sin que este pudiera tomarla; con lo cual hubo de satisfacerse, entrando en Portugal por las fértiles tierras de entre Duero y Miño, donde asoló campos, robó villas, quemó aldeas y ganó las ciudades de Braga y Braganza, sin que los portugueses lograran estorbarlo. También los que defendían á Zamora hubieron al cabo de rendirse á Pedro Fernandez de Velasco (1371).

Asiento excelente era el de nuestra ciudad, para desde allí, dirigir la guerra contra Portugal, de nuevo encendida, con lo que D. Enrique permaneció en ella cuanto fué necesario para el caso.

En el mismo año del recobro de Zamora, tuvo don Enrique II nuevas Córtes en Toro, las cuales mandaron bajar el valor de los cruzados y reales que se habían acuñado para pagar á los muchos soldados extraños, especialmente franceses, que habían guerreado en pró de Enrique II. También se mandó que, para diferenciarse de los cristianos, llevaran moros y judíos, cuyo número era muy grande y vivían mezclados con los nuestros, cierta señal, con que fácilmente pudieran ser conocidos.

Quería, además el rey, que se dieran á los señores los pueblos de las behetrías, que no fuesen de la caballería de San Bernardo, fundándose en que el derecho de los pueblos de behetría, que él llamaba licencia, para mudar de señor, era ocasionado á grandes escándalos y trastornos. Mas algunos grandes le suplicaron no hiciese novedad, porque, en efecto, podían acaecer graves daños con el intentado remedio, sin contar con que el rey atendía á su propio interés solamente, pues,

á decir verdad, acosado de aquella multitud de aventureros que le habían servido para conquistar la corona, no tenía mercedes ni donaciones á mano que bastaran á satisfacerles.

A estas Córtes de 1371, asistió la reina doña Juana Manuel; y, de cierto, traerían á su memoria cuantos objetos la rodeaban el hórrido y ensangrentado recuerdo de aquel negro día, en que la vieron caer desmayada, á la par de la reina madre, y, vuelta en sí, se halló rodeada de pavoroso cortejo de cadáveres desnudos y despedazados, que, momentos antes habían sido ilustres señores de alta representación y apuestos caballeros.

Mal podía gozar en paz la corona Enrique II, con el estado de los ánimos, especialmente de los muchos parciales de D. Pedro, que, por temer la venganza del nuevo rey, ó por aquella triste afición aventurera, tan frecuentemente seguida de los españoles, acudían á las armas, apenas creían la ocasión oportuna. Tal fué la verdadera razón que encendió de nuevo la guerra entre Portugal y Castilla. Habían los portugueses apresado ciertas naves vascongadas, que llevaban á bordo hierro, acero y otras mercancías de su tierra. Hallábase D. Enrique en Zamora, y envió embajador, á pedir le restituyesen las naves, así como satisfacción de los daños recibidos. De no alcanzar lo que el rey quería, llevaba orden el embajador de amenazar con la guerra. Sucedió esto el año de 1372.

Por quien quedara el no haber paz, difícil es asegurarlo. Ello fué, que, todos acudieron á las armas, y el almirante Bocanegra, tuvo orden de armar en Sevilla doce galeras, para con ellas correr la costa de Portugal.

D. Enrique II, desde Zamora, dejó en esta cuanto pudiera estorbar la marcha de los soldados, y entró en Portugal, devastando campos, robando ganados, quemando aldeas y lugares. Eran ya los postreros días del año. En el principio del segundo (1373), tomó por fuerza de armas á Viseo, pasando por delante de Coimbra, en busca del portugués. No osó este salir de Santarem, donde se hallaba, temiendo, fundadamente, á la enemiga que muchos de los suyos le tenían, y aun le abandonaron del todo, cuando su propio hermano D. Dionis, se había pasado á Castilla, aconsejado de Diego Lopez Pacheco. A este, en recompensa de haber hecho lo mismo, le otorgó D. Enrique, por merced, la ciudad de Béjar.

Llegó el castellano hasta Lisboa. Combatióla, quemaron sus naves las muchas que hallaron en el puerto, mas los portugueses defendieron valerosamente su ciudad. Al cabo, hubo paces, siendo una condición, sin duda, la que con mas urgencia pedía Enrique II, que fueran echados, dándoles cierto plazo, mas de quinientos caballeros castellanos que en Portugal había, y eran constantes promovedores de disturbios, no solo conspirando, pero viniendo aquende la frontera, con las armas en la mano.

Harto se comprende que el rey de Castilla deseara, ante todo, alejar de Portugal á aquellos que en otro tiempo llamaban foragidos, y hoy llamaríamos emigrados.

En tiempo de Enrique II fué arcediano de Toro, en

la iglesia de Zamora, D. Pedro Tenorio, de familia de Galicia, hombre de grandes prendas y estudios, viajero y peregrino por Tolosa, Aviñon y Perusa; lector, él, á su vez, de derecho en Roma; varon, en fin, de grandes calidades, y excelente en prudencia no menos que en valor, obispo luego en Coimbra, y al cabo arzobispo de Toledo.

(1387) En nuestro territorio creó Enrique II el ducado de Benavente, para su hijo bastardo D. Fadrique, del cual no viene la gran casa de Benavente, como se podria creer, segun diremos mas adelante.

En la capilla de los *Reyes Nuevos* de la catedral de Toledo, yacen, sobre su tumba, las efigies de Enrique II y su esposa doña Juana Manuel. El maestro *entallador-escultor*, contemporáneo, puso en manos del fratricida el cetro, fuertemente asido, cual si aun temiera perderle, como le perdió D. Pedro.

En aquel rostro, verdadera imágen del difunto, parece como que todavía se mueven los marmóreos lábios, diciendo á D. Juan I de Castilla:

«Hijo mio, conserva las mercedes que yo hice á cuantos siguieron mi parcialidad; manten en justicia á los que se mantuvieron neutrales; á los que siempre defendieron el derecho del rey D. Pedro I de Castilla, dáles cargos y oficios, y pon tu vida en sus manos, y tu honra en su lealtad...»

#### CAPITULO IV.

D. Juan I en Toro y Zamora.—Aprestos contra Portugal.—Combaten los aliados á Benavente.—Defiéndela su gobernador Alvaro Osorio.—Peste.—Retiranse los aliados.—Inquieto y ambicioso carácter del primer duque de Benavente.—Nuño Martinez de Villaizan cede la alcaidía del castillo de Zamora á Gonzalo de Sanábria.—Es aprisionado en esta ciudad el arzobispo de Santiago.—Excomunion.—Queda el rey absuelto de ella.—Interés de Enrique III en favor de Zamora.—Nace Juan II.—Perdon de D. Pedro de Castilla.—Triste fin del duque de Benavente.—Condado de este nombre.

No por haber fallecido Enrique II, cesaron las causas de inquietud y trastornos, que tanto habian dado que hacer á la monarquía. A nuestro territorio tuvo que acudir no pocas veces el rey D. Juan I, por ser punto estratégico, esto es, de fácil disposicion, para, desde él afrontar á los portugueses ó estar á la mira de los ingleses del duque de Lancaster, que amenazaban desde Galicia.

Toro dió varias veces albergue al rey D. Juan; Zamora le vió esforzado, apercibirse contra los portugueses, á pesar de la desventura de Aljubarrota, cuyo vencimiento habian de vengar los castellanos andando el tiempo, orillas de aquellas mismas riberas, que al presente repetian con tristeza el eco lastimero de la batalla perdida.

En Zamora publicó el rey D. Juan, edicto, por el cual (tan grande era su apuro) otorgaba la franqueza de hidalguía á cuantos sirviesen en la guerra á expensas propias dos meses, con armas y caballo. Mientras tanto, le acudian gentes de Castilla y de Francia, con cuya nacion conservaba la dinastía estrecho vínculo.

Bien se necesitaban tales aprestos, y bien hacia el rey de Castilla en permanecer por nuestro territorio, cuando los enemigos, pasando de las amenazas á la

accion, entraron por los campos que bañan Eria y Ezla, poniéndose en formidable hueste sobre Benavente. Eran los portugueses dos mil de á caballo y seis mil peones. Seiscientos hombres de armas traian los ingleses, y otros tantos archeros, gente que, si bien sobremanera mermada por la peste, combatia con no menor ardimiento que constancia.

Mas defendia la plaza su gobernador el buen Alvaro Osorio, en quien podia descansar la honra de Castilla. Al esfuerzo de ingleses y portuguesses opuso el suyo, y de esta manera, al cabo de dos meses, hubieron los aliados de retirarse con notable pérdida, pues Alvaro Osorio, no contento con defender las murallas que le habian encomendado, salió al campo y trabó pelea, matando á varios enemigos.

Señoreaban estos los pueblos comarcanos de menor importancia; pero la peste arreciaba á causa del hambre, pues los naturales habian alzado ó quemado todos los víveres, con que, viendo no era posible mantenerse mas tiempo en tierra que habia quedado yerma, dieron vuelta los aliados á Portugal por la parte de Ciudad-Rodrigo. Tratábase además de poner fin á la guerra, y todos, especialmente los ingleses, tenian grandes deseos de volver á su casa.

Mal parado quedó entonces, y despues, el nombre del primer duque de Benavente, quien, movido de su inquieto y codicioso carácter, estuvo en tratos con los portugueses, en vez de defender la poblacion. Andando el tiempo, llevó el revoltoso bastardo parte, al menos, del castigo que su aficion á conspiraciones y deslealtades merecia.

Era ya rey Enrique III, llamado el *Doliente*, por la salud siempre escasa, de que, durante su corta vida gozó. Habia heredado el trono, siendo niño de once años, con lo que se comprende no habian de faltar inquietudes y trastornos por Castilla. El duque de Benavente, desavenido con la córte, se fué á la villa de su nombre, la cual no habia defendido, como ya hemos dicho antes, contra los enemigos de la corona, mas, el presente, le servia de centro para conspirar, manteniendo secretas inteligencias con el rey de Portugal.

Nada aquietaba al conspirador bastardo, y, como el alcaide del castillo de Zamora, Nuño Martinez de Villaizan, era público, ó punto menos, que se hallaba en tratos, tambien, con el portugués, bien podia temerse cayera la ciudad en manos de este. Acudió el arzobispo de Toledo, logrando la torre de la catedral, con lo que ya podian estar apercibidos contra los intentos del de Benavente y el alcaide. Aun así, tuvo el primero osadía bastante para llegarse á las puertas de Zamora, contando con los amigos que dentro le esperaban.

Púdose, con promesas y buenas palabras, lograr de Villaizan, que cediese la alcaidía á Gonzalo de Sanábria, hijo del aquel leal Men Rodriguez de Sanábria, último compañero de D. Pedro en Montiel, y aun el joven rey se presentó en Zamora con su córte, para contener á un tiempo los mal sosegados ánimos, y, el peligro que de la parte de Portugal amenazaba. Al cabo, logró el rey treguas, haciendo para ello grandísimos esfuerzos. El mudable D. Fadrique, duque de

Benavente, que señoreaba gran parte de nuestro territorio, y ya habia estado con 500 de á caballo y muchos peones, hácia Pedrosa, cerca de Toro, dió sobre Mayorga, villa del infante D. Fernando, cuyo castillo tomó, en venganza de los arzobispos de Santiago y Toledo, y del maestro de Calatrava, que le habian estorbado la entrada en Zamora.

Con la cercanía del rey, muchos se pasaban á sus banderas, abandonando á D. Fadrique, pero, si bien concertadas las treguas con Portugal, conforme ya sabemos, nuevos disturbios vinieron á servir de estorbo á la paz de la monarquía.

Grandes, y, en verdad, importantes sucesos acaecieron á la sazón en Zamora. Amigo el arzobispo de Toledo, del duque de Benavente, deseaba también que á Juan de Velasco, camarero del rey, le volviesen lo que el testamento de D. Juan I le habia disminuido. Viendo el arzobispo no eran tenidos en cuenta sus deseos, determinó, despedido, ausentarse de la corte.

Temieron todos, no sin razón, que semejante partida fuera causa de grandes disturbios, con lo cual, después de hablar de ella, y tratarlo, se lo dejaron al rey. Quedó concertado fueran presos el arzobispo y su amigo Juan de Velasco. Era este grandemente poderoso, y tenia, por dote de su mujer, la villa de Villalpando. Hijo de Pedro Hernandez de Velasco, que habia muerto en el cerco de Lisboa, ambos fueron tronco del nobilísimo linaje, en que, mas adelante, se perpetuó la dignidad de condestable de Castilla.

Además del arzobispo y Velasco, fueron aprisionados D. Pedro de Castilla, obispo de Osma, y Juan, abad de Fuselas, grandes é íntimos amigos del arzobispo. Semejantes sucesos causaron en la ciudad notable escándalo. Quedó Zamora puesta en entredicho, á la par de Palencia y Salamanca, y excomulgado el rey, con los señores que habian tenido parte en las prisiones.

El arzobispo hubo de dar en rehenes cuatro parientes suyos, y en prenda sus villas de Talavera y Alcalá, saliendo de Zamora, no poco agraviado, como era natural. Juan de Velasco, por su parte, tuvo que entregar el castillo de Soria. Después, se acudió al Padre Santo, en demanda de absolución de las censuras en que habian incurrido todos, como ya hemos dicho, empezando por el rey. Este, de rodillas en el sagrario de Santa Catalina, en la iglesia mayor de Burgos, después de jurar en la forma acostumbrada obediencia á las leyes eclesiásticas, jurando, asimismo, devolver al arzobispo de Toledo las plazas que de él tenia, logró la absolución.

(1398) Años adelante, dolido Enrique III de ver cuan despoblada y á menos habia venido la ciudad de Toro, mandó reparar los muros arruinados, y estableció arbitrios diciendo (1), que, pues ocupaba el término de la villa mucho espacio de campo, hallándose aquella en gran parte despoblada por las mortandades y pasadas guerras; que los muros estaban derribados y en algunas partes, por el suelo; que además, la puente nueva, cerca de la otra, por ser de

madera, se la llevaba el rio, concedia se pudiera echar por la villa y su término la derrama de *una meaja de todas las cosas que se comprasen e vendiesen e trocassen*. También hay en el archivo (1) una escritura de venta del monte llamado de la Reina, cercano á Toro, otorgada en 1403 por las Huelgas de Valladolid, á causa de la necesidad que este convento padecia, en donde se dice: «y por cuanto habia que reparar la iglesia, retejar el cabildo, retejar el convento y reparar el palacio, que está todo descubierto e se cayó.»

En Toro, por aquellas orillas del Duero, donde él y sus antecesores habian pasado largos y repetidos plazos de su vida, tuvo Enrique III el mayor placer de su vida, pues Dios le otorgó el nacimiento de su hijo y sucesor. Grandes fueron los festejos y aplauso, con que saludó el pueblo al recién-nacido, mas nada igualó al perdón que D. Enrique otorgó á D. Pedro de Castilla, nieto del desventurado vendido en Montiel. Oculto D. Pedro tras las cortinas del lecho de la reina doña Catalina de Lancaster, su prima, rogaba esta y suplicaba al rey, quien, vencido de las generosas palabras y no teniendo fuerzas para negarse á ellas, ratificó el perdón, cuando vió ante sí al descendiente de Pedro I.

Antes de hablar del nuevo rey D. Juan II, debemos dar cuenta del fin del duque de Benavente, uno de los personajes mas nombrados en nuestro territorio, especialmente, cuando el reinado anterior. Cansado Enrique III de la inconstante deslealtad del bastardo, le envió preso al castillo de Monterey, y, después, al de Mora, de donde matando al alcalde, huyó á Navarra. Ni allí logró permanecer tranquilo, pues, el propio rey Carlos III, aun con ser cuñado suyo, le entregó al de Castilla (1414). Al cabo, aquel inquieto y ambicioso D. Fadrique, para cuyos deseos debia de parecer pequeña la corona mas poderosa de la cristiandad, murió en la fortaleza de Almodóvar, junto á Córdoba. Ni aun pudo dejar los bienes á su hija única, doña Leonor, casada con el adelantado Pedro Manrique, pues, ya en 1398 habia transferido el rey los Estados y honores del primer duque de Benavente á Juan Alfonso Pimentel, noble portugués, casado con una tia materna de la reina doña Beatriz, segunda esposa de don Juan I. De tan generosa manera fueron recompensados la lealtad y servicios del noble Pimentel, cuyo título fué de conde, en vez de duque.

## CAPITULO V.

Amor de D. Juan II á Toro.—Descontentos.—Córtes en Toro.—Reformar los gastos de la casa real.—Nuevas Córtes.—El conde de Benavente.—Córtes de Zamora.—Pavor que causa el descubrimiento de una mina.—Enrique IV.—*Liga de Avila*.—Toro, cuartel general del ejército del rey.—Gran número de soldados.—Daños que padece Toro.—Feria otorgada en premio.—Discordia entre Zamora y Toro.—Vence aquella en el Val de la Gallina.—Esfuerzo propio de castellanos.—Recuerdan cantares el sangriento suceso.

La afición de D. Juan II á Toro, su pueblo natal, mas bien trajo á la ciudad repetidos disturbios, que el sosegado reposo, vanamente ansiado á la sazón de

(1) Cédula del archivo del ayuntamiento de Toro.

(1) Archivo del ayuntamiento.

todos los españoles, y, especialmente, por los reinos de Castilla.

En vano habia sido D. Juan aclamado rey, jurándole todos obediencia con la mano sobre los evangelios, mientras levantando los reyes de armas en alto los estandartes, usaban, por primera vez, aquella fórmula, luego consagrada por el uso: ¡Castilla, Castilla, Castilla, por el rey D. Juan el Segundo! En vano... que no parece, en ciertas épocas, sino que los hombres, tanto mayor empeño tienen en faltar á la fé jurada, cuando mas públicos y solemnes han sido sus juramentos.

No carecia Juan II de ánimo á vista del enemigo, pero sí de carácter y dignidad suficientes, para mantener en respeto á descontentos y ambiciosos. Las Córtes que tuvo en Toro (1426), no solo trataron de reformar los gastos de la casa real, mas fueron continuo hervidero de facciones, saliendo de ellas los infantes de Aragon á buscar enemigos contra D. Alvaro de Luna. Continuó D. Juan las Córtes de Toro en Zamora, al año siguiente (1427), habiéndolas de nuevo en esta ciudad, para que los procuradores de Galicia juraran al príncipe D. Enrique (1432).

Por este mismo año, Rodrigo Alonso Pimentel, segundo conde de Benavente, amigo casi siempre de D. Alvaro de Luna, á pesar de ser yerno del almirante y suegro del infante D. Enrique de Aragon, casó con doña Juana, hija del valido, con lo cual, y haber sabido granjearse la voluntad del rey, logró para sí los señoríos de Villalon y Mayorga.

En 1436, salvo error de fecha, tuvo D. Juan II nuevas Córtes en Zamora. En 1439, hallándose el rey en Toro, riñeron entre sí los criados y escuderos de los señores, sobre repartir los aposentos, llegando á tal punto el escándalo, que se temió pasaran de las palabras á las obras.

Señora del poder la faccion enemiga de D. Alvaro de Luna, habia en Toro Córtes, las cuales se hallaban reunidas para conceder una gran cantidad de dinero; mas, vino á ponerlas fin el descubrimiento de una mina, que venia de lo exterior de la ciudad hasta el castillo, por donde se temieron entraran los de don Alvaro á matar á sus principales enemigos, en pleno Consejo (1442). En aquel mismo año recibió Alfonso Pimentel, conde de Benavente, en su villa, á D. Juan I, con grande alegría y festejos. Era D. Alfonso hermano del primogénito Juan, que, en el mismo Benavente habia muerto, de herida causada por un escudero, hallándose los dos luchando por diversion. Como Alfonso seguia la parcialidad de los descontentos, quedó aprisionado, en 1448, en la fortaleza de Portillo. Huyó, y al verle los de Benavente á las puertas del alcázar, se alzaron en su favor, echando á la guarnicion que tenia puesta el rey, con tal ánimo, que, aun habiéndose este presentado, le resistieron la entrada, con que no osó poner sitio á la villa. Recobró el conde cuanto habia perdido, despues de la caída y muerte de D. Alvaro de Luna.

(1454) Era ya rey Enrique IV, en cuyo reinado, de veinte y dos años, acaeció uno de los sucesos mas notables de nuestra historia. Conjurados los señores contra el rey, juntáronse en Avila, llamados por el

arzobispo de Toledo, mientras el almirante, conforme al acuerdo que entre sí tenían, se hizo dueño de Valladolid.

La *Liga de Avila*, que con tal nombre ha pasado á la historia, llevó á cabo uno de los hechos de mas trascendencia que nuestros anales registran. Hallábase D. Enrique sobre Arévalo, á cuya poblacion,alzada en su contra, tenia puesto cerco, cuando recibió nuevas que le hicieron caer de rodillas, y con las manos al cielo, implorando ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, encomendándole su vida y estado, y suplicándole, que el castigo que á la sazón recibia siempre menor del merecido, le fuera saludable.

¿Qué calamidad habia acaecido, para que de tal suerte pidiera el rey de Castilla, ayuda al cielo, en medio de la afliccion y castigo que le agobiaban?

Fuera de los muros de Avila, siendo mudo y perenne testimonio á los siglos venideros, sierras de nevadas cimas, y parameras sin fin, alzaron los conjurados un cadalso, del cual, y despues de irla desnudando de cuantas insignias y vestiduras reales la habian puesto, echaron abajo una estatua que representaba al rey D. Enrique IV de Castilla. Pueblo y señores gritaban á un tiempo:

«¡Castilla por el rey D. Alfonso!»

¡Suerte aciaga del infante aclamado! ¡Morir, sin llegar á rey, como, en efecto, le acaeció! Achaque ha sido constante en la nacion española, el acudir á conjuraciones y alzamientos, siempre que el poder central no tenia fuerza suficiente para estorbarlo. Mas, tambien hay en nuestro corazon cierta hidalguía, innegable, que nos pone de parte del afligido, aun cuando podamos creer, merece, en todo ó en parte, el dolor que le agobia. Por eso, sin duda, mientras Búrgos y Toledo se ponian de parte de los alzados, muchos señores se mostraron mas que nunca leales á D. Enrique. Juzgaban que este, aleccionado con la desgracia, sabria reformar sus costumbres, y, de los primeros D. García de Toledo, conde de Alba, acudió al rey con quinientas lanzas y mil peones.

Fueron la reina y la infanta doña Isabel á Portugal en demanda de socorro; mas solo hallaron buenas palabras. Entre tanto, reuníanse los señores de la Liga en Valladolid, y en Toro los del rey. Eran estos mas en número, que en buena disposicion para combatir, y la leal ciudad tuvo mucho que padecer con la estancia de las tropas acampadas en sus alrededores, las cuales hicieron grandísimo daño en huertas y arboledas. Premió luego D. Enrique la fidelidad de Toro, otorgándola una féria por cuaresma, favor debido á las instancias de Alfonso y Fernando Fonseca (1467). Ni fué excesivo el premio, si se repara en la grave carga que debieron de ser para la ciudad y su comarca ochenta mil hombres de á pié y catorce mil de á caballo, que, dicen, se reunieron en defensa del rey.

(1472) A la sazón, cual si no bastaran á desangrar la monarquía los bandos y grandes parcialidades, surgieron gravísimas disputas entre las dos ciudades que siempre debieron ser hermanas, Zamora y Toro. Cunde siempre con pasmosa celeridad la discordia, y los

que en ella se han complacido, hallan luego tantos imitadores, que, no es maravilla concluyan ellos mismos por maldecir su pasada afición. Las guerras de bando á bando, pararon por nuestro territorio en querrelas de pueblo á pueblo. Todos á una, caballeros, escuderos y ciudadanos de Zamora, capitaneados por Rodrigo de Tejada, á quien también llamaban de Olivares, porque moraba en su hacienda, en la puebla de aquel arrabal, salieron contra los de Toro. Eran estos gente, la mayor parte, de á caballo, y les mandaban Juan de Ulloa y Pedro de Mendaña, alcaide de Castroñuño, aventurero cuyo solo nombre ponía espanto á la comarca.

Eran los de Toro seiscientos cincuenta de á caballo y pocos de á pié. Los de Zamora, ciento setenta de á caballo y peones de hijosdalgo y ciudadanos, en todo, unos ochocientos. La divisa era un cardo, el patron San Ildefonso; tremolaba el rojo estandarte Rodrigo de Tejada.

Sañudo fué el combate; y si bien fuera mejor haber empleado tanto valor en otras empresas, fuerza es decir de los que riñeron, cuanto en su elogio se puede y debe, á saber, que todos quedaron por buenos. Pero la fortuna es, además, la primera calidad de todo capitán excelente, y en esto aventajó Rodrigo de Tejada á los capitanes zamoranos.

Cierto que, cuando mas probable parecia, que, dos tan buenos jefes, en especial Pedro de Mendaña, lograrán la preza de la batalla, esta quedó por los zamoranos. Bien la habia merecido su jefe, cuyo nombre recordaba el del glorioso Cid; pues él y su caballo recibieron, dícese, treinta y tres heridas. El Val de la Gallina presencié la sangrienta derrota de los toreses. Años atrás cantaban los hijos de Zamora:

Juan de Ulloa el tresquilado,  
Bate al Val de la Gallina,  
Verás como pica el cardo...

## CAPITULO VI.

Ahorca Juan de Ulloa á los jefes del bando enemigo.—Se declara en union del alcaide del castillo de Zamora, por doña Juana.—Queda el castillo por los reyes D. Fernando y doña Isabel.—Acude el primero con tropas.—Se retira.

(1473) No fué parte la derrota de Val de la Gallina á quebrantar el poder, que al frente de su bando, ejercia en Toro Juan de Ulloa. De tal suerte se hallaban divididos los ánimos, que todo parecia poco para acabar con los enemigos. ¡Ay, entonces, del menos fuerte, ó menos diestro! El encono y desate de la que, bien podemos llamar guerra civil de Zamora, llegó punto de que Juan de Ulloa, se atrevió á sacar de sus moradas al licenciado Valdivieso, consejero real, y á Juan Villalpando, jefes del bando contrario, á quien hizo ahorcar delante de sus respectivas puertas, saqueando en seguida las de cuantos contrarios habian encomendado su salvacion á la fuga.

Tan tremendo desafuero, bien merecia castigo; pero, además de que en los reinos de Castilla no era cosa nueva ni aislada, Ulloa determinó seguir la bandera de la infanta doña Juana, ya que hubo muerto el

miserio Enrique IV. Hízose, pues, enemigo de los reyes D. Fernando y doña Isabel; pero, amañó su conducta de suerte, que logró entretenerles con falsas promesas. A pesar del combate entre Zamora y Toro, no dejaba de haber también en aquella un partido favorable, ó por lo menos interesado en lo propio que Ulloa. Alonso de Valencia, alcaide del castillo, mariscal de Castilla, quinto nieto del rey D. Alfonso X el Sabio, y tercer nieto de Alfonso IV de Portugal, cuya hija María habia casado con Fernando Alonso su bisabuelo, se declaró unido con Juan de Ulloa, en favor del portugués, quedando Toro y Zamora en manos de este.

Acudió D. Fernando, y, si bien aun se mantenía el castillo de Toro en su obediencia, falto de víveres y dinero, vió tendria que retirarse sin socorrerle. Envió, pues, un rey de armas, llamando á los portugueses á batalla. Dudaron los desafiados, pero, siendo inferiores en número, aunque gente escogida, concluyeron, despues de grandes vacilaciones, por excusar el reto. Mas el rey de Portugal propuso, por su parte, hacer campo con D. Fernando, de persona á persona. De todo esto nada resultó, salvo la rendicion del castillo, y la retirada de los castellanos á Medina del Campo, no sin cierta mengua.

Nadie podrá motejar de escaso valor á Fernando V, pero ello fué, que su retirada dió lugar á hablillas, y á que cobraran ánimo los partidarios de doña Juana, entre ellos el arzobispo de Toledo, el cual, declarándose alentado con lo que veia, se encaminó, á pesar de su mucha edad, á unirse con el portugués. Seguíanle 500 de á caballo.

Bien podian los reyes de Castilla y Aragon dar por perdido el territorio que hoy es provincia de Zamora, pues en él tenían los enemigos muchos partidarios, sin contar los hombres que, en tiempos parecidos, pululan en todas las naciones, que no parecen sino concitados por el espíritu del mal en daño de sus semejantes. Ejercian, pues, á la sazón, grande y pernicioso influjo por do quiera, hombres, de aquellos á quien llama Mariana habladores, feroces, atrevidos, ni buenos para la guerra ni para la paz.

Quiso la buena suerte de Isabel y Fernando, que, en vez de ponerse Rodrigo Alonso, ya duque de Benavente, por Enrique IV, de parte de los defensores de doña Juana, fuera, por el contrario, resuelto y firmísimo mantenedor de los primeros. El influjo y poderío del duque de Benavente en nuestro territorio, no podía menos de favorecer extraordinariamente á la causa que defendiese. Por eso, y, en recompensa de cuanto Rodrigo Alfonso hizo á favor de la causa de los reyes D. Fernando y doña Isabel, llegando á quedar en Baltanás prisionero de los portugueses, hicieronle aquellos conde de Carrion, donándole la Puebla de Sanabria, con la comarca de Carballeda, quitadas á Diego de Losada por desleal ó por desventurado. También dieron la Coruña á nuestro Pimentel, mas, la ciudad resistió de tal manera el señorío, que, á pesar de haber ido aquel con 400 lanzas y algunos peones, halló en su contra buena parte del reino de Galicia, conque hubo el rico-hombre de levantar el cerco, y dar la vuelta á Castilla, no sin entrar en las ciudades de Santiago y Orense, para vengarse de sus enemigos. Hizo la paz con igle-

sias y ciudadanos, pero, al conde de Camiña, que le habia traído engañado, llevóle consigo al castillo de Benavente, donde le tuvo largo tiempo en una jaula de madera. En cambio de la Coruña, hubo Rodrigo Alfonso de contentarse con las villas de Ayllon y Riaza. Tampoco fué venturoso en Carrion, la cual se mantuvo independiente con la ayuda de su propio esfuerzo y la de varios señores. Verdadero prototipo de los ricos hombres de aquel tiempo, mientras quitaba á su suegro D. Francisco Pacheco cinco castillos, intercedia generoso, en pró del conde de Lemos, cuando, para arreglar la ensangrentada porfía entre ambos, acudió á Benavente el rey D. Fernando. Aquietadas las discordias civiles, peleó Rodrigo Alfonso como bueno con los moros de Granada, y, en los sitios de Ronda y Málaga tremoló sobre su tienda y al frente del enemigo, glorioso anunciador de la victoria, el pendon de la casa de Benavente.

Tan poderosa ayuda dió aliento por las márgenes de Duero y Ezla á la causa de D. Fernando y doña Isabel, aun cuando mas amenazada parecia.

Acaeci por entonces lo que no podrá menos, mientras haya deslealtad en el mundo. El marqués de Villena, hombre, que, á un tiempo, andaba en tratos con D. Fernando y doña Isabel por una parte, y por otra, con D. Alonso V de Portugal, ingenioso como su padre y dispuesto á inclinarse á la parte que mayor esperanza le ofreciese de acrecentar su Estado, como dice Mariana, conforme á lo que entonces corria, y aun siempre corre, sin respeto alguno de lo que las gentes dirian, ni de lo que por la fama se publicaria, era, en suma, de los personajes mas temibles y que mayor ahinco ponian en atizar la discordia.

Al cabo, el de Portugal se comprometió en la guerra, no advirtiéndolo, ó mejor, no queriendo advertir que, como se lo dijo á tiempo D. Fernando, duque de Braganza, el marqués de Villena y sus aliados que le llamaban á Castilla, eran los mismos que habian alzado rey al infante D. Alfonso, contra Enrique IV, su hermano, sentenciando que doña Juana era bastarda; despues de lo cual, sin mas razon de la que al propio medro les pudiera llevar, declaraban con su conducta lo contrario.

Desposado Alfonso V de Portugal, en Plasencia, con doña Juana, dejando el efectuarse el matrimonio para cuando se lograra la dispensa del estrechísimo parentesco que á entrambos unia, coronados los dos, y alzado en su nombre el régio estandarte, llamóse rey de Castilla D. Alfonso.

Fundado en los derechos que por su esposa le correspondian, y en la alianza que muchos la habian ofrecido, entró por Castilla, donde halló, en efecto, gran número de parciales. A decir verdad, estos cumplieron buena parte de lo que habian ofrecido, y en nuestro territorio el marqués de Villena mandaba los 400 de á caballo que se presentaron ante Zamora. Alonso de Valencia, de quien ya hemos dicho, era alcaide del castillo, y no habia querido inclinarse del lado de D. Fernando, abrió una puerta á los defensores de doña Juana (domingo 16 de julio de 1475). Nada se salvó en Zamora, pues aun las torres del puente, que, por el rey D. Fernando tenia el caballero de su casa Fran-

cisco de Valdés, cayeron tambien en manos de los enemigos, por engaños de Juan de Porres, tio del Valdés. Habia sido el astuto pariente, consejero de Enrique IV.

Desde entonces, fué Zamora córte de aquella desventurada princesa, á quien los amigos del rey de Portugal llamaban doña Juana, y los amigos de Fernando é Isabel, la Beltraneja, mas caballeros, en esto, y cumplidores de la honra los primeros que los segundos. Quedó la princesa á cargo de Lope de Almada y Beatriz de Silva, su aya y camarera, ambos esposos.

No solo córte, pero centro y cuartel general de los portugueses y sus aliados, fué nuestra ciudad, donde, á pesar de la presencia y poderío de los parciales de doña Juana, no dejaba de haber un bando que favoreciese los intentos de Isabel y su esposo, de suerte, que, á pocos dias, ocurrió en Zamora tristísimo acontecimiento, seguido de otro venturoso para los reyes de Castilla.

Era ya el dia 30 de noviembre, y en Zamora se alzó cadalso para cuatro hombres, que, en castigo, sin duda, de algun horrendo delito, perdieron la vida. El rey de Portugal, que les habia mandado matar, tenia aviso de que D. Fernando se encaminaba de secreto á Valladolid, no sin haber antes corrido la voz los suyos, de que yacia enfermo de peligro, con que permanecia su cámara cerrada, de suerte que nadie pudo entrar en ella. Todo esto lo hacia de acuerdo con los parciales que doña Isabel tenia en Zamora. Seguro de ello D. Alonso V, quitó la vida á cuatro, cuyos nombres no ha conservado la historia, pero su sacrificio no fué perdido, porque el leal Francisco Valdés, unido con Pedro de Mazariegos, y alma de los tratos para entregar á Zamora, pudo con este librarse de la muerte. Es de creer tuvieran los portugueses sospechas; mas se trataba de regidores, y mientras la certeza de su complicidad no fuese mayor, tal vez, por su nacimiento y oficio que ejercian, ó por razones que no alcanzamos, ello fué que salvaron la vida.

La oscuridad en aquellos sucesos es grande; con todo, lo cierto fué, que, tres dias despues, por sorpresa ó á la fuerza, Valdés y Mazariegos tremolaban en las torres del puente el estandarte de Castilla, gritando: *¡Zamora por Isabel!*

Tan pronto enhiesto el morado pendon, tan pronto combatido. Los valientes portugueses, en quien solo la mas vulgar y ruin calumnia podria motejar el poco aliento, cercaron y combatieron la torre inmediata á Zamora. A los esfuerzos de los hijos de Portugal, acompañaba el enconado valor de los españoles enemigos de Isabel y Fernando, y todos á una, dieron con tal valor la arremetida, que, muriendo no pocos, lograron quemar las puertas. Mas, cuando estas caian, y al punto se agolpaban para entrar los de doña Juana, hallaron barreado el camino, con tan fuerte parapeto, que hubieron de tener el paso, pero no el animoso corazon, que, á decir verdad, no cejaron. Tremendo era el lance y apuradísimo el estado en que los acometedores se veian.

Arreciaba la lluvia de piedras, con que los de Isabel se defendian, y al chasquido de dardos y saetas,

acompañaba el tronar de las armas de fuego, que ya por entonces iban siendo mas usadas. Y en la encarnizada pelea, mientras los ayes de heridos y moribundos acallaban á veces los gritos de guerra y venganza de los combatientes, el rey D. Alonso V de Portugal, temblosa con la ira de ver cómo los suyos rodaban al rio, cuyas aguas teñian con su sangre, en vano gritaba alentándoles; en vano los enviaba contra la torre, para él maldita, á cuyo pié morian los mas valientes guerreros.

Era ya la hora de vísperas, y, sobre el estrecho y ensangrentado suelo cabe la torre, lidiaban y morian los buenos soldados de Alfonso V, mientras en lo alto gritaban los generosos defensores: *¡Castilla por Isabel!*

Bien podian, en efecto, dar el grito de victoria, pues el arzobispo de Toledo, Carrillo, temiendo la llegada de D. Fernando que desde Búrgos venia, aconsejó y aun suplicó al rey de Portugal, que no llevara mas adelante el empeño. Cedió este, y, si bien el castillo quedaba por suyo, no osó permanecer en la ciudad, donde los amigos de Isabel y Fernando se mostraban ya en temible número, del todo superior á los parciales de doña Juana.

En aquella, para el portugués tristísima noche del 3 de diciembre, vióse obligado á salir de Zamora, acompañado de la princesa doña Juana, el arzobispo y sus parciales, en especial cuantos acababan demostrar mas calor en su defensa. A la mañana siguiente, y mientras D. Alonso V seguia la ribera del Duero camino de Toro, los vecinos de Zamora, unidos á las gentes con que entró en la ciudad el comendador Pedro Ledesma, cercaban la torre de la catedral, donde trescientos hombres, mandados por el capitán Chichorro, mantenian la bandera de doña Juana. Unidos se hallaban estos con los del alcázar, que no solo defendian la fortaleza, mas guardaban en ella la recámara del rey de Portugal.

## CAPITULO VII.

Guerra civil dentro de Zamora.—Ayuda con su gente el comendador de Ledesma á los zamoranos.—Manda á los combatientes el capitán Alvaro de Mendoza.—Llega D. Fernando V.—Deja salir á los portugueses de la catedral.—Rodean el castillo fuertes paredones con sendas cavas.—Ingénios y máquinas de guerra.—Defiende el castillo Alvaro de Valencia.—Le ayuda su tío D. Gonzalo el Chantre.—Combate en favor de Fernando é Isabel el canónigo Diego de Ocampo.—Llega de Portugal el príncipe D. Juan.

Parece, como que la vida de Zamora, antes de llegar á los sosegados tiempos en que España logró, despues de siglos y siglos de incomparable desventura, paz y sosiego, se extrema durante el siglo xv, siendo el vivir de los hijos de nuestro territorio, mas bien constante pesadilla, que reposada existencia. De tal suerte se hallaba todo fuera de asiento, que, aun Zamora estuvo á punto de ser ciudad portuguesa, como mas adelante se verá.

Bien puede asegurarse, que, desde el dia de la muerte de Enrique IV, hubo dentro de la que hoy es cabeza de nuestra provincia, verdadera guerra civil. Pero desde que Valdés y Mazariegos arbolaron en las torres del puente los estandartes por Isabel y Fernan-

do, hubo batalla no interrumpida dentro del recinto de Zamora. Mientras los vecinos y gentes del comendador de Ledesma, á cuya cabeza estaba el capitán Alvaro de Mendoza, combatian el sagrado recinto de la catedral á donde se habian acogido los portugueses del capitán Chichorro, llegó desde Búrgos el rey don Fernando, y dejó á estos, por capitulación, salir á reunirse con los de D. Alfonso.

Quedaba el alcázar, verdadera fortaleza, donde los portugueses tenian que defender, además de su honra las alhajas, vestidos y demás objetos de precio que componian la recámara de su rey. Fuertes paredones con sendas cavas ó fosos rodearon el alcázar, además de lo cual, dispuso D. Fernando once *estancias* ó baluartes, con gentes y artillería que sin cesar disparasen contra los cercados. Habia tres ingénios, máquinas de guerra que les molestaban á la par de dos enormes lombardas, de mayor calibre que la muy nombrada y conocida en aquellos tiempos con el nombre de Sangüesa, que poseia el duque de Alba.

Hablando de los combates que hubo en Zamora, merece especial mención, además de Alonso de Valencia, que en defensa del alcázar fué siempre buen soldado, su tío, D. Gonzalo, chantre, si bien mas atento á las cosas del mundo de lo que su hábito requeria, el cual, dejó larga descendencia, y profano siempre, fué soldado diestro en las armas, á la par del sobrino. Bien, que la guerra de los moros y el carácter inquieto de los españoles, habia de tenerles acostumbrados á clérigos guerreros, con lo que no se maravillarian tampoco nuestros zamoranos de ver que el canónigo Diego de Ocampo, parcial de Fernando é Isabel, fabricara á sus espensas un trabuco, nombre que llevaban á la sazón ciertos ingénios de guerra, que sin el uso de pólvora, despedian proyectiles, en especial contra lugares fortificados, con cuya máquina hizo notable daño á los defensores del alcázar.

Así pasaron dos meses. El portugués en Toro y don Fernando en Zamora, acechábanse, viendo de aprovechar el menor descuido del contrario, y se comprende que, no habiendo entre ambas ciudades sino cinco leguas, menudearan emboscadas y combates parciales.

Mas habia, digámoslo, en la atmósfera, cierto hábito guerrero, cierta perenne amenaza de muerte, que en todos los corazones hallaban eco, y, de cierto, las cosas no podian seguir por mucho tiempo en tal estado. A la parte de Occidente formábase nube, preñada de rayos, que, desde luego, habia de caer sobre las riberas del Duero. Iba aquella en daño de Fernando é Isabel, mas no así de Alfonso V de Portugal, que, ansioso, la esperaba. Su hijo, el príncipe D. Juan, que habia quedado gobernando el reino, hombre de excelentes calidades, entre las cuales no desmerecia el brio que le alentaba en la guerra, viendo no iban por Castilla bien parados los suyos, hizo levadas, llamó gentes de todas partes, y reuniendo 2,000 hombres de á caballo y 8,000 peones, no tan bien armados y dispuestos como él deseaba, cruzó el Duero, y, pasado el puente de Ledesma, acometió, pero sin resultado, el pueblo de San Felices.

Siguió adelante, y el 9 de febrero (1476), llegó á Toro, donde su padre tenia 3,500 de á caballo y 20,000

peones, alojados por los pueblos y lugares circunvecinos. De ánimo grande daban muestras con sus palabras los recién llegados; pero, de cierto, eran casi todos inferiores á la mayor parte de los que D. Alfonso V tenía consigo; gente ya hecha á los peligros y mal pasar de la guerra, mientras los del príncipe, eran, como ya hemos dado á entender, hombres á toda prisa convocados, y sin tiempo de aprender el que, fundada y justamente se ha llamado honroso oficio de las armas.

Entre tanto, D. Fernando cercaba la fortaleza de Zamora con 2,500 caballos y otros tantos infantes, fuerza del todo inferior á la que los príncipes tenían. Aconsejábale el rey de Aragon no aventurarse cuanto ya habia alcanzado, al éxito de una batalla; y podia, en verdad, temerse, que el brio, propio de la mocedad, moviese á D. Fernando á combatir sin fuerzas suficientes. Mas era imposible evitar el combate. D. Alfonso V y el príncipe D. Juan tenían poderoso ejército á sus órdenes; y con él no habian de permanecer mas tiempo sin dar sobre Zamora, que, además de su importancia, venia á ser para ellos, á modo de padastro, interpuesto entre su cuartel general y su reino.

No podian, en efecto, los parciales de Alfonso V y de doña Juana encaminarse á Portugal, siguiendo las orillas del Duero, porque, entre Toro, donde ellos eran señores, y aquel reino, yacia Zamora, que le estorbaba. Con todo, aun obedecia el castillo de esta ciudad á los portugueses, quienes podian tener fundadas esperanzas de restablecer por la cuenca del Duero la comunicacion que D. Fernando interrumpia.

Llegó, al cabo, el momento de resolver, por medio de un encuentro, la guerra entre doña Isabel y doña Juana. El rey de Portugal, uniendo á las suyas las tropas que D. Juan le habia traído, emprendió desde Toro la via de Zamora. Mas, en vez de seguir el camino derecho, torcióse á un lado, y cruzando el rio, se presentó á la vista de la ciudad, pero quedando el rio de por medio. El asentar sus reales de esta suerte, junto al monasterio de San Francisco, le perdió, pues no le era posible estorbar que D. Fernando siguiese combatiendo al alcázar, ni tampoco podian llegar ambas huestes á las manos.

Para lograr esto, tenia que tomar primero el puente, que defendia el esforzado Valdés. Contra él dispuso Alfonso V la artillería, á la cual contestaba la del castellano, causando notable estrago en el real de los portugueses. En vano embistieron los defensores de doña Juana á la torre de la entrada del puente, pues fué con tanta valentia defendida como meses antes lo habia sido. Cesó el combate, y en pláticas y tratos secretos pasaron trece dias.

Una noche acudian á verse en medio del Duero D. Fernando y D. Alfonso. Era la corriente demasiado rápida, torpes los remeros, ó quizá no grande la voluntad del primero de hablar con el portugués. Ello fué, que mientras este alentaba la esperanza de poseer, no solo los términos de Zamora y Toro, mas Galicia entera, en trueco de la renuncia de los derechos de su esposa, las barcas donde iban ambos reyes, no se hallaron, tornando cada cual á su ribera.

Viernes, 1.º de marzo, dia que los antiguos roma-

nos tuvieran de cierto por nefasto, levantó el portugués su campamento, y recogido el bagaje emprendió la vuelta á sus antiguos cuarteles de Toro. Cuando, al rayar el alba, vieron los castellanos desamparado el campamento, agolpáronse al puente, cuya estrechez y vallas, que así los defensores como los enemigos habian levantado respectivamente, estorbaron largo espacio de tiempo su camino.

Al cabo, pasó adelante Alvaro de Mendoza, á picar la retaguardia de los portugueses, con trescientos caballos ligeros. Mientras esto sucedia, D. Alfonso caminaba despacio, porque el gran bagaje que llevaba no le permitia ir de otra manera. La vista del ejército castellano dió mas prisa al contrario, pero sin causar el menor desórden en sus hileras. Llegaban ya los de Fernando, y pasada ya la angostura que hacen las cuevas de Santa María del Viso, pareció el extenso llano de Pelea Gonzalo, cuyo antiguo nombre (1) no parece sino alterado de intento, como presagio del encarnizado combate que habia de ensangrentar aquel suelo. A buen paso, pero en órden, pasó la angostura la hueste portuguesa. Detrás de ella y la entrada, pareció el ejército de Castilla.

Dudaba Fernando, que, no por esforzado dejaba de ser prudente, aun en la mocedad, y mientras los de Portugal revolviéndose, presentaban la cara dispuestos en órden, habia no pocos castellanos que no juzgaban oportuno combatir, pues los enemigos eran en todo mas temibles, así por el número como por el tiempo que habian tenido para descansar. Escocía á los nuestros el sangriento recuerdo de Aljubarrota, que á los portugueses alentaba.

Llevaba el rey D. Alfonso V 10,000 peones y 3,500 caballos, mientras D. Fernando solo tenia 2,000 caballos y 3,000 peones. Y si bien puede haber cierta parcialidad en estos datos, que son de la *Crónica de Valladolid*, no hay duda que en toda la campaña tuvo siempre el rey de Portugal, á quien además auxiliaban muchos castellanos, mayores fuerzas que Fernando é Isabel. No sin razon propusieron algunos esquivar la batalla.

En esto, el ya famoso cardenal de España, armado en blanco y depuestos los sagrados hábitos, se adelantó á reconocer el campo, á punto que Luis de Tobar, cuyo natural impaciente no consentia tardanza, gritaba al rey:

«¡Buen ánimo, señor, esa gente nos espera por no haberlo podido excusar. A la fuerza nos aguardan, no por deseo de combatir. Pelear os importa, señor, si queis ser rey de Castilla!»

Fundadamente motejaban los mas expertos soldados de temeraria la resolucion de seguir adelante, pues, como si no bastase á los portugueses la superioridad del número, acababan de recibir refuerzos de Toro.

El comienzo de la batalla dió la razon á cuantos habian dicho se debia excusar. Como enjambre de abejas se estrella contra una pared de piedra: así cayeron los trescientos caballos ligeros de Alvaro de Mendoza sobre los ochocientos hombres de armas que regia el

(1) Corrompido de Pelayo Gonzalo, así como los dos de Paleas, de Arriba y de Abajo.

príncipe D. Juan. Llevaba este además arcabuceros, repartidos entre los suyos. Así, al adelantarse aquella incontrastable masa de hierro, de donde salían, al propio tiempo, mortíferos tiros de pólvora, en ella se estrellaron los caballos ligeros de Castilla.

Cierto, debió de complacer en extremo al príncipe ver huir desbandados á aquellos que desde Zamora le habian venido constantemente hostigando la retaguardia. Mientras Alvaro de Mendoza rehacia su escuadron, mostrábanse de parte de Castilla:

En el centro, D. Fernando, con los robustos hombres de armas de Galicia, Salamanca, Ciudad-Rodrigo, Medina, Olmeda y Valladolid y toda la infantería. Siete escuadrones formaban el ala derecha, uno de los cuales habia ya entrado en combate, segun hemos dicho, á las órdenes de Alvaro de Mendoza; mandando los demás D. Alfonso de Fonseca, obispo de Avila, Pedro de Guzman, Bernal Francés, Pedro de Velasco y Vasco de Vivero: el último escuadron era el de los zamoranos, cuyo rojo estandarte mecía el viento, y le mandaba el comendador Pedro de Ledesma. A la parte del Duero caía el ala izquierda, donde iban con sus gentes el cardenal Mendoza, el duque de Alba, el almirante, el conde de Alba de Aliste, ambos tios del rey, y la gente del marqués de Astorga, que regia el tio de este, D. Luis Osorio.

Enfrente seguían al rey de Portugal el conde de Eule, yendo con él en el centro su guarda mayor Pereira y muchos caballeros castellanos parciales de doña Juana. Eran capitanes en el ala derecha el arzobispo de Toledo, el conde de Faro, el duque de Guimaraes y los condes de Villareal y de Monsanto. La izquierda, que, como ya sabemos, habia comenzado la batalla con los que Alvaro de Mendoza mandaba en nuestra derecha, obedecía al príncipe D. Juan y al obispo de Evora. A esta parte iban la mejor caballería y muchos arcabuceros. El ejército portugués tenia, además, repartida la infantería en cuatro batallas hácia el Duero.

Con lo favorable que habia sido el primer encuentro á los portugueses, encendiéronse los ánimos de todos; en unos por ver de seguir adelante la victoria; en otros, por ganarla, recobrando lo perdido.

Españoles eran los que con mas saña reñían, pues, habiendo acudido el duque de Alba y el cardenal en ayuda de Alvaro de Mendoza, víoles con rabiosa ira el arzobispo de Toledo, y contra ellos envió, yendo por último él tambien, á cuantos tenia en derredor, que eran la mayor parte, si no todos, compatriotas del prelado. Por lo demás, unos y otros lidiaban arremetiendo al contrario que mas cerca veían, sin atenerse al orden de batalla. Con todo, no podia menos de suceder que, yendo ambos reyes en el centro, allí cargara lo recio del combate. Pero Vaca de Sotomayor dió con animoso esfuerzo sobre el alférez Duarte de Almeida, á quien quitó el estandarte de Alonso V. Sangrienta fué la pelea en torno de la gloriosa enseña de Portugal.

Cierto que al referir el suceso, no lo podemos hacer sin aquel legítimo orgullo que todo pecho honrado experimenta con ensalzar la gloria de su hermano. Esto, sin duda, el pueblo portugués, y la hazaña de

Almeida bien merece recordarse en la Península con igual aplauso por todo buen hijo de Iberia. Deber de cortesía nos ha movido á poner delante á nuestro hermano el hijo de Portugal. Deber de sinceros historiadores nos obliga á decir, que, á la par de él fué buen soldado el castellano Vaca de Castro, llevándole de ventaja el ser mas venturoso.

Viendo los portugueses su estandarte en ajenas manos, al punto acudieron en pró de Almeida, y todos combatieron tan fiera y sañudamente, que la enseña quedó hecha pedazos. Dúdase si el alférez portugués fué preso ó muerto, mas nosotros, mirando á la tierra en que habia nacido, tenemos por cierto lo segundo. Además las armas del buen Duarte de Almeida, puestas por memoria en la iglesia mayor de Toledo, son mudo testimonio de que el honrado alférez, ya que no pudo recobrar el estandarte, dió en trueco la vida.

Prosiguió la batalla, y todos, cada vez mas encarnizados, apenas atendían á combatir en orden, revuelto y espada en mano, rotas ya las lanzas en su mayor parte, y afanosos de vencer á toda costa. Al cabo de seis horas de pelea, el rey de Portugal, viendo que cuantos le rodeaban se ponían en huida, alejose tambien del campo, andando á buen paso no pocas leguas por los montes, hasta Castro-Nuño.

El suceso de la batalla de Toro es por extremo extraordinario. Mientras el conde de Alba de Aliste ó Liste, como se dirá mas adelante, volvía de perseguir á los fugitivos, cayó en manos de los soldados del príncipe D. Juan, el cual habia permanecido con los suyos en un altozano. De esta suerte, parte del ejército portugués se hallaba en completa derrota, en tanto la que obedecía al hijo del rey conservaba el campo mas tiempo que los castellanos. Mas, si la batalla no fué, en verdad, decisiva, á semejanza de la de Aljubarrota, ¿cómo podríamos aclamar al príncipe D. Juan por vencedor, cuando no fué parte á estorbar el vencimiento de su padre y la huida de los suyos?

Ello fué, que, antes de llegar el rey portugués á Toro, el rio arrastraba por delante de Zamora los cadáveres de los vencidos, y que estos, huyendo del alcance de los castellanos, apellidaban *Fernando y Castilla*, sirviéndoles la oscuridad de la noche para salvar la vida. Mas, tambien es indudable que Fernando no creyó prudente acometer al príncipe D. Juan, quien permaneció mas horas en su puesto.

Si en semejante razon se fundan historiadores portugueses para atribuir la victoria á los suyos, bien pueden los castellanos repetir, con Mariana, «así vengán los enemigos del nombre cristiano.»

Con todo esto, á no dudar, el éxito de la batalla de Toro que favoreció mucho mas á castellanos que á portugueses, no puede, ni de lejos, compararse con las resultas inmediatas y decisivas de la jornada de Aljubarrota.

## CAPITULO VIII.

Zamoranos en la batalla de Toro.—Banda de la *Esmeralda*.—Feria concedida en premio á Zamora, llamada hoy dia del *Botijero*.—Sale el rey portugués de Toro.—Queda de gobernador de esta ciudad el conde de Marialva.—Parciales de los Reyes Católicos dentro de Toro.—Suplicio de Antona García, Pedro Pañon y Alonso Botinete.—



ANTONIO CABALLERO DE RODAS.



El pastor Bartolomé ayuda á los castellanos.—Toman estos la plaza.—Alonso de Espinosa.—Defiende doña María Sarmiento la fortaleza.—Isabel la Católica acaudilla á los castellanos.—Dirige don Alonso de Aragon la artillería.—Ríndese doña María Sarmiento el día antes de cerrarse su proceso.—Salva la vida y queda en rehenes con sus hijos.

La batalla de Toro, que, además de otras ventajas, tuvo para España la no pequeña de estorbar quedase dividida la Península ibérica en dos grandes mitades, como sucediera, á ser el rey de Portugal vencedor, sirvió para mostrar el señalado esfuerzo de los zamoranos. Mandábales Pedro de Ledesma, quien les guió á donde mas encarnizadamente peleaban, llevando la roja bandera en la mano. Ocho enemigas fueron trofeo de la enseña zamorana, en la cual puso el rey don Fernando una banda de tafetan verde, llamada de la *Esmeralda*, añadida á las ocho bermejas, atribuidas, con mas patriótico entusiasmo que fundamento, á Viriato. Mas, como si en todos aquellos sucesos fuera necesario ir poco á poco venciendo y logrando el resultado apetecido, no se rindió el castillo, que al portugués seguía obedeciendo, sino el 19 de marzo, merced á la destreza y esfuerzo de D. Alfonso de Aragon, hermano de D. Fernando. El alcaide, Alonso de Valencia, logró honrosas condiciones, pudiendo llevarse, á mas de cuanto era suyo, la artillería, recibiendo en prenda de seguridad la fortaleza de Castrotrafe. La ciudad obtuvo, como merecida recompensa de su lealtad y padecimientos, una feria anual de veintidos días, que comenzaba quince antes de la cuaresma. Aquella merced, concedida exenta de portazgos y alcabalas, llámase, de tiempo inmemorial, la feria del Botijero, y comienza al presente desde la segunda semana de cuaresma, inclusive, hasta mediada la cuarta.

Que la batalla de Toro fué golpe mortal para la causa de la desventurada princesa doña Juana, fácilmente lo dan á entender sus resultados. El rey de Portugal permaneció al amparo de las murallas de la ciudad, viendo, no sin receloso dolor, cómo iban separándose de él muchos caballeros y ricos-hombres; que en tiempos semejantes suelen estar los hombres mas que á la mira del bien de todos, á la del propio provecho.

Pasaba el tiempo, y la causa de Isabel y Fernando iba de tal manera pujante, que el rey de Portugal, firme y tenaz en su propósito, determinó acudir á Francia en busca de auxilios. Era ya el 13 de junio y el portugués salió, bajando por el rio hasta Oporto, teniendo que pasar por delante de Zamora. En Toro quedó mandando la guarnicion el conde de Marialva, yerno de Juan de Ulloa, no menos atento á mantener á los vecinos en sujecion, que á defenderse de enemigos de fuera. A pesar de hallarse Zamora interpuesta en la corriente del Duero y de haberse acercado Fernando é Isabel á las puertas de Toro los primeros dias de febrero, contando con amigos dentro, nada se logró. Mas la causa de doña Juana estaba perdida desde la batalla, y no siendo su principal mantenedor español, claro era que de dia en dia la habian de ir mirando los nuestros por extranjera.

Tenian, pues, el conde de Marialva y parciales del portugués, que velar constantemente, pues la enemistad de los vecinos era cada vez mas grande y no menor el deseo de abrir las puertas á sus reyes. Los

amigos que estos tenian, viendo nada habian logrado en febrero, renovaron su intento en julio, siendo Antona García, esposa de Juan de Monroy, la que, habiéndolo tratado con Pedro Pañon y Alonso Fernandez Botinete vió, á la par de estos, de dar entrada á los castellanos por el lado del Duero. Hacia aquella parte cae el puerto de la Magdalena, que así llaman al ribazo de este nombre.

Aun no habia amanecido, cuando las compañías del almirante y del conde de Benavente, apoyadas por la caballería de D. Alonso de Fonseca, obispo de Avila, se llegaron en silencio á la ciudad. Detuviéronse y esperaron, mas nadie acudió desde dentro á lo que nuestros castellanos esperaban. Hubieron de retirarse despues de inútil embestida; y luego, en la ciudad, á manera de tristísimo eco, cuatrocientos soldados, armados de piés á cabeza, fueron dando custodia hasta el cadalso á una mujer acompañada de varios hombres, que á la par de ella, habian de padecer la muerte.

Vestia aquella infeliz saya blanca, medias encarnadas y un garnachon ó grande gaban por encima. Mientras los soldados, espadas y ballestas en mano, formaban en derredor, perdian la vida, la mujer, que era Antona García, y los que con ella habian tratado de entregar la ciudad. Con esto se afirmó, por entonces, el dominio de los portugueses en Toro. Mas no habian de parar aquí las tentativas. Un pastor llamado Bartolomé, dispuso para la noche del 19 de setiembre el dar entrada á los castellanos. Los barrancos del Duero, como sitio tenido por inaccesible, apenas estaban defendidos.

Habíase adelantado Alonso de Espinosa, por ver qué lugar ofrecería menos peligros á los que escalasen la ciudad. Guiando el pastor Bartolomé, subieron por los barrancos 600 hombres de Pedro de Velasco, Vasco de Vivero y los Fonseca, y escaló el primero el referido Alonso de Espinosa. Ya en el adarve, fueron unos á la plaza y otros á abrir la puerta del rio. Por esta entraron los del conde de Benavente y del de Alba, logrando al cabo señorear la ciudad. Siguió defendiendo el alcázar doña María Sarmiento, esposa de Juan de Ulloa, el cual, acaso murió en el asalto, pues no se le vuelve á mencionar.

La buena nueva hizo acudir á doña Isabel, de Segovia, á donde habia ido á sosegar los ánimos, no poco inquietos de resultas de los anteriores disturbios. Dueños los castellanos de Toro, quedaba la fortaleza, en torno de la cual dispusieron estancias cabe el foso, minas, ingénios de guerra y lombardas, á cuyas amenazas acompañó el fuego, que, con la pena de rebeldes amenazaba á los cercados. Dos mujeres acaudillaban respectivamente á entrambas huestes, las dos con toda verdad animosas; de suerte que la tenacidad de doña María Sarmiento movió á la reina Isabel á combatir desde luego.

Notable destrozo causaron las lombardas que dirigia D. Alonso de Aragon en los muros y buena parte de las torres, hasta que muertos muchos defensores y amenazando sériamente la mina, rindióse doña María, el día antes de cerrarse el proceso que por rebelde la formaban (19 de octubre). Quedó en rehenes con sus

hijos la valerosa dama, mientras se entregaban los fuertes de la Mota y Monzon.

## CAPITULO IX.

Ríndese el fuerte de Villalonso.—Se retira á Portugal el conde de Marialva.—Córtes y *Leyes de Toro*.—Inquisicion.—Protestantes zamoranos.—El bachiller Herreruero.—Vistas de Fernando el Católico y Felipe el Hermoso en el Remesal.—Concordia de Villafáfila.—D. Antonio de Acuña.—Prende al alcalde Ronquillo.—Discordia con el conde de Alba de Liste.—Acude á Tordesillas á presentarse á la Junta Santa de los Comuneros.—Salvan la vida los procuradores de Zamora.—Son arrastrados en estátua.—Muerte de Acuña.—El alcalde Ronquillo en hábito de penitente, recibe la absolucion por haber condenado al obispo.

Rendido el fuerte de Villalonso, cuya entrega hizo el dia 20 de octubre el portugués conde de Marialva, yerno de la valerosa defensora de Toro, retiráronse los portugueses á su tierra, acompañados de los pocos parciales españoles que aun conservaba la triste doña Juana, á quien debilidades de propios y maldades ajenas han conservado en la historia el dictado de *Beltraneja*, mas á quien los portugueses, mejores caballeros en esto, llamaron siempre *Excelente Señora*.

Imposible fuera callar aquí las célebres Córtes celebradas en la ciudad, último baluarte de los defensores de doña Juana, en 1505. Comenzaron el 11 de enero, mes y medio despues de la muerte de Isabel la Católica, cuyo testamento fué leído, y jurados por reyes doña Juana y el archiduque D. Felipe, como esposo, quedando por ausencia de ambos en Flandes, administrador de los reinos, D. Fernando el Católico.

Mientras esto sucedía, apuntando ya la enemiga de que, mas adelante, dieron muestras contra D. Fernando el duque de Nájera, D. Juan Manuel y otros, se promulgaban las famosas *Leyes de Toro*, dispuestas ya y ordenadas en vida de la reina Isabel.

Por algunos años hubo en Toro tribunal de la Inquisicion, que, como instituido para ello, se empleaba en contra de muchos judaizantes á quien tenia presos, personas todas de notable representacion y riqueza, lo mas probable, naturales del reino y de todo el Norte y Occidente de España. Es de importancia advertir que, de igual manera, á la par de artesanos, labradores, monjas, etc., fueron tambien hombres de no escasa valía los que, años adelante, en nuestro territorio siguieron la reforma luterana, á ejemplo del doctor Cazalla, cuyo hermano Pedro era párroco de Pedrosa. Corresponde esta poblacion á la provincia de Valladolid; mas en Zamora, Pedro Sotelo y los caballeros D. Cristóbal de Ocampo y D. Cristóbal de Padilla, así como en Toro el comendador sanjuanista Juan de Ulloa Pereira y el bachiller Herreruero, de tal suerte se habian dejado llevar de la novedad de la Reforma, que, en especial el último, fué al suplicio con mordaza en la boca, por impenitente, siendo el único quemado, sin que diese en todo el suceso la menor muestra de queja ni de ningun otro afecto. En el rostro del tenaz y desventurado Herreruero, refiere Gonzalo de Illescas, quedó estampada la mas extraña tristeza que en rostro humano caber pudo. Los pormenores del auto

de Valladolid, á la crónica de aquella provincia corresponden (1).

En 20 de junio de 1506 acudian hácia la Puebla de Sanabria dos reyes, siendo harto diversos los caminos que ambos llevaban. Desde Galicia venia Felipe el Hermoso, á la cabeza de un ejército de seis mil hombres castellanos, tres mil alemanes, numerosa artillería y no pocos señores y caballeros flamencos y de Castilla. Por el Norte de nuestra provincia se encaminaba, en busca del esposo de doña Juana, el padre de esta, don Fernando V el Católico, viudo de la magnánima Isabel.

Si encontrada era la direccion que ambos llevaban, como que de quien respectivamente iban uno en busca de otro, no lo era menos el aspecto de la persona y séquito de entrambos. A la pompa y aparato militar de Felipe correspondia Fernando con su traje y ademán modestos, y mientras mil piqueros alemanes iban á la vanguardia del ejército del primero como explorando el camino, solo doscientas personas acompañaban al segundo, montadas en sendas pacíficas mulas.

Halláronse en el Remesal, cuyo modesto nombre debe á aquellas vistas eterna celebridad; y en la vecina ermita hablaron á solas dos horas el padre y el yerno, mientras sentado en un poyo á la parte de fuera guardaba la puerta cerrada el insigne Cisneros, despues de haberse llevado consigo á D. Juan Manuel.

Mirábanse á la sazón los del Rey Católico y los del archiduque, y ¡quién dijera á estos, que toda aquella pompa y ruido de armas, arreos y marciales vestiduras habian de desaparecer á los sesenta y cinco dias con la muerte del Hermoso Felipe! Antes de hablar con el yerno, fué cuando el Rey Católico, mostrando ánimo sosegado y aun discreta alegría, recibió con el mayor agasajo á cuantos llegaban á besarle la mano. Para todos tenia un dicho agudo ó alegre, y entonces fué, cuando, viendo al de Benavente exclamó:

«¿Conde, cómo has engordado tanto?»

«Andando con el tiempo, señor,» respondió el rico-hombre.

¡Cuántos, en aquel y en otros tiempos, como el conde de Benavente!

A Garcilaso, que tantas mercedes le debía, preguntó: «¡Tú tambien, Garcíal!» «Todos venimos así,» fué la respuesta. Todos venian puestos de parte del sol naciente, y quizá no pocos inclinaron el ánimo del archiduque á cometer la última descortesía con el padre de la mísera doña Juana. Habíase D. Fernando encaminado á Asturianos, tornando el archiduque á la puebla de Sanabria, en donde estaba la princesa. Ni aun verla pudo el Rey Católico, á quien enviaron á decir, fuese servido de desocupar el camino de Benavente, pues por él tenia que pasar D. Felipe con los suyos. Despues de esto, fué la concordia celebrada en Villafáfila, por la cual D. Fernando renunciaba la regencia y gobierno de Castilla en doña Juana y D. Felipe, quedándose con las rentas que Isabel habia dispuesto en su testamento, así como con los maestrazgos de las órdenes militares (27 de junio de 1506).

(1) Véase la relacion del auto de Valladolid (21 de mayo de 1550).

Aquí registra la historia el nombre de un prelado, que, si como tuvo ánimo para emplearse en trastornos y guerras civiles, le tuviera para gobernar en paz su diócesis, fuera prelado ejemplar. Era D. Antonio de Acuña hijo natural de D. Luis Osorio de Acuña, años adelante obispo de Búrgos y de la noble doncella doña Aldonza de Guzman. Había nacido en 1459, y fué su ayo Juan de Zuazo, quien le destinó al estado eclesiástico, á que ciertamente no le inclinaban sus buenas ó malas calidades.

De arcediano de Valpuesta, en la santa iglesia de Búrgos, promovióle Pio III al obispado de Zamora (1507). Todo se había hecho sin contar con la presentación del rey, lo cual, así como la enemistad del condestable Velasco, fueran insuperables estorbos para carácter menos tenaz y atrevido que el de Acuña. Afrontando armas y cédulas, sorprendió al alcalde Ronquillo en su propia morada, y le llevó preso á la fortaleza de Fermoselle, comenzando desde entonces entre ambos aquel tremendo juego, cuya última partida había de ganar Ronquillo, al cabo de veinte años.

En tiempos de revueltas suelen hallar fácil medro hombres como nuestro prelado, con quien los gobiernos creen necesario darse á partido, no sin la firmísima intención de deshacerse de ellos, apenas puedan. Señor Acuña de la silla de Zamora, sin ser ya nadie parte á estorbarlo, mostróse el Rey Católico amigo suyo, y le dió la comision de aquietar á su pariente el marqués de Villena y una embajada al rey de Navarra.

Acuña no podía consentir preeminencia ni aun igualdad en nadie, con lo que es fácil comprender, cuan pronto entablaría la discordia ante el obispo de Zamora y D. Diego Enriquez, conde de Alba de Liste, señor de gran representacion y poderío en aquella ciudad. Nunca mejor ocasion para dar vuelo á celos y deseos de venganza que aquella, en que los pueblos de Castilla comenzaron en apellidar *Comunidad*. Obligado Acuña por el conde á salir de Zamora, acudió á la Junta Santa de Tordesillas, la cual le ayudó á vengarse, teniendo, á su vez, que salir el conde de Zamora.

Airado el pueblo con sus procuradores, cupiérales á estos la misma suerte que á los de Segovia, de no haberse refugiado á tiempo en el monasterio de Montamarta, cinco leguas de la ciudad, cuyos vecinos se contentaron, al cabo, no sin haber amenazado antes á los frailes con quemarles el convento, con arrastrar á sus procuradores en estátua, y negarles el salvo-conducto que pedian para dar sus descargos de cuanto habían hecho en las famosas Córtes de la Coruña.

El conde, que al principio había tenido de su parte al pueblo, cedió ante el mayor poder de que á la sazón disponia el obispo, y este, tenido desde entonces por una de las principales cabezas de la comunidad, armó 400 clérigos, á la par de 1,500 hombres mas, y al frente de aquel pequeño ejército, de tan distintos elementos formado, se presentó en Tordesillas.

Todo lo importante que podríamos seguir refiriendo, no corresponde sino á la crónica de la provincia de Valladolid; solo diremos, que en cuantos sucesos de alguna importancia tomaron parte los soldados comuneros, lograron el nombre que de esforzados merecian

los hijos de Toro y de Zamora. Años adelante (1526) padeció D. Antonio Acuña muerte de garrote por haber dado muerte, tratando de escaparse, al alcaide del castillo de Simancas, Mendo de Noguero.

Al año siguiente, el alcalde Ronquillo iba en hábito de penitente, desde el convento de San Francisco de Valladolid hasta la catedral, á recibir la absolucion de las penas en que había incurrido haciendo dar garrote al obispo, sin haber este sido degradado antes de condenarle, lo cual tampoco lo habían hecho jueces competentes.

## CAPITULO X.

Los zamoranos amigos de los comuneros.—Autoridad real.—Noticias recientes sobre los cadáveres de Padilla y sus compañeros.—Bandos de Zamora.—Monsalves y Mazariegos.—Notable desafío.—Blason de los Monsalves.—Plazuela de la Yerba.—Casa de Francisco Monsalve.

No fué solo el obispo quien tomó é hizo tomar parte á los suyos en los sucesos que vamos refiriendo. Al grito: «¡Aquí mis clérigos!» de Acuña, correspondia el de los zamoranos, apellidando: «¡Comunidad!» Esta fué, á no dudarlo, popular en Zamora, como en la mayor parte de los reinos de Castilla y Valencia.

Al cabo, la autoridad real sólidamente asentada, dejó de hallar formales estorbos en nuestra provincia. Grandes fiestas y aclamaciones celebraron el vencimiento de los comuneros. Mas, como en obras importantes se ha dicho que los huesos de Padilla y sus compañeros habían sido trasladados á la catedral, justo será ver de aclarar lo que, desde luego, se halla mas oscuro de lo que muchos creen. A pesar de cuanto hemos hecho para saberlo, no hemos podido tener la menor certeza relativa al paradero de los cadáveres de los desventurados comuneros.

En el preámbulo del decreto para crear el Panteon Nacional, se dice que los restos de Padilla, Bravo y y Maldonado, habían sido quemados y aventadas sus cenizas, mas acaba (junio de 1869) el señor conde de Humanes de escribir carta al duque la Torre, en la cual niega ser cierto lo que el citado preámbulo refiere, y añade que, en 1820 ó 1822 se dió por comision al propio padre del general Serrano el ir á Villalar, para recoger cuantas noticias se conservaran de la batalla, así como del paradero de los cuerpos de aquellos tres héroes, ajusticiados en dicho pueblo al dia siguiente del combate.

Resultó de las averiguaciones hallar en una excavacion, al pié de la picota, dos esqueletos sin cabeza, los cuales se trajeron á Madrid, y se cree fueron llevados á Cádiz, cuando allá se encaminaron las Córtes y el gobierno.

De igual manera tuvo encargo el padre del duque de la Torre, de allegar cuantos documentos hubiese en el archivo de Simancas relativos á la ejecucion de Padilla y sus compañeros. El Sr. Serrano recogió, en efecto, muchas cartas del cardenal Adriano á Carlos V, el parte que daba el conde de Haro de la batalla de Villalar, y el de la inmediata ejecucion de los tres caudillos, con varios papeles interceptados á los comuneros (1).

(1) Véase el periódico *La Epoca*, 5 de junio de 1869.

A ser cierto y fielmente averiguado cuanto acabamos de trasladar, de temer es se haya perdido para siempre todo rastro de los últimos restos de aquellos desventurados, á menos que persona, igualmente enterada que el conde de Humanes, y conocedora de mas pormenores, no acuda á esclarecer la oscuridad que en semejante asunto nos rodea.

Zamora y demás pueblos de la provincia, atentos á vivir en paz, al amparo de la monarquía, no acudieron de nuevo en tropel á las armas, como hasta entonces lo habian tenido por costumbre, sino, á lo sumo, para ofrecer guarda de honor á Carlos V en 1522, y á Felipe II en 1554, á su paso camino de Galicia, donde iba á embarcarse para casarse con la reina María de Inglaterra.

Mas fuera imposible no dar cuenta de ciertos importantísimos sucesos acaecidos por aquel tiempo en Zamora. Tenian por costumbre los caballeros hijosdalgo de juntarse en el Ayuntamiento que hacian en la iglesia de Santa María la Nueva. Era día de Ayuntamiento general el de Reyes, en el cual se habian reunido algunos caballeros zamoranos, dos de ellos vecinos y naturales de la ciudad. Uno, Francisco de Monsalve, era anciano de setenta y cinco años, que por hallarse escaso de fuerzas andaba apoyado en una caña. El otro, llamado Diego de Mazariegos, era joven de bizarra apostura, tan estimado por su persona como por el nobilísimo linaje de donde venia, pues era hijo segundo de la casa y mayorazgo de los Guadalajaras, caballeros de grande representacion. Tenia Mazariegos tres hermanos, á quien todos miraban con no menos estimacion que respeto por la mucha honra que habian tenido con la gente principal de aquella tierra.

Tratábase en el referido Ayuntamiento de cierto negocio, y desconformes las opiniones, hubo de encenderse la porfia con que disputaban Mazariegos y Monsalve.

«Dejad hablar, señor sobrino, dijo este, á caballeros mas antiguos, que despues lo hareis vos.»

«Mas antiguo caballero hijo-dalgo soy yo que vos; respondió Mazariegos, encendido en ira.»

En vano repuso Monsalve que él no habia, para nada, aludido al abolengo, mas á la edad de cada uno, y que habiendo caballeros de experiencia, justo era se les oyese antes que á los jóvenes; pues Mazariegos repuso que él era caballero y mas antiguo hijo-dalgo que Monsalve.

«Mentís vos, como mal caballero; gritó este.»

A lo cual Mazariegos, asiendo en respuesta la caña que llevaba el anciano, dióle con ella dos ó tres golpes. Ni deudos ni amigos tenia Monsalve que le defendiesen, mientras rodeaban á Mazariegos valedores y parientes, con lo que pudo tornar á su casa sin el menor estorbo.

El anciano, entre tanto, apenas llegó á la suya, cayó enfermo de calentura, y viendo iba á morir, escribió á su hijo mayor Diego, que despues fué caballero de Calatrava, maestro de campo y uno de los mejores soldados de aquel tiempo.

Halló la carta á Diego de Monsalve en Coron, de Grecia, ciudad que acababan de ganar los españoles. Referia el padre con harto dolor y vergüenza cuanto

habia sucedido, y concluia suplicando á Diego que de allí en adelante no se llamase hijo suyo, sino de Francisco Monsalve, á quien el mísero anciano llamaba su señor y padre, y no habia sido tan desafortunado como su hijo, el cual habia perdido con las fuerzas y la fortuna la honra, todo á un tiempo. Monsalve ponía punto á su carta, perdonando al Sr. Diego de Mazariegos, porque Dios perdonase sus muchos y grandes pecados.

Otras cartas llegadas á la par daban la tristísima nueva de la muerte del desventurado Monsalve. Al saberla, cayó Diego sin sentido. Cuando volvió en sí, viendo cómo todos sus camaradas se ofrecian á servirle y acompañarle, envió tres de ellos á su jefe, el maestre de campo Rodrigo de Machicao, pidiéndole licencia para tornar á España. Al punto se la otorgó el buen capitán, añadiendo le pesaba mucho no poder acompañar á Monsalve y á sus tres compañeros en tan justa demanda, y en seguida acudió á visitar al zamorano, á quien hizo grandes ofrecimientos. Habiendo este logrado lo que deseaba, embarcóse con sus tres camaradas.

Llegado á España, envió Monsalve á su hermano Juan con carta para Mazariegos, en la cual, despues de recordar con dolorosa y filial amargura la de su desgraciado padre, suplicaba al agresor le hiciese la merced de verse con él en una isla que hace el Duero, entre Portugal y Castilla, y si queria llevar uno, dos ó tres camaradas, podia tambien llevarles consigo, pues hasta aquel número traía él, de igual suerte, quien le acompañase. Citaba los nombres de sus compañeros, que eran los Sres. Alvaro de Sosa, Bernardo de Sotelo y Alonso de Cisneros, conocidos tambien de Mazariegos. Por lo demás, si este preferia otro sitio y armas, podia escojer como fuere servido. Bernardo de Sotelo, vecino de Zamora, aguardaba la respuesta.

Sorprendido quedó Mazariegos, el cual vivia descuidado, no solo de que Monsalve estuviese en España, mas de que viviera en el mundo. Su hermano mayor, Alfonso Gonzalez de Guadalajara, y otros caballeros, estaban presentes cuando Mazariegos recibió la noticia, y, viendo cuanto se habia este alterado, los dos hermanos se dispusieron á corresponder como caballeros á la carta de Monsalve, mas los amigos dieron noticia del caso al corregidor, para que lo remediara.

De esta suerte, mientras la justicia trataba, por cuantos modos estaban á su alcance, de cojer descuidado ó durmiendo á Diego de Monsalve, el cual, avisado por los muchos amigos y deudos que en Zamora tenia, lograba evitar la persecucion. Al cabo, viendo el primero que Mazariegos, en vez de responder á su demanda, andaba tratando de prenderle, determinó poner carteles en los lugares mas públicos de Zamora.

Veda la forma en que es necesario ir extendiendo esta crónica copiar entero el famoso cartel, con lo que es fuerza dar el mas breve extracto. Comenzaba Monsalve, diciendo: fuese notorio á todos los caballeros hijos-dalgo de Zamora, cómo él habia sabido cuanto ya conoce el lector, por lo cual habia venido de Grecia para poner la diferencia habida entre su padre y Mazariegos en el estado que convenia á su honra. Mas, habiendo escrito la carta, que á continuacion copiaba

en el cartel, sin lograr la debida respuesta, antes bien, acaso, por órden de Mazariegos, se habia dado cuenta á la justicia, para que, de semejante manera, fuera imposible el desaffo en que Monsalve queria vengar á su padre, añadia este: «el señor Diego Mazariegos, olvidado de sus antiguas glorias y valor y temeroso de su consecuencia, no ha querido poner su persona donde se tratase el negocio y se vea que fué demasiado atrevimiento y tenacidad el poner las manos en un pobre y desvalido anciano.»

En resolucion, Monsalve concluia diciendo, para que á Zamora y al mundo constase no era su fin proceder con ventaja ni demasias, sino con toda igualdad de personas, armas y lugar, protestaba, que en cualquier ocasion que Mazariegos quisiera verse con él, se lo avisase á la ciudad de Miranda en Portugal, donde quedaba esperando la respuesta por dos meses, y si no queria entenderse con él por escrito, lo mandase poner en carteles en Zamora, conforme á la costumbre. Pero si pasaban dos meses sin respuesta, declaraba Monsalve, como caballero á quien habian quitado la honra y muértole su padre, que se satisfaria de tanto agravio *de la suerte posible, con armas arrojadizas, ó aventajadas ó de fuego ó de cualquier manera, aunque sea tósigo ó ponzoña, indigna cosa de pensar en memoria de hombres.*

A semejante cartel nada contestó Mazariegos, dejando que todo Zamora se ocupase acaloradamente en tan extraño suceso, y quizá deseando los mas, que, pasados los dos meses, llevase Monsalve á cabo su venganza. Sucedió, que cumplido el plazo, hallándose la justicia en la procesion del Domingo de Ramos, parecieron á la vista de todo el mundo cuatro hombres en muy buenos caballos. Alzó uno de aquellos la voz y pregonó á vista de todos, que á quien diese noticia del paradero de Mazariegos le darian 100 ducados de albricias, los cuales pagaria desde luego Gregorio de Sotelo, vecino de Zamora. A esto, el pregonero, y los que muy bien armados le acompañaban, se salieron de la ciudad, sin que nadie osara estorbarlo.

Prendió la justicia á Sotelo, y este juró que no sabia nada, pero que desde luego declaraba ser tan amigo de Monsalve, que á la persona que de parte de él viniese, no tendria inconveniente en darle los 100 ducados. Quedó encerrado Sotelo, y por Zamora cundió el temor de ver llevada á cabo la mas justa venganza. Al lado de la casa del preso vivia un amigo de Monsalve, y temiendo alguna cosa grave, la justicia mandó abrir las puertas de la referida casa. Nadie habia en ella, pero hallaron azadones, picos, esportillas y mucha tierra sacada de una mina que iba hácia la de Mazariegos. Grande fué el temor de que este volase con cuantos con él vivian, de suerte que se fué al monasterio de San Benito, para mas seguridad.

Mas ni aun allí estaba á salvo, pues Monsalve y sus tres compañeros entraron en el templo á eso de mediodía, y era tanto el coraje de aquel, que subió por las rejas y anduvo todo el convento de celda en celda. Disfrazaron los frailes á Mazariegos, y poniéndole hábito, le hicieron salir por una puerta secreta. Viendo los cuatro amigos que nada hallaban,

fueron á refugiarse en casa de sus deudos y amigos, que los tenian muchos y buenos en Zamora.

Nadie sabia á qué achacar el miedo de Mazariegos, á quien todos habian tenido hasta entonces por esforzado, y, de resultas de tan enconada discordia, no habia dia en que no llegasen á las manos los amigos de uno y otro partido. A estorbarles, ni la justicia ni las personas de mayor respeto eran parte, por lo que, don Hernando de Toledo, prior de San Juan de Jerusalem, que en Zamora vivia, escribió á Bernardo de Sotelo, comendador de su órden y uno de los compañeros de Monsalve, para que fuese á verle, dándole palabra de que nada tenia que temer. Acudió Sotelo, y á cuanto su superior le dijo, contestó, que todo quedaria bien con que D. Diego de Mazariegos se saliese á matar con D. Diego de Monsalve, y que no podia haber otra salida.

Forzoso era arreglar de una vez tan lamentable asunto, y, al cabo, se convino en que Mazariegos habia de salir al campo y rendir las armas ante Monsalve, quien no faltaria á su obligacion poniendo las manos en el rendido. Todavía pareció mejor que Mazariegos rindiese las armas de otra suerte, y así se hizo como estaba determinado.

Por auto de justicia fué nombrado curador del sepulcro de Francisco de Monsalve, Bernardo de Sotelo. En el monasterio de Santo Domingo de Zamora, sobre la sepultura de Francisco de Monsalve, delante del corregidor y demás justicias, ciudad y forasteros atraidos de la extraordinaria novedad del caso, dióse á Bernardo de Sotelo testimonio de cuanto acababa de suceder, y era así: Diego de Mazariegos habia rendido la espada ante el sepulcro, diciendo se habia atrevido á dar de golpes con una caña á Francisco de Monsalve, por verle viejo y sin armas, y que si las trajera ó pudiese traer, no solo no lo hiciera mas ni osara imaginarlo. Añadia otras razones relativas á Diego de Monsalve, y por lo tanto, rendia su espada ante aquel sepulcro y le pedia perdon de su temerario y loco atrevimiento. Bernardo de Sotelo recibió la espada de Diego de Mazariegos.

Despues, dió este al primero una carta de Francisco de Monsalve, en la que pedia á su hijo y mandaba fuese amigo del señor Diego de Mazariegos y le sirviese y ayudase como amigo suyo que era. Nada de cuanto hemos referido sabia Monsalve, quien se hallaba en Miranda de Portugal, á donde fué Bernardo de Sotelo á decirle que Diego de Mazariegos queria mantenerle el campo con espada y daga, con calzas y en camisa.

Fuera de Zamora habian hecho una estacada á donde salieron Diego de Mazariegos y sus padrinos el prior de San Juan, D. Hernando de Toledo y don Enrique Enriquez, su sobrino, que despues fué conde de Alba de Liste. Llegó á esto Diego de Monsalve con sus camaradas, incluso Sotelo, que habia callado lo sucedido y se mostró bizarro con plumas y botones, yendo en camisa con un *boemio de martas muy bordado*. Se saludaron y reconocieron, y partido el sol se retiraron fuera los padrinos, mientras todos aquellos campos y alrededores se hallaban llenos de gente que en grande atencion y silencio permanecia.

Dada señal, puso mano á espada y daga Monsalve,

como quien mas lo deseaba, pero su contrario, antes de hacer lo mismo exclamó:

«Suplico á vuestra merced tome esta espada y haya misericordia de mí, como de su rendido.»

Monsalve tomó el arma por la guarnición, y, lamiéndola con la lengua por entrambos filos hasta la punta, dijo de suerte que todos lo oyesen:

«Doy muchas gracias á Dios, que ha traído á vuestra merced á este conocimiento; viva vuestra merced en paz de hoy en adelante; y si alguno le agraviase, avíseme, que yo le desagraviaré y satisfaré á todo mi poder.

En seguida envainó la daga, quedándose con entrambas espadas en la mano, mientras Mazariegos, cruzado de brazos y con los ojos puestos en el suelo, seguía á merced de la generosidad de Monsalve y de las injuriosas suposiciones que muchos presentes habían de hacer, respecto de su honra. Llegóse después D. Enrique Enriquez á pedir la espada rendida á Monsalve, mas presentóle esta la suya, diciendo que con ella estaba dispuesto á servir á su señoría, pero la de Mazariegos no tendría valor alguno de allí en adelante, fuera de su poder. Enojóse Enriquez, y dijo, que, para eso, mejor era la suya. Siguió adelante la cuestión, pero D. Hernando de Toledo medió, advirtiéndole que mal hacía Enriquez en enojar á Monsalve, cuando todos procuraban contentarle, en bien de la ciudad, que tanto había padecido con la pasada discordia.

Abrazáronse Monsalve y Mazariegos, y aquel colgó la espada de este de un escudo que tenía sobre la puerta, donde permaneció, sin que nadie osara quitarla, hasta que después de salir Monsalve de Zamora la descolgó la justicia. Bernardo de Sotelo puso pleito sobre ella á Monsalve, y este la recobró por la chancillería de Valladolid.

Han creído algunos que esta espada era la que pertenecía al blason de los Monsalves, mas aquella la tenían ya sus antepasados. Aconsejaron á Diego deudos y amigos, que no viviera en Zamora, con lo que se fué á vivir en Toro, donde se casó. Allí fué á verle muchas veces Mazariegos, á quien agasajó por huésped y honró por amigo.

Aun hoy conserva su antiguo nombre la plazuela de la Yerba, donde se alza la fachada de sillería del secular edificio, morada un tiempo del buen Francisco de Monsalve; anchas ventanas, que con exceso adornan las galas, que, en su decadencia prefería el arte gótico á la primitiva austeridad, dan muestra de la época en que se labraron. La yerba creció largo tiempo, sin que nadie quisiera hollarla, por lugares donde tanto era de temer la saña de los bandos que á Monsalve ó Mazariegos defendían.

## CAPITULO XI.

Felipe III y su esposa doña Margarita visitan á Zamora.—Defiende la ciudad contra portugueses el obispo Coello de Ribera.—Arma sus frailes y clérigos.—El conde-duque de Olivares desterrado en Toro.—Años de paz.—Entran los franceses de Napoleon en Zamora.—Emprende el general inglés Moore la retirada desde Benavente.—Orillas del Esla cae prisionero el general francés Lefebvre Desnouettes.—Queda libre Zamora después de la batalla de Salamanca.—Episcologio zamorano.—Bibliografía.

Nuevos Montechi y Capuletti, los Monsalves y Mazariegos fueron igualmente y con menor razón inmor-

tales á encargarse de legar su nombre á la posteridad un Shakespeare ó un Calderon, en vez de D. Antonio de Zamora. Merced á aquellos bandos fué nuestra ciudad reparo de los últimos destellos del carácter caballeresco y guerrador de los españoles, aun en el siglo xvi.

En 1602 visitaron á Zamora Felipe III y su esposa doña Margarita de Austria. Cuarenta años después (1642) armó el obispo Coello de Rivera á sus clérigos y frailes para defender á la ciudad amenazada de los portugueses; causa mas desinteresada que la de su antecesor Acuña, quien, antes que en defensa de la comunidad, guerreó en demanda del arzobispado de Toledo.

El año siguiente de 1643, creía ver el conde-duque de Olivares, desterrado en Toro, un espectro. Sin duda el de la desventurada monarquía española, que, en sus manos y merced á su insensata presunción, había ya punto menos que dejado de existir.

Vivió en paz Zamora hasta los primeros años del siglo presente (1808), en que después de la derrota de Rio-Seco la señorearon las armas de Napoleon. Grandes sucesos acaecieron en las inmediaciones de nuestra provincia, mas no corresponden á la presente crónica. Con todo, algunos hay de que debemos dar cuenta. En Benavente (28 de diciembre de 1808) comenzó la retirada del general inglés Moore, el cual había desembarcado en la Península con 25,000 hombres. Mientras nuestro aliado cruzaba la frontera de Portugal, entrando en la provincia de Salamanca, Blake había sido derrotado el día 11 en Espinosa, el marqués de Belveder en Búrgos el día 10, y Castaños en Tudela.

Napoleon envió contra Moore 8,000 hombres, yendo con ellos hasta Valladolid. Moore, á pesar de la incertidumbre en que le tenía el ignorar cuanto pasaba, acertó á descubrir el peligro, y se adelantó doce horas. Llegaba en esto el general francés Lefebvre Desnouettes, á la cabeza de 500 ginetes de la guardia imperial. Estaba el rio Esla de por medio; mas deseosos los de Napoleon de dar alcance á un destacamento inglés, de caballería tambien, que vieron á la orilla opuesta, pasaron el rio. Mandaba el coronel Otway á los contrarios, los cuales eran inferiores en número; pero viniendo en su ayuda lord Paget con alguna fuerza, quedaron vencidos los franceses y preso su general. Doloroso debió de ser para Napoleon el verse obligado á confesar, por su parte, que la caballería de la guardia había tenido que ceder al número. En cuanto á Lefebvre, no padeció menos su amor propio en verse prisionero, que con la risa de los soldados ingleses, al mirar su uniforme maltratado de la refriega. Cosa peor para el general francés fué el haber faltado á su palabra, cuando los ingleses, fiando en ella, le permitieron ir á Francia, de donde no quiso tornar á ser prisionero, como lo había prometido.

Después de la batalla de Salamanca, Zamora quedó libre de franceses; pues el general Foy cometió el error de abandonarla antes de tiempo, cuando el haber seguido en nuestra ciudad fuera en extremo perjudicial para los planes de Wellington.

Aquí concluye la narración de sucesos de la provincia de Zamora. Al poner los ojos en semejante nom-

bre, el respeto con que todo buen español debe pronunciarle, nos causa aquel involuntario temblor con que el levita indigno mostraba al pueblo congregado la ley de Jehová.

## EPISCOLOGIO DE ZAMORA.

San Atilano murió por los años de 915.—Juan, de 970 á 979.—Dulcideo, de 927 á 947.—Domingo, de 960 á 968.—Juan II, de 970 á 979.—Salomon, de 985 á 986.—No hay fundamento para aceptar la existencia de Gomesano á Gomez, á quien pone Dávila cuando la restauración de Zamora, antes de 1042.—Gerónimo, obispo titular de Valencia, de 1102 á 1024.—Bernardo, *Primus Episcopus de modernis*, como dice el epitafio, hasta 1149.—Estéban, hasta 1174.—Guillermo, hasta 1191.—Martin Arias, renunció en 1210, y murió trece años despues.—Martin Rodriguez, trasladado á Leon en 1237.—Segundo Segundez, mencionado en 1238.—Pedro I, hasta 1254.—Suero Perez, hasta 1286.—Pedro II, hasta 1302.—Gonzalo Rodriguez Osorio, asistió al concilio celebrado en Salamanca para extinguir la órden del Temple.—Rodrigo, desde 1321 hasta 1339.—Pedro Gomez Barroso, trasladado á Sigüenza en 1351 y luego á Sevilla.—Alonso Fernandez de Valencia, hasta 1365.—Martin de Acosta, trasladado á Lisboa en 1371.—Alvaro, comisionado por Enrique II para reconciliar á la hija de este, doña Leonor, con Cárlos III de Navarra, su marido: murió en 1395.—Alonso de Ejea, trasladado de Avila y promovido en 1403 á Sevilla.—Alonso de Illescas, trasladado en 1413 á Búrgos.—Diego Gomez de Fuensalida, enviado al emperador Segismundo para tratar de la union de la Iglesia: murió por los años de 1426.—Fray Martin de Rojas, dominico, hasta 1428.—Pedro Martinez, hasta 1438.—Juan de Mella, natural de Zamora, nombrado cardenal por los años de 1456: murió en Roma en 1467, electo obispo de Sigüenza.—Rodrigo Sanchez de Arévalo, trasladado de Oviedo en 1467, en 1468 promovido á Calahorra y luego á Palencia.—Juan de Meneses, hasta 1494.—Fray Diego de Deza, dominico, trasladado en 1496 á Salamanca, y despues á Palencia, Jaen y Sevilla: hombre de quien con solo decir fué amigo y protector de Cristóbal Colon, es el mayor y mas legítimo elogio que puede hacerse. Nacido en Toro, confesor de los Reyes Catolicos, renunció, cuando la muerte de D. Fernando, el cargo de inquisidor que á la sazón ejercia. Estaba ya nombrado arzobispo de Toledo, cuando murió en Sevilla á los 80 años, el dia 9 de junio de 1523. Fray Diego de Deza, á quien los pobres llamaron *el Bueno*, hizo cuanto pudo para que los reyes creyesen y ayudasen á Colon en lo que pedia. El buen prelado hacia en la córte lo que en su convento fray Juan Perez de Marchena, varones ambos ilustres, á cuyos nombres alcanza parte de la gloriosa aureola que corona la frente de Cristóbal Colon.—Diego Melendez Valdés, trasladado de Astorga, residió y murió en Roma en 1506.—Antonio Acuña, padeció muerte de garrote en Simancas el año de 1526. Como ya hemos dicho, la mayor parte de los sucesos notables de su vida pertenecen á la crónica de la provincia de Valladolid.—Francisco de Mendoza, trasladado á Valencia en 1534.—Pedro Manuel de Cas-

ZAMORA.

tilla, trasladado de Leon y luego á Santiago en 1546.—Antonio del Aguila, trasladado de Guadix, murió en 1560.—Alvaro de Moscoso, trasladado de Pamplona, murió en 1564.—Juan Manuel y la Cerda, trasladado en 1572 á Sigüenza.—Rodrigo de Castro, luego de Cuenca, en 1577, y despues de Sevilla.—Diego de Simancas, trasladado de Ciudad-Rodrigo, muerto en 1583.—Juan Ruiz de Agüero, autor de un tratado contra las comedias, murió en 1595.—Fernando Suarez de Figueroa, trasladado de Canarias, murió en 1608.—Fray Pedro Ponce de Leon, dominico, trasladado de Ciudad-Rodrigo, renunció en 1615.—Juan de Zapata Osorio, murió en 1621.—Fray Juan Martinez de Peralta, monje gerónimo, trasladado á Zaragoza en 1624.—Fray Plácido de Tosantos, benedictino, obispo tres meses, murió en 1624.—Juan Roco Campofrio, trasladado en 1626 á Badajoz y luego á Coria.—Juan Perez de Laserna, trasladado de Méjico, muerto en 1631.—Diego de Zúñiga Sotomayor, trasladado de Orense, muerto en 1637.—Juan Coello de Ribera, defendió á Zamora en 1642, para lo cual armó sus clérigos y frailes: trasladado á Palencia en 1649, siguió en Zamora hasta 1653, no habiéndose presentado Fray Martin de Leon y Cárdenas, obispo electo.—Antonio Payno, antes de Orense, promovido á Búrgos en 1658, y despues á Sevilla.—Fray Alonso de San Vitores, benedictino, antes de Orense, muerto en 1660, en opinion de santo.—Pedro Galvez, murió en 1662.—Lorenzo de Zúñiga Sotomayor, murió en 1666.—Antonio Castañon, antes de Ciudad-Rodrigo, murió en 1668.—Dionisio Perez Escobosa, antes de Mondoñedo, murió en 1671.—Juan de Astorga Rivero, murió en 1679.—Fray Alonso de Balmaseda, agustino, antes de Gerona, murió en 1684.—Fray Antonio de Vergara, dominico, antes arzobispo de Manila, murió en 1693.—Fernando Manuel, promovido á Búrgos en 1702.—Francisco Zapata Vera, murió en 1720.—José Zapata Vera, murió en 1727.—Jacinto Arana, murió en 1739.—Fray Cayetano Benitez de Lugo, dominico, obispo mes y medio, murió en 1739.—Onésimo de Salamanca, promovido en 1752 á Granada y despues á Búrgos.—Jaime Cortada, promovido en 1753 á Tarragona.—José Gomez, murió, sin residir, en 1754.—Isidro Alonso Cabanillas, murió en 1766.—Antonio Jorge y Galvan, promovido á Granada en 1776.—Manuel Figueredo, trasladado á Málaga en 1785.—Fray Anjel Molinos, dominico, murió en 1786.—Antonio Peñuela Alonso, murió en 1793.—Ramon Falcon de Salcedo, trasladado en 1803 á Cuenca.—Joaquin Carrillo Mayoral, muerto en 1810.—Pedro Inguanzo y Rivero, promovido á Toledo en 1824.—Fray Tomás de la Iglesia y España, dominico, murió en 1834.—Miguel José de Irigoyen, electo en 1847, trasladado en 1850 á Calahorra.—Rafael Manso, antes obispo de Mallorca, muerto en 1862.—Fray Bernardo Conde, premostratense, antes de Plasencia, obispo actual. Desde el siglo XIV, mas de la tercera parte de prelados han sido promovidos casi todos á silla metropolitana.

## BIBLIOGRAFÍA.

Al dar cuenta en la página 17 y 18 de esta crónica de la *Historia de la ciudad de Zamora y su santa*

iglesia y obispado, escrita el año de 1686 por D. Miguel Jph. de Quirós, presbítero, decíamos, hablando del referido manuscrito, que tenía cinco tomos, porque, ni habíamos visto hasta entonces sino cuatro, ni sabíamos que había además otro. Son, pues, los tomos de la referida obra, seis. El primero, sin portada, lleva en el tejuelo lo siguiente: *Comentario Numantino Zamorano*, y es mera recopilación de diversas obras y apuntes relativos á Zamora. Siguen cuatro tomos con los números 2, 3, 4 y 5. El tomo núm. 2 ó segundo, pues el primero no tiene número ninguno, lleva la siguiente portada: *Aparato histórico-geográfico, en donde se van recogiendo todas las memorias concernientes á la Historia de la Santa Iglesia, Ciudad y Obispado de Zamora. Tomo segundo. Año del Señor M.DCCCLXXX.VI.* Antes del capítulo primero, donde comienza la narración, está el encabezamiento con el nombre del autor. Empieza el autor con el inevitable Túbal, mas bien dando cuenta de opiniones ajenas que de la propia. Numeradas las hojas, no las páginas, llega desde la 18 hasta la 35; aquí faltan las demás hasta la 50 inclusive, sigue la 51, y faltan las siguientes hasta la 76 inclusive; desde la 77 comienzan apuntes tomados por el autor de los de D. Rafael Floranes, y continúan notas, apuntes y capítulos enteros de cuantos autores de historia y crónica han tratado de Zamora y su iglesia. De esta suerte van los tomos siguientes. Hay otro tomo cuyo título es: *Memoria de la iglesia de Zamora. Aparato histórico-geográfico para la historia de todo el obispado, etc. Segunda parte que contiene las vidas de todos los obispos con los sucesos mas notables de cada Pontificado, Año de M.DCC.LXXX.II.* En el lomo debajo del tejuelo, donde abreviado viene á decir lo que la primera parte de la portada, hay un número 2, acaso indicando, no el del tomo, mas la segunda parte á que corresponde.

El comienzo del prólogo da cabal idea de nuestro autor, el cual dice así: «No pienses, amado lector, que en este segundo tomo de *Memorias históricas de la santa iglesia de Zamora* te voy á dar digeridas y puestas en limpio las vidas de sus obispos. Este no es mas que un almacén ó depósito á donde iré recogiendo y colocando *sin orden* las noticias que fuere hallando en autores y archivos de cada uno de nuestros preladados.»

Tal es el trabajo del presbítero Quirós. Ni las noticias están digeridas, ni aun puestas en orden, lo cual no llevó adelante por falta de medios ó de tiempo. Con todo esto, el manuscrito es por extremo importante, aunque no fuera mas que por las muchas noticias que allega referentes á Zamora y su obispado, con lo cual creemos deberian publicarse puestas un tanto en orden (cronológico al menos) las noticias expuestas. Es propiedad del Sr. D. Eduardo Montero, abogado, vecino de Zamora, quien tuvo la bondad de remitirmele, aunque solo en calidad de préstamo, por medio de su paisano y amigo, el que lo es mio, no menos que antiguo y querido condiscípulo, D. Cesáreo Fernandez, capitán de fragata, hoy secretario del gobierno de la isla de Cuba.

A la obra que acabamos de citar añadiremos las siguientes, conforme á las indicaciones del Sr. Muñoz, etc.

*Liber præconiis civitatis Numantiæ, quam edidit Fr. Joanes Egidices, doctor fratorum minorum Zamorensis.* Códice en 4.º, de letra del siglo xv, encuadernado con varios cronicones escritos de letra del siglo xiii que pertenecen á la Academia de la Historia. Llega hasta la eleccion de D. Alfonso y sus victorias, y concluye dando cuenta del asiento y calidades de Zamora.

*Historia de Numancia y fundacion de Zamora*, por D. Manuel de Novoa. Dos tomos folio. M. S. Obra moderna, propiedad de Pascual Gayangos.

*El buen repúblico*, por Agustín de Rojas Villandrando. Salamanca. Por Antonia Ramirez, viuda, 1611, en 4.º

*De la Iglesia Zamorana y Numantina, Esp. Sagr.* P. Florez. xiv. La razon del trueco del nombre de Zamora en *Numancia*, puede verse en el tomo vii, página 284.

*Teatro eclesiástico de la Santa Iglesia de Zamora.* Gil Gonzalez Dávila, Teatro de las Iglesias de España, II, 381.

Situacion, poblacion y producciones de Zamora. *Larruga, Memorias políticas y económicas de España.* xxxiv. Madrid. Espinosa, 1796, en 4.º

*Historia de una iglesia, la mas antigua de Zamora, y suceso sobre la compra de una trucha.* M. S. que estaba en el colegio mayor de Cuenca (Salamanca). Ahora debe estar en la biblioteca de palacio.

*Manifestacion de los servicios que ha hecho Zamora desde mayo de 1808 hasta 1814.* Imprenta de Vallecillo. 1814, en 4.º

*Historia de la vida de San Atilano, obispo de Zamora*, por Fray Atanasio de Lobera de la orden de San Bernardo, dirigida á la misma iglesia y ciudad de Zamora. Valladolid, por Diego Fernandez de Córdoba y Oviedo, 1596, en 4.º

*San Ildefonso, defendido y declarado:* cuatro libros en defensa de sus reliquias y doctrina, por Fray Alonso Vazquez, lector de teología de la universidad de Alcalá. Impresa en la referida ciudad, en casa de Juan de Orduña, 1625, en 4.º

TORO. *Memorias históricas*, por D. Rafael Florences, señor de Tavaneros, M. S. de la Academia de la Historia.

*Memorias de Larruga*, xxxv.

*Corografía de la provincia de Toro*, por D. Antonio Gomez de la Torre. Tomo I, único publicado. Madrid, imprenta de Sancha, 1802, en 8.º

BENAVENTE. *Historia de la nobilísima villa de Benavente, con la antigüedad de su ducado, etc., etc.*, por el doctor D. José Ledo de Pozo, hijo de esta villa, cura párroco de Carracedo. Zamora, por D. Vicente Vallecillo, 1853, en 4.º

## CAPITULO XII.

Rápida ojeada á los monumentos de Zamora y su provincia.

No existen ya las trescientas almenas que Mendez de Silva contó en Zamora. Ruinas ó edificios malamente desfigurados ocupan el lugar de antiguos é históricos monumentos. Con todo, aun conserva aquella

ciudad insigne nobles restos que atestiguan la pasada grandeza, sin contar con que cada pared y aun cada sillar derruido hablan de la gloriosa y poética historia de Zamora.

Llama, ante todo, la atención la catedral, obra del siglo XII. A primera vista se advierte que tan hermoso edificio se acabó en el propio siglo XII, como lo demuestra el carácter general de la construcción, pues si bien por todas partes se ven arcos apuntados, muchos pormenores indican la fecha que hemos marcado (1). El templo es de pequeñas proporciones, si con otras catedrales se compara, y el coro, construido en tiempos más modernos, no ofrece el interés que debería. La torre es una de las más hermosas que en el género románico posee España. Las columnas son esbeltas y atrevidas, de basas y chapiteles rectangulares, estos á modo de almenas. Los arcos son sencillos, pero, como ya hemos dicho, apuntados. El cascarón ó cimborio, que de lejos, cuando existían los antiguos torreones de Zamora, debió parecer uno de ellos, si bien señoreándoles á todos, tiene, según M. Street, cuya importantísima obra relativa á la arquitectura gótica de España acabamos de citar, muchas grietas, las cuales, á ser cierto, harán, si no se acude con tiempo, que desaparezca en breve tan insigne obra del arte románico. De la catedral dice el referido artista inglés que no existe en su tierra edificio más precioso por el estilo.

El aspecto del cimborio, rodeado de cuatro cubos que terminan en cupulillas, es bellísimo, y en su crestería y sencillos adornos compite ventajosamente con las más delicadas labores del arte gótico. Toro, Salamanca, Ciudad-Rodrigo y Zamora ostentan, á pesar del tiempo y del hombre, harto más temible enemigo este último, muestras inapreciables del arte románico, y en la media naranja de la catedral de que vamos hablando es fácil ver la obra tal como salió de manos del monje arquitecto, y cual la contemplaron llenos de admiración y piadoso respeto los hombres del siglo XII.

No todo el templo corresponde á tan hermosa y cristiana arquitectura. En la capilla Mayor ostenta calado antepecho y afligranados crestones el arte gótico florido, y por esta parte, desde la moderna torre del Reloj, hasta la portada de cuatro columnas corintias y ático triangular, demuestran la osada mano con que el llamado buen gusto, mancilló tanto hermoso edificio de la Edad media.

Con el tal remiendo greco-romano contrasta la fábrica románica á que corresponde la puerta lateral del Mediodía, llamada del *Obispo*. No tiene la catedral fachada á los piés, pero la presente, no por sus dimensiones, mas por su belleza, ofrece grato solaz al alma fatigada de tanto absurdo contrario á la verdadera belleza.

La puerta es de plena cimbra, los cortos fustes cilindricos, los capiteles de hojas abultadas y el arquivolto cuádruple, dispuesto en forma decreciente hacia lo interior, presentan el completo y bellísimo carácter de la arquitectura á que pertenecen. Resaltan sendos

relieves en los medios puntos de los arcos laterales; el de la derecha representa la Virgen con el Niño Jesús en el regazo á quien adoran dos ángeles. Debajo hay una cabeza *ges*, acaso, la del Mahdi vencido, cuya cabeza fué clavada en una puerta de Zamora? Dos figuras representan á la izquierda apóstoles, como lo persuade el nombre de *Paulus*, que se lee en el libro de uno de ellos. Adornan los vacíos, casetones llenos de dragones, flores y diversos caprichos, si bien harto desgastada la piedra. Una estrella lobulada está sobre cuadrada moldura, y encima del ingreso corre una galería figurada de cinco ventanas por el mismo orden. Dos altas columnas estriadas y de capitel almenado encierran la portada, y á la altura de los capiteles llega la cornisa de arquería trilobada, que en la fachada forma grande arco con ventana en el centro y por el interior corre á lo largo de las naves.

Consta que toda la catedral se hizo de 1151 á 1174, esto es, en veintitres años, y en ella se advierte ya la cercanía del siglo XIII, solo con parar mientes en la forma de las naves y ojivas de los arcos de las bóvedas y en los de comunicación. Como quiera, el carácter románico predomina en el templo. Ostenta el glorioso triunfo del arquitecto monje, acaso, como todos ó la mayor parte de los que labraron templos románicos, el gallardo cimborio, puesto en el crucero sobre arcos torales ojivos. La gracia y elegancia del conjunto y pormenores, suspenden el ánimo y le llenan de embeleso.

Para más extensas noticias, que por sí solas llenarían la mitad de esta crónica, véanse el texto y litografías de la excelente obra titulada *Recuerdos y bellezas de España*, etc., con láminas tomadas del natural por F. J. Parcerisa, escrita y documentada por D. José M. Quadrado, tomo de Valladolid, Palencia y Zamora, 1861.

Solo añadiremos, repitiendo las justas quejas del Sr. Quadrado, que es verdadera lástima el ver la media naranja y cupulillas que la rodean, trocadas en medios melones ó calvas y ofreciendo la vista más desapacible que puede imaginarse. La calidad porosa de la piedra y su antigüedad, han sido causa de que se filtrase á veces la lluvia. Para remediar el daño, se ha acudido al no pequeño de afear el edificio cubriendo su parte superior con gruesa capa de argamasa. Con esto, no solo se ofende á la entonación general del edificio, sino que han quedado cegadas todas las labores del cimborio.

Nuestro deber nos obliga á unir nuestra débil voz á la del Sr. Quadrado, y pedir, *por veneración á los monumentos de nuestra patria y por decoro de las bellas artes*, á todos aquellos á quien corresponde, que pongan el debido é inmediato remedio.

Solo citaremos, antes de pasar adelante, la bellísima custodia de la catedral, de estilo gótico, por extremo florido, adornada con botareles, agujas, doseletes y cubierta de imágenes de santos y profetas, así como los pedestales, de calados, relieves y atributos de la Pasión ó de la Eucaristía. Tiene el primer cuerpo un templete exágono con lo más precioso de la obra, que es el viril, sentados en derredor de la hostia los doce apóstoles, y en los cuerpos superiores están, la Virgen

(1) Véase la obra *Some Account of Gothic Architecture in Spain*. By George Edmund Street, F. S. A. Author of *Brick and marble Architecture in Italy*. London: John Murray, Albemarle Street. 1865.

encima de un árbol, el Salvador y San Atilano. El zócalo es posterior (1598). Realzan tanta riqueza y hermosura las magníficas andas de plata con que se cubre el altar Mayor en grandes solemnidades.

Nada mas decimos de la catedral de Zamora, que, si bien tiene partes mas modernas, de las cuales ya hemos indicado algunas, solo sirven para dar mayor realce á la incomparable belleza de la obra antigua, fruto de tiempos en que la inspiracion religiosa daba al arte un vigor de que al presente carece, puesto que arte merezca llamarse lo que hoy usurpa semejante nombre.

Vista, aunque muy por encima, la catedral, diremos breves palabras acerca de la iglesia de San Pedro, no porque fuera en otro tiempo, como se pretende, la catedral primitiva, mas porque á ella se refieren notables sucesos y antiguas tradiciones. Pedro Dominguez, pastor, acudió cierto dia á Zamora en tiempos del obispo Estéban, diciendo habia tenido revelacion del lugar en que yacian los restos de San Ildefonso. Nadie hizo caso de las palabras del buen Pedro Dominguez, ni de las de otro pastor tambien llamado Pascual, quien pretendió lo mismo un siglo despues. Años adelante, gobernando la sede Suero Perez, se halló, haciendo obra en la iglesia, una urna donde se leia *patris Ildefonsi archiepiscopus Toletani*. Varios prelados declaran la verdad del hallazgo, así como tambien parecieron al pié del antiquísimo altar de la Virgen los restos de San Atilano. A pesar de haber sido ocultados unos y otros, no fué posible estorbar que un sacerdote toledano cometiera el piadoso hurto de la cabeza del segundo, creyendo era la de San Ildefonso. Fué la devocion en aumento, y la parroquia casi del todo reedificada por el obispo Melendez Valdes. Con todo, aun quedan de la obra primitiva, el pequeño ábside de la capilla inmediata á la de la Concepcion, y en la fachada principal, una fachada ojiva. Al lado de una galería tapiada lo está tambien una puerta, alta dos varas sobre el suelo de la calle; con el arquivolto de medio punto que sostienen columnas bizantinas adornan trepados como los que hay en la catedral, en la puerta del Obispo. La nave es del último período del arte gótico.

Siete siglos há, se llamaba *Nueva* la parroquia de Santa María. Rigiéronla un tiempo abades. Merecen especial mencion la puerta lateral que viene á ser de forma de herradura y el ábside, cuyo exterior revisten arcos semicirculares de columnas exentas y labores agedrezadas. Aun se conserva el armario, archivo de los nobles, y una antiquísima pila bautismal.

La estrecha calle empinada que conduce por la cumbre del cerro, asiento principal de Zamora, al centro de ella, lleva á la bellísima iglesia de la Magdalena, sobre manera importante, no por su tamaño, mas por el interesante aspecto de su conjunto y pormenores. Pocos templos conservarán en Europa el carácter de la arquitectura románica como la Magdalena de Zamora. Joya del arte, en sitio despejado y del todo aislada, muéstrase la iglesia de los desventurados templarios, desde la ancha torre truncada hasta el ábside, dignos de admiracion y estudio.

Aumenta el interés con la vista de lo interior. Las columnitas de los muros se hicieron para sos-

tener la bóveda, mas al presente el techo es de madera.

Magnífico es el sepulcro al lado del Evangelio. Alzase, á manera de baldaquino ó pálido, formando cinco columnas estriadas en espiral, que ampara el sepulcro de hechura de féretro, encima labrada una cruz. En un trozo, que resalta de la pared, hay esculpida una figura en su lecho, mientras se llevan ánjeles el alma del difunto. Cree el señor Street, que el autor de obra tan original debió de ser español, si bien el carácter y pormenores artísticos indican relacion con el arte de Francia y de Italia. ¿Quién yace en aquel magnífico enterramiento? ¿Es templario? ¿Es algun rico-hombre? Solo se sabe que de la pasada grandeza vive únicamente la inspiracion del arte, pero los títulos y vanos honores de la tierra han desaparecido.

Debe verse, además, la iglesia de San Isidro cerca de la catedral; en su exterior, se hallan el arco apuntado y la ventana semicircular. La fachada de San Juan ostenta grande riqueza en molduras, harto superior al resto de la moderna fachada. Tambien debe verse la puerta lateral. La torre, cuya veleta es una figura, estatua que el pueblo llama *Pedro Mato*, corresponde con la torre del puente. Al otro lado de la plaza en que se halla la iglesia de San Juan, está la de San Vicente, cuya torre tiene tres órdenes de ojivas, y cuya puerta románica compite y aun aventaja á la misma de la Magdalena. Véase la puerta gótica de San Bartolomé. En cuanto á la imagen de Nuestra Señora que se venera en la capilla Mayor de San Antolin, no puede ser la que dicen se apareció en una cueva á D. Sancho el Mayor, porque, como indica el Sr. Quadrado, dista de parecer antigua, y acaso, añade, se confunde su historia con la de la Virgen de la Iniesta.

San Estéban tiene dos portadas laterales románicas, y en lo exterior, machones y canecillos. La iglesia de San Andrés es del Renacimiento. La de San Cipriano tiene bóvedas ojivales, así como la angosta entrada al presbiterio, que sostienen columnas románicas. La torre tiene tambien ventanas de cerco apuntado. Fuera de la antigua cerca, y en las vertientes al rio se halla el templo de Santa Lucía, renovado; San Leonardo, con portal románico y torre de igual género, que recuerda la hermosa de la Antigua de Valladolid. Santa María de Horta perteneció á los templarios, y recuerda al punto á la Magdalena. En el convento inmediato, donde antes habia monjas, con anchos arcos de columnas cortas, pareadas en línea transversal, hay una estancia rodeada de tumbas, quizás sala capitular de los caballeros de la orden del Temple. En Santo Tomé y San Salvador de la [Vid se hallarán pormenores y restos dignos de estudio.

Bellísimo modelo del arte románico es el templo de Santiago, para cuya descripcion nos falta ya espacio. Tampoco podemos hacer sino mencionar San Lázaro, Sancti-Spíritus, San Frontis, San Cláudio, porque en ellos, mas ó menos, así como en algunos restos de conventos, hallarán el curioso y el artista algo que ver de los buenos tiempos del arte cristiano.

A la casa del marqués de Villagodio y la de la plaza de los Momos, añadiremos, si no por su belleza, porque

recuerda una época, la casa del Ayuntamiento, labrada en la plaza, durante el segundo año del reinado de Felipe IV (1622); el palacio episcopal, del siglo pasado; el hospicio y el hospital, de góticas molduras en sus ventanas.

Ya hemos hablado de la hermandad que ofrecen Toro y Zamora, la cual es tan notable, que no puede menos de llamar la atención, así atendiendo á la historia, como al asiento geográfico de ambos pueblos. Ambas están orillas del Duero y á corta distancia una de otra; ambas tienen edificios de tal suerte semejantes, que bien podría, por ejemplo, competir la hermosa colegiata de la primera con la catedral de la segunda.

Lleva ventaja Toro por su hermosa vega, pues en lugar del bárbaro y soez aborrecimiento á los árboles, que en otras partes se advierte, aquí disfruta la vista desde el paseo del Espolon, alto mas de cien varas sobre el rio, de incomparable perspectiva, realzada con abundante arbolado. Con razon se ha dicho, que cuando la niebla cubre el Duero y parte de sus fertilísimas riberas, parece como que flotan en ancha mar, lomas y copas de los árboles.

En Toro hay antiquísimas y venerandas ruinas, desde el histórico Alcázar, hasta los restos de fortificaciones. Las anchas calles se truecan, llegada la vendimia, así como la población, en inmenso lagar, consagrado, mas que al culto de Baco, á sus faenas.

La colegiata, llamada por error catedral, en el letrero puesto al pié del grabado que acompaña á la presente crónica, recuerda la iglesia mayor de Zamora. Ambas merecian, en verdad, ser catedrales. Las parroquias no son tan ricas como las de la ciudad hermana. No tienen, en lo general, las portadas columnas ni capiteles labrados, sino aristas ó molduras decrecientes, de ladrillos, formando arcos. En vez de los ábsides de suntuosas ventanas de Zamora, los de Toro ostentan arcos figurados, como los de Toledo. Nada mas pode-

mos detenernos, sino para indicar, despues de la torre del Reloj, los edificios, que, con el nombre de palacio, aun conserva Toro. En el del obispo de Zamora estuvo detenido el rey D. Pedro, cuando la liga de los grandes, en 1355. El que pertenece al marqués de Alcañices, aun se llama casa de los Fonseca. Frente á San Julian, yace ruinoso el palacio del duque de Alba.

Edificio importantísimo, en especial, por los recuerdos, es el palacio del marqués de Santa Cruz, inmediato á la Trinidad, en el cual, es tradicion se celebraron las Córtes de 1371, 1442 y 1508. Mucho ha cambiado, desde los tiempos en que se celebraron las dos primeras. Véase el *Salon de las Leyes*, llamado así, porque en él se hicieron ó se promulgaron.

Hemos llegado, digámoslo, al fin de la jornada. Con placer nos habríamos detenido en los hermosos edificios de Toro; con no menor fuéramos recorriendo la provincia entera, desde los peñascales de Sanábria á la tierra del *Pan* y del *Vino*. Citaremos á Morales, población llena de recuerdos históricos; á Belver, con las ruinas de su castillo, donde padeció muerte alevosa Alvar Nuñez Osorio. De las ruinas de Valparaiso, ya hemos hablado. El castillo de Fermoselle yace hoy desmantelado, pero en él vive eterno recuerdo del alcalde Ronquillo, aprisionado por el obispo Acuña, y del estandarte comunero sostenido por los Porras, noble familia de Zamora, aun despues de la derrota de Villalar.

San Pedro de la Nave, Montamarta, Villafáfila, Alcañices; los nombres godos de Ungilde y Hermisende; los campos de Polvorosa, donde venció Alfonso III; la importante villa de Benavente, con los restos del castillo de los Pimentales; Villalpando, población, un tiempo, de 50,000 habitantes, y sobre cuyas ruinas se alzó Medina de Rioseco, nombres son todos cuantos acabamos de citar, que bastaran á dar materia para libros enteros.

## INDICE DE LA CRONICA DE LA PROVINCIA DE ZAMORA.

	Págs.		Págs.
<b>LIBRO PRIMERO.</b>			
CAPITULO PRIMERO.—Provincia.—Asiento geográfico.—Estado atmosférico.—Enfermedades.—Division territorial.—Límites.—Territorio. . .	7	man.—Zamora citada en el cronicon de Sebastian de Salamanca. . . . .	20
CAPITULO II.—El Duero en la provincia de Zamora.— <i>Arribes</i> del Duero.— <i>Sombrero de Roldan</i> .—Paso de las Estacas.—Idem de las Cuerdas.—Salto de la Buraca. . . . .	9	CAPITULO IV.—Noticias históricas de los vacceos.—Griegos y fenicios.—Cartagineses.—Aníbal.—Entra por tierra de vacceos.—Crueldad y codicia de Lucio Licinio Lúculo.—Cercos y rendicion de <i>Intercatia</i> .—Heroicidad de otros vacceos.—Ayudan estos con víveres á Numancia.—Se libra Scipion de dos emboscadas de los vacceos. . . . .	22
CAPITULO III.—Tierra llana y tierra montañosa.—Concluye la descripcion del territorio.—Fertilidad del suelo.—Productos.—Canteras.—Minas.—Lagunas salitrosas.—Veredas.—Cañadas.—Camino.—Ferro-carril. . . . .	11	CAPITULO V.—Sertorio.—Estado social y político de Roma.—Amor de los españoles á Sertorio.—Muere este á traicion.—Alzamiento de los vacceos.—Alzanse cántabros y astures.—Se apaciguan.—Guerrea de nuevo con ellos Augusto, con ejército de mar y tierra. . . . .	23
CAPITULO IV.—Férias y mercados.—Beneficencia.—Instruccion pública.—Estado eclesiástico.—Partidos judiciales.—Ayuntamientos.—Poblacion.—Presupuestos provinciales.—Idem municipales.—Usos y costumbres.—Criminalidad. . .	12	CAPITULO VI.—Son, al cabo, vencidos cántabros, astures y gallegos.—Nacimiento de N. S. Jesucristo.—Dominacion romana.—Establecimiento de la religion cristiana en nuestro territorio.—Division territorial.—Idem jurídica. . . . .	24
<b>LIBRO SEGUNDO.</b>		<b>LIBRO TERCERO.</b>	
		EDAD MEDIA.	
CAPITULO PRIMERO.—Tiempos primitivos.—Primeros pobladores.—Iberos.—Vascuence.—Nombres de origen vascongado.— <i>Briga</i> , palabra y terminacion céltica.—Los diversos pueblos de la Península no tenian nombre comun.—Los vacceos.—Los lusitanos.—Union de iberos y celtas. . . . .	15	CAPITULO PRIMERO.—Musa (Muza) reparte entre los suyos el botin y las tierras.—Deja el Khoms (quinto) para el Estado.—Condicion diversa en que quedan los moradores de la region boreal y los del Sur.—Queda sometida casi toda la Península.—Alfonso I, <i>el Católico</i> .—Unéanse cántabros, asturianos, gallegos y vascones.—Dan los árabes á los bereberes las tierras fronterizas, tomando lo mejor para sí.—Guerra civil entre los musulmanes.—Hambre y esterminio de los bereberes.—Aprovechan la ocasion los cristianos, y llegan hasta mas acá del Duero. . . . .	28
CAPITULO II.—Escritores cuyos trabajos se refieren á Zamora.—Orígenes.—Si Zamora fué Numancia.—Lo defienden los zamoranos.—Razones que para ello han tenido.—Su amor á la ciudad.—Hebreos de Zamora.—Antigua fundacion de esta ciudad.— <i>Sisapona</i> , <i>Sentica</i> , <i>Sarabris</i> .—Aspereza de costumbres de España Ulterior. . . . .	18	CAPITULO II.—Lustre glorioso del nombre de Zamora.—La recobra Alfonso I <i>el Católico</i> .—Desmantela este las plazas, y se lleva consigo los moradores.—Estado de nuestro territorio.—Desierto entre cristianos y musulmanes.— <i>Malacontia</i> . . . . .	30
CAPITULO III.—Condicion de los antiguos iberos.—Comparacion con los españoles de ahora.—Palabras de César.—Astures.—Vacceos.—Dudas acerca del antiguo nombre de Zamora.—Floria de Ocampo.—Su opinion acerca de haber estado Numancia donde hoy Soria.—Autores importantes que están conformes con él.— <i>Ocellum Duri</i> , <i>Samurah</i> .—Versos del poeta Fernan Perez de Guz-		CAPITULO III.—Aspecto de nuestro territorio.—	

Págs.	Págs.
<p>Alfonso III <i>el Magno</i> puebla á Zamora.—Funda su Iglesia y obispado.—San Atilano, primer obispo.—Acometen los bereberes á Zamora.—Ven- cen y al cabo son vencidos.—Queda la cabeza de su jefe clavada en una puerta de la ciudad.— Conspiran contra Alfonso III su esposa é hijo don García.—Sale este desterrado al castillo de Gau- zon.—Abdica Alfonso en D. García.—Mueren am- bos en Zamora.—Comparacion entre cristianos y árabes. . . . .</p> <p>CAPITULO IV.—Ordoño II y Abderrhaman III.— Juan I, obispo de Zamora.—Muere doña Elvira Nuñez.—Muere Ordoño.—Frúela I.—Dulcidio, obispo.—Ramiro II.—Victoria de Osmá.—Cam- paña de Alhandega.—Esfuerzo de Ramiro II y de Tota, reina regente de Navarra.—Estado social de Córdoba.—Nobles y eslavos.—Odio de aquellos á estos.—Derrota de Abderrhaman III.—El escri- tor árabe Masudí. . . . .</p> <p>CAPITULO V.—Abatimiento de los musulmanes y júbilo de los cristianos.—Muere en Zamora Ordo- ño III.—Entran en Zamora los árabes auxiliares de Sancho II.—Domingo, obispo.—Almanzor.— Abdallah entra en Zamora, mas no en la ciuda- dela.—Domingo Sarraciniz.—Ríndense los zamo- ranos á Almanzor. . . . .</p> <p>CAPITULO VI.—¿Fué destruida del todo Zamora? —Existía antes de su restauracion por Fernando I. —Puebla este á Zamora y la da leyes.—Decae del todo el ánimo de los árabes andaluces.—Feuda- lismo.—<i>Fuero viejo</i>.—Poderío de Fernando I. . . . .</p> <p>CAPITULO VII.—El Cid.—Reconocen sus grandes calidades los escritores árabes.—Ben-Bassam.— Crónica rimada.—Romancero.—Muerte del conde de Gormaz.—Acude en queja doña Jimena á Za- mora.—Cásala el rey con Rodrigo.—Costumbres del tiempo.—Cinco reyes, mas bien <i>jeques</i>, rinden párias á Rodrigo y le llaman Cid. . . . .</p> <p>CAPITULO VIII.—Divide Fernando I el reino en- tre sus hijos.—Discordia.—Quita D. Sancho II la corona á sus hermanos D. Alfonso de Leon y don García de Galicia.—Huye el primero al rey moro de Toledo y el segundo muere en prision.—Jui- cio de los condes traidores en Zamora.—Fortaleza de esta ciudad.—Estado del reino. . . . .</p> <p>CAPITULO IX.—Quita D. Sancho á su hermana doña Elvira la ciudad de Toro.—Reune su hueste contra Zamora.—Envia por mensajero al Cid.— Respuesta de los zamoranos y de doña Urraca.— Enojo de D. Sancho II contra Rodrigo.—Le des- tierra y le vuelve á llamar. . . . .</p> <p>CAPITULO X.—Dolor de los zamoranos con la vuel- ta del Cid al real de D. Sancho.—Atacan los del rey á Zamora.—Combate de tres dias con sus no- ches.—Multitud de muertos.—Determina D. San- cho rendir á Zamora por hambre.—Le asesina Vellido Dolfos.—Vuelve de Toledo D. Alfonso VI. —Jura de Santa Gadea.—Zamora en paz. . . . .</p> <p>CAPITULO XI.—D. Gerónimo.—D. Bernardo.— Influxo de Borgoña y Francia.—Orden del Cister.—Hallazgo del cuerpo de San Ildefonso.— Reino de Portugal.—Armase caballero en Zamora Alfonso Enriquez.—D. Fernando II.—San Fer- nando.—Recibe la corona en Toro.—Hermandad de esta y Zamora.—Campo de Toro.—Fueros. . . . .</p> <p>CAPITULO XII.—Favorecen los prelados á Fer-</p>	<p>nando II.—Ceden en Benavente sus derechos las infantas doña Sancha y doña Dulce.—Fun- dacion de Valparaiso.—Deja de ser Zamora ciu- dad fronteriza.—Sus gobernadores.—Vida muni- cipal.—Alborotos é incendios de Santa María la Nueva.—Ayuda Zamora al rey contra Avila y Salamanca.—Defiende los derechos de las infan- tas.—Córtes.—Funda Sancho <i>El Bravo</i> la igle- sia de Santa María de la Iniesta.—Doña María de Molina. . . . .</p> <p style="text-align: center;"><b>LIBRO CUARTO.</b></p> <p>CAPITULO PRIMERO.—Fernando IV <i>El Empla- zado</i> de niño en Zamora.—Córtes de Leon, Gali- cia y Astúrias.—Alfonso XI de niño en Toro.— Recibe la muerte en esta ciudad D. Juan el Tuer- to.—Crueldad y falsía cometidas con el infante.— Sentencia contra este despues de muerto.—Féria concedida á Toro.—Muerte de Alvar Nuñez Oso- rio á traicion, cual él la habia aconsejado contra D. Juan. . . . .</p> <p>CAPITULO II.—Alfonso XI, valiente y justiciero. —D. Pedro en Toro con su madre.—Muere don Juan Alfonso de Alburquerque.—Alzanse los se- ñores contra el rey.—Vistas en Tejadillo.—Ha- blan D. Gutierre de Toledo y Fernando de Ayala. —Doña Blanca y doña María de Padilla.—Abre la reina madre las puertas de Toro á los revoltos- os.—Pónese en manos de estos el rey con Juan Hernandez de Henestrosa y el judío Simuel Leví. —Repártense los de la <i>Liga</i> los cargos principa- les.—Cautiverio de D. Pedro.—Huye acompañado de D. Tello y de Simuel Leví.—Quedan en Za- mora la reina madre y D. Enrique.—Alianza in- moral de entrambos. . . . .</p> <p>CAPITULO III.—Conceden á D. Pedro las Córtes de Búrgos gente y dinero contra los señores de la <i>Liga</i>.—Son muertos Pedro Ruiz de Villegas y Sancho Ruiz de Rojas.—Ponen los de Toro en li- bertad á Juan Hernandez de Henestrosa.—Falta este á la pleitesía que habia hecho de volver á la prision.—Persigue D. Pedro á sus enemigos.— Cerco de Toro.—Combates.—Huye D. Enrique á Galicia.—Trueca el rey el cerco de Toro en blo- queo.—Alonso Recuero.—Huye D. Fadrique de la ciudad al real de D. Pedro.—Desmayan los de la <i>Liga</i>.—Entra D. Pedro.—Venganzas.—Maldi- cion de la madre.—D. Enrique II.—Córtes en Toro.—Guerras con Portugal.—Pedro Tenorio, arcediano de Toro.—Creacion del ducado de Be- navente. . . . .</p> <p>CAPITULO IV.—D. Juan I en Toro y Zamora.— Aprestos contra Portugal.—Combaten los aliados á Benavente.—Defiéndela su gobernador Alvaro de Osorio.—Peste.—Retíranse los aliados.—In- quieto y ambicioso carácter del primer duque de Benavente.—Nuño Martinez de Villaizan cede la alcaidía del castillo de Zamora á Gonzalo de Sa- nábria.—Excomunion.—Queda el rey absuelto de ella.—Interés de Enrique III en favor de Zamora. —Nace Juan II.—Perdon de D. Pedro de Castilla. —Triste fin del duque de Benavente.—Condado de este nombre. . . . .</p> <p>CAPITULO V.—Amor de D. Juan II á Toro.—Des- contentos.—Córtes de Toro.—Reforman los gastos</p>

1 mapa, 4 láminas

10.000

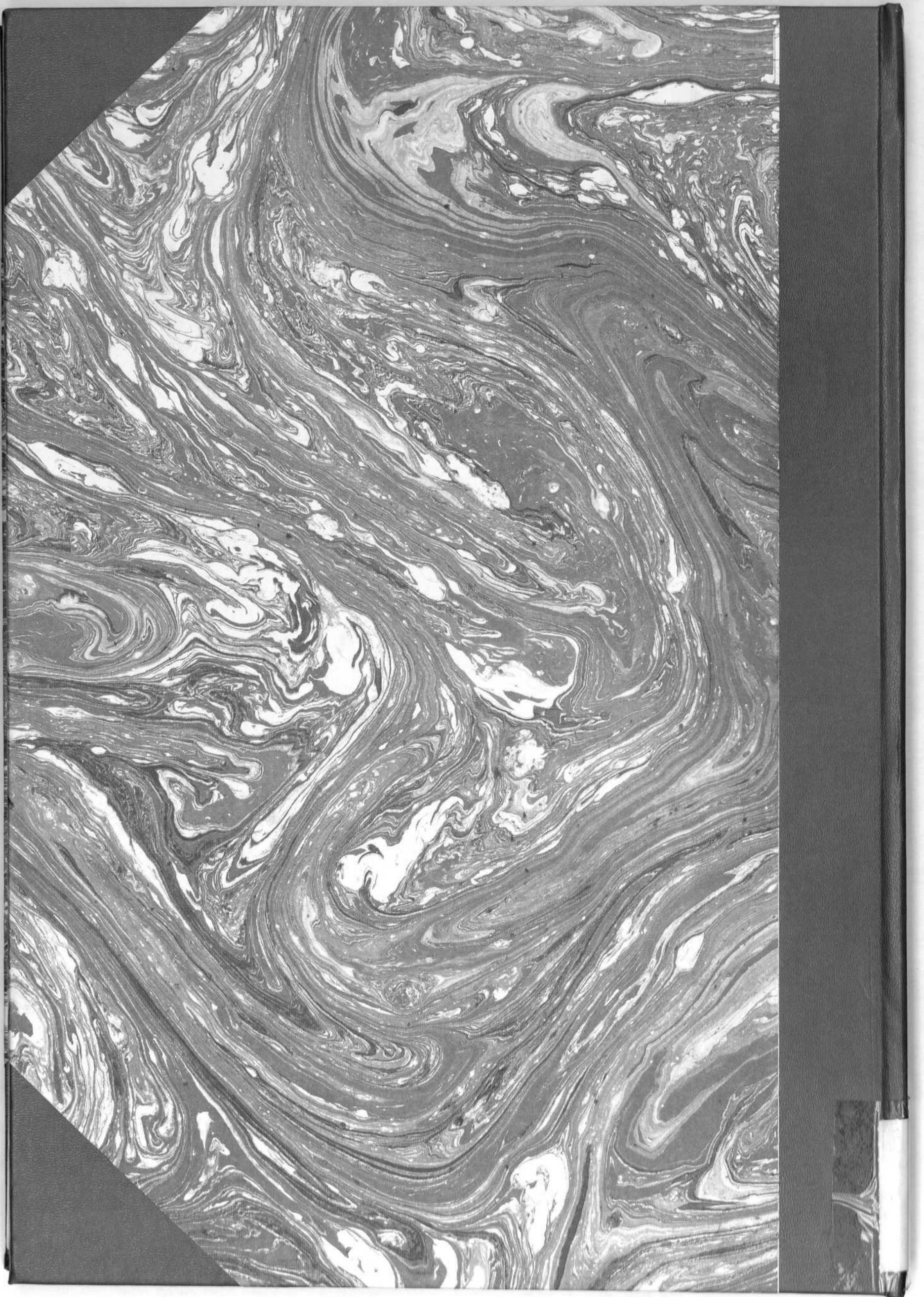
FEAST

	Págs.	Págs.	
de la casa real.—Nuevas Córtes.—El conde de Benavente.—Córtes de Zamora.—Pavor que causa el descubrimiento de una mina.—Enrique IV.— <i>Liga de Avila</i> .—Toro: cuartel general del ejército del rey.—Gran número de soldados.—Daños que padece Toro.—Féria otorgada en premio.—Discordia entre Zamora y Toro.—Vence aquella en el Val de la Gallina.—Esfuerzo propio de castellanos.—Recuerdan cantares el sangriento suceso. . . . .	60		
CAPITULO VI.—Ahorca Juan de Ulloa á los jefes del bando enemigo.—Se declara, en union del alcaide del castillo de Zamora, por doña Juana.—Queda el castillo por los reyes D. Fernando y doña Isabel.—Acude el primero con tropas.—Se retira. . . . .	62		
CAPITULO VII.—Guerra civil dentro de Zamora.—Ayuda con su gente el comendador de Ledesma á los zamoranos.—Manda á los combatientes el capitán Alvaro de Mendoza.—Llega D. Fernando V.—Deja salir á los portugueses de la catedral.—Rodean al castillo fuertes paredones con sendas cavas.—Ingénios y máquinas de guerra.—Defiende el castillo Alvaro de Valencia.—Le ayuda su tío D. Gonzalo, el Chantre.—Combate á favor de Fernando é Isabel el canónigo Diego de Ocampo.—Llega de Portugal el príncipe don Juan. . . . .	64		
CAPITULO VIII.—Zamoranos en la batalla de Toro.—Banda de la <i>Esmeralda</i> .—Féria concedida en premio á Zamora, llamada hoy día del <i>Botijero</i> .—Sale el rey portugués de Toro.—Queda de gobernador de dicha ciudad el conde de Marialva.—Parciales de los Reyes Católicos dentro de Toro.—Suplicio de Antona García, Pedro Peñon y Alonso Botinete.—El pastor Bartolomé ayuda á los castellanos.—Toman estos la plaza.—Alonso de Espinosa.—Defiende doña María Sarmiento la fortaleza.—Isabel la Católica acaudilla á los caste-			
		llanos.—Dirije D. Alonso de Aragon la artillería. Ríndese doña María Sarmiento el día antes de cerrarse su proceso.—Salva la vida y queda en rehenes con sus hijos. . . . .	66
		CAPITULO IX.—Ríndese el fuerte de Villalonso.—Se retira á Portugal el conde de Marialva.—Córtes y <i>Leyes de Toro</i> .—Inquisicion.—Protestantes zamoranos.—El bachiller Herreruero.—Vistas de Fernando el Católico y Felipe el Hermoso en el Remesal.—Concordia de Villafáfila.—D. Antonio de Acuña.—Prende al alcalde Ronquillo.—Discordia con el conde de Alba de Liste.—Acude á Tordesillas á la Junta Santa de los comuneros.—Salvan la vida los procuradores de Zamora.—Son arrastrados en estátua.—Muerte de Acuña.—El alcalde Ronquillo, en hábito de penitente, recibe la absolucion por haber condenado al obispo. . . . .	68
		CAPITULO X.—Los zamoranos amigos de los comuneros.—Autoridad real.—Noticias recientes sobre los cadáveres de Padilla y sus compañeros.—Bandos de Zamora.—Monsalves y Mazariegos.—Notable desafío.—Blason de los Monsalves.—Plazuela de la Yerba.—Casa de Francisco de Monsalve. . . . .	69
		CAPITULO XI.—Felipe III y su esposa doña Margarita visitan á Zamora.—Defiende la ciudad contra portugueses el obispo Coello de Ribera.—Arma sus frailes y clérigos.—El conde-duque de Olivares desterrado en Toro.—Años de paz.—Entran los franceses de Napoleon en Zamora.—Emprende el general inglés Moore la retirada desde Benavente.—Orillas del Esla cae prisionero el general francés Lefebvre Desnouettes.—Queda libre Zamora despues de la batalla de Salamanca.—Episcologio zamorano.—Bibliografía. . . . .	72
		CAPITULO XII.—Rapida ojeada á los monumentos de Zamora y su provincia. . . . .	74









H G- 10646

CRONICA GENERAL DE ESPAÑA PROVINCIA DE ZAMORA